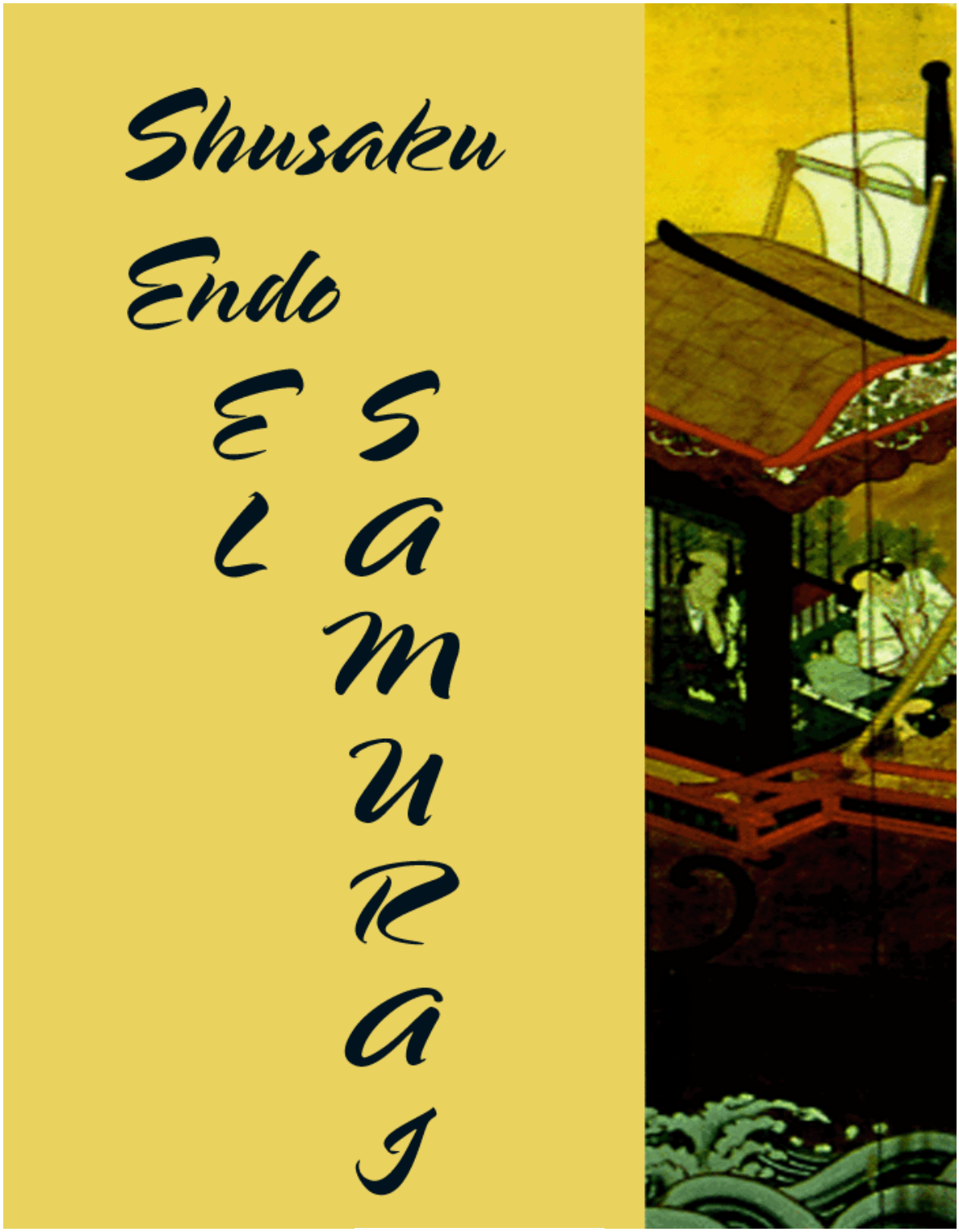
El Samurai
Shusaku Endo



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

El samurai se sitúa en Japón a comienzos del siglo xvii. Quizá convenga explicar a los lectores occidentales poco familiarizados con la historia japonesa la situación general en el Japón durante ese período.

A pesar de encontrarse tan al este, en los primeros años de dicho siglo el Japón estuvo a punto de ser arrastrado al complejo y peligroso vórtice de la política internacional.

Las naciones europeas -en particular Inglaterra y Holanda, protestantes, y Portugal y España, católicas- se esforzaban por extender su influencia en Asia. Establecían colonias en diversos puntos del sudeste, construían naves para aumentar su poderío y su comercio, y combatían entre si en los mares de Asia. Esas batallas no se debían sólo a los conflictos políticos y comerciales, sino también a las disputas religiosas entre católicos y protestantes.

Sorprendido en mitad de ese torbellino, el Japón sintió la necesidad de protegerse.

El gobernante Tokugawa Ieyasu evitó cuidadosamente los imprudentes errores de su predecesor Toyotomi Hideyoshi, que había intentado subyugar Corea. Ieyasu acabó con los partidarios del hijo de Hideyoshi y finalmente unificó el Japón.

Al mismo tiempo, en su política exterior, buscó la forma de amparar al Japón contra las invasiones de los diversos paises de Europa. En los días de Hideyoshi, si bien el proselitismo de los misioneros cristianos estaba prohibido, en realidad era tolerado por motivos comerciales. Ieyasu era un budista devoto y, convencido de que eran la vanguardia de la conquista del Japón, suprimió por etapas las misiones cristianas.

Dio así un severo golpe a los esfuerzos evangelizadores de los misioneros europeos, que desarrollaban vigorosamente sus actividades. Más o menos al mismo tiempo, las tareas misioneras, reservadas inicia Imente a la Compañía de Jesús, se habían abierto a los agustinos, los dominicos, los franciscanos y a otras varias órdenes. El resultado había sido la discordia entre los jesuitas y las demás órdenes sobre cómo debía conducirse la obra misionera en Japón.

Las tácticas de Ieyasu no se limitaron a la eliminación del peligro interior. Para crear un Japón capaz de resistir a las expansivas potencias europeas, decidió entrar en el conflicto que se desarrollaba en las aguas del océano Pacífico. Su plan, que revelaba gran habilidad política, implicaba la participación involuntaria de cuatro samurais de rango menor, vasallos del daimyo más poderoso de las provincias japonesas del noreste, y de un ambicioso sacerdote español.

Por supuesto, mi finalidad no es puuar la situación en el Japón en el siglo xvii.

Pero sin duda el escenai'w de la novela será más vívido para el lector que posea alguna información acerca del trasfondo histórico.

SHUSAKU ENDO

Tokio, verano de 1981

CAPÍTULO 1

Empezó a nevar.

Hasta la caída de la tarde un sol tenue había bañado por los resquicios de las nubes el lecho de grava del río. Cuando oscureció, hubo un silencio repentino. Dos, tres copos de nieve bajaron revoloteando del cielo.

Mientras el samurai y sus hombres cortaban leña, la nieve rozaba sus ropas rústicas, tocaba sus caras y sus manos y se fundía como para subrayar la brevedad de la vida. Pero como ellos siguieron atareados con sus cortas hachas, sin decir palabra, la nieve los desdeñó y se alejó hacia zonas vecinas. La niebla nocturna se extendió y se unió a la nieve, y el campo visual se volvió gris.

Finalmente, el samurai y sus hombres terminaron su tarea y se echaron al hombro los haces de leña. Se preparaban para la inminente llegada del invierno. La nieve les azotó las frentes cuando emprendieron el regreso en fila india, como hormigas, volviendo sobre sus pasos a lo largo del lecho del río, hacia la llanura.

Había tres pueblos situados en el corazón de la llanura y rodeados por colinas de follaje marchito. Las casas estaban de espaldas a las colinas y frente a los campos:

de ese modo, los pobladores veían si llegaban extraños. Las casas techadas con paja se apretaban unas contra otras, en línea. De los cielos rasos colgaban estantes de bambú trenzado en que se secaban la leña y el carrizo. Las casas eran oscuras y malolientes como establos.

El samurai conocía en detalle esos pueblos. Su Señoría había concedido como herencia a la familia del samurai, durante la generación de su padre, los pueblos y las tierras. Por ser el hijo mayor, el samurai tenía la responsabilidad de reunir grupos de campesinos para cumplir con los deberes de vasallaje, y si había batalla, debía conducir sus tropas a la fortaleza de su amo, el señor Ishida.

Aunque sólo consistía de varios edificios reunidos, con techos de paja, la casa del samurai era más notable que las de los campesinos. Se diferenciaba de ellas en que tenía varios almacenes y un gran establo y estaba rodeada por un terraplén. A pesar de eso, la casa no estaba pensada para dar una batalla. En la montaña, al norte de la llanura, estaban las ruinas de una fortaleza; perteneció a un samurai que había gobernado ese distrito antes de ser aniquilado por Su Señoría. Pero ahora la guerra había cesado en todo el Japón y Su Señoría se había convertido en el daimyo' más poderoso de las provincias norteñas, de manera que la familia del samurai no tenía ya necesidad de tales defensas. En realidad, aunque se observaban las diferencias de rango, el samurai continuaba trabajando en los campos y quemando carbón en la montaña junto a sus servidores. Su esposa ayudaba a las demás mujeres a cuidar los caballos y el ganado. Anualmente los tres pueblos debían pagar a Su Señoría un impuesto de sesenta y cinco kan: sesenta por los campos de arroz y cinco por la tierra cultivada.

Por momentos, la nevisca arreciaba. Los pies del samurai y de sus hombres dejaban manchas oscuras en el largo camino. Avanzaban como ganado dócil; ninguno pronunciaba palabras innecesarias. Cuando llegaron a un pequeño puente de madera llamado Nishonsugi, el samurai vio a Yozo, con el pelo blanqueado por la nieve, como una estatua de Buda en el campo helado.

-Ha venido vuestro tío.

El samurai asintió, descargó del hombro el haz de leña y lo puso a los pies de Yozo.

Como los campesinos que trabajaban los campos, el samurai tenía ojos hundidos, pómulos prominentes y olía a tierra. Como los campesinos, era hombre de pocas palabras y rara vez dejaba que sus emociones afloraran a la superficie; pero su corazón dio un vuelco cuando oyó la noticia. Aunque, como hijo mayor, el samurai había heredado a la muerte de su padre el gobierno de la rama principal de la familia Hasekura, todavía consultaba a su tío antes de tomar una decisión. Éste había luchado al lado de su padre en muchas campañas militares de Su Señoría. Cuando el samurai era un niño, su tío solía sentarse junto al hogar con el rostro enrojecido por el licor. Decía:

-Mira esto, Roku -y mostraba a su sobrino las cicatrices color castaño claro del muslo. Recibidas cuando Su Señoría luchaba en Suriagehara contra el clan Ashina, esas heridas de guerra eran para su tío un motivo de orgullo. Pero durante los últimos cuatro o cinco años el anciano había perdido el buen sentido y ahora, cuando visitaba la casa del samurai, se limitaba a beber licor y a expresar jactanciosas quejas. Después de esto retornaba a su casa arrastrando la pierna herida como un perro cojo.

Dejando atrás a sus hombres, el samurai subió solo la cuesta que llevaba a su casa.

Los copos de nieve giraban en el ancho cielo gris, y el edificio principal y los almacenes aparecieron ante él como una fortaleza negra. Cuando pasó junto al establo, le asaltó el hedor de la paja mezclada con estiércol de caballo. Al oír los pasos del amo, los caballos piafaron. Cuando llegó a la casa, el samurai se detuvo y se quitó cuidadosamente la nieve de las ropas de trabajo antes de entrar. Su tío estaba sentado junto al hogar, cerca de la puerta principal, con la pierna mala estirada, calentándose las manos junto al fuego. El hijo mayor del samurai, un chico de doce años, estaba deferentemente sentado a su lado.

-¿Eres tú, Roku? -dijo su tío, mientras se tapaba la boca con la mano y tosía.

como si se hubiera sofocado con el humo del hogar. Cuando Kanzaburo vio a su padre, se inclinó como si lo hubiera salvado del anciano y fue de prisa a la cocina. El humo del hogar se enroscaba alrededor del gancho para la olla y flotaba hacia el cielo raso sucio de hollín. Durante la generación de su padre, y también en los días del samurai, ese hogar ennegrecido había asistido a numerosas reuniones donde se habían adoptado muchas decisiones, y también a la resolución de varias disputas entre los aldeanos.

-Fui a Nunozawa y vi al señor Ishida. -El anciano volvió a toser-. Dice que no hay respuesta del castillo acerca de las tierras de Kurokawa.

Sin una palabra, el samurai tomó algunas ramas secas de la pila y las quebró para echarlas al hogar. Al tiempo que Oía el seco crujido de las ramas, trataba de soportar lo mejor posible esas quejas familiares. No permanecía mudo por falta de pensamientos o de sentimientos. Sencillamente, no estaba acostumbrado a permitir que su rostro mostrara sus emociones; y no le gustaba disentir de nadie. Y odiaba tener que escuchar la incesante charla de su tío acerca de acontecimientos de un pasado que se negaba a dejar en paz.

Once años antes, cuando Su Señoría había construido la nueva ciudad y el castillo y Tedistribuido las tierras, la cenagosa llanura con los tres pueblos había sido otorgada a la familia del samurai en sustitución de las tierras de Kurokawa, donde sus antepasados hablan vivido durante muchas generaciones. La intención explícita de Su Señoría.

al trasladar a la familia desde sus antiguos dominios a este empobrecido desierto era desarrollar la región despoblada; pero el padre del samurai tenía sus propias ideas acerca de los motivos. Cuando el kampaku, el señor Hideyoshi, dominó a Su Señoría, un grupo de guerreros conducidos por las familias de Kasai y Ozaki se rebelaron, y en el levantamiento habían participado varios hombres lejanamente emparentados con la familia del samurai.

El padre del samurai había dado albergue a los rebeldes derrotados y les había ayudado a escapar; estaba convencido de que Su Señoría lo había advertido y por eso les había otorgado esas soledades y no sus tierras en Kurokawa.

Las ramas secas que el samurai había arrojado al fuego crujieron como las murmuraciones y quejas de su padre y su tío por el trato que habían recibido. La esposa del samurai, Riku, abrió la puerta de la cocina y silenciosamente colocó ante los dos hombres tazas de sake y sopa de miso en boles hechos con hojas de magnolia secas. Le bastó una mirada a las caras de los dos hombres para saber cuál era el tema de conversación de esa noche.

-¿Sabes, Riku? -le dijo su tío-, parece que tendremos que seguir viviendo en esta pradera.

En el dialecto de la región, una «pradera* era un árido desierto. Campos irrigados por acequias de piedra que sólo producían una magra cosecha de arroz, alforfón, mijo y daikon. El invierno llegaba allí antes que a sus tierras y el frío era intenso. Pronto la llanura, la sierra y el bosque quedarían cubiertos de nieve blanca y pura, y los pobladores se agazaparían en sus casas oscuras, respirando lentamente, escuchando los vientos discordantes durante toda la larga noche, aguardando la llegada de la primavera.

-Si tan sólo tuviéramos que combatir en una batalla... Si hubiera una guerra, Podríamos demostrarles qué podemos hacer, y obtener como recompensa nuevas tierras.

Masajeando vigorosamente sus rodillas huesudas, el tío del samurai repetía la queja familiar. Pero había pasado hacia tiempo la época en que Su Señoría dedicaba los días y las noches a la batalla. Aunque las provincias occidentales no estaban todavía en paz, los dominios del este se habían sometido a la hegemonía del señor Tokugawa, y ni siquiera Su Señoría, el daimyo más poderoso del noreste, podía manejar tropas a su capricho.

El samurai y su esposa rompían pequeñas ramas y escuchaban pacientemente mien tras su tío trataba de distraerse de su eterno descontento bebiendo sake, y murmurando relatos de sus proezas. Ellos habían oído una y otra vez esas historias, que llegaron a parecer un alimento mohoso que el anciano comía a solas para mantenerse vivo.

Justo antes de medianoche el samurai envió dos criados para escoltar al tío hasta su casa. Cuando abrieron la puerta para salir, la luna iluminaba una brecha entre las nubes y la nieve había cesado. Un perro ladró hasta que el tío del samurai desapareció de la vista.

En la llanura se temía más al hambre que a la guerra. Algunos de los más viejos recordaban el daño provocado por el frío que había caído sobre la región muchos años antes.

Decían que el invierno había sido inusitadamente suave ese año, con muchos días de temperatura primaveral, y que la montaña del noroeste estaba siempre envuelta en bruma y apenas era visible. Pero cuando terminó la primavera y empezó la estación lluviosa, las lluvias fueron incesantes y las mañanas y las noches tan frías, incluso cuando llegó el verano, que no era posible quitarse la ropa. Las plantas sembradas no crecían, y muchas se marchitaron.

Las reservas de alimentos se acabaron. La gente recogía raíces en la montaña y comía incluso las cáscaras de arroz, el heno y las vainas de guisantes que guardaban como alimento para los caballos. Cuando estas provisiones se agotaron, mataron a sus preciosos caballos y perros e incluso comieron corteza de árboles y hierbas para luchar contra el hambre. Cuando se terminó todo lo que se podía comer, los padres y los hijos, los maridos y las esposas partieron por distintos caminos, dejando sus pueblos, en busca de alimento. Algunos caían en los caminos; sus parientes nada podían hacer por ellos y los abandonaban donde estaban. Finalmente los perros salvajes y los cuervos devoraron los cadáveres.

Por suerte, no había habido nuevas hambres desde que la familia del samurai se había instalado en el feudo, pero su padre había ordenado que todas las familias llenaran cestos de paja con castañas, bellotas y mijo y los guardaran sobre las vigas de sus casas. Cada vez que el samurai veía estos cestos, huía de su mente la monótona imagen de su tío y veía el rostro amable de su sabio padre.

Sin embargo, también él conservaba la memoria de las fértiles tierras de los antecesores.

-Si estuviéramos en Kurokawa -había dicho- podríamos subsistir incluso con una mala cosecha...

En Kurokawa había ricas tierras que proporcionaban abundantes cosechas de trigo con muy poco trabajo. Pero en este desierto las principales cosechas eran de alforfón, mijo y daikon, alimentos que no se podían comer todos los días porque era menester pagar a Su Señoría impuestos anuales en especie. Incluso en la casa del samurai algunos días sólo había para comer hojas de daikon con trigo o mijo. Con frecuencia los campesinos sólo tenían cebollas silvestres o cebollinos.

Pero a pesar de las quejas de su padre y su tío, el samurai no odiaba aquella tierra

improductiva. Era la primera tierra que gobernaba como hijo mayor de la familia después de la muerte de su padre. Los campesinos, que tenían como él ojos hundidos pómulos salientes, trabajaban silenciosos como ganado desde el alba hasta el anochecer, sin protestas ni discusiones. Cultivaban los áridos campos y nunca dejaban de pagar los impuestos, aunque eso significara reducir sus propias provisiones de alimentos.

Cuando hablaba con los campesinos, el samurai olvidaba la diferencia de rango y sentía que algo le atraía en ellos. Consideraba que la perseverancia era su único rasgo personal favorable, y sin embargo aquellos campesinos eran infinitamente más obedientes y sufridos.

A veces el samurai subía con Kanzaburo a la colina situada al norte de su casa.

Aún se conservaban las ruinas de la fortaleza construida por el samurai rural que en un tiempo había dominado la región, ocultas por la maleza; y a veces, entre los terraplenes cubiertos de hojas marchitas encontraban granos de arroz o boles rotos y chamuscados. Desde la cumbre asolada por el viento podían contemplar la llanura y los pueblos. Una extensión lamentable, casi patética. Los pueblos parecían estrujados.

-Esta... ésta es mi tierra -murmuraba para sí el samurai. Si no había más guerras, permanecería allí durante el resto de su vida, como había hecho su padre. Cuando muriese, su hijo mayor heredaría la tierra, y sin duda llevaría la misma vida. Durante todo el tiempo que vivieran, ni él ni su hijo se separarían de esa tierra.

A veces iba a pescar con Yozo a la pequeña laguna que había al pie de esa colina.

Al final del otoño había visto, entre las gruesas cañas oscuras, tres o cuatro aves blancas de largo cuello que aleteaban entre los patos de color castaño. Aquellos cisnes blancos habían atravesado el océano desde tierras lejanas donde el frío era intenso. Cuando retornara la primavera, abrirían sus grandes alas, se elevarían hacia el cielo sobre los campos y desaparecerían. Cada vez que veía los cisnes, el samurai pensaba: «Conocen países que jamás visitaré». Pero apenas los envidiaba.

Llegó una llamada del señor Ishida. Le ordenaba al samurai acudir a Nunozawa, porque su amo deseaba hablar de cierto asunto con él.

En los viejos tiempos, la familia del señor Ishida se había rebelado muchas veces contra los antepasados de Su Señoría, pero ahora el señor Ishida era un rico vasallo con graduación de general.

El samurai llevó consigo a Yozo; salió temprano de la llanura y llegó a Nunozawa cerca de mediodía. Caía una lluvia helada, e incontables gotas se disolvían apenas tocaban la superficie del foso que rodeaba la fortaleza amurallada. El samurai aguardó un momento en la antecámara hasta que lo condujeron ante su amo.

El señor Ishida, grueso, con un haori,' sentado, sonrió al samurai, que se inclinó profundamente, apoyando ambas manos contra la madera oscura y pulida del suelo.

El señor Ishida preguntó por el tío del samurai y observó con una sonrisa:

-Estuvo aquí hace pocos días, con nuevas quejas.

El samurai volvió a inclinarse, pidiendo excusas. Cada vez que su padre o su tío habían reclamado su feudo de Kurokawa, el señor Ishida había transmitido la petición al castillo. Pero más tarde el samurai había sabido por el señor Ishida que las peticiones de los antiguos propietarios se amontonaban en el castillo para que el Consejo de Ancianos las considerara. Si no había ninguna razón poderosa, era poco probable que Su Señoría respondiera a tales peticiones.

-Comprendo cómo se siente el anciano. -El señor Ishida se puso bruscamente serio-. Pero no habrá más guerras. El Naifu' quiere concentrar toda su energía en Osaka, y Su Señoría apoya esta decisión -declaró.

¿He sido llamado a Nunozawa para oir esto?, se preguntó el samurai. ¿Quiere decirme el señor Ishida que es inútil presentar nuevas peticiones?

El dolor inundó su pecho como el agua que rebosa. Aunque amaba la llanura, no había olvidado por un solo día las tierras saturadas del sudor y la memoria de los antepasados. Ahora que el señor Ishida le ordenaba crudamente abandonar toda esperanza, el rostro solitario de su padre flotó ante los ojos del samurai. Y también pudo ver la expresión resentida de su tío.

-Sé que no será fácil, pero debéis hacer que el anciano lo comprenda. El no puede aceptar los cambios que ocurren en el mundo.

El señor Ishida miró con verdadera simpatía al samurai, que tenía la mirada clavada en el suelo.

-El Consejo de Ancianos no hace una excepción con vuestra familia. Muchos otros soldados han pedido que se les devuelvan sus antiguas tierras. Esto ha causado gran ansiedad a los ancianos magistrados. Si deben atender las demandas egoístas de cada individuo, todo el sistema de aparcerías se derrumbará.

El samurai apoyó ambas manos en las rodillas y miró al suelo.

-Pero hoy os he llamado por otra razón. Pronto se recibirán nuevas órdenes para el servicio de vasallaje. Es posible que haya instrucciones especiales para vos. Quiero que no lo olvidéis.

El samurai no sabía por qué le había dado esa información ni qué quería decir su amo. En seguida inclinó la cabeza e inició la retirada, pero el señor Ishida le ordenó que se quedara y habló de la agitación que reinaba en Edo. El año anterior varios daimyos habían emprendido la tarea de reconstruir el castillo de Edo para el Shogun.

Su Señoría había recibido una parte de esa responsabilidad y ahora servían por turno en Edo el señor Ishida, el señor Watari, el señor Shiraishi, y otros generales.

-Se ha iniciado allí una gran cacería de cristianos. Mientras regresaba, vi que traían a muchos de ellos por las calles.

El samurai sabia que ese año el Naifu, el padre del actual Shogun, había prohibido que se enseñase el cristianismo en los dominios directamente administrados por el shogunado. A consecuencia de esto, los cristianos exiliados habían emigrado a las provincias occidentales o al noreste, donde no se aplicaba dicha prohibición. El samurai había oído hablar con frecuencia de cristianos que trabajaban en las minas de oro y en otras regiones dentro del territorio de Su Señoría.

Los prisioneros que había visto el señor Ishida montaban caballos de tiro, estaban cubiertos de banderillas de papel y eran conducidos por las calles principales de los pueblos hacia el terreno de la ejecución. A su paso, los prisioneros hablaban con personas conocidas de la multitud, y no parecían temer a la muerte.

-Había entre ellos varios sacerdotes extranjeros. ¿Habéis visto alguna vez un cristiano o un sacerdote?

-No.

Mientras escuchaba el relato del señor Ishida, el samurai no lograba sentir el menor interés por los prisioneros cristianos. La cristiandad no significaba nada para él. No tenía relación con el desierto nevado en que vivía. Los habitantes de las llanuras vivirían todas sus vidas sin ver jamás a los cristianos que habían huido de Edo.

-Lamento que debáis regresar con esta lluvia. -La despedida del señor Ishida:

fue amable y paternal. Fuera de la casa, Yozo, envuelto en un abrigo de paja empapado por la lluvia helada, aguardaba como un perro obediente. Tres años mayor que su amo, había crecido en la misma casa y había trabajado todos sus días para la familia Hasekura. El samurai montó en su caballo y pensó en la llanura iluminada por la luna a la que regresarían. Ahora la nieve de los últimos días seria hielo y brillaría en la oscuridad, y las casas de los campesinos estarían tan silenciosas como la muerte. Sólo su esposa Riku y otros tres o cuatro estarían despiertos, esperando su regreso junto al hogar. Al oir pasos, el perro ladraría y, en el establo fragante a paja húmeda, los caballos despertarían y sus cascos resonarían sobre el suelo.

El olor de la paja húmeda inundaba también la prisión donde estaba el misionero.

Se mezclaba con los olores corporales y el hedor a orina de los cristianos que habían estado encarcelados allí antes, y esa fetidez combinada ofendía constantemente su nariz.

Estaba en esa celda desde el día anterior, calculando las posibilidades de que lo ejecutaran o lo liberaran. Consideraba sin pasión las alternativas, como un mercader que examina friamente dos platillos de polvo de oro para determinar cuál pesa más.

Si le perdonaban la vida, seria porque los gobernantes de ese país todavía tenían necesidad de él. Hasta ese momento, lo habían empleado como intérprete cuando llegaban emisarios de Manila, y en verdad no había ya otros misioneros en Edo que hablasen el japonés tan fluidamente como él. Si los codiciosos japoneses deseaban continuar su lucrativa relación comercial con Manila o con Nueva España, del otro lado del océano Pacifico, no se privarían de él, que podía servir de puente a sus negociaciones.

«Estoy dispuesto a morir si ésa es Tu voluntad -pensó el misionero, elevando orgullosamente la cabeza, como un halcón-. Pero Tú sabes cuánto me necesita la Iglesia en

el Japón.» «Sí. Así como los gobernantes de este país requieren mis servicios, el Señor también me necesita.» Una sonrisa de júbilo apareció en su rostro. El misionero confiaba en su propia capacidad. Como provincial de la orden franciscana en Edo, siempre había pensado que, hasta ese momento, el fracaso de las misiones en el Japón se debía a los errores cometidos por la Compañía de Jesús, que se oponía continuamente y en todo a los franciscanos. Aunque los jesuitas se esforzaban sin cesar por hacer política incluso en los asuntos más triviales, en realidad nada sabían de política. Después de sesenta años de proselitismo, habían construido en Nagasaki iglesias con autoridad administrativa y judicial independiente, sembrando así la simiente de la desconfianza y la inquietud en la mente de los gobernantes japoneses.

«Si yo hubiera sido obispo, no habría tolerado semejante estupidez. Si yo hubiera sido obispo del Japón...>' Mientras estas palabras se formaban en su mente, enrojeció como una muchacha.

Comprendió que en su interior perduraban de modo perverso la vanidad y la ambición humanas. Había un elemento egoísta en su deseo de ser obispo y recibir del Vaticano plena responsabilidad de la obra misionera en el Japón.

El padre del misionero había sido miembro de la influyente asamblea municipal de Sevilla y entre sus antepasados había un virrey de Panamá. Otro había sido un magistrado de la Inquisición. Y su abuelo había participado en la conquista de las Indias Occidentales. Sólo después de llegar al Japón había reconocido que la sangre de políticos que llevaba en sus venas le daba talentos que los sacerdotes comunes no poseían.

Podía presentarse ante el Naifu o el Shogun sin la menor traza de servilismo, leer los pensamientos de sus astutos consejeros y ganarlos para su causa.

Pero debido a las presiones de la Compañía de Jesús, se le había negado hasta el momento el entorno adecuado para el desarrollo de esas capacidades heredadas. Sabía que los jesuitas, incapaces de manipular con destreza a Hideyoshi' o al Naifu en incluso de apaciguar a los prelados budistas que habían establecido una sólida cabeza de puente en el castillo de Edo, habían sembrado simientes de antipatía y desconfianza entre esos poderosos individuos. Por esa razón, aunque le avergonzaban sus propias ambiciones, no podía reprimir su deseo de ser obispo. «La difusión del evangelio en esta tierra es una guerra. Cuando en el campo de batalla hay comandantes incompetentes, se vierte sin necesidad la sangre de los guerreros.» Por lo tanto, debía conservar la vida. Mientras estaba escondido, supo que habían

capturado a cinco cristianos, pero su sentido de la misión le había llevado a evitar un destino similar.

-Sin embargo, si ya no me necesitas -murmuró, frotando sus piernas entumecidas-, puedes llamarme en cualquier momento. Sabes mejor que nadie que no estoy de ningún modo apegado a la vida.

Algo suave y negro rozó la pierna que masajeaba. Era una de las ratas que habitaban en la prisión. La noche anterior, mientras dormía, las ratas habían mordisqueado algo en un rincón del pequeño recinto. Cada vez que el ruido lo despertaba, pronunciaba una plegaria por los cinco cristianos, que sin duda habían perecido. Con la plegaria trataba' de calmar los escrúpulos de conciencia que lo atormentaban por haberlos abandonado.

Al oir pasos a lo lejos, el misionero recogió de prisa las piernas y se incorporó.

No quería que el guardia que le traía alimentos lo viera en una postura indecorosa.

Ni siquiera en la prisión podía permitirse una conducta que suscitara las burlas de los japoneses.

Los pasos se acercaron. Resolvió que debía tratar de sonreír, de modo que cuando oyó el ruido sordo de la llave en la cerradura, el misionero arrugó las mejillas. Siempre había pensado que sonreiría cuando se le acercara la muerte.

La puerta se abrió con un crujido y una luz como de estaño en fusión bañó el oscuro suelo de tierra. Guiñó los ojos y sonrió ante la puerta, y advirtió que no era el guardia habitual. Dos oficiales con kimonos negros lo miraban.

-¡Sal! -gritó uno de ellos. La palabra «libertad», mezclada con un estallido de alegría, aleteó en la mente del misionero.

-¿Adónde vamos? -dijo serenamente, todavía sonriendo, pero sus piernas vacilaban. En silencio, los oficiales se alejaron de la celda, moviendo los hombros al caminar. Esa afectada forma de caminar, propia de los japoneses, le recordó los movimientos ridículos de los niños y, confiando ahora en que sería liberado, acentuó su sonrtsa.

-Mira eso. -Uno de los oficiales se detuvo bruscamente y miró por encima del hombro, indicando con la barbilla una ventana por donde se veía el patio. Fuera el sol empezaba a desaparecer. Había en el suelo alfombrillas de paja, cubos de agua y dos bancos uno junto al otro.

-¿Sabes qué es? -El segundo oficial rió con desdén y, con un dedo extendido, fingió cortarse el cuello.

-¡Eso es lo que es! -Vio con cruel satisfacción que el cuerpo del misionero se ponía rígido-. El extranjero está temblando.

El misionero apretó los puños, luchando por refrenar la furia y la vergúenza que lo dominaban. Durante dos días había sido humillado por las amenazas de aquellos oficiales menores y, para una persona con un orgullo como el suyo, era insoportable reconocer que durante un instante había permitido que esos hombres vieran el miedo en su rostro. Las rodillas continuaron vacilándole hasta que salió de la prisión y lo llevaron al edificio que había enfrente.

Caía la noche y no se veía que allí hubiese algún otro ser humano. Antes de alejarse, los oficiales le ordenaron que se sentara en el frío suelo pulido de la habitación adonde lo habían llevado. El misionero, como un niño que come en secreto, gozó de la seguridad de que sería liberado.

-Ya ves -murmuró-, es como yo pensaba. -La verguenza que había sentido tan poco antes se disipó y fue reemplazada por la certeza de que su percepción no había sido errónea-. Es cosa sencilla descubrir lo que piensa un japonés.

Sabía que ellos respetarían la vida de cualquiera que les sirviera, independientemente de que les agradara o no; y su talento como intérprete era todavía indispensable para los gobernantes del país, deslumbrados por la perspectiva de un comercio provechoso. Por esto el Naifu y el Shogun, a pesar de su desdén por los cristianos, permitían que los misioneros residieran en la ciudad. El Naifu quería otro puerto, equivalente

a Nagasaki, desde donde pudiera comerciar con tierras distantes. Tenía especial deseo de iniciar relaciones comerciales con Nueva España, del otro lado del mar, y había enviado varias cartas con ese fin al virrey español de Manila. En varias ocasiones, el misionero había sido convocado al castillo de Edo para traducir esas cartas y las respuestas de Manila.

Sólo una vez había visto al Naifu. Mientras acompañaba al castillo a un emisario de Manila, había advertido en la oscura cámara de audiencias a un anciano que escuchaba con infinita atención en una silla tapizada de terciopelo. No hablaba, pero oía inexpresivamente la conversación entre el emisario y los consejeros y miraba los extraños regalos que aquél había traído. Sin embargo, más tarde, ese rostro y esos ojos sin expresión habían reaparecido muchas veces en la mente del misionero; evocaban en él una emoción parecida al miedo. Ese anciano era el Naifu, y su rostro era el de un político, pensó.

Se oyeron pasos en el pasillo. El misionero, sentado con la cabeza inclinada, oyó el seco roce de las vestiduras.

-Señor Velasco.

El misionero alzó la vista. Goto Shozaburo, el asesor comercial del gobierno (los japoneses lo llamaban «Inspector de Monedas»), estaba sentado en el estrado, y detrás de él estaban los dos oficiales en el suelo de madera. Durante unos instantes el señor Goto miró al misionero con la gravedad única de los japoneses. Luego suspiró y dijo:

-Sois libre de marcharos. Todo ha sido un error de los oficiales.

-Comprendo.

El misionero sintió júbilo. Dirigió una mirada de satisfacción a los dos oficiales que lo habían humillado. Era una mirada muy parecida a las que solía dedicar a los fieles cuando perdonaba sus pecados.

-Pero señor Velasco... -Las vestiduras crujieron nuevamente cuando el señor Goto se puso de pie, y su rostro se tomó más amargo cuando agregó-: Sabéis que no estáis aquí como sacerdote. Si una persona influyente no hubiera intercedido nuevamente por vos, no se puede saber qué os habría ocurrido.

Insinuaba que el misionero visitaba en secreto a los cristianos. Se permitiera o no en los dominios de otros daimyos, este año la construcción de iglesias y la práctica del cristianismo estaban estrictamente prohibidas en las regiones sometidas al control directo del Naifu. Le permitían vivir en esa gran ciudad como intérprete; no como sacerdote.

Cuando el señor Goto se retiró, los dos oficiales, cuyos rostros expresaban franco descontento, le indicaron con la barbilla otra salida. La noche ya había caído sobre la ciudad.

El misionero regresó en palanquín a su morada de Asakusa. Un macizo de árboles recortados contra el cielo eran la señal de su casa. Un grupo de leprosos proscritos había construido allí una colonia y, hasta dos años antes, la orden franciscana había mantenido en ese lugar una pequeña clínica para ellos. La clínica había sido derribada, pero habían permitido quedarse al misionero en compañía de un coreano y de un sacerdote más joven llamado Diego, en una cabaña perteneciente a la estructura anterior que se había conservado.

Diego y el coreano lo recibieron con asombro y permanecieron a su lado mientras él comía un poco de arroz y de pescado seco. Un ave chilló entre los árboles vecinos.

-Los japoneses nunca han puesto a nadie en libertad tan pronto, ¿verdad? -dijo el padre Diego, mientras atendía al misionero. Su colega se limitó a sonreír, aunque saboreaba interiormente una sensación de triunfo y de satisfacción.

-No han sido los japoneses quienes me liberaron -dijo a Diego con una expresión que hubiera podido ser de humildad o de orgullo-. El Señor quiere algo de mi. Y el Señor me ha liberado para que cumpla esa tarea.

Después de comer, el misionero elevó una plegaria en silencio. «Oh, Señor, Tu obra nunca puede ser destruida. Por eso has preservado mi vida.» En esa oración había una nota de orgullo poco adecuada para un sacerdote, pero él no lo sabía.

Tres días más tarde el misionero, acompañado por el coreano, fue a la residencia del asesor comercial para expresar su gratitud por la liberación. Sabiendo que a los funcionarios japoneses les agradaba el vino, llevó varias botellas del que se utilizaba en la misa.

Aunque el asesor comercial estaba con un visitante cuando llegaron, los condujeron a su habitación y no a una cámara separada para que aguardasen. El señor Goto inclinó levemente la cabeza cuando entró el misionero, pero continuó con su conversación.

Evidentemente deseaba que el misionero oyera lo que se decía.

Se mencionaron varias veces los nombres de dos sitios: Tsukinoura y Shiogama.

El asesor y un samurai gordo de mediana edad hablaban con gran deliberación, y observaron que Tsukinoura seria un puerto mejor que Nagasaki.

Aunque el misionero miraba el jardín a que daba la habitación, escuchaba atentamente. Merced al bagaje de conocimientos que había acumulado durante sus tres años como intérprete, pudo formarse una idea, aunque vaga, acerca del fondo de la conversación.

Hacia varios años que el Naifu buscaba al este de Japón un puerto que pudiera rivalizar con Nagasaki. En términos de polftica interior, Nagasaki estaba demasiado lejos de la zona oriental dominada por el Naifu; y si algún poderoso daimyo de Kyushu se rebelaba, podría apoderarse fácilmente del puerto. Además, algunos poderosos daimyos de Kyushu, como el señor Shimazu y el señor Kato, apoyaban al clan Toyotomi de Osaka, que todavía estaba fuera del alcance del Naifu. Desde el punto de vista de los asuntos exteriores, al Naifu no le agradaba que los barcos de Manila y de Macao atracaran únicamente en Nagasaki. Deseaba establecer lazos comerciales directos con la fuente del comercio, Nueva España, en lugar de comerciar por intermedio de Manila. Por lo tanto, buscaba en las provincias orientales un puerto apropiado para el comercio con Nueva España. En Kanto había uno llamado Uraga, pero a causa de las veloces corrientes, todas las naves que habían intentado llegar a Uraga habían naufragado. Por esa razón, el Naifu había ordenado a un daimyo influyente, cuyo dominio del noreste se encontraba más cerca de la Corriente Negra que cualquier otra región del Japón, que buscara un puerto. Quizás estaban considerando las posibilidades de establecerlo en Tsukinoura o en Shiogama.

«Pero ¿por qué quiere el asesor que yo escuche esta conversación?», se preguntó el misionero. Miró furtivamente los rostros de los dos japoneses.

El señor Goto se volvió hacia él, como si hubiera sentido que el misionero lo miraba.

-¿Conocéis al señor Ishida? Este es el señor Velasco, a quien se le ha permitido permanecer en Edo en calidad de intérprete.

El samurai gordo sonrió e hizo una leve inclinación.

-¿Habéis estado alguna vez en el noreste?

El misionero mantuvo las manos sobre las rodillas y movió la cabeza. Años de experiencia le habían enseñado el protocolo en esas situaciones.

-El dominio del señor Ishida no es como Edo -dijo el asesor con una pizca de ironía-. Me dicen que allí no castigan a los cristianos. Podríais vivir allí sin nada que temer, señor Velasco.

Por supuesto, el misionero lo sabia. El Naifu había proscrito el cristianismo en los dominios sometidos a su control directo, pero no había obligado a los demás daimyos a seguir su ejemplo, temiendo una rebelión de los fieles y guerreros cristianos, y toleraba a los numerosos cristianos que habían huido al noreste o a las provincias occidentales después de ser expulsados de Edo.

-Señor Velasco, ¿habéis oído alguna vez los nombres de Shiogama o Tsukinoura?

Son dos pueblos del noreste, especialmente apropiados para la construcción de un puerto.

-¿Y queréis establecer allí un puerto como Uraga?

-Esa es una parte de nuestro plan. Además, en un puerto así podríamos construir grandes naves como las que poseéis vosotros los europeos.

Durante un momento el misionero perdió el habla. Por lo que sabia, hasta ahora los japoneses sólo disponían de naves del shogunado que seguían el modelo de las barcas chinas o siamesas. No tenían astilleros ni experiencia para construir galeones capaces de atravesar a voluntad los océanos. Incluso si lograban construirlos, era poco probable que pudieran navegar en ellos.

-¿Serian construidas por japoneses?

-Quizás. Shiogama y Tsukinoura están frente al mar, y hay allí grandes cantidades de madera buena.

El misionero se preguntó por qué el asesor discutía tan abiertamente en su presencia un asunto secreto como aquél. Estudió las expresiones de ambos hombres y buscó al azar una respuesta.

Eso quizá significaba que utilizarían la tripulación de aquel barco...

El año anterior, la nave del emisario español venido de Manila, cuyas palabras había traducido Velasco en el castillo de Edo, había encontrado una tormenta en el viaje de retorno y había sido arrastrada a la costa en Kishu: como era imposible repararla, había quedado en Uraga. El emisario y los tripulantes estaban todavía en Edo, esperando pacientemente a que otro barco viniera a buscarlos. Quizá los japoneses planeaban usar a los marineros para que construyesen un galeón igual al suyo.

-Y todo esto, ¿ya está decidido?

-No, no. Sólo es una idea que se ha mencionado.

El asesor dirigió la vista al jardín. Como el misionero sabia, era la señal de que él debía retirarse, de modo que pronunció unas palabras de agradecimiento por su libertad y salió de la habitación.

Mientras se inclinaba ante el séquito del asesor en la antecámara, pensó: «¿De modo que finalmente los japoneses planean atravesar el Pacifico por sus propios medios y llegar a Nueva España? Estos hombres son como hormigas. Se atreven a todo. Cuando las hormigas encuentran una charca, algunas sacrifican sus vidas y forman un puente para las demás. Los japoneses son un ejército de hormigas negras, y tienen ese mismo instinto».

Durante varios años el Naifu había intentado establecer relaciones comerciales con Nueva España, pero el virrey de Manila había respondido a sus propuestas con evasivas. Los españoles deseaban conservar el monopolio del comercio en todo el océano Pacifico.

Pero silos japoneses decidían emplear a los marinos españoles retenidos en la costa para que les construyeran un barco, sin duda lo necesitarían a él como intérprete. Gradualmente

comprendió por qué Goto había dispuesto que lo sacaran de la prisión. Goto había sugerido que su libertad se debía a los buenos oficios de cierto individuo. Quizás ese «cierto individuo» era el consejero superior responsable de todo el plan. O quizás era Ishida, el hombre que estaba conversando con Goto. Dios utiliza a todos los hombres; pero los japoneses sólo a aquellos que pueden proporcionarles algún beneficio.

Habían intimidado al misionero, y luego lo habían perdonado precisamente porque podía ser útil para ellos. Era una técnica que les complacía emplear.

No dio a Diego ni al coreano detalles de la conversación de ese día. Diego era un sacerdote como él, aunque algo más joven, también de la orden franciscana. Sin embargo, interiormente el misionero se burlaba de Diego y de sus ojos rojos como los de un conejo. En los años de seminario, nunca había logrado refrenar el desdén cuando se encontraba con ese colega sincero pero poco eficaz. Velasco sabía que ése era un defecto de su carácter, pero nada podía hacer para evitarlo.

-Hay una carta de Osaka.

Diego buscó en el bolsillo de su gastado hábito y sacó su rosario y una carta abierta.

Luego miró con los ojos húmedos al misionero y dijo:

-Los jesuitas vuelven a denunciamos.

El misionero abrió la carta debajo de la llama de la vela, que fluctuaba como las alas de una mariposa. Amarillentas gotas de lluvia habían manchado el papel y borroneado la tinta. La carta, escrita casi veinte días antes por el superior de Osaka, el padre Muñoz, decía que en Osaka se intensificaba el odio contra el Naifu de Edo y que el gobierno de Osaka estaba tomando a su servicio, uno tras otro, a los seguidores del daimyo derrotado por el Naifu en la batalla de Sekigahra.

Después de estos comentarios iniciales, el padre Muñoz informaba que el provincial de la Compañía de Jesús en Kinki había remitido una carta a Roma con quejas acerca de los métodos proselitistas de los franciscanos.

«Los jesuitas sostienen que hemos excitado innecesariamente la ira del Naifu y del Shogun al mantener el contacto con los fieles japoneses a pesar de la prohibición de la obra misionera en Edo, y que a consecuencia de esto las persecuciones se extenderán pronto a todas las regiones donde todavía se nos permite predicar.» El misionero contuvo su creciente furia y arrojó la carta a Diego.

-¡Necios arrogantes! -Cuando sus emociones se desataban, una llamarada roja cubría el cuello y las mejillas del misionero. La censura de los jesuitas no era nada nuevo. Acechaban constantemente en la sombra y calumniaban a los franciscanos en Roma. La única razón eran los celos. Desde que Francisco Javier había puesto el pie en el Japón sesenta y tres años antes, la orden jesuítica había monopolizado la actividad misionera. Cuando una bula del Papa Clemente VIII autorizó las misiones de otras órdenes, los jesuitas, en su desesperación, habían empezado a atacar encarnizadamente a las otras hermandades.

-Los jesuitas olvidan que ellos mismos son la causa de que los cristianos sean perseguidos en el Japón. Deberían pensar quién provocó la ira del último Taiko.

Diego alzó tímidamente sus ojos hinchados y enrojecidos. El misionero los miró y decidió que no tenía sentido hablar con su inepto compatriota. Habían pasado tres años desde su llegada al Japón y todavía no hablaba aceptablemente el idioma. Como una oveja obediente, sólo hacia lo que sus superiores le ordenaban.

Varias décadas antes los jesuitas habían recibido tierras en Nagasaki. Eran esencialmente colonias autónomas, y el producto que obtenían de esas tierras proporcionaba los fondos para su empresa evangelizadora. Aunque no disponían de fuerzas militares propias, recaudaban impuestos y ejercían derechos de aparcería en su feudo. Todo el mundo sabia que cuando el Taiko ocupó Kyushu y se enteró de tal situación se enfureció, dijo que eso era sencillamente una invasión con la excusa de la actividad misionera y proscribió el cristianismo. Así se había originado la persecución que ensombrecía las perspectivas de las misiones del Japón, pero los jesuitas preferían olvidar su propio papel.

-¿Pero qué podemos responder a Osaka? -Diego no lo sabía.

-Podemos decir a los jesuitas que ya no deben preocuparse por mí -exclamó el misionero, encogiéndose de hombros-. Pronto me marcharé de Edo para ir al noreste.

-¿Al noreste?

El misionero volvió la espalda a su desconcertado colega y salió de la habitación sin responder. Entró en el almacén que llamaban «santuario», apagó la llama de la vela y se arrodilló en el duro suelo de madera. Desde sus días en el seminario, en Sevilla, adoptaba esa postura penitente cada vez que sentía su orgullo herido o deseaba refrenar la furia que hervía en él. El olor del pábilo llegó hasta su nariz, y en la oscuridad oyó el leve ruido de una cucaracha.

«A pesar de sus reproches, Tú conoces mi capacidad -murmuró, apoyando la cabeza en las manos-. Tú me necesitas, y por eso me has rescatado de la prisión. Y así como Tú no flaqueabas ante las calumnias y mentiras de los saduceos y los fariseos, también yo desdeñaré los insultos de los jesuitas.» La cucaracha trepó atrevidamente a sus pies descalzos y cubiertos de barro. En el bosquecillo un ave lanzó un agudo trino; el coreano cerró la puerta exterior.

«Los japoneses van a construir un galeón.» Una vez más pasó por sus ojos la imagen de un gran conjunto de hormigas negras que atravesaba una charca. Codiciosos de los beneficios del comercio con Nueva España, los japoneses estaban finalmente a punto de cruzar el Pacifico como hormigas negras. El misionero sintió que podía usar esa codicia para bien de la religión.

«Podemos cederles esos beneficios a cambio de la libertad de difundir nuestras enseñanzas. » r Los jesuitas no eran suficientemente sutiles para llevar a cabo esa transacción. Y tampoco los dominicos ni los agustinos. Ni los monjes ineptos como Diego. El misionero pensaba que sólo él podía hacerlo. Y para eso debería borrar los prejuicios que albergaban los japoneses. No debía repetir los errores cometidos por los jesuitas.

«Sin tan sólo fuera designado obispo del Japón...

El clamor de las ambiciones mundanas que le causaban constante angustia resonó otra vez en su mente.

«Si fuera designado obispo, y tuviera el control absoluto de la obra misionera en el Japón, podría enmendar los errores que los jesuitas han cometido a lo largo de tantos años.»

En las colinas de la oscura y marchita llanura, el humo del carbón ascendía recto al cielo los días claros. Los campesinos trabajaban de la mañana a la noche en previsión del inminente invierno. Cuando terminaron de cosechar el arroz y el mijo, las mujeres los molieron y aventaron el grano. El arroz era para pagar los impuestos, no para comer.

Pusieron a secar la hierba que habían segado entre una y otra tarea, donde estaba, para usarla en los establos. La paja fresca, cortada y machacada en un mortero de piedra, era un recurso para las épocas de hambre.

El samurai, vestido con las mismas ropas de trabajo -han giri- que los campesinos, miraba la llanura. A veces llamaba a los campesinos y conversaba con ellos; en otros momentos trabajaba a su lado, apilando leña para el hogar, como en una cerca, alrededor de su casa.

Los campesinos tenían sus propias penas y alegrías. Ese otoño dos ancianos de un pueblo habían muerto, pero sus pobres familias no habían podido hacer otra cosa que enterrarlos en el campo, cerca de las montañas, y señalar sus tumbas con sencillas piedras. Era la costumbre de la región colocar sobre la tumba el mango de la vieja guadaña usada en vida por el muerto, y dedicarle boles de arroz. El samurai había visto niños que ponían flores en esos boles. Pero estas cosas se limitaban a las épocas sin hambre. El samurai había oído decir a su padre que los años de malas cosechas los ancianos desaparecían bruscamente y nadie más preguntaba por ellos. En otoño había también una fiesta llamada Daishiko, en que la gente comía tortas de judías rojas sin sal, envueltas en hojas de cogón y cocidas en una marmita. El día de la fiesta, los campesinos, fatigados por las largas horas de trabajo, acudían a saludar al samurai, comían las tortas que les ofrecían, y retornaban a sus hogares.

Un buen día llegó la orden del vasallaje anunciado por el señor Ishida. Era necesario enviar dos hombres de la llanura. Cuando recibió la orden, el samurai fue a visitar con Yozo el pueblo de su tío.

-Ya me he enterado. ¡Me he enterado!

El tío del samurai resplandecía.

-He oído decir que están cortando cedros en las montañas de Ogatsu para construir una nave de guerra. Quizás haya pronto una batalla contra Osaka.

-¿Una nave de guerra?

-Sí.

El samurai todavía no le había contado a su tío las palabras del señor Ishida. Le deprimía pensar que debería oir una vez más las quejas incesantes del anciano. ¿Pero por qué había de construir Su Señoría un barco de guerra si ya había terminado el tiempo de las batallas? El samurai estaba desconcertado. Quizás el Consejo de Ancianos había trazado en el castillo planes secretos que a un hombre de su posición le estaba vedado conocer.

-Roku, debes ir a Ogatsu y averiguar qué ocurre. -La voz de su tío temblaba de excitación, como si el combate ya hubiera comenzado. El samurai no tenía el menor deseo de emprender ese viaje de un día y medio, pero como siempre había obedecido a su padre y a su tío, asintió en silencio. Quizás si podía ver con sus propios ojos lo que ocurría le seria más fácil persuadir al anciano, que hallaba tan difícil aceptar los cambios del mundo y abandonar sus fútiles sueños.

Al día siguiente, después de elegir a dos jóvenes del pueblo para que cumplieran el deber de vasallaje, el samurai volvió a montar a caballo. Ogatsu era una bahía profunda en la costa de la provincia de Rikuzen; mordía la orilla como el diente de una sierra. Partieron de la llanura por la mañana y cuando se aproximaban al mar, al anochecer, la nieve caía del cielo encapotado y les golpeaba las mejillas. Se alojaron en un desolado pueblo de pescadores llamado Mizuhama. Oyeron toda la noche el ruido del mar; los dos jóvenes miraban al samurai con angustia. Según los pescadores, los otros grupos encargados del vasallaje ya habían llegado y estaban cortando árboles en las colinas, cerca de Ogatsu.

Los tres salieron de Mizuhama a la mañana siguiente. El cielo estaba despejado, pero soplaba fuerte viento, y en la playa helada se sucedían las espumosas olas. Los jóvenes caminaban, temblando, detrás del caballo. Cuando unas islas obstruyeron la vista del mar, advirtieron un puerto sereno. En una colina próxima se habían construido varias cabañas para los trabajadores, y se oía a la distancia el ruido sordo de los árboles abatidos. Contrariamente al mar abierto, las aguas del puerto estaban en calma, al amparo de las colinas y de las islas, y en ellas flotaban muchas balsas.

El grupo se presentó a la guardia, y mientras los oficiales registraban los nombres de los dos jóvenes, un criado anunció que el anciano señor Shiraishi llegaría en seguida. Hubo un momento de confusión y los oficiales se dirigieron solemnemente a la orilla para recibir al señor Shiraishi.

El samurai los acompañó. Pronto vio una veintena de hombres a caballo que avanzaban lentamente. Para su sorpresa, con la procesión venían cuatro o cinco extranjeros.

El samurai nunca había visto antes un extranjero. Miró fijamente a esos hombres de aspecto extraño, e incluso olvidó inclinar la cabeza.

Los extranjeros llevaban ropas de viaje como las suyas, vestidos que les debían de haber dado en el Japón. Tenían los rostros enrojecidos como si hubieran estado bebiendo sake, y barbas de color castaño. Miraban con curiosidad las colinas, donde resonaba el estruendo de los árboles derribados. Uno de los extranjeros hablaba en japonés con los miembros de la escolta.

-¿No es ése el hijo de Gorozaemon? -Alguien pronunció el nombre del padre del samurai mientras la comitiva pasaba ante la hilera de oficiales. Era el señor Shiraishi quien había hablado. El samurai inclinó la cabeza respetuosamente-. El señor Ishida me ha hablado mucho de vos. Yo peleé junto a vuestro padre en las batallas de Koriyama y Kubota.

El samurai escuchó con profunda humildad las palabras del señor Shiraishi. La mitad de los oficiales se unió a la comitiva y todos desaparecieron pronto detrás de las montañas. Los que se quedaron hablaban con envidia del samurai, que había merecido especial atención del señor Shiraishi, un miembro de la casa de Su Señoría.

Mientras se preparaba para el viaje de regreso, el samurai saboreaba el inmerecido elogio que había recibido. Además, había descubierto que el gran barco que se estaba construyendo en el puerto no era de guerra, sino una nave del Shogun que llevaría:

de retorno a su país natal a los marinos extranjeros que habían naufragado el año anterior cerca de Kishu. Ésos eran los extranjeros, y la nave se construía bajo su dirección.

Pasó otra noche en Mizuhama y regresó a la llanura el día siguiente. Su tío aguardaba ansiosamente su retorno, pero cuando oyó la historia del sobrino, la decepción cubrió su rostro demacrado. Sin embargo, la noticia de que el señor Shiraishi había demostrado especial favor al samurai reavivó sus esperanzas, e hizo que su sobrino repitiera una y otra vez esa parte del relato.

Concluyó el otoño y llegó el invierno. Todas las noches el viento soplaba sobre la nieve que cubría la ciénaga. Durante el día los criados se sentaban alrededor del hogar y trenzaban cuerdas de paja. Esas cuerdas, llamadas motozu, se usaban como cinchas y riendas para los caballos, o para colgar sacos o líos de la silla. A veces, Riku contaba cuentos a su hijo menor, Gonshiro. Eran las mismas historias de hombres engañados por zorros, o de diabólicos zorros exorcizados, que el samurai había oído en su infancia de labios de su madre y de su abuela.

Llegó el día de Año Nuevo. Se hicieron ofrendas de tortas de arroz a los dioses del nuevo año, y se prepararon tortas de arroz y de judías rojas, que no eran parte de la dieta habitual. Aunque no cayó nieve ese día, por la noche el viento sopló sobre la llanura con el mismo gemido de siempre.

Los ancianos magistrados de Su Señoría estaban sentados en fila sobre el estrado en el salón apenas iluminado. Sus rostros sombríos e inexpresivos recordaban al misionero las estatuas de Buda que había visto en un templo de Kioto. Pero como había vivido muchos años en ese país, sabia perfectamente que esa superficie inescrutable no indicaba mentes en blanco, sino astutos planes ocultos.

A su lado, sentado en un banco, estaba el ingeniero jefe español, a quien había traído consigo de Edo con un permiso especial. A diferencia del misionero, el ingeniero era incapaz de sentarse al modo japonés. A poca distancia de ambos, el secretario del castillo estaba con las manos sobre las rodillas, mirando al frente.

Los dos grupos intercambiaron largos saludos; cuando el misionero terminó de traducirlos, la conversación se centró de inmediato en el tema principal.

-La eslora de la nave será de dieciocho ken. La manga de cinco ken y medio, el puntal de catorce ken, un shaku y cinco sun.

Los ancianos magistrados estaban muy interesados en la forma del galeón que se iba a construir.

-Tendrá dos mástiles: el principal de quince brazas, y el secundario de trece.' El casco será barnizado.

Mientras traducía la descripción del ingeniero, el misionero se preguntaba a qué finalidad exacta destinarían los japoneses esa nave. Luego, un anciano preguntó en qué se diferenciaba ese galeón de las naves del Shogun. Le respondieron que la relación entre la eslora y la manga era de 3.3 a 1, lo que servía para aumentar su velocidad. Además, llevaba velas latinas para poder cambiar rápidamente de rumbo si la dirección del viento variaba. Mientras el misionero traducía esta respuesta del ingeniero, los ancianos -y en particular el señor Shiraishi, sentado en el centro- escuchaban con ávida curiosidad. Pero una vez concluida la explicación, sus rostros volvieron a tornarse inexpresivos como profundas ciénagas.

Para construir esa gran nave Su Señoría había traído ya doscientos carpinteros y ciento cincuenta herreros de todo su dominio. Pero se necesitaba casi el doble para apresurar la construcción. El ingeniero se quejó de que el número de trabajadores era insuficiente.

-Dice que en otoño hay muchas tormentas en el mar, y que convendría partir a principios del verano, teniendo en cuenta que el viaje desde aquí hasta Nueva España lleva dos meses.

Los ancianos magistrados de Su Señoría no podían concebir la vastedad del océano.

Durante muchos años los japoneses habían considerado el océano sólo como un gran foso que los protegía de los bárbaros. No sabían dónde estaba situada Nueva España.

Sólo ahora empezaban a comprender que del otro lado del mar había enormes extensiones de tierras habitadas por muy diversos pueblos.

-Hablaremos con Su Señoría -dijo el señor Shiraishi-. No debéis preocuparos por la escasez de mano de obra.

El ingeniero expresó su gratitud.

-Nada tenéis que agradecerme. Como os he dicho antes, ahora que estamos construyendo nuestra propia gran nave, pensamos pediros algo. -El señor Shiraishi sonrió sardónicamente.

La petición consistía en que los marinos españoles obtuvieran la promesa del virrey de Nueva España de enviar naves a los dominios de Su Señoría durante muchos años futuros. Su Señoría se proponía obtener del Naifu permiso para construir un puerto' comercial que pudiera rivalizar con Nagasaki en Kyushu. Lo único que pedían a los miembros de la tripulación era que consintieran en transmitir al virrey de Nueva España los deseos de Su Señoría.

El ingeniero respondió que ellos se sentirían felices de servir como intermediarios.

Y halagó incluso a sus huéspedes afirmando que en Nueva España serían muy apreciados los productos japoneses, en particular el cobre, la plata y el polvo de oro de esa provincia, y que los navíos japoneses con esos cargamentos serian bienvenidos en su país. El único problema, explicó, era la construcción de un buen puerto donde los galeones pudieran atracar, pero por suerte cualquiera de las caletas que habían examinado la semana anterior -Kesennuma, Shiogama o Tsukinoura- serviría perfectamente.

El señor Shiraishi y los demás ancianos asintieron, complacidos por esta observación, y la conversación pasó luego al clima y a los habitantes de Nueva España.

Cuando esta conversación banal concluyó, el ingeniero pidió que lo excusaran, se levantó de su banco e inclinó profundamente la cabeza a la usanza japonesa. Un joven asistente que esperaba fuera le abrió la puerta corredera.

-Señor Velasco, quedaos un momento -dijo uno de los ancianos.

Cuando el asistente se alejó con el ingeniero, el señor Shiraishi agradeció al misionero su tarea de intérprete, y luego le dirigió una sonrisa indulgente, muy diferente de la expresión que había mostrado en presencia del ingeniero.

-¿Creéis que nos ha dicho la verdad?

Sin saber a qué se refería el señor Shiraishi, el misionero no pudo responder.

-Ha dicho que Nueva España daría la bienvenida a las naves japonesas. -La sonrisa desapareció bruscamente del rostro de Shiraishi, que repitió la pregunta-. ¿Creéis que es verdad?

-¿Qué piensa el señor Shiraishi? -dijo el misionero, tratando de descubrir el verdadero sentido de la pregunta.

-Nosotros no lo creemos.

-¿Por qué no? -Con expresión deliberadamente dubitativa, el misionero alzó la vista.

-Es natural. Como vuestro país es el único que posee naves capaces de atravesar los anchos mares, y los conocimientos necesarios de navegación, vosotros habéis venido aquí y adquirido el monopolio de las vastas ganancias que nosotros podemos ofrecer. Y sin duda no deseáis compartir esas ganancias con hombres de otras naciones.

Nueva España no se sentirá complacida de ver naves japonesas cruzando el océano.

Aunque habían percibido la insinceridad de los halagos del ingeniero, habían fingido con toda deliberación que sus respuestas les parecían satisfactorias. Ésa era la actitud típica de los japoneses en sus tratos con otros.

El misionero no pudo contener una sonrisa irónica.

-Puesto que lo comprendéis, nada tengo que agregar. Pero entonces, si lo sabéis, ¿por qué seguís adelante con la construcción de la nave?

-Señor Velasco, verdaderamente queremos comerciar con Nueva España. Todos los barcos procedentes de Luzón, Macao y las naciones de Europa se reúnen en Nagasaki. Ninguno viene hasta el dominio del Naifu en Edo, y menos todavía hasta Rikuzen. Aunque en los dominios de Su Señoría hay muchos buenos puertos, los barcos de Nueva España deben pasar por Luzón antes de llegar al Japón. Y hemos creído entender que, cuando esos barcos llegan a Luzón, las corrientes los llevan invariablemente a Kyushu.

-Es verdad.

-Entonces, ¿qué podemos hacer? -El señor Shiraishi golpeó lentamente su mano izquierda con los dedos de la derecha, como si estuviera confundido-. ¿Se os ocurre cómo podríamos establecer lazos comerciales entre Rikuzen y Nueva España, padre?

El misionero apartó instintivamente la mirada cuando escuchó la inesperada palabra «padre». No deseaba dejar entrever el tumulto de su corazón. En Edo jamás lo habían llamado «padre».

Fuera caía la nieve; todo estaba en silencio.

Los ancianos magistrados lo miraban, también en silencio. Penosamente consciente de sus miradas, respondió:

-No tengo nada que sugerir. Aquí, como en Edo, soy... solamente un intérprete.

-En Edo, puede ser -respondió suavemente el señor Shiraishi-. Pero aquí no sólo sois un intérprete, sino también un padre. El cristianismo no está prohibido en los dominios de Su Señoría.

Era como decía. En esa región los sacerdotes no debían esconderse como en Edo.

Y los fieles no debían abjurar de sus creencias.

-Señor Velasco, ¿no os agradaría traer más padres de Nueva España? -La voz del señor Shiraishi era amable y seductora. El misionero apretó los puños hasta que quedaron cubiertos de sudor, para no rendirse a esa voz suave. Con su intenso orgullo, le trastornaba que los japoneses jugaran así con él.

-¿Os burláis de mí? No os creo.

-¿No? ¿Por qué no?

-Tarde o temprano, el Naifu proscribirá el cristianismo también aquí.

Al oir la voz irritada del misionero, el señor Shiraishi dirigió una sonrisa de satisfacción a los demás estadistas.

-No tenéis nada que temer. En nuestro dominio, y sólo aquí, el Naifu permite y permitirá siempre el culto cristiano. Esta es la voluntad del Naifu y también la de Su Señoría.

-¿Reconocerían el cristianismo y permitirían que vinieran más padres? Y a cambio de eso, ¿querrían que Nueva España aceptara un acuerdo comercial? ¿Es ésta su voluntad?

Una furia aún más intensa se desató en la mente del misionero, y se contuvo firmemente. Su irritación no se debía a los japoneses, sino a su propio descuido. Le mortificaba verse cada vez más arrastrado a las trampas tendidas por las sutiles palabras del señor Shiraishi.

-¿Creéis que Nueva España consentiría en un acuerdo de ese carácter?

-No lo sé. -El misionero sacudió la cabeza; deseaba despertar una sombra de ansiedad en los ojos de los ancianos, e incluso provocar en ellos cierta consternación-.

Creo que... probablemente es imposible.

El misionero estudió la reacción de los ministros, alineados como estatuas de Buda en el oscuro santuario de un templo, y saboreó la agitación interior que sentían.

-Los jesuitas han comunicado ya a Luzón, a Macao y a Nueva España que en Edo se han ejecutado cristianos. Incluso siles dijerais que el cristianismo será respetado en este dominio, creo que no os concederían enseguida su confianza.

El misionero no perdió la oportunidad de censurar a los jesuitas. Había tocado un punto vulnerable, y los japoneses volvieron a sumirse en el silencio. El anterior silencio había sido parte de su estrategia; pero él estaba seguro de que éste se debía a que habían recibido un golpe inesperado.

-Existe una posibilidad... -Como si quisiera dar a sus adversarios la oportunidad de recobrarse, agregó-: Sólo hay una persona que podría persuadir al rey de España de aceptar ese acuerdo: el Papa de Roma.

El rostro del señor Shiraishi se endureció de inmediato. Era un tema demasiado remoto para ancianos estadistas que habían pasado sus vidas en un feudo del noreste de Japón. Aislados del mundo cristiano, virtualmente nada sabían de la existencia de un Papa ni de su autoridad absoluta. El misionero explicó que la relación entre el Papa y los reyes de Europa era similar a la que existía entre el emperador, en Kioto, y los señores feudales.

-Sólo que respetamos más al Papa que vosotros al emperador de Kioto.

Mientras escuchaba esta explicación, el señor Shiraishi cerró los ojos y volvió a golpear su mano izquierda con los dedos de la derecha. La nieve del exterior intensificaba el silencio del gran salón. Los ancianos tosían de vez en cuando, mientras aguardaban serenos la decisión del señor Shiraishi.

El misionero estaba secretamente gozoso del desconcierto de los japoneses. Aquelíos hombres que habían intentado enredarlo sin dificultades eran ahora víctimas de la incertidumbre. Debía aprovechar la situación y jugar su as.

-Nuestra orden -dijo el misionero- goza de la especial confianza del actual Papa.

-¿Entonces?

-Quizá convendría enviar al Papa a un miembro de nuestra orden con una carta de Su Señoría. Una carta donde se explicara que en los dominios de Su Señoría los cristianos serán bien tratados, que se desea la venida de más padres, que se permitirá la construcción de muchas catedrales...

Casi estuvo a punto de agregar: «y que yo seré bienvenido como obispo de Japón».

Se avergonzó de su vanidad, pero inmediatamente se dijo: «No actúo por interés egoísta. Quiero ser obispo para poder crear en este país una firme línea de defensas contra quienes desean proscribir la cristiandad. Y sólo yo puedo negociar con estos astutos paganos japoneses...».

CAPÍTULO 2

Tercer mes, vigésimo día

Mal tiempo. Lluvia. Se probaron las armas. Se guardó la pólvora en las jaulas de los halcones.

Tercer mes, vigésimo primer día

Un poco de lluvia. Se construyeron tres edificios en los terrenos del palacio.

Tercer mes, vigésimo segundo día

Mal tiempo. Vinieron el señor Shiraishi, el señor Fuj ita y el señor Harada Sabanosuke: discutieron el envío de la nave a un país extranjero.

Tercer mes, vigésimo tercer día

Reunión del señor Shiraishi, el señor Fujita y el extranjero Berasuko en el gran salón. Berasuko es un hombre alto, de cara roja y nariz grande, mayor de cuarenta años. Se limpia frecuentemente las comisuras de los labios con una tela blanca.

Tercer mes, vigésimo quinto día

Buen tiempo. Un baño por la mañana. Luego una reunión. Vinieron el señor Shiraishi y el señor Ishida.

Tercer mes, vigésimo sexto día

Buen tiempo. El señor Ishida se marchó.

(Del diario del castillo.)

Repentinamente llegó el aviso de que el señor Ishida, que había participado en una reunión en el castillo, pasaría mañana por la llanura para reposar en el viaje de regreso a su feudo. Cuando se supo la noticia, los pobladores acudieron en gran número y esparcieron tierra sobre la nieve endurecida, rellenaron los pozos de arena movediza y barrieron la nieve delante de la casa del samurai. Riku supervisaba a las mujeres, que se movían tumultuosamente limpiando una habitación tras otra.

Al día siguiente, por suerte el cielo estaba claro cuando el samurai y su tío se dirigieron a la entrada de la llanura para recibir al señor Ishida y a su séquito. Ni una sola vez, desde los días del padre del samurai, el señor Ishida había pasado por el feudo del samurai en viaje a su castillo. Por ese motivo el samurai sentía una vaga aprensión, preguntándose qué ocurriría. Deploraba el excelente humor de su tío, que no había olvidado las amables palabras que el señor Shiraishi había dirigido a su sobrino en Ogatsu y estaba convencido de que su petición había sido atendida.

Cuando los dos grupos se encontraron, el señor Ishida saludó jovialmente al samurai y a su tío y, precedido por ellos, se dirigió a la casa. En lugar de entrar en la habitación que se había preparado para él, el señor Ishida quiso sentarse junto al hogar.

-No hay hospitalidad más cálida que un fuego -bromeó, tratando quizás de tranquilizar al dueño de la casa. Comió con placer el arroz cocido que Riku le ofreció e hizo varias preguntas acerca de la vida en la llanura. Luego, entre dos sorbos del agua caliente que quedaba en el bol, dijo bruscamente-: Hoy os he traído un hermoso presente. -Y al observar que los ojos del tío del samurai resplandecían cuando oyó estas palabras, agregó-: No es la noticia de una guerra. No creo que haya ninguna batalla. Haríais mejor en

abandonar el sueño de volver a Kurokawa distinguiéndoos en el combate. -Después de aclarar esta cuestión, continuó, mirando al samurai-:

Pero podéis realizar otro servicio. Vengo con una noticia que os dará mucho más mérito que una batalla. Sabéis que Su Señoría está construyendo una gran nave en Ogatsu. Esa nave llevará a los extranjeros que el mar arrojó a la costa en Kishu a una tierra distante llamada Nueva España. Ayer, en el castillo, el señor Shiraishi sugirió vuestro nombre, y se os ha ordenado que viajéis a Nueva España como enviado de Su Señoría.

El samurai no lograba comprender lo que decía el señor Ishida. Miró inexpresivamente el rostro de su amo. Sentía que había dado con una situación absolutamente inesperada, y no podía recobrar el aliento ni pronunciar una palabra. De lo único de lo que estaba seguro era de que las rodillas de su tío temblaban.

-¿Comprendéis? ¡Iréis a un país llamado Nueva España!

Nueves Panya. El samurai jamás había oído antes ese nombre, e intentó repetirlo mentalmente. NU-E-VA ES-PA-ÑA. Sentía que escribían en su mente cada sflaba con los firmes trazos de un grueso pincel.

-He sabido que el señor Shiraishi os habló hace algún tiempo en Ogatsu. Y ha dicho en el Consejo de Ancianos que no desempeñaríais mal esta misión. De modo que si os distinguís en ella, quizás él quiera devolveros el feudo de Kurokawa a vuestro regreso.

El tío del samurai temblaba. Sus rodillas se entrechocaban. El samurai puso sus manos sobre sus propias rodillas y esperó con la cabeza inclinada. Cuando las rodillas del tío dejaron de temblar, el señor Ishida rió.

-Supongo que esto debe pareceros un sueño. -La sonrisa desapareció súbitamente de su cara-. No es un sueño -dijo con determinación.

Sin embargo al samurai la voz del señor Ishida, mientras hablaba de la gran nave y de Nueva España, le parecía venir desde muy lejos. Su memoria registró solamente que en ese barco viajarían treinta marinos extranjeros, cuatro emisarios japoneses con sus asistentes, algunos marinos japoneses y más de cien mercaderes del Japón. La nave era más grande que el junco más grande, y el viaje a Nueva España llevaría dos meses.

Además, un sacerdote extranjero se uniría al grupo como intérprete y para hacer los arreglos que necesitaban los emisarios cuando llegaran a su destino. Nueva España era un territorio de España; con el consentimiento del Naifu, Su Señoría iniciaría relaciones comerciales con ese país y trataría de convertir Shiogama y Kesennuma en puertos que pudieran rivalizar con Sakai y Nagasaki.

El samurai no sabía qué parte de esta información era capaz de asimilar su anciano tío. Incluso a él mismo le parecía un sueño. Había vivido en esa diminuta llanura toda su vida, y allí esperaba morir. Nunca había pensado que embarcaría en una gran nave y haría un largo viaje a una tierra extranjera. De alguna manera, nada de esto le parecía real.

Finalmente el señor Ishida se puso de pie para marcharse. Sus asistentes corrieron a buscar los caballos. Mientras acompañaban a la comitiva a la entrada de la llanura, ni el samurai ni su tío encontraron mucho que decir: simplemente seguían a los demás.

Ni siquiera cuando el grupo desapareció de la vista los dos hombres hablaron: sólo cuando retornaron a la casa. Riku, que había escuchado la conversación desde la cocina, huyó con el rostro de color ceniza. Era como si el señor Ishida todavía estuviera sentado junto al hogar. El tío del samurai se sentó junto al fuego con las piernas cruzadas. Durante largo rato guardó silencio; luego algo, un suspiro o un gemido, escapó de sus labios.

-¿Qué significa esto? -balbuceó-. No comprendo.

Tampoco el samurai comprendía. Si Su Señoría buscaba un enemigo especial para enviarlo a un país lejano, podía encontrar dentro de los muros del castillo muchos hombres de gran prestigio. La jerarquía del séquito de Su Señoría estaba formada, en primer lugar, por los generales y los coroneles, y luego por los tenientes, los sargentos y los cabos. Los miembros de la familia del samurai sólo tenían el grado de cabos.

No podía comprender por qué un vasallo de tan baja graduación como él había sido deliberadamente elegido e incluido entre los emisarios de Su Señoría.

-¿Ha dispuesto eso el señor Shiraishi sólo para mi beneficio?

Si era así, seguramente se debía a que el señor Shiraishi recordaba los servicios que su padre le había prestado en las batallas de Koriyama y Kubota. Una vez más el samurai vio ante él el rostro de su padre.

Riku reapareció, pálida, desde la cocina y se sentó al lado del hogar. Miró las caras de su marido y su tío.

-Roku se va... a una lejana tierra extranjera -dijo su tío, no tanto para Riku como para sí mismo-. Es un honor. Un gran honor. -Y luego, quizá para disipar sus propios temores, murmuró-: Si Roku desempeña esa importante misión, es posible que nos devuelvan nuestras tierras de Kurokawa... Eso es lo que ha dicho el señor Ishida.

Riku se puso de pie y desapareció en la cocina. El samurai sabía que luchaba para contener las lágrimas.

El samurai abrió los ojos en la oscuridad. Riku y Gonshiro dormían tranquilamente. Conservaba aún las imágenes del reciente sueño bajo los párpados. Había soñado que salía a cazar conejos un día de invierno. La detonación de la escopeta de Yozo atravesaba el aire glacial sobre los campos nevados, y luego se ensanchaba lentamente como las olas del mar. Una bandada de aves migratorias bailaba en el cielo azul. Contra el azul del cielo, sus alas eran blancas. El samurai había visto llegar esas aves blancas a sus dominios todos los inviernos; no sabía de dónde venían.

Sólo que era de una tierra lejana, un país remoto. Quizá venían incluso de Nueva España, el país que ahora iba a visitar.

¿Por qué había sido elegido como uno de los emisarios? En la oscuridad, las dudas flotaban en su mente como burbujas. Su familia tenía el grado samurai rural de cabo; había servido desde los tiempos del padre de Su Señoría, pero no había realizado ninguna hazaña excepcional. No había motivo para que el cabeza de una familia semejante fuera elegido entre tantos otros. Su tío lo atribuía ingenuamente a la intercesión del señor Shiraishi, pero el señor Ishida sabia sin duda que un hombre sin talento ni facilidad de palabra, como él, no estaba verdaderamente a la altura de tan importante responsabilidad.

«Lo único que tengo bueno -pensó, ausente, el samurai- es que siempre he obedecido a mi padre y a mi tío. Mi único talento es la capacidad de aguantar, como hacen los campesinos, sin ir jamás contra la corriente. Quizás el señor Ishida atribuya algún valor a esa perseverancia.» Su hijo se movió en sueños. El samurai odiaba abandonar a su familia y a su hogar.

En algún momento, la llanura había llegado a ser para él como la concha de un caracol.

Ahora lo arrancaban a la fuerza de su concha. «Y quizás... quizás en el curso de este largo viaje moriré y nunca más volveré aquí.» Súbitamente, el temor de no volver a ver a su mujer ni a sus hijos nubló su corazón.

Las olas suaves del puerto, donde flotaban numerosas balsas, reflejaban las siluetas de las colinas. En la orilla se habían apilado grandes cantidades de maderos. Se oían relinchos de caballos en todas direcciones. Las balsas y los maderos eran de zelkova, y provenían del monte Kenjo, que se erguía sobre el puerto; se había traído en barcas madera de cedro desde la península de Ojika y, desde Esashi y Kesennuma, cipreses hinoki para los palos mayores. La quilla de la nave se haría de zelkova.

Un estrépito de sierras y martillos resonaba sin cesar en los tres lados del puerto.

Varias carretas tiradas por bueyes pasaron ruidosamente al lado del misionero: traían toneles de barniz para aplicar al casco.

En las aguas bajas, los trabajadores se afanaban como hormigas alrededor de la estructura de la nave, que parecía el esqueleto desgastado por la intemperie de alguna bestia salvaje.

El misionero acababa de traducir otro de los innumerables debates entre los marinos españoles y los funcionarios navales japoneses. Los españoles se burlaban de ellos y no prestaban la menor atención a sus opiniones. Los japoneses insistían en construir una plataforma inclinada para botar la nave, y que ésta fuera empujada hasta el mar a fuerza de brazos. Aunque el misionero hablaba perfectamente el japonés, no siempre encontraba las palabras adecuadas de la jerga especializada.

Cuando finalmente se llegó a un acuerdo, el exhausto misionero se alejó. No fue a su cabaña. Era casi mediodía. Los demás buscaban algún sitio a la sombra para descansar, pero él debía aprovechar el tiempo para visitar todos los campamentos de trabajo.

Casi una docena de cristianos habían sido contratados como trabajadores manuales.

El misionero decía misa, les daba la comunión y escuchaba sus confesiones durante el descanso del mediodía. Originariamente, todos los cristianos vivían en Edo, pero cuando se prohibió allí la práctica del cristianismo y empezaron las persecuciones, todos huyeron al noreste. Trabajaban en las minas de oro, aislados unos de otros. Y así como las hormigas reconocen a la distancia la presencia de alimentos, habían olfateado el rumor de que había llegado el misionero y se reunieron en Ogatsu.

El cielo estaba claro, pero la brisa era muy fría. En Edo los sauces debían de echar ya brotes verdes, pero allí la nieve todavía cubría las colinas distantes y el color de los bosques era apagado. Aún no había llegado la primavera.

El misionero estaba en un campamento, esperando pacientemente a que uno de los trabajadores cristianos acabara su tarea. Por fin el hombre se acercó. Llevaba una toalla alrededor de la cabeza y virutas de madera adheridas a sus ropas en jirones.

-Padre -dijo el hombre. Sí, pensó el misionero; aquí no soy un intérprete de los japoneses. Soy el pastor de este pobre rebaño de creyentes.

-Padre, oid mi confesión, por favor.

Los maderos apilados los protegían del viento. El hombre se arrodilló mientras el misionero pronunciaba la plegaria de la confesión en latín y luego cerraba los ojos para oír las palabras que emergían de la boca maloliente del trabajador.

-Oía mis compañeros gentiles burlarse de la fe cristiana. No les dije nada. Permití que ridiculizaran a Dios y a nuestra religión. No quería perder su amistad.

-¿De dónde has venido?

-De Edo -respondió el hombre con timidez-. En Edo ya no toleran nuestras creencias.

El misionero le explicó que todos y cada uno de los cristianos debían ser testigos de Dios ante los demás hombres. Pero el hombre miraba con tristeza el mar mientras escuchaba.

-Tranquiliza tu ánimo. -El misionero trató de alentarlo y le puso una mano sobre la áspera ropa cubierta de virutas-. Pronto llegará el día en que nadie pueda reír de tus creencias.

Luego recitó la plegaria del perdón y se puso de pie. El hombre murmuró unas palabras de gratitud y se alejó. El misionero sabía que volvería a cometer el mismo pecado.

Aunque habían hallado refugio en esta región, los cristianos eran mirados con desdén por sus propios compañeros de trabajo. El tiempo en que guerreros y comerciantes competían por bautizarse había pasado hacía mucho en ese país. Estaba seguro de que la culpa era de los jesuitas. Si los jesuitas, hinchados de orgullo, no hubieran desafiado con sus acciones a los gobernantes del Japón, sin duda el clima sería todavía favorable...

«Si yo fuera el obispo del Japón... » El misionero se senté en una roca que dominaba el puerto y una vez más evocó su sueño. Era como un niño que saborea lentamente, en la cama, un dulce que ha escondido. Si yo fuera el obispo del Japón, no ofendería a los gobernantes como han hecho los jesuitas. Les ofrecería los beneficios que desean, y obtendría a cambio libertad para predicar el evangelio. Las tareas misioneras en este país no son sencillas, como en Goa o en Manila. Exigen estrategia y diplomacia. Si la estrategia y la diplomacia sirven para elevar la autoestima de estos pobres creyentes, serfa el primero en emplearlas.» Pensé con orgullo en su tío y en otros parientes que habían sido diplomáticos y cardenales de la Iglesia. Jamás le había avergonzado que por su cuerpo fluyera la sangre de su familia.

«Con estos astutos japoneses... » Para tratar con los japoneses, incluso el método utilizado para difundir el evangelio debería ser astuto. Una gaviota se elevó con un grito agudo sobre el puerto lleno de balsas. El misionero se vio con la mitra y las vestiduras rojas de un obispo. Trató de convencerse de que su deseo de ser obispo no era el producto de la ambición mundana, sino una imposición de la responsabilidad que tenía de difundir en Japón las enseñanzas divinas.

«Oh, Señor -rezó, mientras cerraba los ojos y aspiraba el aire salado-, que todo sea para Tu gloria.

La cabaña que los oficiales de Ogatsu le habían asignado estaba situada en la parte más profunda de la bahía, a considerable distancia de los alojamientos provisionales de los carpinteros y los trabajadores. Como todas las demás, estaba hecha de maderos toscamente cortados apilados uno sobre otro. En la única habitación dormía y se retiraba a orar. Desde sus días en el seminario tenía el hábito de atarse las muñecas antes de acostarse. Esa práctica le ayudaba a doblegar los violentos impulsos sexuales de su cuerpo robusto. La lujuria a que había prometido renunciar no lo atormentaba como en la juventud. Pero así como se ata un caballo que podría tratar de escapar en cualquier momento, el misionero, una vez concluidas sus plegarias de la noche, se ataba todavía las muñecas con una cuerda antes de tenderse rígidamente sobre su lecho.

Esa noche el rugido del mar era más violento que de costumbre. Pocas horas antes, el misionero había oído ese mismo ruido mientras regresaba por la playa oscura a su cabaña con la carta del padre Diego que los oficiales le habían entregado en el puesto de guardia. Golpeó un trozo de pedernal y encendió una vela. La llama creció y emitió una sola hebra negra de humo, proyectando una gran sombra contra los maderos de la cabaña. A la luz de

la vela, abrió la carta de Diego con sus manos atadas. Vio ante sus ojos el rostro de su incompetente joven colega.

«Ha pasado un mes desde que marchaste de Edo. Aquí la situación no ha empeorado ni ha mejorado.» La escritura de Diego era tan torpe como la de un niño, pero esos garabatos apretujados en el papel parecfan un reflejo apropiado de su sencilla personalidad.

«Todavía no nos permiten enseñar libremente nuestra fe y pasan por alto nuestra presencia porque el magistrado sabe que no hay nadie más para cuidar a los leprosos.

Sin duda, algún día también nosotros tendremos que huir al noreste como tú.

»Una vez más debo ser el portador de algunas noticias muy dolorosas. La Compañía de Jesús de Nagasaki ha enviado otra carta a Manila y a Macao en la que te censuran. Dicen que, aunque sabes perfectamente cómo es la persecución de los cristianos en el Japón, intentas persuadir a nuestro Santo Padre, en Roma, de que apoye el comercio entre el Japón y Nueva España. Sostienen que tus actividades son un atrevido experimento que pone en grave peligro el esfuerzo de las misiones en el Japón y que, si llevas demasiado lejos las cosas y convences a muchos jóvenes sacerdotes de Macao y de Manila que nada saben de este país, y los traes el Japón, provocarás la cólera del Naifu y del Shogun. Los jesuitas han solicitado a Macao tu censura formal. Te ruego que no lo olvides y que prosigas tus tareas con la mayor cautela.

El rostro del misionero parecía aún más feo a la luz de la vela. Había sido capaz de refrenar sus pasiones carnales, pero no la viveza innata de su temperamento. En ocasiones el orgullo de sus antepasados era una tortura para él. Su rostro, que no delataba sus cuarenta y dos años, estaba rojo de furia.

«Los jesuitas tienen celos de mí porque han perdido el favor del Naifu y del Shogun y son incapaces de recobrarlo -se dijo-. No pueden soportar la idea de que estemos encabezando la obra misionera en el país.» Aunque eran sacerdotes que creían en el mismo Dios y servían a la misma iglesia, los jesuitas, víctimas de los celos, lanzaban calumnias e invectivas contra él simplemente porque pertenecía a otra orden monástica. El misionero no podía aprobar semejante conducta. La postura que habían adoptado los jesuitas contra él y contra la orden de san Francisco no era la que correspondía a soldados que combaten honorablemente.

Sus métodos se parecían más a las intrigas de los eunucos en la corte de China.

Como para avivar su cólera, el bramido del mar creció aún más. El misionero acercé la vela al borde de la carta de Diego. La llama lamió el papel cubierto de desmañados caracteres, lo tiñó de color castaño oscuro y por fin lo consumió con un aleteo de mariposa. Pero incluso después de destruir la causa de su furia la paz no volvió a su corazón. Se arrodilló a orar. «Oh, Señor -murmuré-. Oh, Señor, Tú sabes quién puede servirte mejor en esta tierra, si ellos o yo. Haz de mí una roca para estos pobres santos japoneses, así como hiciste una roca de uno de Tus discípulos... » El misionero no comprendía que ésa no era una plegaria, sino una maldición contra quienes habían herido su orgullo.

-Padre...

Alguien lo llamaba en la oscuridad, y el misionero abrió los ojos. Un hombre estaba en el umbral de la puerta, como una sombra. El misionero reconoció sus ropas desgarradas Era el trabajador cuyos pecados había perdonado esa misma tarde, amparado del viento por una pila de maderos. Miraba al misionero con la misma expresión apesadumbrada.

-Ven.

El misionero se sacudió del regazo las cenizas de la carta y se puso de pie. La mirada triste del hombre le recordó los ojos enrojecidos y lagrimeantes de Diego. Apoyado contra la jamba de la puerta, con frases entrecortadas, el hombre preguntó si no podría conseguir que él y sus compañeros fueran contratados a bordo de la nave, ya

que también llevaría japoneses. Había llegado a esa región expulsado de Edo, y se quejaba de que todos se burlaban de él por ser cristiano, y de que había pocos sitios en que se le permitiera trabajar.

-Y todos pensamos lo mismo.

El misionero movió la cabeza.

-No es posible. Y además, si tú y tus amigos abandonáis este país, ¿quién asistirá a los sacerdotes que vengan en el futuro? ¿Quién cuidará a esos sacerdotes?

-Hace muchos años que no vienen padres.

-Es verdad, pero pronto vendrán muchos padres de Nueva España a los dominios de Su Señoría. Nadie lo sabe todavía, pero estoy seguro de que Su Señoría lo permitirá.

«Un día regresaré trayendo conmigo muchos sacerdotes -murmuró el misionero para sus adentros-. Ese día seré designado obispo y seré el guía de esos sacerdotes.» El hombre froté con la mano la jamba de la puerta, cada vez más triste a medida que oía las palabras del misionero. La luz de la vela se tomó más brillante cuando se volvió.

-Ve a tu cabaña y di a los otros lo que te he contado. Pronto no habrá necesidad de paciencia. Te lo prometo.

En los hombros del cristiano había todavía virutas. Cuando la oscuridad lo devoró, el misionero apretó las cuerdas alrededor de sus muñecas para que sus manos atadas no pudieran responder ni aunque el Adversario intentase inflamar sus pasiones...

Un grupo de campesinos aguardaba en el vestíbulo de tierra batida a que el samurai saliera. Eran representantes de los tres pueblos de la llanura. Pacientes, en cuclillas, de vez en cuando tosían o estornudaban.

Pronto se oyó ruido en el interior y las toses y estornudos cesaron cuando aparecieron el samurai, su tío y Yozo.

El samurai ocupé el lugar de honor junto al hogar y miró a los campesinos. Sus rostros se parecfan al suyo por los ojos hundidos y los pómulos salientes. Eran rostros que habían soportado muchos largos años de viento y nieve, de hambre, de duro trabajo. Eran rostros acostumbrados a la resistencia y a la resignación. Entre ellos el samurai debía elegir asistentes que lo acompañaran a través del gran océano hasta Nueva España, una tierra que ninguno de ellos había visto ni siquiera en sueños. Las órdenes del castillo permitían que cada emisario llevara un máximo de cuatro hombres.

-Tenemos buenas noticias para vosotros.

Antes de que el samurai pudiera decir nada, su tío había hablado con aire de satisfacción.

-Estoy seguro de que todos habéis oído hablar del gran barco de Ogatsu. Por orden de Su Señoría, ese gran barco partirá a una lejana tierra extranjera. -Se volvió Con orgullo hacia su sobrino-. Rokuemon irá en ese barco, en calidad de emisario de Su Señoría.

Los campesinos miraban con ojos opacos que no revelaban excitación ni sorpresa.

Eran como perros viejos que miran con apatía todos los asuntos de los hombres.

-Como asistente de Rokuemon -el tío del samurai indicó con la barbilla a Yozo, a quien se le había permitido sentarse en un ángulo de la habitación- irá Yozo, con quien ya hemos hablado. Otros tres hombres, uno de cada pueblo, irán también.

Las caras de los campesinos en cuclillas se endurecieron por un instante, como si las hubiera tocado la rigidez de la muerte. No era la primera vez que ocurría una cosa así. Todos los años, cuando era necesario elegir personal para los deberes del vasallaje, los campesinos adoptaban una expresión momentáneamente dura mientras el samurai leía los nombres de los elegidos.

-El viaje será largo, lo que afectaría gravemente a los hombres que tienen esposa e hijos. No lo olvidéis, y elegid vosotros mismos.

Sentado junto a su tío, el samurai pensó en las angustias que sufrirían los tres hombres elegidos. Como él, ellos estaban estrechamente unidos a la llanura, como la concha al caracol. Pero sin duda aceptarían esta orden con resignación, así como habían soportado, bajando la vista, la nieve arrastrada por el viento.

Los campesinos unieron las cabezas, como caracoles en una caja, y conversaron en voz baja. La conversación duró un rato. Durante ese intervalo, el samurai y su tío guardaron silencio. Los jovenes elegidos fueron Seihachi, Ichisuke y Daisuke; cada uno de un pueblo, ninguno con mujer ni hijos. El tío del samurai asintió.

-Recordad que dedicaremos especial cuidado a los parientes de estos hombres hasta que Rokuemon regrese.

Los demás campesinos parecían felices de no haber sido elegidos. Una vez más tosieron y estornudaron, y luego inclinaron la cabeza y salieron. El olor a tierra y a sudor de sus ropas de trabajo persistió en la habitación.

-Muy bien, muy bien. -Esforzándose por parecer alegre, el tío del samurai golpeó sus propios hombros con los puños-. Odio dar esta clase de órdenes. Pero esto es como una batalla. El resultado decidirá si nos devuelven o no las tierras de Kurokawa.

Riku estará muy ocupada haciendo bultos y preparando tu viaje. ¿Cuándo deben reunirse los emisarios en el castillo de Su Señoría?

-Después del diez. Allí recibiremos instrucciones.

-Roku -dijo el tío, en voz más suave-, debes cuidar de tu salud durante el viaje.

El samurai bajó la vista, pero sintió amargura. Su tfo sólo pensaba en las tierras perdidas de sus antepasados. Para el anciano, la única razón de existir era alcanzar a verla devolución de esas tierras. Pero el samurai, como los campesinos que acababan de marcharse, no deseaba obtener nuevas tierras y trasladarse. Quería seguir viviendo en la llanura, como hasta ahora, y morir allí.

-Me ocuparé de los caballos. -El samurai cambió una mirada con Yozo y salió.

Los caballos sintieron que se acercaba su amo; oyó que piafaban. Mientras aspiraba el olor de la paja húmeda del establo, el samurai se apoyó contra la pared y se dirigió al asistente principal.

-Gracias -dijo suavemente a Yozo-. ¿De modo que vendrás conmigo?

Yozo retorció una paja entre las puntas de los dedos y asintió lentamente. Era tres años mayor que el samurai, y ya se veían entre su pelo algunas hebras blancas. Mientras el

samurai miraba la cabeza de Yozo, sus pensamientos volvieron a su juventud, cuando el criado le enseñaba a montar a caballo y a poner trampas para conejos. En realidad, era Yozo quien le había enseñado a cuidar la escopeta en la batalla y a nadar.

Como los demás campesinos, Yozo olía a tierra, y tenía los mismos ojos hundidos y pómulos salientes. En su juventud, cuando segaban la hierba o cortaban lelia en el bosque para el invierno, Yozo había acompañado siempre al samurai para enseñarle una cosa u otra.

-Todavía no comprendo por qué he sido designado emisario -murmuré el samurai mientras acariciaba el morro de un caballo. Hablaba consigo mismo y no con Yozo-

Y no sé si el viaje será peligroso, y ni siquiera a qué clase de país vamos... Por eso será una ayuda tenerte a mi lado.

El samurai sonrió como avergonzado de su propia sinceridad. Yozo apartó la mirada para refrenar las emociones que brotaban en él, y empezó a amontonar la paja sucia a un lado y a esparcir paja seca en su lugar, como si el trabajo le permitiera olvidar sus ansiedades y temores acerca del viaje.

Diez días más tarde, el samurai y Yozo partieron a caballo hacia el Castillo de Su Señoría. El señor Shiraishi debía dar instrucciones a cada uno de los emisarios. Era un viaje de un día y medio, y los dos hombres atravesaron muchos pueblos tan pobres como los propios antes de emerger a una amplia llanura. Allí había ya señales de la primavera. Brillaba un cálido sol; las magnolias del bosque estaban salpicadas de flores blancas y en los campos todavía no arados un grupo de niños jugaba con una guirnalda de flores de loto. Cuando el samurai miró la escena, comprendió como si fuera

por primera vez que partiría hacia una tierra distante y desconocida.

En el lado opuesto de la llanura, el castillo de Su Señoría se alzaba como un barco de guerra, negro, enorme, terrible. Al pie de la colina donde estaba construido el castilb se veía la ciudad entre el velo deslumbrante de la luz de primavera. Justo a la entrada de la ciudad habfa un mercado. Los comerciantes exhibían en el suelo toda clase de cosas, desde ollas y calderos hasta aceite, sal, telas de algodón y alfarería, y las ofrecían a gritos al público. El samurai y su compañero, acostumbrados al silencio de la llanura, contemplaban sorprendidos la barahúnda. Vadearon un río bajo las ganas blancas que se cernían en el cielo y subieron por la colina hasta el castillo. Un soldado de infantería con una lanza custodiaba la gruesa puerta de acero, y los dos hombres tuvieron que desmontar antes de seguir adelante.

Como mero cabo, el samurai no podía entrar en la ciudadela sin permiso. Cuando llegaron al edificio que le indicaron, dentro del terreno del castillo, los demás emisarios ya estaban allí, aguardando en el patio interior. Los tres hombres sentados en bancos, Matsuki Chusaku, Tanaka Tarozaemon y Nishi Kyusuke, tenían la misma graduación que el samurai. Intercambiaron saludos sin poder ocultar su tensión y su ansiedad.

Había otros seis bancos alineados. Tras una breve espera, se oyeron pasos y un oficial escoltó al patio a tres extranjeros con curiosas vestiduras. Sus rostros angulosos recordaban, a los japoneses, a cuervos. Se sentaron en los bancos frente a los emisarios. En ese momento el señor Shiraishi y dos asistentes salieron de la casa y ocuparon sus asientos.

Antes de sentarse, el señor Shiraishi miré brevemente la cabeza baja del samurai y asintió complacido. Con gran solemnidad presentó a los extranjeros como los principales tripulantes de la nave española que había sido arrastrada a Kishu dos años antes.

El samurai reconoció al extranjero sentado en un extremo como el intérprete que formaba parte de la comitiva del señor Shiraishi aquel día en la playa de Ogatsu.

-Llevaréis suficientes lanzas, banderas e incluso ropas para vuestros asistentes, de modo que no tengáis un aspecto indecoroso en Nueva España ni avergoncéis a Su Señoría. Y cuando estéis allí -el señor Shiraishi miró al intérprete-, seguid en todo las instrucciones del señor Velasco.

El extranjero llamado Velasco sonrió, contento de sí mismo, mientras examinaba al grupo de samurais. Esa sonrisa parecía decir a los japoneses que, sin él, los emisarios nada podrían hacer en Nueva España.

Se ordené a los emisarios y a sus asistentes que se reunieran en Tsukinoura dos días antes del quinto día del quinto mes, fecha de la partida. El gran barco sería remolcado hasta Tsukinoura, desde donde iniciaría el viaje.

Después de recibir detalladas instrucciones, se ofreció sake a los emisarios en una cámara separada. Mientras el grupo salía del patio, el señor Shiraishi dijo «Rokuemon» e indicé al samurai que se quedara.

-Rokuemon, este viaje no será fácil, pero debéis cumplir vuestra misión con toda vuestra capacidad. Fue idea mía y del señor Ishida elegiros. En parte, a causa de las tierras de Kurokawa. Si cumplís bien esta misión, quizá después de vuestro regreso el Consejo de Ancianos reconsidere vuestra situación. Pero no debéis hablar de esto a vuestro tío.

El samurai escuchó con deferencia. Su corazón estaba lleno de gratitud por la amabilidad del señor Shiraishi y sintió el impulso de apoyar sus manos en el suelo e inclinarse.

-En el país de los extranjeros -agregó bruscamente el señor Shiraishi-, las costumbres serán sin duda diferentes de las nuestras. No debéis aferraros a las costumbres japonesas si se oponen a vuestra misión. Si lo que es blanco en Japón es negro en los pafses extranjeros, consideradio negro. Aunque vuestro corazón no esté convencido, en vuestra cara debe haber una expresión de aquiescencia.

Sus palabras desconcertaron al samurai. Ese mismo día, más tarde, salió del castilb a pasear por la ciudad con Yozo. En las calles próximas al castillo estaban las mansiones de los vasallos de rango; las casas de los comerciantes se agrupaban en O-machi, Minami-machi, Sakana-machi y Ara-machi; y había numerosos templos en todos los barrios. Yozo unió sus manos en ferviente plegaria en cada templo que visitaron. El samurai comprendía bien cómo se sentía su servidor.

Compré caballos de juguete para sus hijos y un peine para Riku. Mientras lo compraba, el rostro de su esposa apareció vívidamente ante sus ojos y, a pesar suyo, enrojeció delante de Yozo.

A medida que pasaban los días, uno tras otro, el samurai sentía un peso más grande en el corazón, como si estuviera cargado de piedras. Estaba a punto de embarcarse en Un largo viaje por mar hacia una tierra desconocida, y esa realidad inevitable era safoL cante. Como los campesinos, odiaba la idea de abandonar la llanura. Sin embargo, cada vez que pensaba en esto, recordaba las palabras del señor Shiraishi y recuperaba el ánimo.

Las señales de la primavera aumentaban. Las matas de belcho se erguían del suelo como espadas y en todas partes crecían flores amarillas. Desde su infancia la llanura había sido parte de su vida, y el samurai sabía que durante el viaje sentirfa nostalgia.

No volvería a ver aquellas escenas durante largo tiempo.

Idénticos pensamientos invadían su mente durante la noche, cuando estaba junto al hogar y contemplaba los rostros de su mujer y sus hijos. En una oportunidad cogió en brazos a Gonshiro y le dijo: .Papá se va a un país lejano», pero el niño no podía comprenderlo.

-Papá se va a un país lejano, y traerá regalos para Kanzaburo y también para Gonshiro - repitió, y luego le contó una historia que le había oído a su madre muchos años antes.

-Había una vez -empezó, meciéndose y hablando como para sí mismo- una rana de un pueblo de la llanura y una rana de la región de San'in. En la primavera, cuando se derritió la nieve, decidieron ir de excursión, y treparon hasta la cumbre de la montaña. Hasta la cumbre misma...

Gonshiro estaba casi dormido, pero el samurai continué:

-Y había una vez una rana que decidió viajar a Kamigata. Iba detrás de un mercader de caballos...

La habitación llamada Sala del Halcón era oscura y fría. Lo único que atrajo su atención fue la puerta corredera, de cuatro hojas, decorada con dibujos de halcones de ojos inquisitivos. En el castillo de Edo y en las residencias de muchos hombres poderosos el misionero había visto a menudo habitaciones frías y siniestras como ésta.

Siempre había sentido que las intrigas de los japoneses acechaban como sombras en la oscuridad de esos recintos.

-«Humildemente nos presentamos ante el gran señor de todo el mundo. Su Santidad Pablo V, Papa de Roma... » Un anciano secretario del castillo leía el borrador de la carta de Su Señoría. Los magistrados estaban sentados en un estrado, el señor Shiraishi en el Centro, y el secretario tenía el cráneo rasurado y las ropas típicas de los monjes budistas.

-«Velasco, un sacerdote de la orden de san Francisco, ha venido a nuestra tierra a difundir el cristianismo. Ha visitado nuestros dominios y me ha enseñado los misterios de la fe cristiana. He logrado de este modo comprender por vez primera la importancia de esas enseñanzas y he decidido sin vacilar abrazar esa fe.» El monje se equivocaba a veces mientras leía la carta que él mismo había escrito.

-«Por lo tanto, debido a mi amor y respeto a los sacerdotes de esta iglesia, he decidido erigir templos y realizar los mayores esfuerzos para propagar la verdad. Si hay algo que Su Santidad considere necesario para la difusión de la santa ley de Dios, ordenaré complacido que se haga en mi reino. Yo mismo proporcionaré las tierras y los recursos económicos para las iglesias, de modo que Su Santidad no tendrá que preocuparse en este sentido.» Mientras escuchaba la áspera voz del anciano, el misionero estudiaba los rostros del señor Shiraishi y los ancianos magistrados, pero no logró desentrañar los pensamientos que ocultaban sus severas expresiones.

-«Aunque Nueva España está muy lejos de nuestro país, deseo sinceramente entrar en relaciones con ese pafs, y por lo tanto suplico que la influencia de Su Santidad me ayude a realizar esa ambición. » El secretario depositó lentamente el borrador de la carta en sus rodillas y alzó la cabeza como un prisionero en espera de la sentencia. El señor Shiraishi se llevó la mano a la boca y tosió dos o tres veces, y luego dijo:

-Señor Velasco, ¿tenéis alguna objeción?

-Es aceptable. Sólo diré dos cosas. Primero, que cuando la carta alude al Papa, se agregue una frase tradicional: «Besamos humildemente los pies de Su Santidad el Papa».

-¿Pedís que escribamos que Su Señoría besa los pies del Papa?

-Es lo acostumbrado -respondió el misionero en voz firme. Los magistrados alzaron la vista con irritación, pero la boca del señor Shiraishi esbozó una sonrisa torcida.

-La segunda se refiere a esa parte donde habla del envío de sacerdotes a los dominios de Su Señoría -continué el misionero, alentado por el momentáneo gesto de debilidad del señor Shiraishi-. Pediría que se escribiera "sacerdotes de la orden franciscana».

Sin ese añadido, nuestra orden no podrá entregar esta carta al Papa.

Hubiera querido agregar: «De modo que los jesuitas sean expulsados del Japón y únicamente los franciscanos puedan propagar nuestra doctrina en este país». Pero no podía ser tan franco.

-Lo haremos -asintió Shiraishi. Para él, como para otros japoneses, los jesuitas y los franciscanos eran igualmente cristianos y las diferencias que pudiera haber entre ellos no le interesaban en lo más mínimo.

-¿Estáis seguro de que esta carta llegará a manos del Papa? -preguntó el señor Shiraishi, para conquistar la buena voluntad del misionero. Tenía plena conciencia de que sin su apoyo no lograrían alcanzar sus fines. Cuando la gran nave llegara a Nueva España, los emisarios, sin conocer el lenguaje ni las costumbres, serían totalmente incapaces de hacer nada por sí mismos. Sólo el misionero podría ayudarles.

-SI, llegará. Si es necesario, iré a Roma y se la entregaré yo mismo a Su Santidad.

-¿Solo?

-Llevaría conmigo a uno de vuestros emisarios.

-¿Desde Nueva España?

-Sí. Pienso que así sentiréis mayor seguridad. -El misionero había comprendido poco antes que, en lugar de enviar la carta a Roma por intermedio de la orden, más le convendría llevarla en persona y acompañado por uno de los japoneses. Y ahora que había expresado ese pensamiento privado, descubrió que ya había tomado la deciSién. Sí. Llevaré un japonés a Roma conmigo. Sin duda, los ciudadanos romanos se Sorprenderán ante un visitante de tan lejano país. Y eso probará a los burócratas del Vaticano con qué diligencia he trabajado.

-Comprendo. -El señor Shiraishi se cubrió la boca con la mano y tosió una vez más. Parecía profundamente sumido en sus pensamientos-. En ese caso.., convendría que llevarais con vos a Hasekura Rokuemon.

-¿El señor Hasekura?

El misionero recordó el rostro de uno de los emisarios, a quienes había conocido poco antes en el patio del castillo. Era un rostro de ojos hundidos y pómulos bastante salientes, como el de un campesino, el rostro de un estoico capaz de abandonar todo y aceptar su destino. Por alguna razón, el misionero había sentido que ese rostro era el que correspondía a Hasekura Rokuemon.

El señor Shiraishi elogió luego la hermosa arquitectura del gran barco, que ya estaba casi terminado, como para complacer aún más al misionero. Rió y dijo que si hubiera sido más joven le habría agradado embarcarse para conocer Nueva España.

La conversación terminó. Finas sonrisas aparecieron en las caras de los ancianos magistrados mientras el misionero se marchaba con el servidor que le esperaba en el

vestíbulo. Cuando los pasos se alejaban, el señor Shiraishi miró sardónicamente al monje budista.

-Los cuerpos de estos extranjeros huelen mal, ¿verdad?

-Supongo que se debe a lo que comen.

-No, ése es el olor de los hombres que refrenan su deseo sexual. ¿Cuántos años hace que él vive aquí, en Japón?

-Me parece que diez años -respondió respetuosamente el secretario.

-¿Diez años? ¿Y cree que comemos en la palma de su mano?

Después guardó silencio, golpeando la palma de la mano izquierda con la derecha.

El día de la partida se aproximaba. En la llanura la actividad era incesante, exactamente como cuando el padre y el tío del samurai estaban a punto de partir para la batalla. Como el samurai era el jefe de la familia, incluso los parientes que vivían en pueblos situados fuera de la llanura desfilaban por su casa para despedirlo, y los campesinos para ofrecer su ayuda. Había en el vestíbulo gran cantidad de sacos y paquetes atados y apilados.

Desde la mañana, el patio estaba lleno de ruido. Se sacaron los caballos de los establos y les ataron la carga. Ramas de pino adornaban los establos y los portales, como el día de Año Nuevo, y en todas las habitaciones había castañas secas.' Una vez concluidos los preparativos, el samurai se sentó junto al hogar y bebió tres sorbos del vino sagrado aromatizado con hojas de cogón que Riku le había servido y le entregó la copa a su tío. Una vez que la copa pasó del tío a Riku y de Riku a Kanzaburo, el anciano la estrelló contra el suelo del vestíbulo. Esa era la costumbre la mañana en que los hombres de la familia salían para la guerra.

Fuera los caballos relinchaban. El samurai se inclinó ante su tío y luego miró a los ojos de Riku. Mientras la miraba, puso levemente sus manos sobre las cabezas de sus dos hijos. En el patio, Yozo, listo para partir, sostenía la lanza del samurai.

Seihachi, Ichisuke y Daisuke, los tres jóvenes escogidos por los ancianos de los pueblos, estaban de pie junto a tres caballos cargados. En el camino, más allá del portaí, se congregaban los campesinos para ver la partida del grupo.

El samurai montó y se inclinó una vez más ante su tío. Detrás del anciano estaba Riku, con el rostro contraído para no traicionar sus emociones. Una joven criada sostenía en sus brazos a Gonshiro, y Kanzaburo estaba a su lado. El samurai saludó con un movimiento de la cabeza, obligándose a sonreír. En ese momento se preguntó cuánto cambiarían sus dos hijos durante su ausencia.

-¡Cuidate! -dijo su tío. El samurai tiró de las riendas.

El cielo estaba claro. La primavera había llegado. En los bosques había flores blancas y en los campos cantaba la alondra. El samurai miró desde la silla a su alrededor, con la esperanza de no olvidar ese paisaje: no lo vería durante largo tiempo.

Siguieron el mismo camino que habían recorrido antes hacia Ogatsu. La noticia de la partida de la gran nave ya se había difundido por la región, y los pobladores aguardaban a la comitiva a lo largo del camino. Algunos les ofrecían agua caliente para beber, otros palabras de gratitud. El samurai había visto allí el paisaje del invierno, pero ahora el campo estaba cubierto de flores y a lo lejos los campesinos aguijoneaban perezosamente a sus

bueyes. Al día siguiente vieron el mar a la distancia. El cálido sol de primavera se reflejaba en las olas, y las nubes que flotaban en el cielo parecían

suaves como el algodón.

Finalmente el samurai y sus acompañantes vieron la gran nave.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamaron, y se detuvieron instintivamente en la playa. El galeón les recordó una oscura fortaleza. En los dos grandes mástiles había velas grises hinchadas por el viento. El bauprés cortaba el cielo como una aguda espada y las olas rompían contra el casco.

Estuvieron en silencio largo rato, contemplando el galeón. Era un barco poderoso, más imponente que cualquier nave de guerra de Su Señoría. La idea de que dos días más tarde embarcarían y de que esa nave determinaría su destino golpeó dolorosamente al samurai. Sintió que le arrancaban a viva fuerza su tranquila vida en la llanura. En su corazón había una mezcla de miedo y excitación, como si fuese un guerrero a punto de entrar en la batalla.

-Su Señoría ha construido un hermoso barco.

Debido a su modesta graduación, el samurai sólo había visto unas pocas veces, desde lejos, a Su Señoría, que residía en la ciudadela del castillo. Su Señoría había sido siempre alguien remoto e inaccesible. Pero en el momento en que vio el barco, la palabra «deber» surgió vívidamente en su mente. Para el samurai, ese barco era Su Senoría, y la autoridad de Su Senoría. El obediente samurai síntio la dicha de servir a Su Señoría.

La bahía de Tsukinoura estaba llena de gente, como había estado antes Ogatsu.

La playa, rodeada de colinas, parecía el fondo de una quebrada. Los trabajadores llevaban en pequeños botes enormes pilas de carga, y varios oficiales con bastones gritaban órdenes. Cuando el samurai y sus acompañantes se abrieron paso a través de la muchedumbre, los oficiales los saludaron con exclamaciones de felicitación.

Había soldados de infantería custodiando el templo donde residiría el samurai. Los soldados le dijeron que los otros emisarios, Matsuki Chusaku, Nishi Kyusuke y Tanaka Tarozaemon ya habían llegado, y que los marinos españoles se encontraban en el tempío de un pueblo próximo. La bahía estaba justo debajo de la habitación de los emisarios, pero una colina ocultaba la nave. Botes cargados iban en hilera hacia el punto del cabo que escondía el galeón.

-Nunca he visto un cargamento tan grande -suspiró Nishi Kyusuke, el más joven del grupo.

-He oído decir que habrá más de cien mercaderes, mineros y artesanos a bordo.

El samurai y Tanaka Tarozaemon escuchaban con reserva mientras Nishi hablaba de los propósitos de esa gran empresa. A cierta distancia de los demás, con los brazos cruzados, Matsuki Chusaku contemplaba la bahía. Con expresión de triunfo, Nishi anunció que los mercaderes venderían productos japoneses en el extranjero y establecerían acuerdos comerciales, en tanto que los mineros, los herreros y orfebres deberían aprender nuevas técnicas. El samurai no ignoraba que en los dominios de Su Señoría había minas de oro y depósitos minerales, pero no sabía que la nave llevaría a bordo artesanos especializados. Sin embargo, esa noche, cuando se acostó, recordó que su propia misión nada tenía que ver con esas personas: consistía en entregar cartas de Su Señoría al gobernador de Nueva España, al Papa de Roma y a otras autoridades extranjeras. Tardó en dormirse a causa del rugido de las olas y de los latidos de su propio corazón.

La mañana de la partida, la inmensa bandera heráldica izada entre dos mástiles flameaba ruidosamente al viento. Antes de subir al bote, los emisarios se despidieron del señor Shiraishi y los dos ancianos magistrados que habían venido desde Shiogama en una nave de guerra. Sentado en un escabel, el señor Shiraishi dirigió palabras de aliento a cada uno de ellos. Cuando en último término se presentó el samurai, acompañado por Yozo y los tres jóvenes, el señor Shiraishi dijo solemnemente:

-Rokuemon. -Se puso de pie y le ofreció con ambas manos una caja envuelta en brocado de oro-. Aquí están las cartas de Su Señoría. -El samurai sintió que se estremecía al coger la pesada caja.

El bote que llevaba a los emisarios se alejó lentamente de la costa. Siguió la línea del acantilado y luego entró en aguas profundas. Sosteniendo la caja que se le había confiado, el samurai y sus cuatro acompañantes miraban en silencio la blanca bandera y los soldados de infantería formados a cada lado de los mástiles. Dentro de varios años, cuando retornaran al Japón y volvieran a entrar en esta bahía, ¿habría tanta gente para darles la bienvenida? La idea cruzó de pronto por la mente del samurai.

Apenas emergieron del acantilado, el samurai vio el gran barco que había vislumbrado por vez primera dos días antes. No se parecía a ningún barco japonés. La proa, que era como la muralla de una fortaleza, se erguía majestuosamente ante sus ojos, y de ella sobresalía el bauprés semejante a una espada. Las velas estaban enrolladas en los dos grandes palos en forma de cruz, sujetas por innumerables cuerdas. Los marinos extranjeros ya estaban a bordo, mirando desde la cubierta el bote que se acercaba.

Uno tras otro los japoneses subieron por la escalera de cuerda a cubierta. La nave tenía tres cubiertas. En la superior, los marinos japoneses trabajaban afanosamente, como hormigas. La entrada al casco estaba en la segunda cubierta.

Desde allí los japoneses bajaron a los camarotes que les habían asignado. Los emisanos disponían de uno cercano a la proa, pintado con laca de Shunkei y que todavía olía a laca fresca. Sus acompañantes se instalaron en el sollado, donde dormirían los mercaderes: tenía los grandes baos a la vista y estaba ocupado en gran parte por el cargamento apilado.

Los emisarios entraron en su camarote y guardaron silencio un momento, escuchando los ruidos de la cubierta. Los mercaderes, que habían pasado la noche anterior en Ojika, subían ruidosamente al barco. Por la pequeña ventana del camarote se veían las islas de Aji y Tashiro, pero no la bahía.

-Me pregunto si los magistrados ya se habrán marchado -dijo Nishi, con la cara apretada contra la ventana. Cuando Nishi subió a cubierta, sus acompañantes lo siguieron de prisa. En el barco todo era nuevo para ellos y tenían miedo de quedarse solos.

El samurai se abrió paso con sus acompañantes entre la multitud de mercaderes y miró la costa. Los árboles cubrían las colinas de Ojika, de un verde profundo en ese quinto mes. Era el último paisaje japonés que vería en mucho tiempo. De pronto aparecieron ante sus ojos las colinas que rodeaban la llanura, los tres pueblos, su casa, el establo y el rostro de Riku. Con un espasmo de dolor pensó qué estarían haciendo sus hijos en ese momento. Luego se oyó gran vocerio en la cubierta superior. Los españoles cantaban una extraña melodía. Varios marinos japoneses treparon por los palos y, cumpliendo las órdenes de los marinos españoles, soltaron las velas, que parecían vastas banderas. Las jarcias crujían y blancas gaviotas maullaban como gatos. Antes de que nadie comprendiera lo que ocurría, la gran nave se puso lentamente en movimiento. Al oír las olas que lamían el casco, el samurai sintió que un nuevo destino comenzaba.

CAPÍTULO 3

Nuestra nave zarpó de Tsukinoura, un pequeño puerto de la península de Ojika, el quinto día del quinto mes. Los japoneses llaman al galeón Mutsu Maru, y los españoles San Juan Bautista. La nave cabecea mientras avanzamos hacia el noreste por el frío océano Pacífico. Las velas hinchadas están tensas como el arco de un arquero.

La mañana de la partida, miré largamente desde la cubierta las islas del Japón, que habían sido mi hogar durante diez años.

Diez años y -me duele decirlo- la palabra de Dios todavía no ha echado raíces en el Japón. Por lo que sé, los japoneses no poseen menos inteligencia y curiosidad que los diversos pueblos de Europa; pero en lo que se refiere a nuestro Dios, cierran los ojos y se tapan los oídos. Por momentos he pensado que éste es un país aislado y condenado.

Pero no he perdido el ánimo. Creo que se ha plantado en el Japón la semilla de las enseñanzas divinas, aunque el método de cultivo no ha sido el adecuado. Los jesuitas no tomaron en consideración la naturaleza del suelo ni eligieron el abono apropiado. Algo he aprendido de los errores de los jesuitas y, por encima de todo, conozco al pueblo japonés. Si me designaran obispo, no repetiría sus errores.

Hace tres días vimos por última vez las islas. Sin embargo las gaviotas llegan todavía hasta aquí volando desde alguna parte: rozan la cresta de las olas y se posan en los mástiles. Nuestro barco se aproxima a los cuarenta grados de latitud norte, pero probablemente no estamos lejos de la isla japonesa de Ezo. La dirección de los vientos es favorable y las corrientes ayudan al San Juan Bautista en su viaje.

La marejada se tomó fuerte cuando llegamos al mar abierto. Nada, sin embargo, en comparación con la furia del océano Índico y las tormentas que se abatieron sobre nosotros durante mi viaje a Asia, hace trece años. Pero todos los japoneses sufren de mareo y no toleran alimento alguno. Aunque su país está rodeado por el mar, los japoneses han vivido siempre en tierra. El único mar que conocen es una angosta franja de aguas costeras.

El mareo tortura también a los emisarios. Este es el primer viaje por mar de Hasekura Rokuemon y de Tanaka Tarozaemon; y cuando los visité en su camarote sólo pudieron responder con una sonrisa dolorida.

Los emisarios son caballeros de categoría menor en la corte de Su Señoría, pero cada uno posee un pequeño feudo en las regiones montañosas. Puede ser que Su Señoría haya elegido a estos guerreros de clase media y no a los poderosos magistrados de su castillo porque la aristocracia japonesa tiende a desdeñar la importancia de los

emisarios. Sea como fuere, lo prefiero. No debo pedirles instrucciones, y puedo actuar de acuerdo con mi voluntad. En una oportunidad, el provincial jesuita Valignano envió como emisarios a Roma a unos jóvenes que eran poco menos que mendigos, pretendiendo que eran hijos de la aristocracia. En Roma nadie sospechó nada. Más tarde lo censuraron por esto, pero yo admiré la astucia de Valignano.

Quiero consignar aquí los nombres de los cuatro emisarios que, desde ahora en adelante, deberán confiar en mí para todo. Nishi Kyusuke, Tanaka Tarozaemon, Matsuki Chusaku y Hasekura Rokuemon.

Con la excepción de Nishi Kyusuke, ninguno de ellos se ha esforzado por conocerme desde que partimos. Supongo que esto se debe a la cautela y a la timidez que los japoneses sienten en presencia de extranjeros. El joven Nishi Kyusuke demuestra una curiosidad casi

infantil y, excitado por este primer viaje por mar, me ha interrogado acerca de la construcción de la nave y el funcionamiento de la brújula, y me ha pedido que le enseñe español.

El mayor de los emisarios, Tanaka Tarozaemon, frunce el entrecejo ante la falta de reserva del joven Nishi; el corpulento Tanaka parece decidido a demostrar serenidad ocurra lo que ocurra, y a no permitir el menoscabo de la dignidad japonesa en presencia de los españoles.

Matsuki Chusaku es un hombre delgado de rostro nublado por oscuras sombras.

He hablado con él sólo en tres o cuatro ocasiones, y es obvio que es el más inteligente de los cuatro. Muchas veces lo he visto en la cubierta, sumido en profunda meditación.

Aparentemente no considera un honor que lo hayan elegido para esta misión. Hasekura Rokuemon parece más un campesino que un samurai, y es el menos notable del grupo.

Aún no está decidido que vayamos a Roma, pero no comprendo por qué el señor Shiraishi sugirió que lleve a Hasekura si vamos. Tiene una triste figura, y no posee la inteligencia de Matsuki.

Cerca del camarote de los emisarios está el sollado, que comparten los mercaderes japoneses. Sólo piensan en el comercio y el lucro. Me encanta ver su codicia. Apenas embarcamos, varios mercaderes me acosaron con preguntas acerca de los productos japoneses que a mi juicio se podrían vender mejor en Nueva España. Cuando respondía que seda, biombos, armas y espadas, se miraron entre si con satisfacción y preguntaron si podrían comprar hilo de seda cruda, terciopelo y marfil a precio más bajo que en China.

-Sólo que, en Nueva España -dije con evidente ironía-, únicamente se confía en los cristianos. En los asuntos comerciales sólo se considera dignos de confianza a los creyentes.

Como suelen hacer los japoneses cuando se sienten incómodos, arrugaron las comisuras de los labios y mostraron una leve sonrisa.

Los monótonos días se suceden, cada uno igual al anterior. El mar no cambia nunca, ni las nubes que flotan sobre el horizonte, y el crujido del aparejo es siempre el mismo.

El San Juan Bautista sigue su derrotero sin novedad. Cada vez que digo la misa de la mañana pienso que el Señor nos ha concedido un viaje tan tranquilo para ayudarme a cumplir mis objetivos. La mente del Señor es insondable, pero Él desea, creo yo, que el obstinado Japón siga Sus enseñanzas, y que yo sea Su instrumento.

El capitán Montaño y el primer oficial Contreras, sin embargo, no sienten aprecio por mis intenciones. Jamás lo han dicho abiertamente, pero no hay duda de que no están de acuerdo conmigo. Quizás esto se debe a que, durante su permanencia en el Japón, no recibieron una sola impresión favorable del país ni de sus habitantes. No intentan acercarse a los emisarios ni a los demás japoneses más de lo imprescindible, y no les gusta que los marinos españoles hablen con los japoneses. En dos ocasiones sugerí al capitán que invitáramos a la cena a los emisarios, pero se nego.

-En el tiempo que me he visto obligado a permanecer en el Japón -me dijo hace dos días-, no he podido soportar la arrogancia y el genio vivo de los japoneses. Nunca he conocido gente menos sincera, gente que considera una virtud lograr que nadie sepa lo que piensan.

Respondí que su sistema político es tan refinado que en ocasiones se hace difícil creer que sean una nación pagana.

-Precisamente por eso es tan difícil tratar con ellos -dijo el primer oficial-. Dentro de poco tratarán de dominar el Pacífico. Si queréis convertirlos al cristianismo, más fácilmente lo conseguiréis con las armas que con las palabras.

-¿Con las armas? -dije impulsivamente-. Subestimáis este país. No es como Nueva España o las Filipinas. Los japoneses están familiarizados con la guerra, y son terribles en la batalla. ¿Sabéis? Los jesuitas fracasaron porque cometieron el mismo error.

Ni el capitán ni el primer oficial parecían interesados, pero aun así enumeré los errores de la estrategia jesuita uno por uno. Por ejemplo, el padre Coelho y el padre Frois querían que el Japón fuera una colonia española para propagar luego el cristianismo. Los gobernantes japoneses se encolerizaron cuando lo supieron. Cuando hablo de los jesuitas, muchas veces pierdo la prudencia.

-Para difundir en el Japón las enseñanzas de Dios -terminé, arrastrado por la pasión-, sólo hay un método posible. Hay que engatusarlos. España debe estar dispuesta a compartir con los japoneses las ganancias del comercio en el Pacifico a cambio de facilidades para la evangelización. Los japoneses sacrificarán cualquier otra cosa por esas ganancias. Si yo fuera obispo...

Ante estas palabras, el capitán y el primer oficial se miraron en silencio. No era el silencio de la aprobación; sin duda les parecía que mis cálculos eran poco adecuados para un sacerdote. Aunque tengo plena conciencia de la necesidad de ser discreto cuando se habla con personas mundanas, había cometido un desliz.

-El padre parece más interesado por la evangelización del Japón -dijo irónicamente el capitán- que por el interés nacional de España.

No agregó nada más. Era evidente que habían visto en mis palabras, «Si yo fuera

obispo», la expresión de una yana ambición personal. Pero sólo el Señor conoce y juzga los corazones de los hombres. «Tú sabes bien que no he hablado por mera ambición personal. He elegido el Japón como el sitio donde he de morir. Ocurre simplemente que soy la persona apropiada para conseguir que resuenen en todo el Japón las voces que cantan Tus alabanzas.» Sucedió algo interesante. Mientras caminaba por la cubierta recitando el breviario, se me acercó uno de los comerciantes japoneses. Me estudió con curiosidad mientras yo murmuraba mis plegarias, pero no era así. Me dedicó una sonrisa seductora, bajó la voz y me pidió que sólo a él le concediera privilegios para comerciar en Nueva España. Aparté el rostro, como si él tuviera mal aliento, pero continuó sonriendo y agregó:

-Cuando llegue el momento, seré generoso. Ganaré dinero, y una parte será para vos.

Permití que la cólera asomara a mi rostro y le dije claramente que si bien era un intérprete, era también un sacerdote y como tal había renunciado al mundo secular.

Luego lo envié de vuelta a su cabina.

No deseo que estos dos meses de viaje me condenen al ocio como sacerdote. Todos los días digo misa en el comedor para los marinos españoles, pero los japoneses no se acercan siquiera a mirar. Para ellos la felicidad significa solamente obtener ganancias. Si una religión les prometiera todos los beneficios de esta vida -amasar riquezas, vencer en la batalla, librarse de las enfermedades-, los japoneses la aceptarían de buen grado; pero parecen totalmente insensibles a lo sobrenatural y a lo eterno. Aún así, me sentiré fracasado si en el curso del viaje no predico la palabra de Dios a los más de cien japoneses que nos acompañan.

Los emisarios padecían cruelmente de mareo. Nishi Kyusuke y Matsuki Chusaku no estaban tan mal, pero durante varios días, después de la partida de Tsukinoura, Tanaka Tarozaemon y el samurai permanecieron echados en sus lechos como muertos, oyendo solamente el melancólico crujido de los mástiles y la jarcia. No tenían idea de dónde estaban, ni les importaba. La nave brandaba constantemente y aunque cerraban los ojos, no podían evitar la sensación de que una tremenda fuerza los levantaba lentamente, y luego los impulsaba lentamente hacia abajo. El samurai sentía náuseas y soledad al mismo tiempo. Por momentos dormía y a veces pensaba oscuramente en la cara de Riku, en sus hijos y en su tío sentado junto al hogar.

Los asistentes de los emisarios debían ocuparse de sus comidas. Cuando Yozo entraba trastabillando en la cabina con una bandeja para el samurai, parecía también pálido y tenso. El samurai no tenía apetito, fuera lo que fuese lo que le ofrecían, pero se obligaba a comer por el bien de la misión.

-No es nada grave. -Velasco trataba de consolar al samurai y a Tanaka; su expresión era de simpatía-. El mareo es cosa de hábito. Dentro de cuatro o cinco días veréis que ni siquiera las grandes olas o los temporales os afectan.

El samurai no podía creerlo. Pero envidiaba al joven Nishi Kyusuke, quien podía deambular por todo el barco y pedir a Velasco que le enseñara frases en su idioma.

Sin embargo, curiosamente, cuando transcurrieron tres o cuatro días las agonías del mareo empezaron a disiparse, tal como había dicho Velasco. La mañana del quinto día el samurai salió por primera vez de la cabina, que olía a laca y a aceite de pescado, y subió a cubierta. Apenas puso el pie en la solitaria cubierta el fuerte viento abofeteó su rostro sin aviso previo. Contuvo la respiración y de pronto vio grandes olas en todas direcciones.

Contemplaba por primera vez el vasto océano. No había ni rastro de tierra, ni siquiera la silueta de una isla. Las olas entrechocaban y lanzaban gritos de guerra como un ejército incontable. La proa hendía el cielo gris como una espada: levantando altas montañas de agua parecía sumergirse en un valle del océano y luego volvía a erguirse.

Los ojos del samurai giraron. Apenas podía respirar a causa del viento. Hacia el este, olas centelleantes. Hacia el oeste, olas clamorosas. Hacia el sur y hacia el norte, siempre el océano. El samurai tuvo conciencia por vez primera de la grandeza del mar.

Comparada con el océano, su llanura era poco más que una mancha diminuta. Gimió ante esa inmensidad.

Oyó pasos. Matsuki Chusaku se reunió con él. Ese hombre delgado y triste miraba también maravillado el vasto espectáculo que se les ofrecía.

-El mundo es verdaderamente enorme.

Pero el viento se llevó las palabras del samurai como una tira de papel.

-No puedo creer que el océano se extienda hasta Nueva España.

Matsuki no dio señales de haber oído. Estaba inmóvil, de espaldas al samurai. Durante largo tiempo miró el mar y luego se volvió hacia su compañero. La sombra del mástil pasó por su cara.

-Nos llevará dos meses atravesar este océano -dijo Matsuki. Pero el viento le robó también sus palabras, y el samurai tuvo que preguntarle qué había dicho-. Señor Hasekura -agregó-, ¿qué pensáis de nuestra misión?

-¿Nuestra misión? Para mi es un honor que no merezco.

-No es eso lo que quería decir -Matsuki sacudió la cabeza con furia-. ¿Qué os parece que a unos cabos como nosotros se nos confíe una misión de tal importancia?

No he podido pensar en otra cosa desde que el barco salió del Japón.

El samurai no dijo nada. También para él era un enigma.

-Señor Matsuki... ¿Qué pensáis vos?

-Que sólo somos carne de cañón para el Consejo de Ancianos.

-¿Carne de cañón?

-Lo natural hubiera sido que los principales magistrados asumieran esta importante misión, y sin embargo nos han elegido a nosotros. ¿Por qué? Porque un samurai de baja graduación puede ahogarse o morir de alguna extraña enfermedad en un país desconocido sin que eso preocupe en lo más mínimo a Su Señoría o al Consejo.

Matsuki saboreó el efecto de sus palabras mientras veía cómo la cara del samurai palidecía.

-¿Qué clase de emisarios pueden ser unas personas cuyas palabras nadie puede comprender? Dependemos de ese Velasco para entregar las cartas de Su Señoría. Una vez que se establezca el comercio con Nueva España y se decida que las naves extranjeras visiten los puertos de Shiogama y Kesennuma, podemos pudrimos en cualquier rincón del mundo; y eso no quitará el sueño a Su Señoría ni a los ancianos magistrados.

La espuma arrastrada por el viento humedeció los pies de los dos hombres. El aparejo crujió.

-Eso... Eso no es lo que ha dicho el señor Shiraishi -protestó el samurai, en tono casi quejumbroso. Le irritaba carecer de la elocuencia necesaria para refutar las palabras de Matsuki. Si realmente eran lo que él decía, ¿por qué habían insistido el señor Shiraishi y el señor Ishida de que cuidaran de su salud hasta el regreso? ¿Por qué le habían dicho que entonces considerarían la devolución de sus tierras de Kurokawa?

-¿Cómo hubiera podido decirlo? -preguntó burlonamente Matsuki-. Cuando Su Señoría dividió los feudos, hace doce años, despojó de sus viejas posesiones hereditarias a muchos samurais rurales, a quienes asignó tierras áridas y desoladas elegidas por el Consejo de Ancianos. Todos hemos pedido la devolución de nuestras antiguas

tierras, pero jamás hemos recibido una respuesta satisfactoria, y todos los cabos hierven de descontento. Es vuestro caso, el mio y el de Tanaka y Nishi. Por eso nos han elegido entre los descontentos y nos han impuesto este miserable viaje, y si morimos en alguna parte del camino nuestras familias se verán desheredadas. Si no cumplimos con éxito nuestra misión, seremos castigados. Será una advertencia para todos los demás descontentos. Ocurra lo que ocurra, el Consejo saldrá ganando.

-No os creo.

-No tenéis por qué creerme. ¿Pero sabíais que el Consejo de Ancianos se dividió en dos opiniones opuestas antes de que zarpara el barco? -preguntó cripticamente Matsuki, mientras ponía el pie en la escalera-. No importa. Después de todo, sólo son conjeturas.

Matsuki descendió y el samurai permaneció solo en la cubierta, frente al mar embravecido.

«Esta misión es como una batalla -pensó-. En el campo de batalla, un cabo dirige a los soldados de infantería a través del granizo de las balas y las flechas. Pero los ancianos magistrados permanecen en la retaguardia y ejercen el mando del total de las fuerzas.»

Para disipar la angustia de su corazón, el samurai intentaba convencerse de que los magistrados no eran los emisarios por la misma razón por la que no participaban en el combate; pero las palabras de Matsuki retorcían dolorosamente sus entrañas.

Cuando bajó, la furia del viento y el estruendo de las olas se desvanecieron bruscamente. El samurai no deseaba volver al camarote de los emisarios. El olor a laca era sofocante. Contempló el sollado de los comerciantes. Sabía que sus asistentes Yozo, Seihachi, Daisuke e Ichisuke habían encontrado allí un sitio.

El olor de las esteras de paja enrolladas se mezclaba con el de los cuerpos humanos.

Parte del centenar de mercaderes jugaban a los dados, agrupados en círculos, y otros descansaban en el suelo. Yozo y los demás estaban echados detrás del cargamento; todavía sufrían de mareo, pero cuando sintieron la presencia de su amo junto a sus almohadas se incorporaron de prisa.

-Está bien. No os levantéis -dijo a los cuatro hombres, mientras se inclinaban ante él-. El mareo es algo terrible, ¿verdad? El océano es todavía más cruel con quienes nos hemos criado en la llanura.

Sugirió que, cuando regresaran al Japón, no debían decir nada del indecoroso estado en que los sumía el mareo. Por primera vez, los asistentes sonrieron. Mientras estudiaba sus rostros ansiosos, el samurai tenía plena conciencia de que esos cuatro hombres serian sus únicos compañeros inseparables en ese largo y penoso viaje. Si regresaban al Japón, quizás habría alguna recompensa para él. Pero a ellos sólo les esperaban sus amargas vidas de duro trabajo.

r -Ya debe de haber comenzado la estación lluviosa en la llanura.

Durante esa estación llovía sin cesar todos los días. Los campesinos, desnudos, cubiertos de barro, trabajaban bajo la lluvia. Sin embargo, incluso esa penosa imagen provocaba la nostalgia del samurai y de sus asistentes...

-Somos japoneses. -Nishi dirigió esas palabras, en español, a Tanaka y al samurai, que estaban sentados en distintas posiciones escribiendo sus diarios de viaje. El samurai levantó la vista con curiosidad-. ¿No queréis venir? El señor Velasco, el intérprete, está enseñando español a los comerciantes.

-Nishi, silos emisarios nos mezclamos con los mercaderes, los españoles nos despreciarán -se quejó Tanaka. Nishi enrojeció levemente ante el reproche.

-Pero si no comprendemos una palabra cuando lleguemos...

-Tenemos un intérprete, ¿sabéis? Un intérprete.

Mientras contemplaba al alicaído Nishi, el samurai envidiaba interiormente su capacidad para adaptarse a todo, para demostrar cálido interés a todos. El samurai, como Tanaka, había nacido en la llanura y era tímido y reservado. Pero el joven recorría

la nave de un extremo al otro con infinita curiosidad por su construcción y por la navegación. Copiaba en trozos de papel las palabras que usaban los marinos españoles, y así pudo comunicar a los demás el significado de «capitán», «cubierta» y «vela».

-Pero el señor Matsuki -protestó Nishi, con las mejillas todavía rosadas- está aprendiendo español con los comerciantes.

Tanaka frunció el entrecejo. Era el mayor de los emisarios, y vivía con el constante temor de que la dignidad de los enviados se viera comprometida. Por esta razón, en presencia de los extranjeros, hacia todo lo posible para no demostrar sorpresa ante las novedades del viaje y de la nave.

-¿También el señor Matsuki? -preguntó, sorprendido, el samurai.

-Sí.

El samurai no podía imaginar qué se proponía ese hombre pálido y sombrío. Un momento antes, como si escupiera las palabras, había afirmado que sólo eran piezas sacrificadas del juego de Su Señoría, y que el Consejo de Ancianos los enviaba a este peligroso viaje para sofocar el descontento de los cabos por sus nuevos feudos. El samurai no había comunicado esa conversación a Tanaka ni a Nishi. Por alguna razón, le atemorizaba hacerlo.

El samurai se puso de pie, deseoso de alejar de su mente las palabras de Matsuki.

A lo largo del casco se extendía un largo pasillo; de un lado estaba estibada la carga y del lado opuesto había varios compartimentos de carga, el gran recinto de los comerciantes, y luego el almacén y la cocina usada por los japoneses. Las zonas de carga olían a polvo y a esteras de paja; la cocina, a miso.

-Señor Hasekura. -Nishi corrió tras él sonriendo como un muchacho-. ¿No queréis venir a aprender español?

El samurai asintió solemnemente. Miraron la gran sala. Los mercaderes estaban sentados en cuatro filas, cada uno con un pincel y un papel, y se esforzaban por escribir las palabras extranjeras que el intérprete les enseñaba.

-¿Cuánto cuesta? -Hasta el último de los comerciantes copió las palabras. Los asistentes de los emisarios miraban esta escena peculiar con leve sonrisa.

-Lo repetiré una vez más. ¿Cuánto cuesta?

Nishi repitió la frase en voz baja. Ante los ojos del samurai se abría un mundo absolutamente diferente del que había conocido en la llanura. Entre las cabezas negras, inclinadas, de los comerciantes advirtió la de Matsuki, que tenía los brazos cruzados.

-Recordad, sin embargo, que no basta con aprender el idioma para poder hacer negocios en Nueva España -dijo Velasco, después de secarse la boca con una tela blanca-. Como he dicho antes, sólo tendréis éxito allí si comprendéis el cristianismo.

Mirad a vuestro alrededor. En este mismo barco, los marinos españoles usan para todas las órdenes y señales la música de las plegarias. Las melodías que escucháis son cantos de alabanza al Dios cristiano. ¿Comprendéis que esos cantos son señales de trabajo?

Era verdad. El día de la partida los marinos extranjeros habían iniciado las maniobras al son de una melodía peculiar, que se repetía todos los días en cubierta.

-No digo que debáis estudiar las enseñanzas cristianas. Pero aquí tengo un libro que cuenta la vida del Señor Jesús.

Se oyeron susurros entre los comerciantes, como leves olas, pero en seguida cesaron. Matsuki se puso de pie y abandonó el grupo. Vio al samurai y a Nishi y se les acercó.

-Miradlos. Van a escuchar eso. Supongo que incluso se harían cristianos si eso les diera dinero. Velasco puede llenarles la cabeza de enseñanzas cristianas porque conoce su codicia. Es muy inteligente nuestro intérprete.

Encogiéndose de hombros, Matsuki regresó a su cabina. El sencillo samurai sintió que había algo realmente desagradable en la espalda delgada de Matsuki. Matsuki miraba todo con malicia, y al samurai le parecía un hombre impertinente.

Hace medio mes que el San Juan Bautista navega hacia el este por el gran océano.

No hemos visto una sola isla. Afortunadamente no hemos encontrado ninguna calma ni tampoco tormentas importantes. Por supuesto, las calmas no son tan comunes al norte como en el ecuador, pero si las tormentas. El capitán Montaño ha comentado que es inusitado un viaje tan tranquilo. Recuerdo ahora que en mi primer viaje al Japón, los marinos detestaban a las personas que silbaban durante las calmas. Tienen la superstición de que silbar las prolonga. Todas las mañanas empiezan, en el San Juan Bautista, con el lavado de las cubiertas. Son los marinos japoneses quienes se ocupan de las tareas menores: lavar las cubiertas, inspeccionar la jarcia, quitar la herrumbre a las cadenas. Los españoles se ocupan del velamen, los puestos de vigía, la transmisión de las órdenes del capitán y el primer oficial, y del timón.

Constantemente el océano cambia de color; muestra distintos matices por la mañana, al mediodía, por la tarde. Las sutiles formas de las nubes, la luz brillante del sol y las variaciones de la presión atmosférica tiñen el mar de colores profundos, alegres o tristes que maravillarían a cualquier pintor. Cuando miro el mar, no soy sin duda el único que siente el impulso de alabar la sabiduría del Creador que lo hizo. Hace tiempo que no nos persiguen las gaviotas; pero ahora cardúmenes de plateados peces voladores saltan de una ola a la siguiente para deleitar nuestros ojos.

Para mi sorpresa, varios comerciantes japoneses asistieron esta mañana a misa.

Era el momento de la comunión. Yo sostenía el cáliz y depositaba las hostias sagradas en la lengua de los marinos españoles arrodillados, cuando advertí que un grupo de japoneses observaba la escena; vacilaban pero estaban llenos de curiosidad. ¿Habían venido porque se aburrían con la rutina diaria de a bordo? ¿O estaban conmovidos por los breves fragmentos de la Biblia que yo les había traducido durante la última semana después de las clases de español? ¿O habían creído en mi insinuación de que nadie les tendría confianza como comerciantes en Nueva España si no se convertían al cristianismo?

De todos modos, me sentí complacido. Cuando terminó la misa, guardé mis vestiduras y el cáliz y fui de prisa al salón a hablar con los japoneses que aún no se habían marchado.

-¿Qué os ha parecido? ¿No querríais conocer el sentido de la misa?

El hombre de dientes amarillos que me había pedido privilegios comerciales exclusivos estaba entre el grupo. Sonrió y respondió:

-Señor intérprete, los comerciantes japoneses aceptaremos lo que sea si nos conviene. Y no perjudicará a nuestros negocios aprender algo sobre el cristianismo en este viaje.

No pude dejar de sonreír ante tan franca respuesta. Era una respuesta típicamente japonesa, pero incluso así me pareció demasiado directa. Y como si quisieran halagarme aún más, me pidieron que les hablara de la vida de Cristo durante los siguientes días.

«No perjudicará a nuestros negocios aprender algo sobre el cristianismo en este viaje.» Pienso que esa respuesta del hombre de dientes amarillos dice mucho acerca de la actitud japonesa hacia la religión. Durante mis muchos años en el Japón vi con mis propios ojos qué fervientemente buscan los japoneses, incluso en la religión, los beneficios de esta vida. Yo diría casi que sus supuestas religiones sólo tienen el fin de proporcionar tantos bienes

mundanales como sea posible. Adoran a sus budas y a sus dioses para escapar de la enfermedad y de las calamidades. Los señores feudales prometen donaciones de templos y altares a cambio de victorias en la guerra. Los bonzos budistas lo saben y hacen que sus fieles adoren la imagen del demonio Yakushi Nyorai,' de quien se dice que posee mayor poder curativo que cualquier medicina. Entre los japoneses no hay ninguna imagen budista más adorada que la de Nyorai. Y sus religiones no se limitan a las que ofrecen la salvación de la enfermedad y la desgracia:

hay numerosas sectas paganas que prometen proteger la propiedad de sus seguidores y aumentar sus riquezas, y sus adeptos son muchos.

Cuando pienso en los japoneses, me pregunto a veces si puede desarrollarse en

su país una verdadera religión, una que aspire a la eternidad y a la salvación del alma como nosotros las entendemos. Hay un abismo entre su idea de la religión y la nuestra.

Por lo tanto, debemos combatir el fuego con el fuego. Si los japoneses buscan en la religión bienes mundanales, entonces lo más importante es descubrir la forma de canalizar sus ambiciones hacia las enseñanzas divinas. Durante un tiempo los jesuitas procedieron inteligentemente. Ellos llevaron a los señores feudales las armas de fuego y toda clase de artículos de los mares del sur, y a cambio se les dio permiso para predicar el evangelio. Pero más tarde hicieron muchas cosas que provocaron la cólera de los japoneses. Derribaron los templos y altares que los japoneses adoraban, y aprovechándose de la debilidad de los señores feudales ocupados en sus guerras internas, crearon pequeños establecimientos coloniales para proteger sus propios privilegios.

Antes de salir del Japón escribí cartas a mi tío don Diego Caballero Molina, al padre don Diego de Cabrera y al padre prior del monasterio franciscano de Sevilla.

Les comunicaba que probablemente iría desde Nueva España a Sevilla llevando conmigo a varios japoneses, y les pedía que, en ese caso, organizaran alguna demostración elaborada y extravagante para que el pueblo de España comprobara que la gloria de Dios se extendía incluso hasta una pequeña nación de oriente. Sin duda los sevillanos aprovecharían la oportunidad de ver a un grupo de japoneses, y por supuesto se podía esperar que acudieran multitudes; pero debía lograr que el impacto fuera todavía mayor.

Ese impacto seria para la mayor gloria de Dios, naturalmente, y -agregaba en mis cartas- contribuiría a difundir la palabra divina en el Japón. Yo me proponía enviar esas cartas por diligencia desde Acapulco a Veracruz, para que desde allí fueran remitidas a Sevilla por el medio más rápido.

Ayer, después de enseñarles frases esenciales y un vocabulario sencillo, volví a hablar con los japoneses de la vida de Jesús. «Tu fe te ha sanado»; expliqué cómo el Señor había curado a los paralíticos en Galilea. Les dije que había hecho caminar a los inválidos, ver a los ciegos y que había limpiado los cuerpos de los leprosos. Los japoneses escuchaban con atención y emoción. Acentué deliberadamente estas historias milagrosas, sabiendo que la curación de los enfermos era una de las cosas que siempre buscaban en la religión.

«Pero el poder del Señor no se limita a las aflicciones del cuerpo; también puede curar las aflicciones del alma.» Con esas palabras terminé la conversación de ese día. Creo haber elegido exactamente el tema adecuado. Sin embargo, debo reconocer que la tarea principal está por hacer. Será un largo camino. Sé por experiencia que si bien a los japoneses les atraen las narraciones de milagros, cuando se les habla de la resurrección -el punto central

del cristianismo- o de un amor que exige el sacrificio del propio ser, la incomprensión y la decepción se pintan de inmediato en sus rostros.

Durante la cena, el capitán Montaño nos dijo que la presión barométrica había bajado y que la temida tormenta se acercaba lentamente desde el sur. Yo había observado esa tarde que las olas eran más grandes. El hermoso azul profundo del mar se había convertido poco a poco en frío negro y, con los colmillos blancos desnudos, olas clamorosas cubrían de espuma la proa y barrían la cubierta. El capitán dijo que cambiaría el rumbo a estribor para tratar de eludir la tormenta.

Justo antes de medianoche, la tempestad cayó sobre nosotros. Al principio la vibración no era excesiva, y yo seguí escribiendo mi diario en la cabina que comparto con el primer oficial Contreras. Éste, así como todos los marinos japoneses y españoles,

estaba en cubierta, esperando la tormenta. Todos estaban alerta y atados con cuerdas.

r Luego el cabeceo del barco se tomó violento. El candelabro de mi mesa cayó al suelo y los libros se deslizaron del estante. Huí de la cabina y traté de trepar a cubierta, pero mientras subía por la escalerilla el barco sufrió una brutal sacudida y estuve a punto de caer. La primera gran ola había asaltado la nave.

Un torrente de agua cayó por la escalera. Traté de afirmarme, pero no pude y terminé en el suelo. El agua me arrancó el rosario que llevaba alrededor de la cintura cuando me incorporé y me así del mamparo, donde a duras penas conseguí evitar que el agua me arrastrara. El barco empezó a brandar con violencia. Era obvio que el agua había penetrado en el sollado porque oi los gritos de los japoneses: unos diez trataron de salir. En la oscuridad les grité que no subieran a cubierta. Si lo hacían sin estar sujetos por cuerdas de seguridad, ciertamente serian barridos por las olas que batían de costado el casco.

Tanaka Tarozaemon me oyó gritar y salió con la mano en el pomo de la espada y ladró a los hombres que se dirigían a la escalera. Los comerciantes vacilaron y retrocedieron.

El barco cabeceaba y brandaba a la vez, y yo necesitaba todas mis fuerzas para mantenerme junto al mamparo. En la cubierta los embates de las olas retumbaban como cañonazos y en toda la nave se oían ruidos de objetos que caían y se quebraban. Los gritos de los hombres eran incesantes. Traté de volver a mi camarote, pero no podía caminar. Por fin descendí a cuatro patas, como un perro. Cuando conseguí abrir la puerta, vi a mis pies los objetos caídos de los estantes. Me eché en la cama, sosteniéndome de una varilla sujeta a la pared. A cada ola, los objetos de los estantes iban de uno a otro lado. El estrépito continuó hasta la mañana. Cerca del amanecer disminuyó, así como el movimiento de la nave.

Cuando la blanca luz del alba apareció en la ventana, vi que nuestros libros y cestos de mimbre estaban dispersos en el suelo. Gracias a Dios, no había entrado agua en el camarote. Los mayores daños habían ocurrido en el sollado de los mercaderes: la zona en que dormían estaba inundada y no podía utilizarse. Me dijeron que también había entrado agua en algunos pañoles de provisiones.

Di algunas de mis ropas a un hombre que miraba desconcertado la sala. No era un mercader, sino seguramente un servidor de los emisarios. Tenía cara de campesino, como Hasekura Rokuemon.

-Ponte esto -le dije, pero me miró como si no pudiera creer en lo que le había dicho-. Cuando tus ropas se sequen me lo devolverás.

Le pregunté su nombre. Tímidamente me dijo que era Yozo, uno de los servidores de Hasekura Rokuemon.

Por la tarde vi a Contreras, que bajaba de la cubierta con gran prisa. Me dijo que una de las vergas se había roto y que dos marinos japoneses habían sido arrastrados por el mar y habían desaparecido en la tempestad. Por su puesto, a nadie se le permitía subir a cubierta.

Las olas eran tan enormes como antes, pero por la tarde el barco salió finalmente del alcance de la tormenta. No podía soportar el hedor de los vómitos y la suciedad, de modo que con permiso de Contreras salí a cubierta por una escotilla. Las olas todavía escupían espuma, amenazantes, y el mar estaba negro. Los marinos japoneses trabajaban frenéticamente para desenredar la jarcia y para reparar el palo quebrado.

Durante la cena pude hablar más tranquilamente con Montaño y Contreras. Apenas habían descansado en las últimas veinticuatro horas. Tenían grandes ojeras y la cara profundamente surcada por la fatiga. Me dijeron que no había esperanzas de recobrar a los marinos japoneses arrastrados por el mar. Sentí pena por ellos, pero ése era el destino que Dios les había asignado.

Mientras recitaba mi breviario en la cubierta, reapareció el hombre a quien había prestado algunas ropas después de la tormenta, cuatro días atrás. Se esfumó y luego volvió con su amo. Hasekura se inclinó y me agradeció la ayuda que había prestado a su servidor. Se excusó por no poder manifestar adecuadamente su gratitud a bordo, y me regaló un poco de papel japonés y varios pinceles. Pese a su dificultad para hablar, se esforzó por darme las gracias. Mientras examinaba su rostro, sentí algo parecido a la piedad por ese hombre obligado a viajar a un país lejano, aunque fuera por orden de su gobierno. Yozo se mantenía levemente apartado de su amo, con la cabeza inclinada. Ese hombre me recordó a los sencillos campesinos de España, y la idea me hizo sonreír.

Poco después de que se retiraran, Matsuki Chusaku subió a cubierta y miró largamente el mar, como solía. Normalmente, cuando nos encontrábamos, se limitaba a saludar con un movimiento de cabeza; pero hoy me miró mientras yo recorría la cubierta recitando el breviario. El fuerte sol caía sobre nosotros; yo sentí en su mirada una profunda hostilidad.

-No podré descansar en paz hasta que la embajada esté segura en Nueva España - ije.

Matsuki permaneció inmóvil como una estatua, de modo que continué murmurando 'el breviario.

-Señor Velasco. -Su voz tenía un tono acusador-. Quisiera preguntaros algo.

¿Venís sólo para ser nuestro intérprete, o con otra finalidad?

-Sólo la de ayudar como intérprete -respondí, con sorpresa-. ¿Por qué me lo preguntáis?

-¿Es parte de vuestra tarea como intérprete contar historias cristianas a los comerciantes?

-Es para su bien. En Nueva España, se recibe como hermanos a personas de otros países si son cristianos. Pero si no lo son, poco avanzarán en sus negociaciones comerciales.

-Entonces -dijo desafiante Matsuki-, para vos no haría ninguna diferencia que los comerciantes japoneses se convirtieran al cristianismo con el único fin de facilitar sus negociaciones comerciales.

-Ninguna diferencia -asentí-. Muchos caminos llevan a la cumbre de una montaña. Hay caminos desde el este o el oeste, y senderos desde el norte y el sur. Por cualquiera de ellos se puede llegar a la cima. Sin duda hay igualmente muchos caminos que conducen a Dios.

-Sois un hombre inteligente, señor Velasco. Aprovecháis su codicia para convertirlos al cristianismo. Pienso que habéis aplicado idéntica estrategia con los magistrados del Consejo de Ancianos. Les ayudáis a iniciar el comercio con Nueva España a cambio del permiso para convertir a la gente al cristianismo.

Miré sus ojos. No estaban, como los de Nishi, llenos de curiosidad infantil. Y no se parecían a los ojos obstinados de Tanaka o los resignados de Hasekura. Comprendí que ese emisario japonés no era un tonto.

-Y si eso fuera verdad, señor Matsuki -respondí con calma-, ¿qué haríais? ¿Renunciaríais a vuestra misión?

-Por supuesto que no. Pero os diré una cosa. Si los comerciantes que nos acompañan ganan dinero en Nueva España, probablemente se harán cristianos. Si no lo ganan, abandonarán de inmediato esa religión. E igualmente, el Consejo de Ancianos sólo autorizará la prédica del cristianismo mientras dure el comercio con Nueva España.

Si ese comercio no se establece o se interrumpe, el cristianismo será prohibido. ¿Tenéis conciencia de esto, señor Velasco?

-Naturalmente. El caso es que si todo marcha bien, los mercaderes prosperan y el comercio se mantiene, no habrá problemas, ¿verdad? -Traté de disipar la tensión con una broma-. Pero incluso si se corta la relación comercial con Nueva España, la semilla plantada continuará germinando. Los hombres no podemos imaginar los pensamientos de la mente de Dios.

-Señor Velasco. -Ahora Matsuki hablaba con mayor serenidad, y no como si me hiciera un interrogatorio policial-. No comprendo. Me parecéis un hábil intrigante que ha atravesado muchos océanos para venir al Japón y atraer el infortunio sobre su cabeza en honor de cierto Dios. ¿Creéis verdaderamente que hay un Dios, señor Velasco? ¿Por qué creéis que hay un Dios?

-No puedo explicar lógicamente la existencia de Dios. Porque Dios manifiesta Su existencia en las vidas de cada individuo. En la vida de cada hombre hay algo que da testimonio de que Dios existe. Si yo os parezco un hombre intrigante, quizás es que Dios se manifiesta incluso en la vida de un intrigante como yo.

Me asombré de las palabras que habían brotado de mis labios. Era como si una fuerza oculta me hubiese impulsado a decir que Dios da testimonio de Su existencia a través de las vidas de todos y cada uno de los individuos.

-¿Lo creéis asf? -La expresión burlona reapareció en la cara de Matsuki-. Dios no podrá demostrar Su existencia a través de las vidas de esos mercaderes japoneses.

-¿Por qué no?

-A ellos les da igual que Dios exista o no. Y no son los únicos. Muchos japoneses sienten lo mismo.

-¿Y vos, señor Matsuki? -pregunté-. ¿Es una vida tibia lo que anheláis? Yo vine a Japón porque creía que estar vivo significa vivir con intensidad. Es como la relación entre un hombre y una mujer. Así como una mujer desea la intensa pasión de un hombre, Dios desea nuestra pasión. Un hombre no puede vivir dos veces. No ser frío ni caliente, sino tibio... ¿Eso es lo que queréis, señor Matsuki?

Por primera vez, Matsuki cedió ante mi voz aguda y mi expresión severa. Vaciló, como un hombre avergonzado por su propia consternación.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? He nacido y crecido en el Japón... En el Japón no se piensa bien de los extremos. Vos y la gente como vos sois muy extraños para mí.

Durante un instante creí ver una expresión de indecible exasperación en el rostro de Matsuki. No me parecía que estuviera resentido conmigo porque yo, olvidando que era un mero intérprete, discutiera obstinadamente con él, sino más bien consigo mismo.

Quizás, aunque me odiaba, algo que había en mí de algún modo le atraía.

Una tarde tranquila se avistó un grupo de ballenas. Todos los japoneses dormían.

Sólo el crujido del aparejo y el tañer de la campana del barco anunciando la hora interrumpían el lánguido silencio.

-¡He visto ballenas! -gritó un marino que estaba de guardia en el mástil. Algunos que oyeron débilmente el aviso despertaron a los demás. Toda la gente del barco salió ,a la cubierta.

Varias ballenas afloraban y se sumergían entre las olas oscuras, nadando siempre hacia el mar abierto. Desaparecían por un instante cuando se zambullían en un valle entre dos olas pero muy pronto sus cuerpos negros, que parecían brillantes de aceite, reaparecían y lanzaban al aire altos chorros de agua. Cuando una se sumergía, brotaba el lomo de otra con su géiser de vapor. Jugueteaban con absoluto desdén por el barco.

Cada vez que aparecían, los espectadores japoneses y españoles lanzaban gritos de asombro.

Nishi, al lado del samurai, sonrió jubiloso.

-Todo lo que vemos es nuevo y diferente.

El samurai permaneció inmóvil, mirando, hasta que finalmente las ballenas desaparecieron en el horizonte. Como un haz de flechas, los rayos solares se filtraban entre las nubes y teñían de plata el límite del océano ahora desierto. El samurai nunca había pensado que pudieran experimentarse tantas cosas nuevas y diferentes. No imaginaba que el mundo fuera tan vasto. Los dominios de Su Señoría eran el único mundo que podía imaginar. Pero ahora se desarrollaba en su corazón una sutil transformación acompañada por una vaga incomodidad y un miedo sin forma. Estaba poniendo el pie en un nuevo mundo. Y temía que el muro que hasta ese momento había sostenido su corazón se resquebrajara y cayera hecho polvo.

Cuando el grupo de ballenas desapareció de la vista, los japoneses que se habían congregado en la cubierta empezaron a regresar al sollado. Sonó la campana del barco.

Ya había pasado la hora de la siesta y les aguardaban horas de inquieta inactividad antes de la noche.

-¿No queréis bajar al sollado -dijo Nishi al samurai mientras bajaban las escalerasy aprender un poco de español?

Velasco entró al ruidoso salón con su habitual sonrisa confiada, la sonrisa de un adulto que mira a unos niños incapaces de hacer nada por si mismos.

-Más barato, por favor. -Mientras Velasco pronunciaba estas palabras, apoyado en un bulto de carga, los mercaderes las registraban fielmente en hojas de papel con sus pinceles.

-No quiero comprarlo.

La lección, extraña pero seria, duró una hora. Luego Velasco empezó a recitar escenas de la vida de Cristo.

-Había una vez una mujer. Durante largos años había padecido una enfermedad de la sangre. Había gastado todo lo que poseía y visitado a muchos médicos, pero sin ningún resultado; cada vez estaba peor. En aquella época Jesús recorría el lago en una barca y muchas personas se reunían en la orilla. Cuando la mujer oyó hablar de Jesús, se le acercó y vacilando le tocó las ropas con el dedo. Pensó: «Si tan sólo le toco las ropas, curaré». Jesús se volvió y dijo: .Consuélate, mujer». Y la mujer curó.

El samurai apenas escuchó las palabras de Velasco. Las enseñanzas cristianas siempre le habían parecido remotas, y no creía que tuviera sentido escucharlas ahora.

Y entonces, bruscamente, la mujer de la historia de Velasco le recordó a las mujeres de la llanura. Los atestados pueblecitos de la llanura, donde vivían cientos de personas más desventuradas y patéticas que aquella mujer enferma. Su padre le había hablado muchas veces de niñas y ancianas abandonadas junto a los caminos en las épocas de hambre.

Los mercaderes hicieron lo posible por no sonreír ante el relato de Velasco. Miraban con asombro al sacerdote, pero el samurai sabía que no escuchaban con verdadero interés. Como había dicho Matsuki Chusaku, los mercaderes simplemente consideraban que saber algo acerca del cristianismo seria útil para sus futuros negocios en Nueva España.

Velasco cerró la Biblia y con su acostumbrada sonrisa miró a los mercaderes para determinar el efecto de sus palabras. Entre las caras dubitativas descubrió una que lo miraba con lo que parecía una expresión de furia. Era el criado del samurai, Yozo.

Cuando salió del gran salón, los comerciantes guardaron los pinceles en sus cajas, bostezaron y se golpearon con los puños los hombros fatigados. Las expresiones de concentrada aplicación se habían desvanecido por completo y llenaba el gran recinto la atmósfera relajada que suele seguir al cumplimiento de un deber. Algunos empezaron a jugar a los dados junto a las pilas de carga, en el mismo sitio en que había estado Velasco.

Mientras salía con el samurai, Nishi expresó uno de sus sueños juveniles.

-Cuando las naves extranjeras empiecen a venir a los puertos de nuestro dominio, Su Señoría y los ancianos magistrados necesitarán sin duda intérpretes. Me gustaría hacer esa clase de trabajo; espero aprender suficiente español durante nuestro viaje.

El samurai sintió leves celos y envidia del joven. Él mismo era demasiado viejo y obtuso para aprender una lengua extranjera.

Mientras los emisarios tomaban el desayuno que sus criados les habían llevado al camarote, Tanaka Tarozaemon volvió a reprender a Nishi Kyusuke. Nishi había narrado con entusiasmo que, con la ayuda de Velasco. había aprendido del primer oficial a utilizar una brújula, cuando Tanaka le dijo vivamente:

-¿No podéis ser un poco más serio? Mostrarnos frívolos ante los extranjeros perjudicará nuestra reputación.

Durante un instante Nishi se quedó sin habla. Luego replicó:

-¿Por qué? Aunque sean extranjeros, podemos aprender de ellos muchas cosas.

Fueron extranjeros quienes nos trajeron la pólvora y las armas de fuego cuando todavía usábamos arcos y flechas. Y como emisarios, ¿qué mal nos puede hacer conocer las cosas buenas de su país y adquirir de ellos conocimientos útiles?

-No digo que eso tenga nada de malo. -El desconcierto de Tanaka hacía evidente que no había esperado tal respuesta de un hombre más joven-. Lo que digo es que os conducís con frivolidad cuando vagáis por el barco mirando boquiabierto todos los aparatos extranjeros.

-Por supuesto, me asombran las cosas nuevas que veo. Y pienso qué útiles serian esos objetos si los lleváramos a nuestro dominio.

-Adoptar o no nuevos útiles le corresponde al gobierno. Quien decide es el Consejo de Ancianos. ¿Desde cuándo un jovenzuelo como vos le dice al gobierno lo que debe hacer? Es sólo porque sois joven por lo que las cosas os parecen buenas siempre que sean nuevas.

Mirando el pálido perfil de Tanaka, el samurai recordó a su tío. Era típico de los samurais rurales de su dominio valorar el honor por encima de todas las cosas, considerar que un insulto era la deshonra definitiva, desdeñar lo nuevo y no tratar de revisar los antiguos hábitos. Tanto Tanaka como su tío poseían esas características en gran medida. El samurai mismo compartía su actitud. Sin embargo, a bordo de ese barco había sentido a veces disgusto por la parte rústica de su personalidad y envidia de Nishi por su incesante curiosidad.

-Nishi. -Matsuki, sentado enfrente del samurai, tapó la caja de la comida y dijo bruscamente-: ¿Habéis estado en los camarotes de los extranjeros?

-Si.

-¿Qué pensáis de su olor?

-¿De su olor?

-Desde que subimos a este barco que no puedo soportar ese hedor. Cada vez que Velasco entra aquí, trae consigo ese repugnante olor extraño.

Desde que tuvo aquella conversación con él en la cubierta, al samurai le inquietaba la suficiencia de Matsuki. Personalmente no le interesaban la cristiandad ni los misioneros cristianos, pero sentía una oleada de verguenza cuando recordaba que Velasco había prestado a Yozo sus modestas ropas. Para él Yozo era a fin de cuentas un criado, un servidor. Pero no parecía que Velasco hiciese tales distinciones.

-¿Por qué pensáis mal de todo? -dijo el samurai-. A mi tampoco me gusta, pero...

-Velasco huele a vehemencia extranjera -continuó Matsuki-. Es a causa de ese olor de su cuerpo por lo que ha hecho el largo viaje a Japón. Y no sólo Velasco. Por esa misma pasión los extranjeros han construido grandes naves y vagado por todas las naciones de la Tierra. Nishi, robar las cosas creadas por los extranjeros, sin tener en cuenta esa pasión, es pura imitación ciega. Y recordad que esa pasión es un veneno para nosotros.

-Pero... -murmuró Nishi, consternado-. El señor Velasco parece una persona muy amable...

-Velasco finge amabilidad para ocultar las pasiones que hierven en su alma. Yo tengo la vívida impresión de que incluso su fe en el cristianismo es un intento de contener sus ambiciones. Cuando lo veo andar solo de un lado a otro, al sol, todo el día, veo en él algo que me asusta.

Matsuki comprendió que estaba hablando en voz muy alta y sonrió amargamente.

-Velasco no viene con nosotros como intérprete sólo por consideración al Consejo de Ancianos. Está en este barco para gratificar su apasionado corazón.

-¿Qué sugerís que planea? -pregunta Tanaka.

-Todavía no lo sé. Con el tiempo se tornará claro. Pero suceda lo que suceda, debemos tener cuidado de no enredarnos en sus intrigas.

-Si hace algo que interfiera con nuestra misión -dijo Tanaka, mirando rápidamente su espada-, lo mataré aunque sea nuestro intérprete.

-¡Idiota! -rió Matsuki-. Si matáis a nuestro intérprete, ¿cómo pensáis que podremos desempeñar nuestra misión en Nueva España?

Hace varios días nuestro barco entró en la niebla. Es la densa niebla que envuelve a todas las naves que siguen la ruta del norte en el gran océano. La infinita extensión de las olas está ahora oculta por la niebla gris y cuando uno se encuentra en la cubierta todo lo que tiene a su alrededor queda oscurecido como si un delgado velo se hubiera corrido. Los tripulantes se mueven como fantasmas. Cada dos minutos oigo la campana que tañe el vigía. Debajo de la cubierta todo está en silencio, y en la cabina de los emisarios y en el sollado de los mercaderes las ropas, e incluso el papel en que escribo mi informe diario del viaje, están desagradablemente húmedos a causa de la niebla que baja las escaleras rodando.

La ración diaria de agua se había reducido varios días antes. Los cuatro emisarios, a quienes se les daban dos tazones sacados de un tonel de madera, recibían ahora sólo uno. Afortunadamente no encontraron nuevas tormentas ni calmas y el barco avanzó hacia el este sin novedad a través de la niebla.

Luego un incidente inesperado rompió la monotonía. Un marino español robó un reloj y varias monedas de oro del camarote del capitán Montaño. El capitán fue con Velasco al camarote de los emisarios y les explicó con el rostro arrebatado que era necesario castigar al ladrón. Montaño dijo a los emisarios que a bordo había estrictas normas de castigo y que, como capitán, debía cumplirlas. Por ejemplo, si se sorprendía dormido a un marino de guardia, se le ataban las manos y se vertía agua sobre las ligaduras. Si aun así no se corregía, era azotado. Esta era una antigua costumbre marinera, explicó el capitán. El ladrón debía ser castigado en presencia de todo el personal de a bordo, incluyendo a los japoneses.

El castigo se llevó a cabo en la cubierta envuelta por la niebla. Los marinos y mercaderes japoneses estaban reunidos y, desde la otra banda, los españoles miraban cómo arrastraban y ataban con cuerdas a su camarada. Metieron un trozo de tela en la boca del hombre para evitar que se mordiera la lengua. Se arrodilló y lo desnudaron. El viento agitaba de vez en cuando la niebla, haciéndola más tenue o más densa. Velasco, junto al capitán, contemplaba la escena en silencio. Los dos hombres eran como grandes estatuas negras.

En la penumbra, el látigo restallaba y una voz gemía. El látigo cayó una y otra vez y, cuando finalmente el viento disipó la niebla, el prisionero yacía en la cubierta como un trapo. Mientras los demás miraban, Velasco corrió al lado del hombre, lo alzó y le limpió la sangre con sus propias ropas. Luego, sosteniéndolo, le ayudó a bajar al sollado.

El samurai sintió indescriptible repugnancia. El sentimiento no se debía al castigo.

Todavía podía ver la figura inmóvil de Velasco sobre la cubierta, mirando con toda compostura el látigo que restallaba en la niebla. Como había observado Matsuki, había algo desagradable en el rostro del extranjero mientras limpiaba con sus propias ropas la sangre del hombre a medias consciente y le ayudaba a bajar las escaleras. El samurai no

podía creer que ese Velasco y el Velasco que había compartido sus vestidos con Yozo fueran el mismo hombre.

Cinco y seis días pasaron y la niebla no se levantó. De las velas y la cubierta brotaba un olor desagradable, podrido, a humedad, y cada dos minutos se oía la campana a través de esa lechosa cortina. A veces el sol asomaba como un disco blanco por una hendidura de la niebla, pero la siguiente nube lo borraba rápidamente. Cada vez que el sol brillaba, los marinos españoles alzaban de prisa sus sextantes y trataban de establecer la posición de la nave.

Una semana después de que el barco entrase en la niebla, el oleaje del noreste arreció gradualmente. Cuando cayó a sotavento, el cabeceo del barco aumentó. Se aproximaba otra tormenta. La tripulación corrió por la cubierta a preparar las velas de capa.

La presión barométrica empezó a descender. Cuando se disipó la niebla, grandes olas negras aparecieron en todas direcciones. El viento agitaba las velas y una lluvia oblicua empezó a caer sobre los hombres mientras trabajaban. Los mercaderes y los emisarios, que habían aprendido la lección de la tormenta anterior, sacaron sus arcones de los estantes y los colocaron sobre las grandes cajas de carga. También guardaron allí, sólidamente atadas, sus ropas personales y de cama, para evitar que se mojaran.

Olas voraces invadieron la cubierta. Golpeaban furiosamente la proa de la nave escorada y hacían crujir sus cuadernas. Los emisarios, preparados para cualquier eventualidad, tendieron una cuerda entre los pilares de su camarote y el samurai ató a su espalda la caja que contenía las cartas de Su Señoría y se aseguró firmemente las espada a la cintura. Todas las lámparas de aceite estaban apagadas para evitar incendios y, aunque todavía no había caído la noche; el camarote estaba a oscuras.

Las sacudidas del barco se hicieron violentas. Incluso las pesadas cajas de carga empezaron a desplazarse poco a poco. Evidentemente había entrado agua en el sollado, porque los mercaderes lanzaron gritos. Aquí y allá los hombres se aferraban a las cuerdas que sujetaban la carga y rezaban en voz baja al dios Dragón. Cada vez que el barco se inclinaba, los emisarios se asían de las cuerdas para no verse arrojados de un lado a otro del camarote. Cada vez estaba más oscuro. Las plegarias cesaron y de pronto un grito de temor o de furia resonó en el sollado. Se había roto la escotilla de proa y el agua entraba a raudales. La ola arrastró a dos hombres que estaban cerca de la escotilla y embistió las pilas de cargamento. Los hombres buscaron frenéticamente un asidero, pero, cuando ya se habían aferrado a la carga, el agua se desplazó por el movimiento del barco e inundó la escalera. Los hombres chocaban unos contra otros, golpeaban contra la carga o volaban por el sollado. Un ruido estrepitoso resonaba en el extremo del pasillo.

Los hombres ya no podían oir las órdenes del capitán o del primer oficial. Las olas se erguían como montañas y rompían sobre el barco.

El torrente arrastraba todo lo que había en la cubierta, sacudía los palos, formaba remolinos y se derramaba por la escalera hasta la bodega de la nave. Un marino, devorado por el agua, logró ponerse de pie con la ayuda de una cuerda de seguridad, pero la ola siguiente lo asaltó y su cabeza desapareció en la turbulencia.

En el sollado, los japoneses, con el agua hasta las rodillas, se tambaleaban, se arrastraban o trataban de incorporarse gritando de terror. Las pesadas cajas se movían de un lado a otro como poseídas por el demonio. Algunos, olvidando las órdenes del capitán, se lanzaban a

las escaleras para buscar refugio en la cubierta, pero eran instantáneamente rechazados por la catarata que descendía.

Finalmente, cuatro horas más tarde, la nave quedó fuera del alcance de la tormenta.

Las olas eran todavía violentas, pero ya no inundaban la cubierta, invadida por los inútiles restos de los aparejos que habían arrancado y por un palo quebrado. Varios marinos habían caído al agua y en todas partes se oían exclamaciones de dolor. El sollado no seria habitable hasta que fuera reparado, de modo que los exhaustos mercaderes, como ratas ahogadas, se amontonaban en el compartimiento de equipajes de los marinos españoles, en el comedor y en los pasillos, donde permanecieron hasta la madrugada. Nadie tenía fuerzas para ayudar a los demás. Sólo Velasco se movía entre los hombres casi muertos, apoyados contra las paredes o tendidos en el suelo, vendando sus heridas.

Por fin llegó la mañana. Apenas concluyó la tormenta, el horizonte pasó milagrosamente del dorado al rosa. Mientras los colores se extendían poco a poco por el cielo, la superficie del mar empezó a brillar. No se oía otro sonido que el choque de las olas contra el casco de la nave. A la luz del alba, el San Juan Bautista, privado de una de sus velas, iba a la deriva en el mar todavía agitado como un barco fantasma:

no se veía un alma en cubierta y la campana estaba en silencio. Exhaustos, los marinos dormían echados en cualquier parte.

A media mañana, el samurai reunió las pocas fuerzas que le quedaban y salió trastabillando del mojado camarote en busca de Yozo y de sus demás criados. El camarote de los emisarios estaba a cierta distancia de la escalera y a nivel más alto que el pasillo, de modo que, aunque se había inundado, el agua se había escurrido rápidamente y había sufrido pocos daños. Y gracias a la providencia del cielo, las cartas de Su Señoría no se habían mojado. El samurai recorrió el pasillo, donde el agua llegaba todavía hasta los tobillos, y bajó al nivel inferior. Los mercaderes se amontonaban en el suelo y apenas dejaban sitio para pasar. Incluso quienes reparaban en el samurai carecían de energía para incorporarse y saludar. Algunos estaban profundamente dormidos; otros miraban distraídos algún punto indistinto con los ojos enrojecidos.

Los pañoles de carga estaban también atestados. El samurai descubrió a sus servidores echados en el suelo. Pasando por encima de cuerpos y cabezas, los llamó. Yozo, Ichisuke y Daisuke se incorporaron penosamente, pero Seihachi, que estaba acostado boca abajo, no se movió. Una pesada caja de carga había caído sobre su pecho la noche anterior y se había desvanecido en la oscura inundación. Los otros tres lo habían sacado de debajo de la caja.

-El señor Velasco lo ha cuidado. -Yozo bajó la vista, como si eso fuera imperdonable para su amo-. Estuvo con Seihachi hasta la madrugada.

El samurai recordó que Velasco le había prestado sus ropas a Yozo después de la tormenta anterior. Una vez más, Yozo parecía conmovido por la compasión demostrada a una persona de su clase por un extranjero a quien ni siquiera conocía previamente.

Y, una vez más, el samurai sintió verguenza. Velasco había tratado a sus servidores con una consideración que le debía a él, que era su amo.

Junto a Yozo había un collar de cuentas. Explicó que eso era un rosario cristiano que Velasco había olvidado.

-El señor Velasco -balbuceó Yozo, como si hubiera sido sorprendida en alguna acción prohibida- lo usó para rezar por Seihachi y los demás.

-Escuchadme -dijo el samurai, alzando levemente la voz-. Estoy agradecido al señor Velasco, pero no debéis prestar oídos a las enseñanzas cristianas.

Mientras hablaba, recordó de pronto lo que le había dicho Matsuki Chusaku. Matsuki le había hablado de la aterradora intensidad de Velasco. Le había dicho que Velasco trataba de parecer manso para enmascarar esa intensidad. Y le había advertido que no debía dejarse engatusar por el extranjero. El samurai no había comprendido exactamente lo que Matsuki quería decir, pero temía que sus propios servidores padecieran la influencia del hombre.

-Haced lo que corresponda con Seihachi. Y no os preocupéis por mí.

Después de decir unas pocas palabras de aliento a Seihachi, que parecía incapaz de responder, el samurai se abrió paso entre los cuerpos y salió al pasillo. Luego trepó a la cubierta despiadadamente castigada por el sol.

Ahora el mar estaba en calma. Los mástiles arrojaban sombras negras. Una suave brisa le acarició la cara. Era agradable esa brisa sobre su cuerpo lánguido. Los marinos japoneses, reanimados por las órdenes de los españoles, reparaban los cabos cortados y reemplazaban las velas desgarradas. El salto de un pez volador rompía de vez en cuando las olas resplandecientes. El samurai, a la sombra del mástil, advirtió que había traído consigo, sin querer, el rosario. Estaba hecho de semillas y de un extremo pendía un crucifijo. Sobre la cruz se había labrado la figura desnuda de un hombre consumido.

El samurai miró al hombre, que tenía los brazos abiertos y la cabeza caída, sin vida.

No comprendía por qué Velasco y los demás extranjeros lo llamaban «Señor». Para el samurai, sólo debía llamarse así a Su Señoría, pero Su Señoría no era un hombre débil y escuálido como ése. Si los cristianos verdaderamente veneraban a un hombre en ese estado, su religión debía de ser una herejía increiblemente grotesca.

El samurai tuvo un sueño turbador. Estaba haciendo el amor con su esposa en su habitación húmeda y oscura de la llanura, tratando de no despertar a los niños dormidos. «Debo irme ahora.» Sentía vergúenza porque mañana era el día establecido por el Consejo de Ancianos para la partida del galeón, y él era el único de los emisarios que aún estaba en su casa, incapaz de desprenderse del cuerpo desnudo de su esposa.

«Debo irme.» Repitió una y otra vez las mismas palabras. Pero Riku, debajo de él, apretaba su cara húmeda contra la suya. «Aunque vayas -murmuraba ella, jadeando-, de nada servirá. No te devolverán las tierras de Kurokawa.» Se apartó de su esposa y farfulló: «¿También lo sabe el tío?». Riku asintió; él la miró y luego se puso de pie, perplejo. Despertó.

Tenía el cuerpo húmedo. Desde un rincón del camarote, todavía mojado por el temporal, surgía el ronquido de uno de sus compañeros, fuerte al principio, luego más débil. Era Tanaka. Entonces, ¿había sido un sueño? Suspiró. Comprendió que había tenido ese sueño porque en lo más profundo de su conciencia le habían dolido las palabras de Matsuki. El samurai no había contado a Tanaka, que ahora roncaba tranquilamente; ni a Nishi su conversación con Matsuki. Le parecía que contarles esa conversación significaría aprobar de algún modo las ideas de Matsuki. Mientras se cambiaba la ropa interior manchada, se dijo: «El señor Shiraishi y el señor Ishida nunca nos harían una cosa así».

Volvió a cerrar los ojos, pero no pudo dormir. Tuvo una vivida imagen de sus hijos jugando en el jardín y del perfil de Riku mientras colgaba la ropa lavada. Pudo ver cada

habitación de su casa. Intentando dormir, trató de recordar las diversas escenas de la llanura. Ahora los campos y las colinas estarían cubiertos por la nieve de la primavera...

El San Juan Bautista ha sufrido considerables daños con la segunda tormenta. Ha perdido un palo, una vela y un bote salvavidas; una gran cantidad de agua ha inundado el casco y destrozado aparejos que ahora están esparcidos por toda la cubierta. Yo tengo una herida en la frente, aunque no es grave. La tripulación trabaja incesantemente, para achicar. Sin embargo, en comparación con las agonías que padecieron el capitán Fernando de Magallanes y su barco en este mismo océano Pacifico hace noventa y tres años, poca cosa son nuestros males. Los marinos de Magallanes se quedaron sin provisiones y con el agua echada a perder, y he oído decir que comían ratas y astillas. Afortunadamente, nuestras reservas de agua están intactas y no nos faltan alimentos. Pero en la tormenta se perdieron varios marinos japoneses y hay también muchos heridos.

Hasta la madrugada estuve con ellos, no como intérprete sino como sacerdote.

Los heridos más graves son un viejo mercader llamado Yahei y Seihachi, uno de los servidores de Hasekura. A los dos les cayeron sobre el pecho bultos de carga. Yahei escupe sangre. Estoy seguro de que Seihachi tiene varias costillas rotas. Les he dado vino y les he aplicado compresas, pero apenas pueden hablar y están cada vez más débiles. Temo que no vivan para ver Nueva España.

Aunque sólo ha pasado un mes desde que partimos del Japón, me parece que nuestro viaje ha durado muchos meses. La vida a bordo es como cuando vine por vez primera a Oriente hace trece años; quizá turba mi mente la impaciencia que siento por ver mi plan convertido en realidad lo antes posible.

Por la noche, después de mi plegaria en cubierta, volví a preguntarme por qué quiero volver al Japón. ¿Por qué me atrae tanto esta tierra? Es casi como si estuviera contemplando la mente incomprensible de un ser extraño. No es que los japoneses sean más fervientes ni más capaces de comprender la verdad que los otros pueblos del Asia.

En realidad, si bien los japoneses poseen verdaderamente facultades mentales superiores y más curiosidad, sin duda no puede haber otro pueblo en el mundo más resuelto a rechazar cualquier cosa que no les proporcione beneficios terrenales. Aunque fingen atender a las enseñanzas de nuestro Señor, lo hacen únicamente porque desean aumentar su riqueza y su capacidad de lucha, y no porque les interese la palabra de Dios.

¡Cuántas veces he sentido desaliento en ese país! La sensibilidad de los japoneses, cuando se trata de adquirir bienes terrenales, es increíble; pero no sienten la menor curiosidad por las cosas eternas. Y sin embargo, de algún modo, el Japón y los japoneses acrecientan mi anhelo de difundir el Verbo. Siento que es mi deber retornar al Japón porque quiero someter la adversidad que allí alza la cabeza, así como se domestica a una bestia obstinada. Corre por mis venas la sangre de mi abuelo, que ayudó a conquistar las Indias Occidentales y obtuvo así el favor del rey don Carlos. Desciendo también de Vasco de Balboa, tío abuelo de mi madre que llegó a ser virrey de Panamá. Mis antepasados, orgullo de nuestra familia, gobernaron esas tierras con la espada, pero yo quiero sojuzgar al Japón con la palabra de Dios.

Brilla la luna. Durante la noche el océano está iluminado. A las diez se han apagado todas las lámparas innecesarias. A la luz de la luna se ven nítidamente todos los aparejos sobre cubierta. «Oh, Señor, haz de mí el comandante indispensable para el bien de esta nación. Usa mi sangre para el bien del Japón, así como sirvió la tuya para el bien de la

humanidad.» Durante la noche los dos heridos empeoraron. Finalmente se logró secar el sollado y muchos de los japoneses que dormían en el pasillo central volvieron a su sitio. Pero no pudimos trasladar a los dos heridos.

Justo después de mediodía murió el mercader Yahei. Casi en seguida exhaló su último aliento Seihachi, el servidor de Hasekura Rokuemon. Los japoneses se reunieron alrededor de los dos hombres entonando el nombre de Buda y descripciones del Gokuraku, que corresponde a nuestro Paraíso. Esa es su costumbre. Los camaradas de Seihachi estaban penosamente afligidos. Su amo, Hasekura, con los ojos llenos de lágrimas, cubrió el cuerpo del hombre con una tela de algodón mientras canturreaba sutras budistas. El samurai, el menos notable de los cuatro emisarios, es un buen amo de sus servidores.

El capitán ordenó que los dos cadáveres fueran sepultados en el mar. Se reunieron en la cubierta, en hilera, todos los japoneses y los españoles como habían hecho tiempo antes para contemplar un castigo. El mar estaba en calma, casi demasiado. Normalmente el capitán o cualquier sacerdote hubiera pronunciado una plegaria, pero como ninguno de los japoneses era cristiano, Montaño y yo dejamos que ellos se ocuparan de la ceremonia.

Uno de los mercaderes conocía, al parecer, el budismo. Recitó varios sutras que me parecieron mero parloteo. Los demás japoneses corearon sus palabras mientras los dos cuerpos eran arrojados al mar. Las olas los devoraron y desaparecieron de inmediato. El océano estaba en silencio como si nada de esto hubiese ocurrido. Cuando todos se marcharon, Hasekura y su séquito permanecieron inmóviles en la borda durante largo rato. Por fin se hundieron en las entrañas de la nave y sólo quedó en cubierta Yozo. Mientras yo lo miraba con curiosidad desde lejos, se acercó.

-¿Querríais decir una plegaria por Seihachi? -susurró, como si tuviera miedo.

-Las plegarias cristianas son para los cristianos. De nada pueden serviros.

Yozo me miró con tristeza. Comprendí que trataba de decir algo indecible y empecé a recitar en latín la oración de los difuntos. Yozo unió sus manos y miró el mar moviendo los labios.

Requiescant in pace.

Dominus vobiscum et cum spiritu tuo Requiem aeternam dona ci,...

El océano que había devorado a los dos muertos estaba silencioso y entre las olas saltaban peces voladores. Lajarcia crujía de manera monótona y más allá del horizonte flotaban nubes ribeteadas de oro.

-Yo... -murmuró Yozo- querría saber más acerca del cristianismo.

Asombrado, miré fijamente su rostro.

Hoy nuestra nave ha sobrepasado el justo medio de la travesía.

CAPITULO 4

La castigada nave era ahora poco más que un cascarón y los japoneses estaban agotados. Había empezado a escasear el agua y había algunos enfermos de escorbuto por la carencia de frutas.

En cierto momento, después del sexagésimo día de viaje, dos aves que parecían agachadizas volaron hacia la nave y se posaron en un mástil. Los marinos lanzaron gritos de júbilo. Las aves, de pico amarillo y alas blancas y castañas, echaron a volar sobre la borda y desaparecieron, pero su presencia denotaba la cercanía de tierra firme.

Al atardecer vieron siluetas de montañas en el horizonte, a babor. Era el cabo Mendocino. El cabo no tenía puerto y el galeón fondeó en mar abierto. Cinco marinos españoles y cinco japoneses fueron a la costa en un bote para renovar la provisión de agua y alimentos.

El capitán Montaño no quiso permitir que bajaran a tierra más japoneses, alegando posibles peligros.

Al día siguiente el barco se dirigió hacia el sur. Con nuevas reservas de agua, frutas y hortalizas, los tripulantes revivieron y fueron otra vez capaces de gozar del viaje por el mar en calma. La mañana del décimo día después de partir de cabo Mendocino avistaron una costa cubierta de árboles que se extendía hasta muy lejos. Era el primer pedazo de tierra de Nueva España que los japoneses veían. Los que se habían reunido en la cubierta lanzaban exclamaciones; algunos incluso lloraban. Aunque sólo habían pasado algo más de dos meses y medio desde su partida del Japón, los invadía el sentimiento de que habían viajado durante casi una eternidad. Se daban mutuamente palmadas en los hombros, felices por haber logrado sobrevivir al viaje.

Al día siguiente el barco se aproximó a la costa. El calor era sofocante. El sol quemaba la ancha playa blanca, y ordenadas hileras de árboles desconocidos cubrían las colinas. Por los marinos españoles supieron los japoneses que se llamaban olivos y que su fruto proporcionaba aceite y alimento. Hombres y mujeres nativos, atezados y desnudos hasta la cintura, prorrumpieron en gritos y se acercaron a la carrera.

Apareció una isla pequeña. Mientras se acercaban, vieron las olas que rompían contra los acantilados de esa isla boscosa. Las gaviotas volaban alrededor de la nave.

Mientras ésta describía un lento circulo en torno a la isla, apareció detrás de ella un promontorio cubierto de olivos.

-¡Acapulco! -gritó una voz jubilosa desde el mástil. Un marino español señalaba una bahía. En ese mismo instante un alegre clamor brotó de los españoles y japoneses congregados en la cubierta. Asustadas por la voces, las gaviotas remontaron vuelo.

Los emisarios, en fila, estudiaban atentamente la bahía y el cabo. Era el primer puerto extranjero que veían, y sería el primer suelo extraño que pisarían. Los rostros de Tanaka y del samurai se endurecieron por la tensión. Los ojos de Nishi centelleaban, y Matsuki estaba de brazos cruzados con aire de enfado.

La bahía estaba en calma. Ni una ola. El puerto era más amplio que el de Tsukinoura, pero por alguna razón no había otras naves. En el extremo opuesto había una playa de arena clara con un solo edificio blanco al final. Un muro con aspilleras para los cañones protegía la construcción, pero no se veía allí ni un alma. La nave se detuvo.

Los marinos españoles se arrodillaron. Velasco subió a la cubierta superior e hizo la señal de la cruz. Incluso algunos de los comerciantes japoneses unieron sus manos.

-Hosanna. Benditos sean quienes llegan en nombre del Señor.

Los agudos gritos de las gaviotas se confundieron con la voz de Velasco. La brisa del océano animaba las mejillas de los hombres. Cuando terminó la plegaria, el capitán, el primer oficial y Velasco bajaron a un bote y partieron hacia la costa en busca del permiso para fondear.

Quienes permanecieron a bordo miraron ausentes el paisaje denso y cálido mientras que esperaban a que retornaran los tres hombres. Los rayos del sol azotaban la playa y la bahía. El profundo silencio causaba devoradora inquietud a los japoneses. Sin motivo alguno, empezaban a sentir que no eran bienvenidos en ese lugar.

Pasó largo tiempo, y los hombres no reaparecieron. Dos marinos arriaron otro bote y fueron a averiguar qué había ocurrido. El sol abrasaba la cubierta y los impacientes japoneses retornaron a sus camarotes. Tres horas más tarde llegó la noticia de que sólo se permitiría bajar a tierra a los marinos españoles. Aparentemente, el comandante de la fortaleza de Acapulco no tenía autoridad para conceder permisos de desembarco a los tripulantes de ese inesperado galeón japonés, por lo que había enviado un mensajero al virrey de Nueva España en Ciudad de México.

Se alzó un coro de expresiones de desagrado. Durante el viaje los emisarios y los mercaderes habían llegado a creer que cuando llegaran a su destino todo estaría preparado para recibirlos, que serian cálidamente agasajados y que todo se desarrollaría sin inconvenientes. No podían comprender por qué únicamente los japoneses debían permanecer a bordo.

Por la noche, cuando se puso el sol, una leve brisa sopló en la cubierta; una bandada de aves diminutas giró alrededor del barco y los tres hombres regresaron. Los enviados, como representantes de los japoneses, pidieron explicaciones a Velasco.

-No hay motivo de preocupación -respondió Velasco, con su habitual sonrisa.

(Tenía la costumbre de decir: «No hay motivo de preocupación»)-. Estoy seguro de que mañana podréis bajar a tierra.

Tanaka Tarozaemon no se ablandó.

-Su Señoría construyó esta gran nave para los españoles y la envió aquí. Comprenderéis, por supuesto, que tratándonos con rudeza insultáis a Su Señoría y al Consejo de Ancianos.

-Tampoco ignoro -Velasco mantuvo su sonrisa- que Su Señoría y el Consejo de Ancianos han ordenado que cumpláis mis instrucciones después de la llegada a Nueva España.

Al día siguiente los marinos españoles bajaron a tierra. Sólo a la tarde el comandante de la fortaleza envió una barca con remeros indios en busca de los japoneses y de su equipaje. Había a lo largo de la playa soldados armados de la fortaleza que miraban con aprensión las extrañas vestiduras de los mercaderes y los emisarios.

Los cuatro emisarios, acompañados por Velasco y por el capitán y su primer oficial, se encaminaron solemnemente hacia la fortaleza, rodeada de colinas cubiertas de olivos. La construcción de mampostería estaba protegida por una muralla con aspilleras. En nichos de la muralla había tiestos con plantas de diversas formas y muchas flores rojas como llamas.

Entraron por un portal custodiado al patio. Estaba circundado por edificios, y había parejas de guardia en todos los puntos estratégicos. Los emisarios avanzaron en silencio por el caminillo de piedras. Llegaban hasta ellos la fragancia de las flores y el zumbido de las abejas. La fortaleza era, por supuesto, humilde en comparación con el castillo de Su Señoría, y parecía más bien una prisión.

El comandante, que salió de su despacho a recibir a los emisarios, era un hombre de edad. Saludó a los japoneses con un largo discurso que no pudieron comprender, y luego los miró groseramente mientras Velasco traducía sus palabras. Su bienvenida parecía llena de exagerados cumplidos, pero el samurai juzgó por su expresión que no eran recibidos con los brazos abiertos.

Después de la ceremonia, se invitó a los emisarios a cenar. La esposa del comandante y varios oficiales aguardaban ya en el comedor. Cuando entraron los japoneses, acompañados por el capitán y Velasco, las personas reunidas los miraron como si fueran criaturas de otro mundo y luego intercambiaron miradas furtivas. Decidido a no rebajarse ante aquellas personas, Tanaka alzó altaneramente los hombros. Nishi utilizó por primera vez el cuchillo y el tenedor y logró arrojarlos al suelo. El comandante y su mujer, usando como intérprete a Velasco, interrogaron cortésmente a los cuatro emisarios acerca de su lejana tierra, pero pronto se entregaron a su propia conversación y los cuatro japoneses quedaron librados a si mismos, sin comprender una palabra de lo que se decía.

Regresaron al barco fatigados. No había en Acapulco hosterías ni monasterios que pudiesen acoger a los japoneses, y también los comerciantes regresaron a la nave. Los emisarios estaban irritados y heridos en su orgullo. El sol poniente brillaba en la ventana, y hacia calor en el camarote. Apenas entraron, Tanaka reprendió a Nishi por su conducta frívola; luego insistió en que los extranjeros los estaban tratando con rudeza y concluyó denunciando a Velasco y echándole la culpa del mal trato recibido.

-No creo que Velasco les haya hablado siquiera de lo que desea el Consejo de Ancianos o de los sentimientos de Su Señoría.

-No tiene sentido enfadarse con Velasco -dijo Matsuki, con su típica expresión de suficiencia-. Yo lo sabía desde el principio.

-¿Qué sabíais?

-Cómo pensaba Velasco. Meditad. Si todo marcha bien, será para su ventaja. No tendrá más tarea que la de intérprete. Pero si tenemos problemas, su papel será más importante. Si se comprobara que el éxito de la misión se debe a Velasco, el Consejo no podría rechazar sus exigencias. Ese hombre es un intrigante.

El estallido de Tanaka surgía de una indefinible inquietud. El samurai compartía esa inquietud. Reconocía que el comandante de la fortaleza no tenía autoridad para recibir la carta de Su Señoría ni para autorizar el comercio con los mercaderes japoneses; pero podía deducir, por la atmósfera de las pocas horas que habían pasado allí, que en Nueva España no cundía precisamente la felicidad porque los japoneses hubieran atravesado el océano. Si ése era el caso, era muy probable que recibieran igual recepción cuando fueran a Ciudad de México a ver al virrey. Quizás les arrojaran al rostro las cartas de Su Señoría y los mercaderes tuvieran que volver a llevar su carga a bordo y regresar al Japón. Si eso ocurría, los emisarios quedarían deshonrados y desaparecería toda esperanza de que se les devolviesen sus antiguos dominios. O quizás, como afirmaba Matsuki, el fracaso de la misión seria una excusa para castigar severamente a todos los cabos.

Pasó un día. A la mañana siguiente, Velasco, el capitán, el primer oficial y los emisarios montaron en caballos proporcionados por el comandante de la fortaleza y partieron de Acapulco. Les seguían sus servidores con sus lanzas y banderas y luego los mercaderes a pie y los carros cargados de mercancías. La extraña comitiva inició el viaje entre los disparos lanzados al aire por los soldados de la fortaleza.

El paisaje de Nueva España, que veían por primera vez, era blanco, caliente y cegador. Tenían enfrente un desierto interminable punteado por cactos gigantes, y a la distancia montañas de granito moteadas como si hubiesen sido espolvoreadas con sal.

Veían pobres chozas, viviendas de los indios nativos, con techos de barro, hojas y ramas.

Un chico casi desnudo avistó la procesión y se escondió de prisa en una de las chozas.

Los japoneses se sorprendieron al ver el rebaño de animales negros y de largo pelaje que el chico guiaba. Nunca habían visto antes criaturas parecidas, y tampoco cactos.

Las montañas de granito no se acababan nunca. El sol castigaba sin cesar. Mientras acompañaba el paso de su caballo, el samurai pensaba en la llanura. Su feudo era pobre; pero aquí la pobreza era distinta. La llanura era verde, tenía arroyos y campos de cultivo. Aquí no había agua y la única vegetación eran esas plantas espinosas y retorcidas.

Nishi habló junto al samurai.

-Nunca he visto un paisaje igual.

El samurai asintió. Había cruzado un océano sin límites. Ahora viajaba por un desierto poco familiar. Era como una alucinación. ¿Había venido realmente a un país desconocido por su padre, su tío, su esposa? Por un instante sintió que todo podía ser un sueño.

Justo antes del décimo mediodía vieron una población. Casitas de adobe gris salpicaban la ladera de la montaña como granos de arroz y en el centro se erguía el campanario de una iglesia.

-Este pueblo -Velasco señaló desde su caballo- complace a Dios. -Explicó luego que había sido construido por los nativos. Allí estudiaban ahora las enseñanzas cristianas que les impartía un sacerdote español, y compartían no sólo las tierras sino también todas sus posesiones. Los pueblos como ése, dijo Velasco, se llamaban reducciones y se estaban construyendo muchos en diversas partes del país.

-Son los pobladores mismos quienes eligen al alcalde. No hay trabajos forzados ni deberes militares. Los padres vienen con frecuencia a predicar la palabra de Dios, ,y también a enseñar a los indios cómo criar ganado y caballos, cómo usar los telares y hablar español.

Miró a su alrededor, tratando de estimar la reacción de los japoneses. Esos pueblos eran una de las cosas que deseaba mostrarles en Nueva España. Sitios donde los habitantes no debían trabajar para ningún amo ni tenían obligaciones militares, donde llevaban una vida de noble pobreza y honesto trabajo dentro de la ley de Dios. Velasco esperaba crear un día pueblos semejantes en el Japón. Pero los mercaderes estaban en marcha desde el alba, y apenas si miraron las casas blancas con ojos desprovistos de interés y curiosidad. Cuando finalmente entraron en el pueblo, la gente, que llevaba el pelo recogido en coletas largas hasta el hombro, miró a los recién llegados con temor desde el borde del camino de piedra. Los perros ladraron y rebaños de cabras se desbandaron ruidosamente. Mientras los japoneses apagaban la sed y se lavaban el sudor del camino en el pozo de la plaza pública, Velasco les presentó a un anciano.

-Es el alcalde de este pueblo.

Velasco aferró el hombro del viejo indio y lo puso frente a los japoneses. Contrariamente a los demás, usaba un sombrero de paja de ala ancha; se mantuvo bien erguido, como un niño nervioso.

Velasco lo interrogó como un sacerdote que pregunta a un chico el catecismo.

-¿Sois cristianos todos los que vivís aquí?

-Sí, padre.

-¿Y no os alegráis de haber abandonado las erróneas creencias de vuestros antepasados y de atender las enseñanzas del Dios verdadero?

-Sí, padre.

-¿Qué habéis aprendido de los sacerdotes que vienen aquí'?

-Hemos aprendido a leer y a escribir, padre. Y a hablar en español. -El hombre miró el suelo; sus respuestas eran mecánicas, como si murmurara frases aprendidas de memoria-. Y también a sembrar semillas y a cultivar el campo. Y a curtir las pieles.

-¿Y estáis satisfechos de esto?

-Sí, padre.

En alguna parte del pueblo cantó un gallo; en una esquina de la plaza una multitud de niños desnudos observaba, inmóvil, esta parodia de juicio.

Velasco se volvió triunfalmente hacia los japoneses. De sus axilas brotaba un olor a la vez dulce y rancio del que él no tenía conciencia.

-En Nueva España hemos creado estos pueblos de Dios. Estoy seguro de que todos los indios que se han convertido al cristianismo son felices.

Luego puso su mano sobre el hombro del indio como para demostrar el amor fraternal que sentían recíprocamente.

-Ésta es la primera vez que ves japoneses, ¿verdad?

-No, padre.

Esto provocó una conmoción. Los japoneses comprendieron ese «No, padre» sin necesidad de que Velasco tradujera. No podían creer que alguno de sus compatriotas hubiese llegado antes que ellos a ese lejano país. Los que todavía se estaban lavando o bebiendo escucharon las discordantes palabras que cambiaban Velasco y el hombre.

-El alcalde no distingue entre japoneses y chinos. Sin duda era un chino. - elasco se encogió de hombros-. Pero dice que hace dos años llegaron a este pueblo un cura español y otro japonés. Y que el japonés les enseñó a plantar arroz.

-Pregunte cómo se llamaba ese hombre -dijo alguien-. Por el nombre sabremos si era chino o japonés.

El alcalde movió la cabeza como un niño a quien se reprende. No valía la pena seguir interrogándolo. No recordaba a qué orden pertenecía ese sacerdote japonés, y ni siquiera si había venido de Ciudad de México.

El grupo debía partir antes del ocaso. El alcalde ofreció a los japoneses un alimento llamado tortillas. Estaba hecho de maíz, era delgado y de forma similar a las galletas de arroz, y envolvía un queso parecido al de soja. Lo olieron con desconfianza y lo comieron con esfuerzo.

Luego iniciaron el descenso. Iban por el mismo paisaje monótono que antes. Los cactos y los agaves se erguían como tumbas abandonadas sobre la tierra resquebrajada.

Montañas peladas parecían ondular a la distancia. Nubes de insectos rodeaban ruidosamente sus rostros sudorosos.

Mientras se defendía de ellos con las manos, Nishi se volvió hacia Tanaka y el samurai.

-¿Creéis realmente que puede haber por aquí otro japonés?

-Me gustaría encontrarlo -respondió el samurai, mientras recorría con la vista la amplia meseta-. Pero este viaje no es una excursión de placer. No debemos distraernos.

El grupo llevaba dos horas de marcha cuando vieron brotar de pronto una columna de humo de una de las montañas más próximas. El capitán y Velasco alzaron la mano y detuvieron la procesión mientras contemplaban el humo. Luego vieron otra señal de humo en otra dirección. Vieron a la distancia un indio solitario, con su coleta y desnudo hasta la cintura, huyendo entre acantilados.

Lentamente la procesión volvió a ascender. Cuando llegaron al lado opuesto de la montaña pelada apareció una hilera de chozas con los techos quemados: sólo se conservaban los muros de adobe, chamuscados como si hubiera estallado un incendio, y también estaban ennegrecidos y desnudos los árboles. No se veía un alma.

-Planeaba ir hasta la ciudad de Taxco -dijo Velasco a los japoneses después de examinar la desolada escena-. Pero me parece mejor que esta noche nos quedemos en la próxima reducción. -Luego desplegó su acostumbrada sonrisa de confianza-.

Creo que el humo que vimos antes era una señal de los indios todavía hostiles a los españoles. Deberíamos llegar a Ciudad de México dentro de siete días.

A causa de las señales de humo indias que vimos en las montañas durante el camino, pasamos una noche en el pueblo de Iguala. Estos indios pertenecen a una tribu salvaje que odia a los españoles y nada sabe de Dios. Para prevenir posibles riesgos, evitamos Taxco, y una semana más tarde entramos en Ciudad de México después de un aguacero.

Cuando vislumbramos Ciudad de México desde lo alto de una colina, los japoneses callaron súbitamente. Ni siquiera los curiosos mercaderes abrieron la boca. La fría recepción que habían encontrado en Acapulco los había desanimado profundamente, y yo sentía el descontento que cundía entre ellos. Incluso así, los emisarios reagruparon a su séquito y los equiparon de lanzas y banderas.

Entramos por la puerta de la ciudad; en la plaza mojada por la lluvia había mercado y mucha gente haciendo compras. La multitud se asombró tanto al ver a los japoneses que olvidó su finalidad y su trabajo y empezó a seguirnos.

Los hermanos de nuestra orden acudieron a recibirnos. Nos acompañaron al monasterio de San Francisco. La subida desde las cálidas tierras bajas hasta aquellas alturas había agotado por completo a los japoneses. Algunos se quejaban de dificultad para respirar a causa de la tenue atmósfera de Ciudad de México, en tanto que otros sufrían de mareos. Inmediatamente después de la cena (la cocina española no parecía gustarles; evitaban la carne, prohibida por el budismo, y sólo comían pescado y hortalizas), todos se retiraron a dormir. La sombra de la fatiga estaba profundamente grabada en los rostros de los emisarios; después de comer inclinaron la cabeza para manifestar su agradecimiento al padre superior Guadalcázar y a los demás hermanos y se marcharon a sus habitaciones.

Apenas los japoneses se fueron, el superior me dirigió una mirada significativa.

-Deseo hablaros -dijo.

Fuimos a una habitación donde sólo había un reclinatorio, un crucifijo y un colchón de paja. Entramos y el superior expresó la perplejidad que había ocultado hasta ese momento.

-Hemos hecho por vos todo lo que podíamos. Pero el virrey Acuña no ha concedido aún audiencia a los emisarios.

En respuesta a la carta que yo había entregado al comandante de la fortaleza de Acapulco, el superior había pedido a los senadores y a otras personas influyentes de Ciudad de México que velaran por que se otorgase un trato respetuoso a los enviados japoneses. Sin embargo, el virrey no se mostraba dispuesto a concederles una audiencia formal.

El superior suspiró.

-Esto se debe a que algunos se oponen a vuestro plan.

-Lo sé.

Yo sabia sin necesidad de preguntarlo quién trabajaba contra mi. Había allí aristócratas y poderosos comerciantes relacionados con los mercaderes españoles de Manila.

Temían que sus ganancias disminuyeran si el Japón comerciaba directamente con Nueva España sin pasar por Manila. Pero detrás de todo eso, como sabia muy bien el superior, estaban los jesuitas.

-Dicen que la petición que habéis presentado está... llena de mentiras.

-¿En qué sentido?

-Habéis escrito que el rey del Japón recibiría de buena gana nuevos misioneros.

Pero los informes de Manila afirman que los japoneses son hostiles al cristianismo y que vos habéis deformado la verdad...

-No se puede negar que la situación política del Japón es inestable -respondí, hablando en voz más alta de lo que me proponía-. Hay allí todavía una lucha por el poder; la familia del gobernante que invadió Corea ha caído y ahora un nuevo Shogun consolida su dominio del país. Pero sea como sea, ¿acaso podríamos haber realizado este viaje sin el apoyo del Shogun?

-Comprendéis el Japón mejor que nosotros. -El superior sonrió débilmente, como para consolarme-. Si decís que ésa es la situación, os creeremos.

La preocupación del buen superior era que yo pudiera ser objeto de burlas. Su cara tímida me recordaba al padre Diego. Me pregunté si aquel sacerdote de ojos enrojecidos estaría aún en Edo.

Salí de la celda del superior y fui a la que me habían destinado. Allí encendí una vela y me até las muñecas para evitar las tentaciones de la carne. Yo había previsto esas maquinaciones de mis enemigos. Nunca había supuesto que todo marchara perfectamente desde el comienzo. Es verdad, como dicen los jesuitas, que los cristianos del Japón sufren persecuciones y que el Shogun está disgustado con la obra de los misioneros, así como el Naifu. Pero eso no justifica que nos retiremos y abandonemos esa nación a Satán y a las religiones paganas. La obra misionera es como la diplomacia.

Y se parece también a la conquista de un país extranjero. En la obra misionera, como en la diplomacia, es preciso recurrir a subterfugios y amenazar a veces, o negociar si dichas tácticas sirven para difundir la palabra de Dios. Yo no las considero repugnantes ni despreciables. A veces conviene cerrar los ojos a ciertas cosas para propagar el evangelio. El conquistador Cortés desembarcó en Nueva España en 1519 y con sólo un puñado de soldados capturó y mató a una multitud de indios. A la luz de las enseñanzas divinas, nadie podría decir que ésa fue una buena desición. Pero no debemos olvidar que, gracias a ese sacrificio, hoy son incontables los indígenas que han entrado en contacto con la palabra de

nuestro Señor, se han liberado de su salvajismo y han iniciado el camino de la justicia. Nadie puede juzgar a la ligera si hubiera sido mejor abandonar los indios a sus costumbres diabólicas que cerrar los ojos a cierto grado de maldad para darles la palabra de Dios.

Si el virrey sospecha del contenido de mi petición y vacila en conceder audiencia a los emisarios japoneses, tendré que emplear cierta estratagema para tranquilizar su conciencia. Preparé a bordo mi baza de triunfo.

He desarrollado mi estrategia. Durante los últimos tres días he llevado a los emisarios a visitar a personas influyentes en Ciudad de México. Casi parecíamos mendigos en busca de limosnas. El arzobispo, un hombre muy grueso debido a su regalada vida, nos recibió amablemente al principio y miró con curiosidad a los cuatro emisarios, que lo contemplaban en silencio con la expresión severa característica de los japoneses.

El arzobispo tenía el corazón débil, y apretó varias veces una mano regordeta contra el pecho mientras hacía algunas preguntas banales acerca del Japón. Era evidente su escaso interés por esa nación asiática.

Como si hubiera sido casi el portavoz de los japoneses, señalé lo ventajoso que seria para Nueva España el comercio con el Japón. Por ejemplo la pólvora, los clavos, los equipos náuticos, el cobre y el hierro que todos los años se transportan a Acapulco desde Sevilla, se podrían obtener a más bajo precio en el Japón, que está interesado en adquirir seda cruda, lana y terciopelo, bienes de menor coste en Nueva España.

Observé también que el estaño necesario en Nueva España se podía comprar en grandes cantidades en las regiones japonesas de Nagasaki, Hirado y Satsuma, y advertí que si las negociaciones comerciales con el Japón fracasaban el perjuicio seria grande, porque el comercio con ese país oriental seria monopolizado por los ingleses o los holandeses.

Al arzobispo se le borró la sonrisa y apretó la mano contra su pecho.

-Pero el Japón empezó a perseguir a los cristianos hace diecisiete años. Creo que las persecuciones todavía persisten. ¿Es posible enviar misioneros españoles a un país semejante?

Yo no ignoraba que la noticia de la ejecución de veintiséis mártires en Nagasaki, en 1597, había llegado incluso a Nueva España.

-La situación está mejorando -expliqué-. Los nuevos gobernantes del Japón han comprendido que el comercio y las tareas de las misiones son inseparables y han ordenado al príncipe de estos emisarios que permita el cristianismo en sus dominios. Y si en esos dominios florece el comercio, estoy seguro de que los demás nobles seguirán su ejemplo y recibirán a los misioneros. Y en verdad los mercaderes japoneses que han viajado conmigo me han dicho por su propia cuenta que están dispuestos a oir la palabra del Señor.

Me detuve y esperé sin respirar la respuesta del arzobispo.

-¿Piensan bautizarse? -Interesado por vez primera ante el as de triunfo que yo

acababa de poner ante sus ojos, el arzobispo se puso de pie.

-Creo que lo harán.

-¿Dónde? ¿Cuándo?

-Aquí, en Ciudad de México. Pronto.

Incapaces de comprender nuestra conversación, los cuatro emisarios se mantenían rígidos e inexpresivos. Era para mi un regalo de Dios que no comprendieran el español.

-Bendecid, por favor, a estos emisarios -agregué.

El arzobispo alzó su gruesa mano e impartió la bendición a los japoneses, que la recibieron sin darse cuenta de lo que era. Yo calculaba que ese sacerdote demasiado bien alimentado informaría inmediatamente a las personas principales de Ciudad de México que algunos de los japoneses pensaban bautizarse. Y sin duda, a medida que la noticia se difundiera, la mala reputación de los japoneses mejoraría.

Concluida la visita, regresamos al monasterio. Allí reuní a los mercaderes.

-La carga desembarcada en Acapulco llegará muy pronto a Ciudad de México.

Mientras se congratulaban, les dije en términos muy claros que tendrían grandes dificultades para vender sus mercancías. Les conté que había llegado hasta allí la noticia de la persecución japonesa de los cristianos y que, como consecuencia, las autoridades no se sentían bien predispuestas hacia ellos. Luego di la espalda al agitado grupo y volví a mi habitación.

Los mercaderes siguieron cambiando ideas. Yo sabía de qué hablarían. Rezando, sí, rezando esperé su respuesta. Poco más tarde el comerciante de dientes amarillos, el mismo que me había pedido en el barco privilegios especiales para comerciar en Nueva España, se acercó furtivamente a mi habitación con algunos de sus camaradas.

-Padre -el hombre de dientes amarillos sonrió de modo seductor-, todos dicen que desean convertirse al cristianismo.

-¿Por qué motivo? -pregunté con voz glacial.

-Porque todos hemos comprendido el valor de las enseñanzas cristianas.

Balbuceó tediosamente mientras explicaba cómo pensaban él y los demás. Todo había ocurrido como yo había calculado. Sé que muchos buenos cristianos criticarían mi táctica. Pero los métodos corrientes no sirven si se quiere hacer del Japón un país de Dios. Incluso si aquellos mercaderes se proponían utilizar el bautismo y al Señor mismo para obtener riquezas, Dios no los abandonaría una vez que fueran bautizados.

El Señor no abandona a nadie que haya pronunciado Su nombre aunque sea una sola vez. Eso es lo que yo creo.

Como había anticipado -o mejor, planeado-, la noticia de que un grupo dejaponeses se bautizaría pasó del arzobispo a los notables y de boca en boca hasta que la conoció toda la ciudad. Todas las personas que he visto en estos últimos días me han interrogado al respecto. Ahora espero, como una araña que acecha en su tela, que el rumor llegue a oídos del virrey. Y luego, entre la curiosidad y la satisfacción de los habitantes de Ciudad de México, los japoneses recibirán un glorioso bautismo. Y cuando eso ocurra todos admitirán que yo, después de mostrar al pueblo un éxito tan señalado, soy digno de ser obispo del Japón.

Oh, Señor, ¿han sido reprochables mis acciones? He pronunciado esas mentiras y he planeado estas estratagemas para que algún día se eleven en el Japón himnos alabando Tu nombre y para que allí crezcan en profusión las flores de la fe. El suelo del Japón es tan duro y estéril que no he tenido otra opción que emplear estos recursos para que Tu semilla germine. Alguien debía mancharse las manos. Como no había otra persona posible, no he vacilado en mancharme de barro por Ti. Pero ¿por qué me atraen a tal extremo ese país y su pueblo? Hay en el mundo muchas naciones donde es más fácil la labor del misionero. Ah, Japón. Cuanto más te resistes, más se inflama mi espíritu combativo. Y tanto me atraes que para mí ningún otro país parece existir.

«Buscad, por lo tanto, la virtud y el reino de Dios.» El día de, san Miguel, en la capilla del monasterio de San Francisco de Ciudad de México, el padre superior Guadalcázar bautizó a treinta y ocho japoneses. A las diez en punto tañeron las campanas de la torre, los ecos resonaron en el cielo azul, y el pueblo se congregó para ver la ceremonia. Los japoneses formaban dos hileras; cada uno sostenía una vela en la mano.

Cuando pasaban delante del superior, él preguntaba: «¿Crees en nuestro Señor, y en su Iglesia, y en la vida eterna?». Y ellos respondían: «Si, creo».

La muchedumbre reunida en la capilla oyó estas palabras; algunos estaban de rodillas, otros lloraban y todos alababan al Señor y agradecían la caridad que Dios había derramado sobre esos extranjeros. La campana volvió a sonar. Mientras yo asistía al superior, un sentimiento de gratitud me invadió. Incluso si el único motivo de esos treinta y ocho comerciantes era la esperanza de la riqueza, ¿acaso el sacramento del bautismo no podía triunfar sobre la codicia? Uno por uno los japoneses se arrodillaron ante el superior. El rociaba sobre sus frentes agua bendita y luego regresaban a su sitio con una extraña expresión. Yo recé fervientemente por ellos.

El padre superior Guadalcázar les dedicó un sermón. En Nueva España, dijo, muchos indios habían abandonado sus costumbres bárbaras y sus creencias religiosas y eran admitidos entre los virtuosos. Pidió a toda la congregación que rezara por que el Japón se convirtiera pronto en un país de Dios. Se persignó y todos guardaron silencio; se arrodillaron e inclinaron la cabeza.

Desde el altar espié a los emisarios, a quienes se había reservado sitio en la tercera fila. Nishi miraba la ceremonia con interés y curiosidad, en tanto que Tanaka y Hasekura permanecían sentados con los brazos cruzados y seguían con la vista mis movimientos. Sólo el sitio de Matsuki estaba desierto, lo que expresaba ostensiblemente su oposición.

Después de la misa hablé con Tanaka y Hasekura. Señalé a los mercaderes: la muchedumbre los rodeaba y les regalaba flores.

-Supongo que consideráis despreciables a esos mercaderes. Pero ahora la población de Ciudad de México los considera sus amigos. Sin duda sus negocios se desarrollarán sin el menor inconveniente.

Los dos hombres callaron.

-Eso no es todo. Sospecho que la ceremonia de hoy no dejará de ejercer alguna influencia sobre la decisión del virrey de permitir el comercio con el Japón.

Tanaka desvió la miraba ante la ironía. Hasekura parecía profundamente incómodo.

El bautismo de los japoneses entusiasmó al arzobispo, que interpuso sus buenos oficios para concertar una audiencia del virrey Acuña a los emisarios antes de lo que yo había imaginado. Recibieron la noticia con júbilo e incluso Tanaka consiguió mostrar una especie de sonrisa.

El día de la audiencia, un lunes, los emisarios entregaron sus lanzas a los miembros de su séquito y subieron al coche que el virrey les había enviado. Yo fui con ellos desde el monasterio hasta la residencia oficial del virrey. La noticia del bautismo había corrido por la ciudad y la gente nos aclamaba por las calles. Pero los emisarios sentían excesiva aprensión ante la audiencia y ni siquiera las voces amistosas de la muchedumbre suavizaban sus expresiones severas.

Su nerviosismo aumentó cuando entramos por el portaí de la residencia del virrey, situada en el corazón de Ciudad de México; mientras pasábamos entre hileras de guardias solemnes y el coche se detenía en el pórtico advertí que al joven Nishi le temblaban levemente las rodillas. El virrey, un hombre de porte aristocrático, nos aguardaba con

dos de sus secretarios en un salón decorado con brillantes armaduras y panoplias. Llevaba bigote y su rostro era delgado. Los emisarios se inclinaron al modo japonés, sin tomar la mano que él les ofrecía, y él se encogió de hombros, desconcertado.

El contraste entre la forma japonesa de saludar y el grandilocuente discurso de bienvenida del virrey, típicamente español, era un espectáculo divertido. Aunque en lo esencial ambas nacionalidades son muy diferentes, se parecen en su respeto por el formalismo y el exagerado ceremonial. El virrey expresó su gratitud al rey del Japón por la buena voluntad con que había protegido a los náufragos españoles y los había devuelto a su hogar. Luego felicitó a los emisarios por el feliz arribo de su barco a Nueva España y manifestó sus esperanzas de que el Japón y España prosperaran y florecieran juntas.

Cuando terminó, Hasekura alzó respetuosamente la carta de Su Señoría y dio un paso hacia el virrey. Ambos hombres procedían con mortal seriedad, ignorando la absurda imagen que presentaban.

Sin embargo el virrey evitó responder a la pregunta principal y se limitó a decirme:

-Haremos todo lo posible para que los emisarios del Japón se sientan a gusto en Ciudad de México.

Los emisarios empezaban a dar muestras de exasperación cuando el agudo Matsuki me apremió para que pidiera una respuesta a la carta de Su Señoría.

-Yo, personalmente -dijo el virrey-, no tengo autoridad para responder a esta carta. Pero, por supuesto, prometo que transmitiré vuestra petición a Madrid...

Los emisarios me miraron con sorpresa. Sus rostros estaban llenos de preocupación y parecían niños buscando la ayuda de un adulto.

-Estoy seguro de que los japoneses desean saber cuándo pueden esperar una respuesta de Madrid -dije en su nombre.

-A causa de la complejidad del asunto, y considerando el tiempo necesario para la deliberación, supongo que transcurrirán unos seis meses -dijo el virrey, encogiéndose de hombros-. Y sin duda, padre, no ignoráis que, como el comercio español con el Lejano Oriente está indisolublemente vinculado con las misiones, será necesario tener en cuenta la opinión del Papa.

Yo lo sabia, por supuesto. Y también sabia que el virrey de Nueva España no tenía autoridad para conceder un permiso de comercio con el Japón. Precisamente por esa razón había venido con los emisarios. Pero fingí gran sorpresa, como si acabara de enterarme, y expliqué la situación a los japoneses. Mi intención era llevarlos a la confusión, hacer que se sintiesen indefensos y luego conseguir que hicieran exactamente lo que yo deseaba.

-El virrey dice que la respuesta de España tardará un año -mentí.

-¿Un año? ¿Y debemos esperar un año?

Parecía que hubiesen recibido un hachazo. Yo ignoré su reacción y me volví hacia el virrey como si no supiera qué decir.

-Los emisarios dicen que seis meses es demasiado tiempo. Si es así, preferirían ir a España y transmitir directamente los deseos del rey japonés al rey de España.

-Para mi eso no supone diferencia, pero...

Comprendiendo que el verdadero deseo del virrey era ver a esos fastidiosos japoneses muy lejos de la Ciudad de México, vertí un poco de agua para cebar la bomba.

-¿Podríamos entonces solicitar vuestra ayuda para que ellos puedan viajar a España?

-No puedo negarme si eso es lo que desean. Pero decidíes por favor que el viaje desde aquí hasta la costa oriental está plagado de peligros.

-¿Peligros? ¿Qué queréis decir?

-¿No lo sabíais? Ha estallado un levantamiento indio cerca de Veracruz. Y no disponemos de fuerzas suficientes para ofrecer una escolta a los emisarios.

Era la primera noticia que yo tenía de tal levantamiento. Para viajar a España era indispensable ir primero al puerto de Veracruz en el Atlántico. Y una tribu indígena estaba incendiando pueblos, derribando las mansiones de los amos e incluso matando sacerdotes en las cercanías de Veracruz.

-No podemos quedarnos aquí un año. -Tanaka, sin comprender, exigía una solución- El Consejo de Ancianos nos ha ordenado que regresemos el próximo invierno.

-Se lo diré al virrey.

Por supuesto, no lo hice. Pensé rápidamente. Dos eran las finalidades de este viaje:

que yo obtuviera mi obispado y dar a nuestra orden, y no a los jesuitas, el privilegio exclusivo de hacer proselitismo en el Japón. Para conseguirlas debía viajar a España pese a todos los peligros. Porque sólo el cardenal de España podía designarme obispo.

-Aunque haya riesgos desean ir a Veracruz. Asumen toda la responsabilidad. - hora le mentía también al virrey-. Me gustaría señalar que, si bien algunas personas se oponen aquí al comercio con el Japón, éste ciertamente no carece de sentido. Nuestros enemigos Inglaterra y Holanda se están esforzando por lograr acuerdos comerciales con el Japón.

Expliqué al virrey las mismas cosas que le había dicho al arzobispo y observé que los protestantes de Holanda e Inglaterra ponían ahora sus ojos en el Japón, puesto que habían descubierto que allí se podían obtener grandes cantidades de plata y estaño a precios muy bajos; pero que el rey del Japón quería comerciar con Nueva España y no con la colonia española de Manila; y que como los jesuitas interferían en las relaciones comerciales con Manila, convenía que de ahora en adelante nuestra orden actuara como intermediaria.

-Os agradecería que avisarais a España que nuestra orden ha logrado bautizar a un gran número de japoneses en Ciudad de México.

Sus ojos fríos brillaron por primera vez.

-Mi informe no os hará daño. -Me dio una suave palmada en el hombro-. Parece que hubierais escogido una profesión equivocada, padre. Deberíais ser diplomático y no misionero.

Sentía pena por los emisarios, que salieron totalmente desanimados de la residencia del virrey, pero yo daba gracias a Dios y estaba muy satisfecho.

Era casi mediodía cuando regresamos, y otra vez recibimos las aclamaciones de la multitud a nuestro paso.

-Puesto que no hay otro medio -dije a los emisarios-, iré solo a España y trataré de traer una respuesta favorable.

No dijeron nada. No estaban enfadados; simplemente no sabían qué hacer. Paso a paso, se movían exactamente en la dirección que yo deseaba...

Los emisarios retornaron desalentados al monasterio. Cuando descendían del coche, un indígena emergió de la muchedumbre y tironeó con insistencia de la manga del samurai. La coleta le colgaba a la espalda; en sus ojos ardía una luz singular. Cuando el samurai se detuvo, asombrado, el hombre le dijo algo en voz baja. El samurai no le oyó por el clamor de la gente, y el hombre repitió sus palabras.

-Yo soy... japonés.

El samurai perdió el habla por la sorpresa. Aunque había oído decir que allí había un japonés, no había imaginado que pudiera encontrarlo tan pronto y en un sitio tan inesperado. El hombre aferró con fuerza la manga del samurai y permaneció inmóvil, como si quisiera aspirar el olor del Japón de las ropas y el rostro del samurai. Finalmente una especie de gemido brotó de sus labios mientras las lágrimas asomaban a sus ojos y rodaban por sus mejillas.

-Vivo en el pueblo de Tecali -dijo en seguida-. Pero por favor no digáis nada a los padres. Yo era sacerdote, pero he abandonado el cristianismo.

Entonces el hombre advirtió que Velasco se acercaba y añadió de prisa:

-Tecali está cerca de Puebla. Tecali.

Y desapareció entre la muchedumbre. Cuando el desconcertado samurai recobró la compostura, buscó al hombre entre los espectadores. El rostro cubierto de lágrimas lo miraba sonriente.

Cuando regresaron a la habitación, el samurai contó a los demás emisarios lo ocurrido. Los ojos de Nishi brillaron.

-¡Vamos a Tecali! ¡Podríamos utilizar a ese hombre como intérprete!

-¿Creéis que podemos ir sin que Velasco se entere? -dijo sarcásticamente Tanaka-

No podemos hacer nada sin Velasco. Todo sale como ese bastardo quiere.

-Por eso necesitamos un intérprete propio.

-No podríamos utilizarlo. -Matsuki meneó la cabeza-. ¿Acaso no pidió que no habláramos de él a los padres porque ha abjurado del cristianismo?

Como siempre durante esas discusiones, el samurai permaneció en silencio en un ángulo de la habitación. No hablaba, puesto que no tenía el hábito de expresar sus sentimientos con palabras, y además a causa de la timidez característica de la gente de la llanura. En él estaba constantemente presente la idea de que discutir, así como albergar sentimientos desagradables hacia otra persona, sólo podía aumentar el dolor.

Un hombre no hablaba de sus ideas o sentimientos mientras no los hubiera pesado cuidadosamente. Esta era la naturaleza de los campesinos de la llanura, y el samurai era como ellos.

-Entonces, ¿debemos permanecer pasivos y hacer solamente lo que el señor Velasco nos dice?

Ni Tanaka ni Matsuki tenían respuesta para la pregunta de Nishi. Ninguno de ellos podía decir qué camino era más conveniente.

-¿Nos quedaremos en Ciudad de México?

Nishi repitió desafiante la pregunta como para vengarse de los constantes reproches de Tanaka.

-El señor Velasco ha dicho que iría solo a España.

-Velasco no tiene ninguna intención de ir solo a España. -Matsuki movió la cabeza-. Interiormente está seguro de que iremos con él.

Los otros tres volvieron su atención a Matsuki. Al samurai le disgustaban el sarcasmo y las palabras burlonas de Matsuki, pero reconocía la perspicacia de su mente.

-¿Cómo lo sabéis? -preguntó Tanaka.

-Poneos en su lugar -respondió Matsuki-. Desde el punto de vista de Velasco, es una excelente idea llevar a España a los emisarios del Japón, entrar con gran pompa en la capital y poner de relieve su éxito ante sus superiores y sus camaradas. Ya podéis imaginar qué se propone si recordáis qué orgullosamente pisa la Ciudad de México desde que ha convertido al cristianismo a los mercaderes. España es el país natal de Velasco. En la capital de ese país, convertirá al cristianismo a los emisarios japoneses y nos exhibirá ante el rey, los altos dignatarios y los prelados, y conseguirá de ellos cuanto desea. Esa es su intención.

-Entonces seria mejor que ignoráramos las presiones de Velasco y no fuéramos a España. -Nishi miró a los demás.

-Pero -dijo el samurai como para sus adentros- si vamos a España podremos ayudar a establecer relaciones entre el Consejo de Ancianos y Nueva España...

Tanaka, que estaba con los brazos cruzados, asintió.

-Lo que dice Hasekura es verdad. Sea lo que fuere lo que Velasco se propone, nuestra prioridad es cumplir nuestra misión.

-Yo no estoy tan seguro. -En la cara de Matsuki había una leve sonrisa-. En primer lugar, el Consejo de Ancianos nos ha ordenado completar nuestra misión tan pronto como sea posible y retornar al Japón. Si vamos a España, retrasaremos mucho nuestro regreso.

-Incluso si nos demoramos... Incluso si nos lleva dos años, el primer deber es cumplir la misión.

-En ese caso, señor Tanaka, ¿seguiríais la sugerencia de Velasco y os convertiríais al cristianismo al llegar a España si eso contribuye al cumplimiento de nuestra misión?

-Matsuki derramaba generosamente su sarcasmo sabiendo que Tanaka despreciaba el cristianismo.

-¿Sería eso desacertado? -preguntó Nishi-. Los mercaderes se han convertido para hacer mejores negocios. Si contribuyera al éxito de nuestra misión...

-¡No digáis tonterías! -La ferocidad que había en la voz de Matsuki sorprendió a los demás. La leve sonrisa superior se desvaneció de sus labios-. Nishi, no debéis convertiros ni siquiera si es un medio para cumplir un fin.

-¿Por qué no?

-No sabéis nada. -Matsuki miró con pena a Nishi-. No conocéis las querellas internas del Consejo de Ancianos. Ni siquiera habéis pensado por qué han elegido a un grupo de cabos como emisarios.

-No lo sé. ¿Lo sabéis vos, señor Matsuki?

Nishi y Tanaka miraron a Matsuki, esperando una respuesta.

-No he pensado en otra cosa durante el viaje en barco. Se me han ocurrido varias razones.

-¿Qué razones?

-Una es que desean poner fin a las peticiones de los cabos de que se les devuelvan sus antiguas tierras. Si envían a un grupo de los nuestros y se pierden en el mar, tanto mejor. Y si no podemos cumplir nuestra imposible misión, podrán castigamos por nuestra deslealtad, como escarmiento para los demás.

-¡Eso es ridículo! -Tanaka saltó de su cama-. ¿Acaso no me dijo claramente el señor Shiraishi que se consideraría la devolución de nuestras antiguas tierras si cumplíamos nuestro deber como emisarios?

-¿El señor Shiraishi? -Una vez más Matsuki sonrió burlonamente-. El señor Shiraishi no es el único miembro del Consejo. Otros magistrados no piensan bien del proceder de la facción del señor Shiraishi. Me refiero a la facción del señor Ayugai.

Contrariamente al señor Shiraishi, el señor Ayugai detesta a Velasco y a los cristianos.

Desde el principio se opuso a que Velasco fuera nuestro intérprete. El señor Ayugai opina que difundir el cristianismo en el dominio de Su Señoría será fuente de grandes males para el futuro.

-Entonces, ¿por qué el Naifu y el Shogun han dado su autorización para nuestro viaje?

-El señor Ayugai cree que es una trampa para Su Señoría preparada por el clan del Shogun. Su Señoría, como los daimyos de los otros grandes dominios, tiene formidable poder, y el señor Ayugai cree que Edo intenta aplastarlo. Por eso la facción del señor Ayugai se opuso a la designación de Velasco, que fue expulsado de Edo. Finalmente se impuso el punto de vista del señor Shiraishi, pero después de un largo debate el Consejo acordó abandonar la idea de enviar como emisarios a un grupo de ancianos magistrados. Se decidió que fueran, en su lugar, samurais de baja graduación.

Matsuki narraba los hechos con toda precisión, como si hubiese asistido personalmente a las discordias en el seno del Consejo de Ancianos. El samurai, el perplejo Tanaka y el joven Nishi no podían discutir la elaborada lógica de Matsuki. Y, a pesar de la sorpresa que sentían, algo que no podían contener latía en la garganta de los tres hombres.

Tanaka no pudo controlarse.

-No son más que conjeturas, ¿verdad?

-Supongo que así es.

-No creo una sola palabra.

-Sois libres de creer o no -respondió Matsuki-. Pero debo decir algo al señor Hasekura y a Nishi. No os dejéis arrastrar por la vehemencia de Velasco. Si os dejáis engañar, aunque sea por el bien de vuestra misión, eso podría provocar vuestra ruina a vuestro regreso al Japón. Si el señor Shiraishi pierde influencia en el Consejo antes de nuestro regreso, y la facción del señor Ayugai toma el poder, cambiará la forma en que nos tratan. Durante nuestro viaje puede haber cambios en el dominio de Su Señoría.

Le dolía la cabeza. La discusión entre Matsuki y Tanaka continuaba. El samurai quería estar solo. Salió discretamente de la habitación. Era la hora de la siesta y los pasillos del monasterio estaban silenciosos. Salió al patio. En el lado opuesto del estanque había una cruz de la que colgaba un hombre demacrado con la cabeza inclinada.

El agua rebosaba de la fuente con suave gorgoteo y corría en hilillos. Alrededor de la figura esculpida se abrían como llamaradas flores que nunca había visto en el Japón.

Educado en la creencia de que sus diminutas tierras eran la suma total del mundo, las maniobras políticas de que hablaba Matsuki no tenían para él ningún significado.

Jamás había considerado la posibilidad de que pudiesen existir dentro del Consejo de Ancianos complejas redes de hostilidad situadas más allá de su comprensión. Había iniciado ese viaje cumpliendo honestamente las órdenes del señor Shiraishi.

Se frotó los párpados y luego miró con inquietud las brillantes flores del patio y escuchó el rumor de la fuente.

-Quizá vaya desde aquí hasta la distante tierra de España -murmuró, pensando en ,la cara de Riku-. Lo único que puedo hacer es creer lo que el señor Shiraishi me ha dicho.

Pero eso no era todo. Sentía en su corazón el deseo de desafiar al omnisciente Matsuki. No quería aceptar las conjeturas de Matsuki acerca de las intenciones del Consejo de Ancianos.

Oyó pasos detrás de él. Era Nishi suspirando.

-Estoy disgustado.

-¿A causa de Matsuki? -El samurai asintió-. De todo piensa lo peor. Eso no me gusta en él.

-El señor Matsuki dice que uno de nosotros debería regresar al Japón con los mercaderes e informar al Consejo de la situación, y que los demás deberían permanecer en Ciudad de México. Insiste en que al entregar la carta de Su Señoría al virrey de Nueva España hemos cumplido nuestra misión. Y dice que ahora deberíamos esperar aquí noticias de Velasco cuando llegue a España.

-No hemos cumplido nuestra misión. El señor Shiraishi nos dijo que no la abandonáramos hasta el fin. Recuerdo sus palabras. No puedo apoyar el plan de Matsuki.

-Entonces, ¿iréis a España? También yo deseo ir. En parte por nuestra misión, naturalmente, pero además me fascinan las tierras y las ciudades desconocidas. Quisiera saber cuán vasto es realmente el mundo.

El océano, con sus olas persiguiéndose. El inmenso océano, sin rastro de tierra visible hasta donde alcanzaba la vista, surgió en la mente del samurai. El joven Nishi quería conocer mejor el amplio mundo. Pero para él la idea de entrar en esa vastedad era agobiante. Estaba fatigado. Sintió bruscamente un intenso deseo de volver a su llanura y miró a Nishi con envidia.

Tanaka apareció en el patio. Con el pie envió una piedrecilla al estanque, señal de que su ira no se había disipado.

-Ese inteligente bastardo... -Tanaka siguió insultando a Matsuki. Sin embargo, parecía incapaz de decidirse cuando se dejó caer en una silla-. Hasekura, diga Matsukilo que diga, no podemos esperar ninguna mejora si no completamos nuestra misión.

Yo..., yo no conozco las intrigas del Consejo de Ancianos... Pero pertenezco al grado de los cabos y no tengo otra opción que continuar este viaje si deseo recobrar mis antiguas tierras.

La angustia nublaba el rostro de Tanaka. Le temblaba la voz como si estuviera llorando.

Esa noche el samurai visitó a Yozo y a sus demás servidores. En lugar de habitaciones, los mercaderes y los servidores sólo disponían de colchones de paja en los pasillos del monasterio.

Los tres hombres se pusieron de pie cuando vieron al samurai. Percibieron su expresión sombría y esperaron, tranquilamente, como perros, a que su amo hablara.

-Debemos continuar nuestro viaje. -El samurai parpadeó-. Volveremos a cruzar el mar y a viajar a otro país distante.

Observó que Ichisuke y Daisuke temblaban.

-Se ha resuelto que el señor Matsuki y los mercaderes permanezcan aquí; a fin de año embarcarán en la gran nave y volverán a Tsukinoura. -Sin respirar, el samurai pronunció las palabras que, sabia, serían más dolorosas para sus servidores-. Nosotros y los otros dos emisarios partiremos hacia España.

CAPÍTULO 5

Aunque Yozo se limitó a mirarlo en silencio, el samurai sabía que, cualquiera que fuese la actitud de Ichisuke y de Daisuke, Yozo jamás lo abandonaría. Sabia que, como él, Yozo no había desafiado jamás el curso de su destino.

He hecho todo lo que se debía hacer. Me marcho complacido de Ciudad de México.

El prior de mi orden y el bondadoso arzobispo han escrito cartas a Madrid acerca de mis tareas misioneras, informando de que muchos mercaderes japoneses se han bautizado bajo mi tutela. Y el virrey Acuña ha informado a los consejeros de la corte de que el comercio con el Japón sería útil para contener las incursiones de las naciones protestantes. Estos dos informes, mejor que cualquier carta de recomendación, servirán para anular las maniobras de los jesuitas. Puedo decir que en Ciudad de México he conseguido un triunfo.

Se acerca el día de la partida; el tiempo es todavía bueno. He dicho misa en el monasterio y dado la comunión a los mercaderes japoneses recientemente bautizados.

Sin duda alguna se han hecho cristianos por afán de lucro, pero sea cual fuere el motivo, han entrado en contacto con Dios. Quienes han encontrado a Dios no pueden huir de su presencia. Gracias al bautismo, los mercaderes han podido vender sus mercancías a los comerciantes locales y comprar a su vez grandes cantidades de lana y telas.

Dentro de cuatro meses cargarán sus mercancías en el galeón y volverán al Japón, donde obtendrán grandes beneficios.

«Cuando vengáis a nuestra plaza fuerte, padre -anunciaron con gratitud los satisfechos mercaderes-, os estará esperando allí la iglesia que construiremos.» ¡He recibido una propuesta espléndida! Me la susurró al oído, furtivamente, el mercader de dientes amarillos. Me dijo que, si conseguía darle la exclusividad del mercado de lanas de Nueva España, de buena gana donaría a mi orden la décima parte de sus ganancias. Mi proyecto avanza. Me encanta imaginar esa plaza fuerte transformada en un capital cristiana más resplandeciente que Nagasaki.

Sin embargo no todo marcha como estaba planeado. Según esperaba, los emisarios japoneses han dicho que me seguirán hasta la lejana España, pero Matsuki se quedará en Ciudad de México y volverá al Japón con los mercaderes. Supongo que me habrá calumniado ante los demás emisarios, pero me cuesta creer que se separe de sus camaradas y abandone su misión a mitad de camino. Debe tener alguna razón para atreverse a regresar a su país, lo que sin duda parecerá censurable al Consejo de Ancianos. Me pregunto a veces si Matsuki habrá venido como un verdadero emisario o con la orden de observar mis movimientos para informar de ellos al Consejo. Semejante astucia sería típicamente japonesa.

Pero desde otro punto de vista la retirada de Matsuki será conveniente. Me será más fácil hacer las cosas a mi manera durante el viaje si sólo tengo que ocuparme de Hasekura, que es la personificación misma de la lealtad, de Tanaka, jactancioso como un gallito pero carente de la inteligencia de Matsuki, y de Nishi, que es todavía un muchacho. Por esa razón, cuando veo que Tanaka se enfurece con Matsuki, hago lo posible para aplacarlo.

No es éste mi principal motivo de preocupación. Me inquieta la insurrección de la tribu huaxteca que nos corta el paso a Veracruz. Encomenderos estúpidos son los culpables de esta insurrección. Desde un principio el rey permitió que los encomenderos españoles que emigraban a Nueva España tuvieran la propiedad privada de las praderas y las tierras de cultivo, como si se tratase de aristócratas. Pero ellos aprovecharon este privilegio para obligar a los indios a trabajar despiadadamente en los campos.

Incluso les quitaron las pequeñas tierras que se les habían entregado. Nuestra orden se ha opuesto siempre a los encomenderos, y este nuevo levantamiento se debe a su tiranía. Los huaxtecas eran originariamente una tribu dócil y no tenían casi otras armas que piedras. Ahora me han dicho que poseen armas de fuego.

Se encuentran tontos como ésos en todas las tierras sojuzgadas. Los propietarios no han tenido la sabiduría de asegurar sus propias ganancias otorgando a los indios el incentivo adecuado. Quizá no sea ir demasiado lejos decir que la situación aquí se parece mucho al fracaso de nuestro ministerio en el Japón. Los fallos de nuestra obra misionera -pensar sólo en los fines propios, ignorando la posición y los sentimientos de los japoneses- aparecen de otro modo aquí, en Nueva España, bajo la forma de un conflicto entre indios y encomenderos.

Para mi pesar, debemos atravesar la zona en que se desarrolla la insurrección. No he informado de esto a los emisarios del Japón y he pedido a los hermanos del monasterio que guarden silencio. Si los emisarios vacilaran a causa del levantamiento, mis planes sufrirían trastornos.

Durante los últimos días he leído las epístolas a los corintios y meditado acerca de las tribulaciones de san Pablo en sus viajes misioneros. «En caminos muchas veces, peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar», escribe el apóstol. Todo para llevar las enseñanzas de Dios a los pueblos paganos. Tampoco a mí, como a Pablo, no me importan «muchas vigilias, hambre y sed, muchos ayunos, frío y desnudez». Porque para mí está el Japón. Esas pequeñas islas con la forma de unicornio son las tierras que el Señor me ha dado para conquistar, el campo de batalla donde debo combatir. Esta seguridad se ha fortalecido cada vez que he rezado desde que llegamos a Nueva España.

Dos noches antes de la partida, el buen superior invitó a los japoneses a un banquete de despedida. Como durante las bodas de Caná, los mercaderes bebieron vino y cantaron canciones. Las melodías japonesas suenan monótonas y tediosas a nuestros oídos, pero los hermanos que compartían nuestra mesa observaron que se parecían a las canciones indias. En ese banquete los japoneses, levemente ebrios, confesaron por fin riendo que la tenue atmósfera y la altura de Ciudad de México les habían resultado sofocantes, y que les repugnaba el olor de las comidas que se les habían servido y del aceite de oliva. Entre los emisarios, quien más bebió fue Tanaka, aunque de modo no exagerado.

Los emisarios observaban los modales al comer, para gran admiración de los hermanos.

El banquete concluyó. Cuando salía del comedor con los monjes y me dirigía hacia la capilla, con las manos unidas para las plegarias de la noche, Matsuki me llamó aparte. Sin permitir que nuestros rostros traicionaran nuestros sentimientos, puesto que ambos tratábamos de leer en la mente del otro, cambiamos palabras de despedida.

-Padre -dijo suavemente-, no volveremos a vernos.

-¿Por qué no? Cuando concluya esta misión, regresaré...

-No... No volváis al Japón.

-¿Por qué no? -dije con firmeza.

-Padre -Matsuki alzó la vista con curiosidad-, ¿por qué deseáis trastornar nuestros dominios?

-¿Trastornar vuestros dominios? No comprendo.

-Nosotros... No, no se trata sólo de nosotros. Todo el Japón ha vivido en paz hasta ahora. ¿Por qué habéis venido a turbar nuestra paz?

-No hemos ido con esa intención. Hemos ido a compartir con vosotros la verdadera felicidad.

-¿La verdadera felicidad? -Los labios de Matsuki se curvaron en una sonrisa atormentada-. Vuestra idea de verdadera felicidad es demasiado intensa para el Japón.

Una medicina demasiado poderosa se convierte en veneno en los cuerpos de algunas personas. La felicidad que vosotros los sacerdotes predicáis es un veneno para el Japón.

Esto lo he visto claro desde que llegamos a Nueva España. Esta país habría vivido en paz si las naves españolas no lo hubieran visitado. Vuestra idea de la felicidad ha trastornado este país.

-Este país... -comprendí lo que trataba de decir Matsuki-. No niego que se ha vertido aquí demasiada sangre. Pero la hemos expiado. Los indios han aprendido muchas cosas... Y lo más importante es que han aprendido el camino que conduce a la felicidad.

-Entonces, ¿os proponéis tratar al Japón como habéis tratado a Nueva España?

-¿Yo? No soy tan loco. Simplemente deseo proporcionar algunas ventajas al Japón y recibir a cambio el permiso de difundir las enseñanzas de Cristo.

-Los japoneses aprenderán de buena gana los conocimientos superiores y las habilidades de vuestros países. Pero no necesitamos nada más.

-¿Qué bien os haría copiar simplemente nuestras habilidades? ¿En qué os aprovechará obtener meros conocimientos? Esas habilidades y conocimientos han sido creados para corazones humanos que buscaban la felicidad que procede del Señor.

-La felicidad de que habláis -repitió Matsuki- es un estorbo para nuestras pequeñas islas.

Ninguno de nosotros estaba dispuesto a ceder. Finalmente Matsuki calló, me miró con repugnancia, se volvió y se alejó. Sentí en ese momento que, tal como él había dicho, no volveríamos a vernos.

El día de la partida el cielo estaba claro.

Los mercaderes se congregaron ante las puertas del monasterio para despedirse del grupo y desearles un feliz viaje. Los tres emisarios les entregaron cartas y regalos para sus familias. La noche anterior el samurai había escrito a su tío y a su hijo mayor.

«Te escribo muy brevemente -le decía a Kanzaburo-. Aquí las cosas marchan tolerablemente bien. Yozo, Ichisuke y Daisuke están bien. Por desgracia, Seihachi ha muerto a bordo. Sé obediente y cortés con tu madre. Debería contarte muchos más detalles, pero en esta apresurada carta sólo puedo escribirte lo esencial.» El samurai estaba avergonzado de esas palabras que no comunicaban siquiera la milésima parte de lo que su corazón sentía. Evocó el rostro apenado de Riku mientras las leía una y otra vez.

Los emisarios y Velasco iban a caballo y los servidores guiaban a los asnos cargados de equipaje. El superior y los sacerdotes, rodeados por los mercaderes, hacían gestos de despedida. Brillaba un sol violento. Cuando el samurai puso el pie en el estribo, Matsuki se acercó inesperadamente a su lado.

-Cuidaos. -Aferró el pantalón del samurai-. Cuidad de vuestra salud. -El samurai se asombró, pero Matsuki continuó-. El Consejo de Ancianos no protegerá ni defenderá a un

cabo. Desde el momento en que aceptamos ser emisarios, hemos sido absorbidos por el remolino de la política. Cuando se cae en un remolino semejante, sólo se puede confiar en uno mismo.

El samurai vaciló. Pensó en responder: «Creo en el Consejo de Ancianos», pero contuvo su lengua.

Desde la silla el samurai saludó con la cabeza a los sacerdotes y a los mercaderes.

Matsuki estaba entre ellos con los brazos cruzados. La envidia mordió el corazón del samurai cuando pensó que ellos regresarían antes que él al Japón. Pero en la llanura el samurai siempre había sido obediente y también en este momento estaba preparado para aceptar el destino que se le había asignado. Yozo, Ichisuke y Daisuke le seguían en silencio, conduciendo sus asnos.

Una vez más, como en el camino desde Acapulco hasta Ciudad de México, un desierto punteado de cactos y agaves se abría ante los viajeros. Al descender hacia las llanuras, el calor se tomó intenso. Los indios que trabajaban en los campos abandonaban sus tareas y los niños que pastoreaban cabras y ovejas se detenían par.a contemplar largamente esa procesión tan peculiar.

A la dura luz del sol, el cielo ondulante no era azul sino más bien del color de la mica. Un ave solitaria, la primera águila calva que los japoneses veían, flotaba lentamente sobre las corrientes de aire. Atravesaban ahora campos de maíz y algunos bosquecillos de olivos que pronto desaparecieron en el desierto de cactos. En las zonas de cultivo había cabañas indias con techos de hojas y ramas y muros de barro. En los techos se posaban las águilas calvas.

Los japoneses pasaron por las ruinas de varios poblados, cuyos muros de piedra se apoyaban contra las colinas veteadas de granito. Todavía se veían las plazas abandonadas, por las que corría invariablemente un viento seco. Escuchando el sonido del viento, el samurai recordó las palabras que Matsuki había pronunciado con aire desafiante: «Cuando se cae en el remolino de la política, sólo se puede confiar en uno mismo».

Tanaka preguntó si los pueblos habían sido abandonados a causa del hambre.

-No ha sido el hambre -dijo Velasco-. Nuestro antepasado Cortés invadió el territorio de los indios con menos de cien soldados. -Parecía casi orgulloso de su respuesta.

«¿Para qué sirven las especulaciones? -se preguntó el samurai mientras acompañaba el paso de su animal-. Un hombre sin inteligencia, como yo, sólo puede pensar en cumplir su misión. Estoy seguro de que eso mismo hubiera dicho mi padre si viviera.» Llegaron a un río. No había una gota de agua. Apareció una montaña pelada con manchas de granito. Cuando llegaron a la cima, se irguió majestuosamente en el horizonte otra enorme montaña cubierta de blanca nieve. Esa montaña era mucho mayor y más alta que las del dominio de Su Señoría.

-¿Es más alta que el Fuji? -exclamó Nishi con asombro.

Velasco se volvió hacia el joven y le sonrió con simpatía.

-Por supuesto. Esta montaña se llama Popocatépetí.

Abrumado por la emoción, Nishi pronunció las mismas palabras que había dicho antes.

-El mundo es verdaderamente inmenso.

La gran montaña permaneció constantemente a la vista mientras descendían como una columna de hormigas. No se acercaba al avanzar; parecía mirar en silencio el mundo de los

hombres. Mientras el samurai la contemplaba, las opiniones de Matsuki le parecieron triviales. Partía ahora hacia un mundo del que Matsuki no podía saber nada.

La noche del quinto día, los agotados y sudorosos japoneses llegaron a una ciudad que habían visto desde muy lejos. Al aproximarse, el aire se tomó más fresco y les llegó un olor de árboles, flores y vida humana. Después de tanto andar por tierras desiertas y cocidas por el sol, los emisarios inhalaron esos olores profundamente, como si bebieran agua.

-Esta ciudad se llama Puebla.

Cuando avistaron a los japoneses, los soldados que custodiaban la puerta de la ciudad desaparecieron de prisa en el interior. Velasco alzó una mano y detuvo la procesión; luego desmontó de su caballo para mostrar a los soldados el salvoconducto del virrey. No observó que los emisarios cambiaban miradas. Puebla. Conocían ese nombre. Lo había mencionado aquel japonés que se parecía tanto a un indio. «El pueblo de Tecali está cerca de Puebla. Tecali...» Finalmente se concedió al grupo autorización para entrar. Más allá de la puerta había una plaza de mercado parecida a la de Ciudad de México. Indios con coleta, sentados en el suelo, abrazaban sus rodillas como estatuas de piedra. Ante ellos se veían frutas, hortalizas, cerámica denominada «talavera», largos sarapes y sombreros de ala ancha. Entre los puestos se apretujaban rebaños de cabras con cascabeles repiqueteantes. Los indios no demostraron sorpresa al ver a los japoneses; quizá pensaban que eran una tribu de alguna región montañosa. El samurai sintió inesperadamente nostalgia de la llanura. Se preguntó qué estarían haciendo en ese momento su mujer y sus hijos. Tal vez eso se debía al hecho de haber llegado, después de andar tanto tiempo por el desierto deshabitado, a un sitio impregnado por los olores de la humanidad.

Velasco llevó a los japoneses al monasterio franciscano de Puebla. Como conocían el protocolo después de su estancia en Ciudad de México, los japoneses estrecharon las manos de los sacerdotes que salieron a recibirlos, y sonrieron aunque no comprendían lo que les decían. Los condujeron a una gran habitación. El aroma de las flores entraba por las ventanas abiertas.

-¿Qué pensáis hacer? -susurró Nishi al samurai mientras se quitaba los pantalones sucios de polvo-. ¿Pensáis visitar a ese japonés?

-Me agradaría, pero tengo una misión que cumplir. -El samurai también bajó la voz para que Tanaka no escuchara-. Pero él debe de saber que hemos llegado a Puebla. Tengo el presentimiento de que volverá a aparecer.

Llegó la noche. Acostados en sus camas, después de la cena, escucharon campanadas, como en Ciudad de México. Procedían de la gran catedral construida treinta años antes en la plaza de la ciudad. Al son de la campana, los japoneses, fatigados de su viaje por el desierto, cayeron en un profundo sueño. Pronto se oyeron pasos en el pasilío y Velasco, con una vela, miró en la habitación. Después de comprobar que todos dormían en paz, salió silenciosamente.

En sueños, el samurai volvía a la llanura. Un cielo bajo y plomizo que parecía a punto de estallar en finos copos de nieve pesaba sobre los campos cenagosos. Yozo y él, con los cuerpos envueltos en abrigos de paja y los pies cubiertos con botas de lo mismo, esperaban, conteniendo el aliento, en la ribera de la laguna. Todavía estaba salpicada de nieve endurecida. Escondidos entre los juncos secos vieron una bandada de patos sobre la

negra superficie. Yozo tocó el hombro del samurai y señaló un cisne blanco con el largo cuello hundido en el agua, debajo de un árbol de la laguna.

El samurai asintió y escuchó mientras Yozo avivaba las brasas del fuego. Se preguntó vagamente de dónde venía el ave. Todos los años las bandadas de cisnes atravesaban el cielo invernal para visitar la laguna. Atravesaban el océano desde algún país distante y desconocido.

A una señal de Yozo el samurai se cubrió de prisa los oídos. La detonación del mosquete fue atronadora. Decenas de patos se elevaron. El cisne blanco dio un salto y cayó al agua. Se deslizó velozmente agitando las alas. El estruendo se difundió por el aire helado como las sombras que se forman en la superficie del agua. Me alegra que hayamos errado, pensó el samurai. Los ecos del disparo se demoraban en sus oídos y el olor a pólvora se adhería pertinazmente a las ventanas de su nariz...

La conjetura del samurai demostró ser correcta. Cuando los emisarios japoneses y sus servidores visitaron un mercado indio cerca del monasterio la tarde siguiente, el japonés los contemplaba desde las inmediaciones. Algunos indios imitaban a los españoles y usaban sombrero y sandalias de cuero, pero casi todos iban desnudos hasta la cintura, con el largo pelo suelto sobre los anchos hombros. Los japoneses estaban

fascinados por las mercancías que los indios ofrecían, diseminadas en el suelo, y por su curioso lenguaje. Los indios estaban recogiendo sus pertenencias y se disponían a marcharse. Cuando Daisuke se puso un sombrero en la cabeza haciendo reír a todos, el samurai alzó la vista y vio al japonés; los miraba con envidia desde corta distancia, detrás de un gran sicomoro.

-Hola. -El samurai se deslizó hacia el hombre-. De modo que finalmente habéis venido. ¿Por qué no os habéis acercado a nuestra casa?

-No puedo ir allá. Os he estado esperando desde muy temprano.

Tanaka y Nishi se acercaron para conversar con el sacerdote renegado.

-¿Está cerca Tecali?

-En las afueras de la ciudad, junto a la laguna.

Con los ojos cerrados, como si recordara algo, el hombre tironeaba de sus ropas como había hecho antes.

La campana de la iglesia empezó a tañer. Era el ángelus y, para los japoneses, la señal de que la cena estaba lista. Velasco les había explicado que debían regresar al monasterio cuando la oyeran.

-Debemos regresar -ordenó Tanaka-. Si llegamos tarde, dirán que no somos corteses.

-Por favor, habladme del Japón. ¿Cuándo os iréis de aquí?

-Mañana. He oído decir que después de mediodía.

-Tecali está muy cerca. Mañana por la mañana, temprano, haré que un guía indio os espere aquí en la plaza.

-No podemos hacer eso. -Tanaka, inflexible, movió la cabeza-. Hemos venido a este país para cumplir una misión. Si nos alejamos y algo nos ocurre, comprometemos su éxito.

El monje renegado asintió afligido. Desde detrás del sicomoro miró a los japoneses que regresaban al monasterio.

El frío lo despertó. A la luz de la luna vio a Nishi que se calzaba, tratando de no despenar a nadie. Cuando sintió la mirada del samurai, el joven mostró, turbado, sus blancos dientes. La sonrisa dijo claramente al samurai adónde iba.

-No os causaré ninguna dificultad. Regresaré antes de la mañana.

El samurai miró hacia Tanaka, que dormía profundamente.

-No comprendéis el lenguaje. ¿Cómo lo haréis?

-Ha dicho que enviaría un guía.

El samurai imaginó al monje del Japón. Comprendía, sin embargo, la insistencia de Tanaka en que la misión era más importante que cualquier otra cosa.

-Dejadme ir, por favor. -Nishi se puso de pie silenciosamente.

El samurai envidiaba la ferviente curiosidad de Nishi y su personalidad joven y resuelta. No poseían esas dotes ni él ni Tanaka, cuya única esperanza era que no ocurriera nada que pudiera perjudicar su misión.

-¿Estáis decidido a ir?

-Sí.

-Esperad. -El samurai se incorporó y miró a Tanaka, que roncaba. Sintió el deseo de rebelarse contra Tanaka y contra algo que había también en su interior.

-Vamos -dijo, mientras se ponía de pie.

Se vistió rápidamente y los dos hombres salieron de puntillas. No tenían velas, pero la luz de la luna que brillaba por las ventanas del pasillo los guió hasta la puerta del patio, bañado por la blanca luz y perfumado con la densa fragancia de las flores tropicales, mientras el monasterio dormía.

También la ciudad dormía cuando los dos hombres salieron, sin ser observados, del monasterio. Al pie de un árbol donde había asnos atados, varios indios yacían desparramados como trapos. Uno de ellos abrió los ojos y empezó a decir algo incomprensible.

-Tecali -dijo Nishi, ofreciéndole como regalo una caja para medicinas-. Tecali.

El hombre tomó la caja para medicinas, la olisqueó y dijo «Vamos» mientras desataba tres asnos del árbol. Atravesaron la ciudad dormida y la alta muralla negra.

Cuando llegaron al cauce seco de un río, la oscuridad de la noche empezó a disiparse y el horizonte se tiñó de rosa. Mientras la línea rosada se ensanchaba gradualmente, vieron una laguna. La superficie era roja como la sangre y aquí y allá las aves acuáticas aleteaban entre los juncos mientras alzaban el vuelo. Bajo el sol dorado, una cordillera dormitaba más allá de la laguna.

-Aquí. -El indio tiró de las riendas de su asno, que jadeaba y exhalaba un aliento blanquecino-. Tecali.

El sol de la mañana iluminó un grupo de unas diez cabañas con techos de paja.

Ante una de ellas una india de nariz chata se lavaba con el agua de un cubo. Cuando Nishi exclamó «¡Japoneses!» en voz alta, la mujer volvió la cabeza y los miró. «¡Japoneses!» Pero ella, que parecía una reliquia de otros tiempos, no respondió. El sol empezaba a azotar los campos de maíz y caña de azúcar, presagiando el calor del día. Indios desnudos hasta la cintura emergieron de las cabañas. Uno de ellos lanzó un grito. Era el monje renegado.

-Gracias por venir. ¡Gracias por venir! -dijo, acercándose a los emisarios. Mientras hablaba sin cesar, como si se le hubiera prohibido hablar durante muchos años y finalmente se le hubiera dado permiso para hacerlo, la boca se le llenaba de saliva.

Les dijo que había nacido en Yokoseura, en la provincia de Hizen. Había perdido a su padre y a su madre durante una guerra, cuando era joven; lo había recogido un sacerdote cristiano que predicaba en la zona y a quien había servido. Cuando empezaron las persecuciones y los misioneros decidieron ocultarse, ese sacerdote, con la ayuda de un colega, embarcó al joven hacia Manila para que pudiera estudiar allí en el seminario. Se había ordenado sacerdote, pero había empezado a sentir disgusto por la iglesia. Aconsejado por un amigo marino, había partido hacia Nueva España, convencido de que encontraría un mundo completamente nuevo. Después de un viaje largo y difícil había llegado a Ciudad de México, donde durante un tiempo había desempeñado distintas tareas en el monasterio. Pero también allí se sintió a disgusto con los sacerdotes y terminó por desencantarse de todo. Luego había huido y se había unido a ese grupo de indios y ahora vivía con ellos.

-¿Jamás volveréis a vuestro hogar en el Japón? -preguntó el samurai.

El monje renegado sonrió tristemente.

-No tengo familiares. Incluso si lograra volver, no habría nadie para recibirme.

Y los cristianos...

-Pero habéis abandonado la cristiandad, ¿no es verdad?

-No, no, todavía soy cristiano. Sólo que... -se interrumpió. Luego apareció en sus ojos una expresión resignada, como si no pudiera poner en palabras sus sentimientos-. Sólo que... ya no creo en el cristianismo que los padres predican.

-¿Por qué no?

-En Nueva España se cometieron atrocidades antes de que llegaran los padres.

Los españoles arrebataron las tierras a los indios y los expulsaron de sus hogares.

Muchos fueron brutalmente asesinados; los supervivientes fueron vendidos como esclavos. Veréis por todas partes los pueblos que los indios se vieron obligados a abandonar. Ahora nadie vive en ellos: sólo se mantienen en pie las casas y los muros de piedra.

Los dos emisarios recordaron las ruinas que habían visto en el desierto entre Acapulco y Ciudad de México, y durante el viaje desde Ciudad de México hasta Puebla.

Sólo el doloroso gemido del viento visitaba las plazas de esos pueblos en ruinas, cubiertos de cizaña y enterrados en la arena.

-Pero la guerra es así -murmuró el samurai-. Lo mismo ocurrió en todos los países ocupados.

-No estoy hablando de la guerra -el hombre hizo una mueca-. Es sólo que los padres que llegaron más tarde a este país han olvidado los terribles sufrimientos del pueblo indio... No, no los han olvidado. Pretenden que nada ha ocurrido. Fingen ignorancia, y con aparente sinceridad predican la piedad y el amor de Dios. Eso es lo que me disgusta. En este país,

los labios de los sacerdotes sólo pronuncian palabras hermosas. Jamás se manchan las manos con el barro.

-¿Por eso habéis abandonado el cristianismo?

-¡No, no! -el monje renegado miró por encima de su hombro. Varios indios, frente a la cabaña que había atrás, miraban a los japoneses-. Digan lo que digan los sacerdotes, yo creo en mi propio Jesús. Mi propio Jesús no reside en las catedrales ni en los palacios. Vive entre indios miserables... Esa es mi creencia.

El monje renegado dijo de una vez todo lo que había guardado en su interior durante años. El samurai estudió al hombre como si mirara algo muy lejano. Casi le parecía que sólo había oído hablar del cristianismo desde que partieran de Tsukinoura. Una vez llegados a Nueva España, habían visto en todas partes hombres y mujeres arrodillados en las iglesias y las imágenes de un hombre demacrado y repulsivo iluminado por las llamas de muchas velas. La vida misma de ese vasto mundo parecía centrarse en que se creyera o no en ese hombre. Pero él era un japonés cuya vida se había desarrollado en una pequeña llanura y no sentía interés ni preocupación por ese hombre llamado Jesús. Esa religión era para él ajena y lo sería siempre.

El hombre dejó de hablar y tocó las ropas de Nishi.

-Ah -dijo-, tienen olor del Japón.

-¿Por qué no volvéis?

El samurai sentía pena por ese hombre; había sido imposible decir si era un japonés o un indio.

-Los mercaderes que han venido con nosotros volverán en barco al Japón a fin de año. ¿No querríais ir con ellos?

-Soy demasiado viejo para volver. -El monje renegado bajó la vista-. Yo... iré adonde vayan los indios; allí donde ellos se detengan, me detendré. Necesitan que alguien como yo les limpie el sudor cuando enferman y les sostenga las manos en el momento de la muerte. Estos indios y yo... no tenemos hogar.

-Entonces, ¿no volveremos a vernos?

-Estos indios no se quedarán aquí para siempre. Cuando la tierra pierda su fertilidad se trasladarán a otro sitio. Pero si ésa es la voluntad del Señor quizá volvamos a encontrarnos...

Luego preguntó al samurai y a Nishi adónde se dirigían.

-A Veracruz -dijo Nishi-. Creo que allí embarcaremos en otra nave.

-¿A Veracruz? -El hombre parecía perplejo-. ¡Eso es muy peligroso!

-¿Peligroso?

-¿No sabéis que la tribu huaxteca se ha rebelado? Están incendiando las casas de los españoles y devastando los pueblos.

-¿Un rebelión?

-Cuando se los pisotea hasta cierto punto..., ni siquiera estos dóciles indios pueden soportarlo.

Velasco no les había dicho nada. Era la primera noticia del levantamiento que oían.

El samurai miró el rostro asombrado de Nishi y se apretó las manos sudorosas. Desde la partida de Ciudad de México, Velasco no había dejado de sonreír con suficiencia ni de hablar lleno de confianza.

-¿Estáis seguro?

-Todos lo saben. Todos saben que los huaxtecas disponen de pólvora y armas de fuego. No deberíais ir a Veracruz.

-Debemos hacerlo.

El samurai repitió estas palabras con fuerza para darse ánimos.

-Debemos hacerlo. -Sorprendentemente no tenía el menor deseo de regresar a Ciudad de México. Su mente, que tantas veces había vacilado a causa de las observaciones de Matsuki Chusaku, estaba ahora firmemente resuelta.

-¿Queréis regresar, Nishi?

-Si vos seguís, señor Hasekura, también yo seguiré.

El monje renegado los acompañó hasta el límite de los campos. La brisa que soplaba desde la laguna agitaba lánguidamente las polvorientas plantas de maíz. Allí estaba la imagen labrada en madera del crucifijo como si fuera la deidad guardiana del poblado. El hombre escuálido del crucifijo tenía nariz chata y ojos llenos de oscura paciencia como los de aquellos indios que habían sido vendidos como esclavos por los españoles. Como si fueran sus propias lágrimas, había a sus pies una charca de cera fundida.

-Al atardecer los indios vienen aquí a rezar -dijo el antiguo sacerdote-. Le cuentan a Jesús sus dificultades y sus penas.

Puso la mano dentro de su camisa sucia y sacó un rosario de semillas y una hoja de papel con los bordes gastados.

-No tengo nada que ofreceros. Por favor, aceptad esto. Es una vida del Salvador que yo mismo he escrito.

No había motivo para rechazar el regalo. El hombre que los había guiado hasta allí aguardaba pacientemente con los asnos detrás de un cañaveral. De alguna manera, los ojos de los asnos se parecían a los del monje renegado. En una lengua que los japoneses no podían comprender, su compatriota dio instrucciones al indio.

Ya estaba alto el sol cuando regresaron a Puebla. Varios indios los miraron cuando desmontaron. Entraron silenciosamente en el patio del monasterio y miraron en su habitación. Tanaka, sombrío, pulía la vaina de su espada.

-¿Habéis ido a Tecali, aunque os pedí que no fuerais? -frunció el entrecejo.

Nishi le habló de la rebelión india que habían conocido por el japonés.

-¿Habrá pensado el señor Velasco que tendríamos miedo?

Esta observación enfureció a Tanaka.

-¿Cree acaso que somos como los indios? Iré a ver qué dice de esto Velasco. -Se ciñó la espada y se puso de pie.

-No lo hagáis. -El samurai movió la cabeza-. Velasco se limitará a dar una excusa inteligente. De todos modos, diga lo que diga, debemos hacer este viaje.

Una vez más el samurai tuvo la sensación de que, iniciando ese viaje, desafiaba a su propio destino. Cuando sólo conocía su llanura, jamás había imaginado que pudiera existir otra

vida. Pero ahora comprendía que había cambiado. La llanura, su tío, las tediosas quejas de su tío junto al hogar, las órdenes del Consejo de Ancianos...; por primera vez desde que partieran de Ciudad de México, el samurai sentía el deseo de rebelarse contra aquellos inflexibles hechos del destino que se le habían impuesto.

Los japoneses avanzaban como hormigas transportando alimentos. No parecía que hicieran progresos sino que se movían imperceptiblemente por la vasta meseta. Velasco y los tres emisarios iban a caballo, rodeando a los asnos pesadamente cargados. Los servidores marchaban en silencio. Hacia el norte veían una cordillera montañosa; por encima de sus cabezas giraba un águila calva flotando en las corrientes de aire.

Velasco y los tres emisarios sabían que se encontraban aún a gran distancia de la rebelión india. Sólo había colinas salpicadas de rocas blancas, desiertos de tierra cocida y cuarteada por el sol, cauces de ríos donde los árboles marchitos se erguían como huesos blanqueados. Cuando dejaron atrás este paisaje aparecieron campos de maíz cubiertos de polvo. Ninguna de esas escenas se parecía a los suaves paisajes del Japón.

El samurai pensó con nostalgia en la llanura, en los frescos arrozales, en los molinos de aguaque giraban.

Sin duda los demás emisarios y sus servidores saboreaban parecidas memorias, pero ninguno las expresaba con gestos o palabras. El calor y la fatiga hacían de ellos un grupo sombrío y silencioso.

Pero cuando lograron llegar a la cumbre de una pequeña colina de granito, la tarde del quinto día desde su partida de Puebla, se abrió ante sus ojos un paisaje inesperado.

El primer bosque de pinos que veían desde su llegada a este país rodeaba unos campos bien cultivados y un grupo de cabañas indias de barro. Esos árboles tenían agujas suaves y eran distintos de los pinos japoneses, pero un pino era siempre un pino.

-¡Oh! -exclamaron los japoneses al unísono. Corrieron hacia los árboles, cortaron algunas agujas y aspiraron su aroma o las retorcieron entre las manos sudorosas, felices con su contacto. Los pinos tenían la inconfundible fragancia del Japón.

-En casa -le dijo Ichisuke a Daisuke-, debe ser la época del mushiokuri.

Los ojos del samurai miraron a la distancia. El mush¡okuri era una fiesta que se celebraba para alejar las plagas de la llanura. Según la costumbre, los hombres recorrían los pueblos de oeste a este durante la noche llevando antorchas.

-Quiero volver a casa -murmuró Daisuke-, quiero volver a casa ahora mismo.

Yozo escuchó y reprendió a Daisuke.

-¡Idiota! -Pero el samurai se acercó al hombre, moviendo la cabeza.

-Ya sé que queréis volver. Aunque no sé cuándo podremos regresar ni qué clase de país será España. Pero me ocuparé de que vuestras tribulaciones tengan su recompensa.

Mientras el samurai decía estas palabras, los tres servidores miraron fijamente sus ojos hundidos y asintieron llenos de desaliento. Inmóviles, como estatuas de piedra, se miraron entre sí. En los ojos de Yozo aparecieron repentinas lágrimas, pero él apartó la mirada para que los demás no las vieran.

Al séptimo día se acercaron al primer poblado verdaderamente importante que habían encontrado en esta parte del viaje: Córdoba. Llegaron justo después de la lluvia vespertina y, a la sombra de las casas de estilo español y de sus blancas cercas, temblaban en la fresca brisa flores como la llama, mientras las nubes de color de paja derivaban perezosamente por el cielo. Entre gritos infantiles, los pobladores se reunieron en la entrada de la ciudad.

El alcalde y los principales dignatarios locales recibieron a los japoneses en la pequeña plaza. El alcalde, un terrateniente de la región, estrechó la mano de Velasco y luego examinó a los japoneses, cubiertos de polvo, como habría inspeccionado las ovejas que un indio le ofrecía en venta. De todos modos, acompañó sus palabras de bienvenida con exagerados ademanes hispánicos.

-Padre -dijo el alcalde, mirando fijamente a los japoneses-, ¿querríais decirnos a qué han venido aquí estos orientales?

-¿No os ha escrito el virrey desde Ciudad de México? -dijo Velasco como si él mismo hubiera sido menospreciado-. Estos hombres son emisarios diplomáticos del Japón y espero, naturalmente, que sean tratados aquí y en todas partes como embajadores extranjeros.

Pero la triste figura de los japoneses no era la de unos embajadores. El largo viaje había cubierto de polvo sus ropas y mantenían un severo silencio; sus rostros no demostraban la menor amabilidad.

-Deberíamos invitarlos a cenar esta noche -anunció el alcalde después de una discreta deliberación con sus colegas influyentes, de los cuales ni uno solo tenía la menor idea acerca de la situación o las características del Japón.

El samurai y los demás emisarios estaban mucho más necesitados de sueño que de alimento. Al samurai y a Tanaka no les agradaba la comida española, aunque Nishi era la excepción. Pero Velasco ignoró sus sentimientos y respondió:

-Estoy seguro de que los embajadores se sentirán muy complacidos.

Los servidores fueron escoltados hasta el patio de reuniones del ayuntamiento, donde pasarían la noche. Los tres emisarios y Velasco acompañaron al alcalde a su residencia.

Allí, totalmente exhaustos, los emisarios escucharon un saludo interminable que no pudieron comprender y luego se sirvió la cena.

-Los japoneses no comen carne.

Después de oír las palabras de Velasco, el alcalde y sus dignatarios volvieron a mirar a los japoneses como si estimaran el valor de otras tantas cabezas de ganado.

Después de la cena el alcalde hizo que un criado trajera un globo terráqueo de su estudio. En el globo, que tenía la forma de un huevo de avestruz, sólo se veían, crudamente trazados, los contornos de la India y la China. El Japón estaba representado como una península que caía como una gotita de agua del borde oriental de la China.

-Esto no es exacto. -Velasco, incapaz de soportar la ignorancia de sus compatriotas y la imperfección de aquella esfera, se encogió de hombros, exasperado. Si se empequeñecía así el Japón, se ridiculizaba el objeto al que había consagrado su vida-. ¡Esto no es el Japón!

-¿Es muy grande, padre?

-Es una pequeña nación insular. Probablemente, una quinta parte de Nueva España.

-Entonces, ¿es cincuenta veces más pequeño que el imperio español? -bromeó uno de los dignatarios-. ¿Y por qué no ocupa esas islas el virrey de las Filipinas?

Así, padre, vuestra obra misionera sería mucho más sencilla. Y podríamos crear allí nuevos estados.

-El Japón es pequeño, pero en el combate no es inferior a ninguna otra nación.

No podríais sojuzgarlos tan fácilmente como habéis hecho aquí con los indios.

Incapaces de comprender el lenguaje, los emisarios quedaron al margen de la conversación, ahogando bostezos mientras miraban el globo. Uno de los dignatarios, mientras escuchaba con incredulidad las observaciones de Velasco, señaló España y sus colinas.

-España. Sí, España -repitió como si estuviera dando una lección a unos niños.

Luego señaló la gotita que colgaba del continente chino-. Japón -agregó suavemente.

-No comprendéis. -Velasco miró al hombre con sus ojos penetrantes-. Con un puerto en el Japón, una nación puede dominar el Pacífico. Por eso los protestantes de Inglaterra y Holanda tratan ahora por todos los medios de establecer relaciones amistosas con el Japón. España debe dar el primer paso. Y por esta razón, el virrey Acuña ha pedido una audiencia de Su Majestad el rey para estos embajadores.

El silencio cayó sobre el comedor. Por supuesto, Velasco había inventado la petición de esa audiencia por parte del virrey; pero sus palabras causaron efecto. La palabra «rey» había impresionado, como era natural, a los encomenderos de Nueva España.

Con aire triunfal, Velasco miró a los fatigados japoneses y les habló lenta y suavemente.

-Estos necios no pueden creer que seréis recibidos por el rey de España.

-¿El rey? ¿Quién es el rey? -preguntó Tanaka.

-El rey es el gobernante supremo. Por ejemplo, en el Japón, el Naifu es el rey.

-¿Seremos recibidos por el rey de España?

-¿Por qué no? -Velasco exhibió su habitual sonrisa confiada-. Sois los embajadores del Japón...

Agotados por el viaje, los tres emisarios parecían perplejos ante esa inesperada noticia. Cabos que no podían aspirar a una audiencia de Su Señoría, recibidos por el rey de España...

-¿Es esto verdad?

-Por favor, dejad todo en mis manos. -En algún momento, Velasco había empezado a creer que su mentira no era una mentira sino algo que podía convertirse en realidad. No, no era una mentira. Era una meta que él debía alcanzar.

-Los embajadores están fatigados. -Hizo un cumplido a la hospitalidad del alcalde-. Están agradecidos por vuestra amabilidad.

Ansiosamente, el alcalde llevó aparte a Velasco.

-Padre, ¿partiréis mañana?

-Esa es nuestra intención.

-¿Sabéis que el camino a Veracruz es peligroso?

-Los huaxtecas pueden sentir animadversión hacia los encomenderos españoles.

-Velasco miró con ironía al alcalde-. No creo, sin embargo, que sientan odio hacia los embajadores de una nación que a vos mismo os parece tan pequeña y distante.

Cuando llegaron a sus habitaciones en el ayuntamiento, los emisarios estaban físicamente exhaustos, pero todavía excitados. Tendrían una audiencia con un rey, algo que jamás habían previsto.

Cuando se apagaron las velas, se oyó en la oscuridad la voz excitada de Nishi.

-Si el rey nos recibe, habremos cumplido nuestra misión.

-Así será, si realmente el rey nos concede una audiencia -respondió el samurai, volviéndose en la cama para mirar a Nishi-. Pero... no sabemos si lo que dice Velasco es verdad.

-Estoy de acuerdo con Hasekura.

La voz de Tanaka surgía desde donde había una ventana abierta. Luego los tres hombres guardaron silencio, sumidos en sus pensamientos, con los ojos abiertos en la oscuridad. Aunque todavía desconfiaban de Velasco, no podían dejar de imaginarse en presencia del rey. Unos pobres samurais rurales cruzaban el mar y tenían una audiencia con el rey de un gran país... Era inconcebible, como viajar a Edo y ser recibidos por el Naifu o por el Shogun. La euforia se difundía desde sus corazones hasta el resto de sus cuerpos y disipaba las dudas y sospechas que albergaban acerca de Velasco.

Finalmente las fatigas del día les depararon un profundo sueño.

Cuando el grupo salió de una Córdoba sin nubes la mañana siguiente, seguido por los servidores y los asnos, esa euforia aligeraba sus pasos. La preocupación por la rebelión indígena casi se había desvanecido de sus pensamientos. Mientras los emisarios espoleaban a sus caballos, era Velasco quien ocasionalmente examinaba con un catalejo las lejanas colinas. Nubes de tormenta ribeteadas de oro flotaban sobre las colinas, que parecían cubiertas de un fino polvo.

Llegaron a una planicie pedregosa. Las sombras de las nubes atravesaban lentamente su camino. Los cactus se erguían severamente como ancianos malhumorados acechando al grupo y los insectos zumbaban junto a los rostros sudorosos.

Mientras observaba el horizonte deslumbrante de la ancha planicie, el samurai pensaba en el océano que había detrás. Y también en el país llamado España que se encontraba del otro lado del océano. Mares y tierras que jamás había visto. Un destino que jamás había imaginado, pero que ahora se disponía a aceptar sin quejas.

Aquí y allá descubrían ruinas de altares abandonados por los indios. Velasco explicó que, como los japoneses, los indios de esa región adoraban desde siempre al sol.

Había extrañas inscripciones en los pedestales de roca volcánica roja y en las columnas de piedra desmoronadas sobre el suelo; entre ellas se deslizaban los lagartos centelleando al sol.

A la tarde el grupo descansó un rato entre las ruinas. Lánguidamente bebieron el agua que traían en cañas de bambú, mientras ahuyentaban a los insectos.

Miraron, ausentes, la llanura ondulante, todavía moteada por la sombra de las nubes.

Pensaban atravesarla al atardecer y alcanzar una hacienda donde pasarían la noche.

Lejos, en el lado opuesto, un torbellino giraba lentamente y se elevaba hacia el cielo.

Pero finalmente sus ojos fatigados descubrieron que no era arena, sino una columna de humo amarillento.

-Parece una señal de humo. -Tanaka se puso de pie sobre el pilar de piedra en que estaba sentado y se protegió los ojos con la mano.

-No, no me parece. -Nishi movió la cabeza. Los japoneses recordaron las señales de humo que habían visto girar sobre la montaña calva, en las afueras de Iguala, muchos días antes. Este humo era demasiado denso para ser una señal, y no había en ninguna parte señales de respuesta.

-Veo llamas. -Apartado de los demás, Velasco miraba por el catalejo. Los tres emisarios esperaban sus palabras-. Deben de estar quemando un bosque en alguna hacienda. En este país -bajó descuidadamente el catalejo- suelen quemar los bosques para crear campos de cultivo.

-Señor Velasco -la voz de Tanaka estaba llena de furia-, ya no tenéis motivo para ocultarnos nada. Lo sabemos todo.

Sorprendido con la guardia baja, Velasco enrojeció y balbuceó intentando explicarse.

-Señor Tanaka, si os he ocultado algo, no ha sido por malicia, os lo aseguro.

-No importa -Tanaka sacudió la cabeza-. Vuestro innecesario temor por nosotros es un estorbo. No somos niños ni mujeres. Después de todo, sólo se trata de una rebelión de campesinos. ¿Qué habéis visto?

-Están quemando las haciendas.

La única forma de llegar a Veracruz era continuar la marcha en línea recta a través del valle; si daban un rodeo el viaje se alargaría muchos días. Velasco insistió en que acamparan esa noche en campo abierto y continuaran el viaje la mañana siguiente, pero Tanaka movía la cabeza.

-Esos indios no pueden ser hostiles a los japoneses. Este levantamiento nada tiene que ver con nosotros.

-Debemos evitar los riesgos innecesarios. Nuestra misión es nuestra principal praocupación, ¿no es verdad?

-Sabemos más que vos acerca de la guerra, señor Velasco. Desde ahora en adelante dejad todo en nuestras manos. -Tanaka sonrió con altanería-. ¿Alguna objeción, Hasekura y Nishi?

La bravuconería juvenil de Tanaka incomodó al samurai. Pensó: si Matsuki Chusaku estuviera aquí...

-No tengo ninguna objeción, pero no me parece necesario dar el primer golpe - espondió el samurai a su colega-. No es desacertado lo que dice el señor Velasco.

Nuestra misión es lo primero.

Entre la carga que llevaban los asnos sólo había veinte mosquetes. Los sacaron y formaron un circulo para proteger a Velasco y a los animales, y luego enviaron a sus servidores a explorar. Tanaka dio todas las órdenes.

A la distancia, el humo teñía el cielo de color amarillo de huevo. Mientras avanzaban pudieron ver llamas anaranjadas que fluctuaban suavemente como alas de mariposa. De

vez en cuando podían oír un ruido distante parecido al de los granos de maíz cuando estallan al fuego.

-¿Son disparos?

Tanaka alzó la mano para detener al grupo y escuchó atentamente un momento.

Luego, como un verdadero jefe, dijo:

-No temáis. No son disparos. Es el crepitar de las llamas.

Poseía una experiencia que no compartían Nishi ni el samurai: en su juventud había combatido en las guerras de Su Señoría.

Entraron en una franja de tierra cultivada. Los campos de maíz habían sido pisoteados y arrasados, y la mitad de las cabañas entre los plátanos habían sido incendiadas.

Del platanar surgía el humo como una fina niebla. Había olor a quemado. Los japoneses no podían ver a través del humo si había allí indios escondidos, de modo que Tanaka desmontó y, con el mosquete que le ofreció uno de sus servidores, penetró en la nube de humo como para demostrar a todos su osadía. Le oyeron toser. Finalmente llegó su voz.

-No hay nada que temer. Sólo es un establo incendiado.

Era un gran establo. El interior estaba reducido a cenizas. Ahora una línea de llamas lamía los pilares y las vigas como un conjunto de enanos bailarines. El ruido sordo de las vigas que se derrumbaban añadía desolación a la escena.

Tanaka escudriñó el suelo de cerca y encontró una maraña de huellas.

-Los nativos ya han pasado por aquí -anunció al samurai y a Nishi. Luego se volvió hacia Velasco, que todavía miraba con inquietud la escena aferrando las riendas de su caballo-. ¿Qué ocurre? ¿Tenéis miedo, señor Velasco? -desafió. Velasco exhibió una sonrisa forzada. Era la primera indicación de debilidad que los japoneses veían en el misionero.

-Pues bien. -Tanaka reunió al grupo como para indicar que desde ahora sería él, y no Velasco, quien daría las órdenes-. Vamos. Pronto oscurecerá.

Partieron mientras el establo se desmoronaba. Avanzaron cuidadosamente por el sombrío platanar alertas al menor sonido. Entre los troncos blanquecinos de los árboles vislumbraban el cielo ardiente y las sierras agazapadas como gatos dormidos y cubiertas de olivos. Cuando salieron a campo abierto el sol cayó sobre sus frentes. Unas sombras humanas huían detrás de un olivo. Era una mujer india con tres niños.

-Soy un cura -gritó Velasco-. Soy un cura. No tienes por qué huir.

La mujer y los niños se volvieron hacia Velasco con un pánico animal en los ojos.

-¿Hablas español?

La mujer gritó algo en voz aguda, como la de un ave, pero Velasco no comprendió lo que decía.

-¡Silencio! -Tanaka hizo callar a Velasco mientras escuchaba atentamente. Había oído algo que los demás no percibían. El grupo permaneció inmóvil entre el calor y el silencio, mirando fijamente las colinas.

Oyeron débiles pasos en la hierba. Una cabeza asomó cautelosamente. Del rostro bronceado manaba sangre. Enseguida apareció un grupo de españoles armados. Miraron boquiabiertos a los japoneses. Por fin repararon en Velasco.

-Soy un sacerdote. -Velasco alzó la mano y se les acercó entre los olivos. Después de hablar con el hombre que tenía en la mejilla una mancha de sangre como un pétalo, Velasco se volvió hacia los japoneses.

-No hay peligro. Éste es un encomendero con sus hombres y viene a escoltamos.

-Interrogó al hombre sobre qué le había ocurrido-. ¿Han llegado hasta aquí los huaxtecas?

-No, padre -dijo el encomendero moviendo la cabeza-. Pero los indios de aquí se han enterado de la rebelión y han empezado a quemar las haciendas y las cosechas y se han escondido en las inmediaciones.

-Debemos ir a Veracruz...

-Iremos con vosotros. ¿Saben usar las armas estos extranjeros?

-Mejor que nosotros. Son un pueblo guerrero.

El encomendero y sus hombres miraron dubitativamente a Velasco pero no dijeron nada. La india estrechaba a sus hijos entre sus brazos; alzó la vista y dijo algo en su voz aguda de pájaro. El encomendero le gritó algo.

-¿Qué dice esa mujer?

-Dice que hemos disparado contra su hermano... y que ahora se está muriendo.

-El encomendero se encogió de hombros-. ¿De qué puede servir? Pero dice que si sois un sacerdote os pediría que dierais la extremaunción a su hermano.

Escupió en el suelo y secó la sangre que manchaba su mejilla como una condecoración.

-Combaten contra nosotros, pero cuando les va mal se deshacen en súplicas. Esto es típico de los indios. No os preocupéis.

-¿Dónde está el herido?

-No seáis loco. Si vais os tomarán como rehén o bien os matarán. Es una treta.

Se valen de las mujeres y los niños para tender emboscadas.

-Soy un sacerdote -respondió suavemente Velasco-. Si sois cristiano lo comprenderéis. Un sacerdote tiene deberes que cumplir. Incluso para con un indio.

-No debéis compadeceros de ellos. Padre, no debéis confiar en los indios.

-Soy un sacerdote. -Repentinamente el cuello y el rostro de Velasco enrojecieron. Esto le ocurría siempre que trataba de contener la furia o alguna otra emoción violenta.

-¡Deteneos, padre!

Como para desprenderse de las palabras del hombre, Velasco empezó a subir la colina. Cuando la india lo vio, dejó a sus niños y corrió descalza tras él como una bestia persiguiendo su presa. Los emisarios, sin saber lo que ocurría, empezaron a seguirlos.

-Por favor, esperad aquí -gritó Velasco desde la colina-. No voy como intérprete sino como sacerdote cristiano.

La mujer y Velasco entraron en un oscuro platanar. El hedor de las hojas podridas llenaba el aire. En alguna parte cantó un ave. Velasco evocó el chillido espectral de un buitre que se alimenta de carroña. La mujer corría ágilmente entre los árboles, volviéndose de vez en cuando a mirar el avance más lento del misionero. Curiosamente, éste no sentía temor ni aprensión. A la densa sombra de los plátanos había un indio semidesnudo de nariz chata y ojos ardientes. Ante una palabra de la mujer, permitió el paso a Velasco.

En una depresión del suelo jadeaba un indio joven con el pecho desnudo. A su lado había una mujer abstraída. Por los pantalones que llevaba era evidente que se trataba de un trabajador de la hacienda. En su cuello se veía el orificio de la bala manchado de sangre y suciedad.

-¿Hablas español? -preguntó Velasco, pero el hombre sólo jadeaba con la boca abierta. Sus ojos abiertos ya no podían enfocar, como si un velo se hubiera corrido sobre ellos. El anochecer de la muerte caía sobre el joven indio.

-Habeas requiem aeternam -murmuró Velasco, apretando la mano sucia y ensangrentada del hombre. No era, en ese momento, un misionero poseído por la ambición de evangelizar el Japón. Era como cualquier cura de un pueblo pequeño que acompaña a una anciana agonizante.

-Re quiescat in pace.

Velasco cerró los ojos congelados del joven como si fueran la última puerta de la vida. Miró el rostro desventurado y recordó al cristiano japonés que se había acercado a él en Ogatsu buscando el perdón de sus pecados. Este joven en harapos, con briznas de hierba adheridas a los hombros. Y aquel rostro japonés...

El viento que azotaba Veracruz arrojaba montones de hojas muertas contra los muros estucados de las casas y las calles grises y teñía de un castaño sombrío las aguas del áspero mar.

Era la estación ventosa. Los agotados japoneses entraron en la ciudad caminando contra el viento. Igual que a su llegada a Ciudad de México y a Puebla, había dos monjes encapuchados con los brazos cruzados esperando como estatuas de bronce en la entrada de la ciudad. Uno de los emisarios tenía una pierna rota y apenas podía sostenerse sobre su caballo, y uno de los servidores venía en un carro arrastrado por un asno. Habían sido atacados por los indios en el camino.

La ventana de su habitación en el monasterio daba al mar turbulento que mostraba sus colmillos blancos. Aunque no era el mismo que habían atravesado durante el viaje de más de dos meses, los emisarios sabían que ese océano era igualmente vasto y que cuando llegaran a la costa opuesta se encontrarían en el continente europeo, donde estaban situados España, Portugal, Inglaterra y Holanda.

Mientras contemplaba las olas tempestuosas, el samurai pensó: .Comparado con este mundo, el dominio de Su Señoría donde yo he vivido es diminuto. La llanura y las tierras de Kurokawa son como un solo grano de arena. Y sin embargo mi familia ha combatido en la guerra y ha vivido hasta el día de hoy por ese solo grano de arena».

El día de la partida de Tsukinoura, entre el crujido de la jarcia y las agudas voces de las gaviotas, el samurai había sentido que un nuevo destino le devoraba. En el mar y luego en Nueva España había sentido que en su corazón ocurría un cambio intangible.

No hubiera podido expresarlo con palabras; sólo sabia que ya no era la persona que había sido en la llanura. Y sentía temor cuando pensaba adónde lo conduciría ese destino y hasta qué punto lo cambiaría.

El viento golpeó toda esa noche contra las ventanas del monasterio. A medianoche empezó a llover.

Soplaban los alisios cuando llegamos a Veracruz. Nos encontramos ahora en el monasterio franciscano.

Pienso sin poder evitarlo que logramos sobrevivir al ataque de los huaxtecas porque el Señor nos protegió para permitir que se cumpla en el Japón la obra en que estoy empeñado: ciertamente el Señor me concedió una oportunidad inesperada de escapar del peligro.

El día en que partimos de Córdoba, di la extremaunción y recé por un peón indio que había tomado parte en los tumultos junto a los huaxtecas. Ese joven indio había sido herido de muerte por las balas de los encomenderos españoles. Sostuve su mano mientras moría entre los plátanos. Quiera el Señor darle la vida eterna. Yo sólo hice mi deber como sacerdote.

Por gratitud, dos indios que me vieron junto al muerto nos escoltaron hasta las afueras de Veracruz. Fueron nuestros más firmes aliados y a ellos se debió que pudiéramos sobrevivir a un duro ataque de los huaxtecas.

Fue un día antes de que llegáramos a Veracruz. Habíamos dado un rodeo para evitar las haciendas donde arreciaba la rebelión.

El sol era, como siempre, despiadado y hombres y caballos estaban fatigados. Avanzábamos en hilera entre los acantilados, que parecían salpicados de sal. Nuestra distorsionada percepción confundía a veces los cactos con seres humanos.

Descansamos un rato. Yo miraba ausente los movimientos de un buitre que giraba sobre las colinas. El valle estaba tan silencioso que sentí brusca inquietud.

Algo oscuro se movió en una colina. Pensé al principio que era un ave. Pero no era un ave. Aparecieron en lo alto del acantilado una docena de huaxtecas con redes.

Nos habían visto desde lejos y nos estaban esperando. Empezaron a arrojarnos redes llenas de piedras.

Yo había oídos antes que los indios solían arrojar piedras envueltas en redes. Con esas armas habían combatido a nuestros antepasados en la conquista de Nueva España.

Traté de calmar ami caballo mientras los japoneses, a una orden de Tanaka, corrieron a esconderse detrás de los cactos.

Uno de los hombres no fue bastante rápido y cayó al suelo. Era uno de los servidores de Tanaka. Tanaka se lanzó al rescate de su servidor. Vi recortado contra el sol a un alto huaxteca que se disponía a lanzar su red de piedras contra los dos hombres.

Pude ver claramente su nariz chata, sus dientes blancos y la coleta que caía sobre su hombro. Y, mientras miraba, una piedra blanca del tamaño de la cabeza de un hombre voló hacia los dos japoneses.

Los indios que habían venido con nosotros corrieron hacia Tanaka. La piedra siguiente cayó junto a ellos. Gritaron algo en tono suplicante a los huaxtecas. Sin duda les dijeron que se trataba de un grupo de japoneses y no de españoles. Y luego, milagrosamente, como si se hubieran evaporado, nuestros atacantes desaparecieron del acantilado.

Todo había sido como un sueño. La blancura del sol ardía sobre el valle de nuevo silencioso. Los japoneses y yo nos reunimos alrededor del herido. También Tanaka tenía la pierna derecha lastimada, pero la rodilla de su servidor estaba abierta como una granada y la sangre que manaba de la herida teñía su pierna de rojo vivo. Debía de tener rota la articulación. Trató de ponerse en pie, pero no pudo. Lo pusimos en un carro arrastrado por un asno y siguió llorando de dolor, y de vez en cuando le decía a su amo: «Lo siento. Por

favor, llevadme con vos, aunque tengáis que atarme una cuerda al cuello para arrastrarme. Debo volver a casa».

Tanaka, que soportaba su propio dolor sin una queja, consolaba sin cesar a su servidor.

-Te llevaremos con nosotros. Te llevaremos con nosotros.

La relación entre un samurai japonés y sus servidores es exactamente como la que había entre los nobles y los esclavos en la antigua Roma; pero en esa relación hay elementos que sobrepasan el mero interés personal y se acercan al sentimiento familiar del amor. Muchas veces sentí en el Japón que yo debía servir a Dios como los servidores japoneses a sus amos.

Pienso ahora que logramos escapar de la emboscada huaxteca con tan pocos daños gracias a los dos peones indios. El Señor nos infundió su fuerza. Cuando entramos en Veracruz éramos un grupo lamentable, pero todos mis temores se habían disipado.

Veracruz es un puerto azotado por los vientos. Dos días después de nuestra llegada, Hasekura, Nishi y yo pudimos comprobarlo cuando fuimos a visitar al comandante de la fortaleza de San Juan de Ulúa, situada directamente sobre el mar. Esperábamos conseguir pasaje en alguno de los barcos de la flota española que de vez en cuando fondean aquí mientras se preparan para cruzar el océano y un buen médico del ejército para atender a Tanaka y a su servidor. Sabía que no tendríamos problemas para embarcar, puesto que llevaba conmigo las órdenes del virrey de Ciudad de México.

Cuando llegamos a San Juan de Ulúa, el viento soplaba con tal fuerza que apenas podíamos respirar. El mar tenía un color pardo sucio y oscuro y tres naves se apretujaban temerosamente al amparo del murallón. La fortaleza, parecida a la de Acapulco, estaba rodeada por un muro gris, y el comandante, grueso y calvo, nos recibió con excelente humor. El virrey le había comunicado ya nuestra visita y se limitó a echar un vistazo a nuestros documentos antes de guardarlos en un cajón de su escritorio.

-Padre, tenéis aquí una carta de vuestro tío -dijo y tomó la carta del mismo cajón, como si fuera una respuesta a nuestros documentos-. Conozco a vuestro tío.

Yo no esperaba que mi buen tío don Diego Caballero Molina respondiera tan pronto a la carta que yo le había enviado desde Acapulco. Puse cuidadosamente en el bolsillo la carta con su envoltura impermeable.

El comandante estaba complacido como un niño con la espada japonesa que los emisarios le regalaron y nos dio permiso para tomar pasaje en el Santa Verónica, que debe hacerse a la vela apenas amaine el viento. Luego pidió excusas a Hasekura y a Nishi por las dificultades que habían sufrido los japoneses.

Regresamos al monasterio y finalmente, esa noche, tuve oportunidad de abrir la carta de mi tío. Decía que había recibido mi carta en Sevilla y que la familia entera haría todo lo posible para ayudarme a conseguir lo que deseaba.

«Pero debes estar preparado para encontrarte con formidables obstáculos. Resulta evidente que habrá obstáculos si se lee una petición dirigida al rey por los jesuitas, que hemos logrado obtener por ciertos medios y cuya copia adjunto. Está llena de calumnias y censuras de los jesuitas contra ti.

«Además -y esto también se basa en las informaciones que ha conseguido la familia-, parece que los jesuitas han estado planeando durante cierto tiempo convocar un Consejo de Obispos después de tu llegada a Madrid, con la intención de obstaculizar los planes de los embajadores japoneses. Es probable que en este Consejo de Obispos debas enfrentarte al

famoso padre Valente, que ha vivido en el Japón durante treinta años. Casi me parece innecesario recordarte que el padre Valente es intimo amigo y confidente del padre Valignano, que fue provincial, y también un erudito historiador y un hombre respetado tanto por los altos funcionarios como por la aristocracia. Por este motivo debes prepararte adecuadamente para la confrontación con él.» Por la noche el fuerte viento continuó golpeando la ventana de mi habitación. Apreté la frente contra el cristal y miré el patio adyacente al monasterio. Estaba desierto.

Sólo se veían algunos torbellinos de hojas secas arrastradas por el viento. La petición de la Compañía de Jesús que mi tío agregaba a su carta decía lo siguiente:

«Ya hemos sometido a Su Majestad un informe acerca del viaje de los embajadores japoneses a Nueva España. Si se nos permite expresar nuestras conclusiones sobre este asunto, consideramos indispensable una actitud cautelosa en lo que concierne a sus pretensiones de comercio mutuo. Según los informes de los padres jesuitas residentes en el Japón, el padre franciscano Velasco, que acompaña a los embajadores, es una persona imprudente cuyas acciones van mucho más allá de lo conveniente. En el Japón continúa la persecución contra los cristianos y nuestra orden entiende que hay escasas posibilidades de que se permita la evangelización libre, como Velasco pretende. Esto no es todo: deberíamos agregar que los japoneses utilizan como cebo dicha libertad cuando, en realidad, su único fin es obtener ganancias mediante el comercio. Además, sin consultar a ninguno de nuestros misioneros en el Japón, el padre Velasco ha persuadido a un señor feudal japonés de que construyese un galeón y delegase a los mencionados embajadores para negociar el envio de misioneros a ese dominio. Si la misión tiene éxito, provocará inevitablemente la ruina de los pocos misioneros y cristianos que subsisten en el Japón y un trágico desenlace. Sus designios excesivos y desmesurados son un tejido de falsedades y deseamos por lo tanto que Su Majestad responda a ellos con la prudencia adecuada».

El aire que se filtraba por las hendiduras de la ventana apagó la llama del candelabro. No intenté volver a encenderlo sino que permanecí largo rato en la oscuridad, con la cabeza apoyada en las manos, mientras trataba de imaginar el aspecto del padre Valente, a quien pronto debería enfrentarme cara a cara. Todos los misioneros que han estado alguna vez en el Japón conocen su nombre. Es el autor de La historia de la evangelización en eliapón; desarrolló su obra misionera en todas las regiones de Kyushu y Kamigata y mereció el respeto de Hideyoshi y de algunos de sus partidarios, como Konishi Yukinaga y Takayama Ukon.' Si eso hubiera sido todo, yo no me habría preocupado tanto. Pero el padre Valente no es un sacerdote común. Sé desde hace mucho que posee una mente perspicaz y un sutil ingenio para la polémica. Como dice mi tío, debo prepararme adecuadamente. Así como un soldado se prepara para el ataque del enemigo, tome la forma que tome y venga de donde venga, tendré que erigir defensas impenetrables contra los interrogantes y las dudas que me propondrá. En la oscuridad, me dormí con la cabeza apoyada sobre el escritorio...

CAPITULO 6

Nuestra nave remonta ahora el río Guadalquivir hacia Coria.

La travesía del Atlántico llevó mucho tiempo porque el Santa Verónica encontró fuertes borrascas y sufrió considerables daños; tuvo que permanecer seis meses en el puerto de La Habana para ser reparado. Allí murió el pobre servidor de Tanaka Tarozaemon, el hombre que había sufrido una terrible herida en la rodilla. Dolía ver la aflicción de Tanaka, incluso después del entierro. Vi muchas veces a ese hombre altanero mirar acongojado el mar Caribe, como si hubiese perdido a su propio hermano. Luego encontramos otras dos tormentas originadas por los alisios y pasaron diez

meses desde que salimos de Veracruz hasta que avistamos el puerto de Sanlúcar en mi España natal.

Mis pensamientos no se apartaron un solo instante, durante todo el viaje, de las palabras de advertencia que mi tío me había escrito desde Madrid. La figura del padre Valente, a quien pronto debería hacer frente en presencia de un grupo de obispos, flotaba sin cesar ante mis ojos.

Imaginaba al padre Valente como un hombre alto y delgado de mejillas hundidas, un verdadero asceta. La vivacidad de su mente parecía emanar de la luz que centelleaba en sus ojos. Yo sentía que su voz grave desgarraba los puntos más débiles de mis argumentos y desnudaba esas llagas para que todos pudieran verlas. Si yo cometía el más mínimo descuido, se lanzaba sobre mí con una andanada de preguntas o me tendía una emboscada con sus palabras y se ocultaba a acechar cualquier discrepancia que apareciera en mi razonamiento.

Traté de prever cada una de las preguntas que me haría. Seguramente preguntaría en carácter de qué venían esos emisarios. Y sin duda advertiría la contradicción entre el hecho de que, por una parte, el Naifu persiguiera a los cristianos y, por otra, enviara embajadores. Y ciertamente me censuraría por ocultar la situación casi desesperada de la tarea evangelizadora en el Japón y aún más por insistir en que se podía considerar el futuro con optimismo.

A medida que imaginaba todos los interrogantes posibles, trataba de poner en palabras mis respuestas como un estudiante del seminario antes de un examen. Un sentimiento a la vez de furia y de tristeza brotó dentro de mí. ¿Por qué sacerdotes que profesaban mis propias creencias trataban de frustrar mi deseo de ganar el Japón para el Señor? ¿Por qué trataban de impedirlo?

Recordé entonces que Pablo se había visto enfrentado con los apóstoles en Jerusalén porque había llevado el evangelio a los gentiles. Pablo mismo había sufrido las ofensas y crfticas de otros cristianos. Los dignatarios de la iglesia de Jerusalén dijeron que Pablo no estaba calificado para ser un apóstol e incluso censuraron su labor misionera porque había tratado de llevar la palabra del Señor más allá de las fronteras nacionales y sin tener en cuenta la raza. Del mismo modo, los jesuitas me consideran un sacerdote indigno de evangelizar el Japón.

Mientras trataba de contener la furia que me poseía, una tristeza indescriptible consumía mi alma. Aunque creíamos en el mismo Dios, adorábamos al mismo Jesús, y compartíamos igual deseo de hacer del Japón un país del Señor, disputábamos entre nosotros. ¿Por qué somos los hombres tan mezquinos y egoístas? A veces, en lugar de ser más puros dentro de la estructura de nuestras sociedades religiosas, somos aun peores que los profanos.

Estamos muy lejos de la obediencia, la capacidad de sufrimiento y la ilimitada mansedumbre de los santos.

Anoche una fuerte lluvia azotó nuestra nave mientras remontábamos el río. Me despertó el vivo tamborileo de la lluvia. Para mi verguenza, había tenido una polución.

Yo solía atarme las muñecas para no pecar de esa manera. Era así como debía combatir durante la noche contra los poderosos deseos de mi carne, aunque eran ya menos violentos que en mi juventud. Me arrodillé y recé. Qué repugnante es el cuerpo físico.

Mientras oraba se apoderó de mí un terrible sentimiento de desesperación. Sentí caer gota a gota el veneno en mi alma y pensé que acababa de descubrir mi feo rostro en un espejo. Las pasiones de mi carne, mi odio a los jesuitas, mi confianza arrogante en mi propia labor en el Japón, mi fe de conquista... todas estas cosas surgieron desde las profundidades de mi alma y terminé por creer que el Señor no escucharía mis súplicas ni mis plegarias. Me pareció que Él me señalaba con el dedo, indicando la fealdad abominable de las ambiciones egoístas que acechaban detrás de mis plegarias y de mis aspiraciones.

-No, no es verdad -protesté frenéticamente-. Mi amor por el Japón y los japoneses es ilimitado. Es a causa de ese amor por lo que quiero despertarlos de tu tibia modorra. Soy un sacerdote y si dedicara toda mi vida a esa finalidad no lo lamentaría.

Todo lo que hago es por Ti.

Pero el pequeño crucifijo de mi escritorio... El Señor me miraba tristemente desde ese crucifijo y tristemente escuchaba mis protestas.

-Entonces, Señor, ¿querríais que abandonara el Japón? ¿Debería abandonar a su torpor a los japoneses, que tan superiores talentos poseen? De algún modo ese pueblo parece decidido a defender como una parte especial de sí mismo aquel sentimiento que, según dice la Biblia, no es .frío ni caliente». Lo que quiero darles es la calidez de Tu presencia.

Sólo hay una forma de vencer al padre Valente. Conseguir que los emisarios se conviertan al cristianismo en Madrid. Así como logré bautizar a los mercaderes en Ciudad de México. Si lo consigo, los obispos creerán en mis palabras, así como el virrey accedió a mis peticiones en Ciudad de México gracias a aquellos gloriosos bautismos.

Después de remontar el río Guadalquivir, los emisarios desembarcaron por fin en la ciudad española de Sevilla. Un año y medio antes no habían oído jamás el nombre de esa ciudad ni imaginado que pudiera existir un sitio semejante.

Era el inicio del otoño. Más allá de los campos bañados por la suave luz del sol las casas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Se veían en todas direcciones las torres de las iglesias que se elevaban hasta el claro cielo. Muchos barcos navegaban por el río y en la orilla las flores brillaban al sol. La fragancia de las flores llegaba a todos los rincones de la ciudad; los tiestos adornaban el blanco antepecho de todas las ventanas y a través de las torneadas rejas de los portales podían verse patios embaldosados donde había estatuas y macetones. Intrincados arabescos azules decoraban los muros interiores y de las casas emanaba un oscuro y peculiar aroma.

Era la primera ciudad española que veían. Antes de ese viaje, los tres cabos nada habían visto más allá del castillo de Su Señoría, y ni siquiera conocían Edo o Kioto, de modo que en esa gran ciudad todo les sorprendía. Velasco explicó que anteriormente Sevilla, antes de que la conquistaran los cristianos españoles, había estado habitada por los árabes. Pero los emisarios nada sabían de esa nación ni de las huellas que los árabes habían dejado en la

ciudad. Contemplaron con asombro el alcázar y casi perdieron el habla ante las inmensas iglesias.

Cada día era un torbellino de actividad; todo era distinto de lo que habían experimentado en Ciudad de México. Bajo la protección de la familia de Velasco, que residía en la ciudad, los emisarios fueron en coche a visitar al alcalde y a los consejeros y recibieron invitaciones de miembros de la aristocracia y del clero. Absorbidos por una vorágine de palabras incomprensibles, obligados a probar gran variedad de alimentos desconocidos, pusieron inmenso empeño para llegar hasta el fin.

-¡Esto es Europa!

Una tarde, desde la alta torre de una iglesia, contemplaron la ciudad de Sevilla y Velasco les señaló la iglesia de San Esteban y la iglesia de San Pedro. Luego, en tono sardónico, dijo:

-Ésta es la España de que todos hablan en el Japón. -Se echó a reír-. Durante este viaje habéis vislumbrado qué vasto es el mundo. No es exagerado decir que España es la nación más rica del mundo... Y ahora estáis en ella, en el país de los extranjeros.

Tanaka mantenía los brazos cruzados y los ojos bajos para impedir que la excitación se reflejara en su rostro. Sólo Nishi sacó una caja de pinceles y cuidadosamente copió los nombres de los edificios e iglesias que Velasco señalaba.

-Pero Sevilla no puede compararse con Madrid, la capital de España. Será en Madrid donde veréis al rey de España.

Velasco advirtió que Tanaka y el samurai temblaban.

-Y sin embargo hay todavía otra persona ante quien incluso el rey de España se

arrodilla humildemente. ¿Sabéis quién es?

Ninguno de los tres emisarios podía responder.

-Esa persona es el rey de los cristianos, llamado el Papa. Si se compara la situación con la del Japón, el Naifu sería como el rey de España y el emperador de Kioto como el Papa. Pero el Papa tiene un poder infinitamente superior al de vuestro emperador. E incluso el Papa no es más que el siervo de otra persona. - on una sonrisa, Velasco escrutó el rostro de los emisarios-. Creo que sabéis quién es esa Persona...

Habéis visto Su efigie en todas partes en Nueva España. Y no sólo en Nueva España.

Ni tampoco aquí. Todas las naciones de Europa lo adoran y se inclinan ante El.

Con una clara intención en su mente, Velasco llevó a los tres enviados a la catedral de San Francisco el domingo siguiente. El obispo Lerma pronunciaría ese día una misa en honor de los embajadores del Japón. Esa mañana, desde muy temprano, las ruedas repicaron sobre el pavimento y los coches desfilaron ante la entrada de la catedral.

Nobles y personajes elegantemente vestidos rodeaban las columnas de piedra, una multitud de candelabros iluminaba el altar dorado y las notas del órgano resonaban contra los muros de piedra. Desde el púlpito, decorado con ornamentos en espiral, el obispo Lerma bendijo a los fieles y proclamó:

-Hoy, en compañía del padre Velasco, nacido en Sevilla, se retinen con nosotros para celebrar la misa los embajadores que han atravesado miles de millas de océano desde la nación oriental del Japón. Por esta razón, querríamos dedicar esta misa a estos emisarios y a todo el pueblo japonés. Así como a lo largo de los años nuestros antepasados han

construido iglesias en muchos países extranjeros y los han transformado en naciones de Dios, oremos para que algún día el país de estos emisarios también honre al Señor.

La muchedumbre que atestaba la capilla se arrodilló y el coro cantó un himno.

Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth.

Pleni sunt coeli et ¡erra gloria tua.

Velasco enterró la cara en las manos y se abandonó a las emociones que brotaban en su interior.

-Oh, Japón, Japón -dijo-. Escucha estas voces, Japón. Por más que ignores al Señor, por más sacerdotes que hayas asesinado, por más sangre de fieles que hayas derramado, un día servirás al Señor. -Inclinó la cabeza y rezó-. Oh, Señor..., permite que gane la batalla. Ayúdame a vencer al padre Valente.

Cuando terminó la misa, la multitud, todavía en éxtasis, rodeó a los emisarios y los arrastró como un torrente. Todos les estrechaban las manos y les daban palmadas en los hombros y nadie parecía dispuesto a marcharse hasta que el obispo Lerma escoltó a Velasco y a los emisarios a una habitación subterránea debajo de la catedral.

-Pues bien, hijo mío -dijo el obispo Lerma a Velasco con preocupación cuando llegaron al recinto húmedo y oscuro-, la ceremonia ha terminado. Ahora conviene regresar a la realidad. Esta tumultuosa recepción no debe engañarte. La situación no presagia nada bueno para ti. Se prepara en Madrid la reunión del Consejo de Obispos, que seguramente no mirará con benevolencia tus ideas.

-Lo sé -asintió Velasco mientras dirigía una rápida mirada a los emisarios-.

Pero Su Ilustrísima acaba de decir que dedicaba la misa de hoy a los emisarios y al pueblo del Japón y de pedir que algún día el Japón se convierta en una nación temerosa del Señor.

-Es verdad que he dicho «algún día». Pero ese día no es el de hoy. Incluso aquí, tan lejos, sabemos que los japoneses odian a los misioneros y que han perseguido a los fieles durante los últimos veinte años.

-La situación está.cambiando. -Velasco repitió el discurso que había pronunciado ante el arzobispo en Ciudad de México-. Si no fuera así, el Japón no habría enviado embajadores a España.

-Hijo mio, nuestros hermanos de la Compañía de Jesús informan que las cosas empeoran cada día. Nos dicen que estos emisarios no son representantes oficiales del rey del Japón, sino meramente caballeros al servicio de un señor feudal japonés... No queremos que más sacerdotes derramen su sangre en esa tierra.

-Creo que la labor misionera es como una batalla. Yo estoy librando una batalla contra el Japón. Un misionero es como un guerrero que no debe retroceder ante la muerte por el Señor. Seguramente el apóstol Pablo estaba dispuesto a verter su sangre por los gentiles. La vida del misionero no es lo mismo que senrarse cómodamente al sol o en un monaste?io y hablar del amor de Dios.

-Si. -No escapó a la atención del obispo la ironía de Velasco-. Estoy de acuerdo contigo en que la obra, misionera es como una batalla. Y así como todo guerrero debe obedecer a su jefe, también tú debes ser obediente.

-Hay momentos en que el jefe está muy lejos del campo de batalla e ignora la verdadera naturaleza de la lucha.

-Hijo mío -el obispo miró fijamente el rostro de Velasco-, eres demasiado apasionado. Debes examinar tu corazón para asegurarte de que en el futuro tu pasión no haga daño a tu alma.

Velasco enrojeció y no respondió. Era exactamente como había dicho el obispo.

El fervor de su carácter había motivado frecuentes advertencias de sus superiores durante toda su educación religiosa. «Sin embargo, sin ese fervor - ensó Velasco-, jamás habría ido al Japón. Para luchar allí es necesaria la pasión.» -Pronto iremos a Madrid. Hay una petición que me gustaría expresar directamente al arzobispo...

-¿Cuál es?

-Querría que el rey concediese audiencia a los embajadores del Japón...

El obispo Lerma dirigió a Velasco una mirada de compasión y extendió la mano para que él la besara.

-Rogaré para que el arzobispo te otorgue lo que le pides. -Y luego repitió con desaliento-: Pero eres demasiado apasionado. Cuida de que tu entusiasmo no destruya tu alma.

La multitud se dispersó y el obispo Lerma desapareció en las habitaciones del obispado; los japoneses regresaron en coche al monasterio. Velasco se arrodilló a solas ante el altar de la gran catedral. Excepto por los rayos de luz solar que brillaban a través de las vidrieras, la vasta nave estaba oscura y silenciosa. Los cirios del altar ardían y junto a ellos Cristo miraba a Velasco con una mano en alto, como cuando había dicho a sus discípulos: «íd a todo el mundo y predicad el evangelio a todas las criaturas».

-Oh, Señor -dijo Velasco, con las manos unidas y la mirada fija en los ojos del Cristo-. Nos has ordenado predicar el evangelio hasta los confines de la Tierra. He dedicado mi vida a esas palabras y he llegado hasta el Japón. ¿Deseas retirar Tu mano de ese país?

«Oh, Señor, responde, por favor. El Japón está a punto de apartarse de tu voz. La iglesia que has establecido está a punto de abandonar el Japón. Los arzobispos, los obispos y los cardenales temen al Japón; aborrecen la idea de que más sacerdotes viertan su sangre en ese país, y están a punto de dejar librados a su suerte a los santos que todavía subsisten allí. Oh, Señor, responde, por favor. ¿Debo someterme yo también a las órdenes de esa iglesia?

«Oh, Señor, ordéname combatir. Estoy solo. Por favor, pídeme que luche contra quienes me envidian y me cortan el paso. No puedo abandonar al Japón. Esa pequeña nación asiática es el país que debo conquistar con el poder de tu evangelio.

El sudor corría por la frente de Velasco y caía sobre sus ojos mientras contemplaba el rostro del Cristo. Desfiló por su mente una multitud de rostros japoneses. Sus finas sonrisas se burlaban de Velasco. Eran como los rostros de las estatuas budistas que había visto en el santuario de un templo de Kioto. Murmuraban al unísono: «El Japón no quiere que vengan sacerdotes cristianos. El Japón no quiere que se construyan iglesias. El Japón puede sobrevivir sin Jesús. El Japón...».

-Id. -La voz habló bruscamente al oído de Velasco-. He aquí que os envío como ovejas en mitad de los lobos; sed por lo tanto sabios como las serpientes y mansos como las palomas. Y aun así todos los hombres os odiarán por causa de mi nombre; pero aquel que aguante hasta el fin se salvará. Sed sabios como las serpientes.

Eran las palabras que había dicho Jesús a sus discípulos cuando los envió a los pueblos de Judea. «Sed por tanto sabios como las serpientes.» Durante largo rato Velasco permaneció

inmóvil, con el rostro hundido entre las manos. Sintió que todo su futuro, todo lo que debería hacer en adelante, estaba contenido en esas palabras. «Seré odiado por todos los hombres. Por los hermanos de la Compañía de Jesús. Por los obispos. Pero iré a Madrid y haré frente a los jesuitas y al Consejo de Obispos. Para lograr la victoria en ese encuentro debo demostrar la sabiduría de la serpiente. Mis armas son las palabras y los japoneses que he traído aquí. Debo hacer que los obispos crean que mis palabras son las palabras de los japoneses, y mis deseos, los deseos de los japoneses. Para hacer esto... » Velasco regresó al monasterio y se dirigió a la habitación de los emisarios. Los emisarios y sus servidores se habían reunido en el balcón, al sol, para mirar el torrente de personas y coches que se dirigían hacia la Giralda, el orgullo de los sevillanos.

En el Guadalquivir se apretujaban las naves y podían oír las voces de los mercaderes que vendían su carga.

Cuando los servidores advirtieron a Velasco, se inclinaron y se retiraron en silencio. El misionero se situó junto a los tres emisarios en el balcón, señaló los barcos que iban y venían por el Guadalquivir al suave sol de otoño y explicó que de ese puerto partían naves hacia muchas naciones.

-Dentro de dos días iremos a Madrid, que es la capital de España. Allí tendréis vuestra audiencia.

-Entonces, ¿el rey nos ha concedido audiencia? -La voz de Tanaka temblaba de excitación.

-Debo ser veraz con vosotros... Se ha presentado un obstáculo inesperado. - elasco vaciló un instante y luego prosiguió-. Hay en Madrid quienes no piensan bien de nosotros.

Los emisarios se miraron, aguardando que Velasco aclarase sus palabras. Mientras el misionero hablaba, Tanaka contemplaba sombríamente el espacio, en tanto que el samurai parpadeaba sin decir una sola palabra. Era imposible determinar por sus caras rústicas lo que pensaban, pero el joven Nishi abría y cerraba los brazos y se retorcía las manos. De algún modo los tres emisarios parecían comprender lo que les decía Velasco acerca de la situación en la iglesia y de la historia del conflicto entre las dos hermandades que se ocupaban de la labor evangelizadora en el Japón.

-Debo asistir a un debate ante el Consejo. Eclesiásticos de alta jerarquía escucharán el debate y juzgarán si son correctas mis palabras o las afirmaciones de quienes me calumnian.

Velasco hizo una pausa. Luego, como si hablara consigo mismo, murmuró:

-Es menester... que yo gane.

Los emisarios estaban inmóviles, como si sus cuerpos se hubieran congelado.

-Los que me calumnian dicen que el cristianismo ha sido proscrito en todo el Japón, y difunden el rumor de que las cartas donde Su Señoría asegura que recibirá nuevos sacerdotes son un fraude. Para disipar estas dudas..., si tan sólo uno de vosotros se convirtiera...

Ante esas palabras, una mirada de sorpresa infantil pasó por los rostros normalmente inexpresivos de Tanaka y del samurai. Velasco prosiguió con la esperanza de

sofocar esa sorpresa.

-Entonces los eclesiásticos creerían lo que digo. Aceptarían la promesa de Su Señoría de que los cristianos no sufrirán daños y de que se recibirá con los brazos abiertos a los

sacerdotes. Actualmente las autoridades eclesiásticas creen en los informes de quienes afirman que los japoneses matan a los cristianos y torturan a los sacerdotes.

El samurai frunció el entrecejo. Por primera vez, Velasco vio ira en el rostro de ese hombre siempre manso.

-Padre -la voz del samurai temblaba-, ¿por qué no nos dijisteis eso en Nueva España? Sin duda lo sabíais.

-A decir verdad, no tenía idea de que las calumnias habían llegado hasta aquí.

Mientras estábamos en Nueva España ellos enviaron muchas cartas desde el Japón para poner obstáculos a nuestro viaje.

-Yo... -anunció el samurai con una voz que era casi un gemido- no me convertiré al cristianismo.

-¿Por qué no?

-No me gusta el cristianismo.

-Si nada sabéis de las enseñanzas cristianas, no pueden agradaros ni desagradaros.

-Aunque las estudiara, no creería.

-No podéis creer si no las estudiáis.

El rostro y el cuello de Velasco enrojecieron gradualmente. En ese momento no era ya un intrigante sino un misionero que explicaba sus creencias a los ignorantes.

-En Ciudad de México los mercaderes japoneses se convirtieron al cristianismo, pero no con sinceridad. Lo hicieron por afán de lucro. Y lo acepté. Porque pensaba que quienes pronuncian, aunque sea una sola vez, el nombre del Señor terminarán por ser sus cautivos.

Una voz dijo al oído de Velasco:

-¿Qué tratas de hacer ahora? Bautizar a unos hombres que no creen en el Señor para tu propio beneficio es un pecado y una profanación. Y también un acto de arrogancia mediante el cual cargas al Señor con los pecados de hombres sin fe mediante el sacramento del bautismo.

Velasco trató de exorcizar la voz. Eligió unas palabras como escudo. Cuando Juan descubrió, con indignación, que unos incrédulos curaban a los enfermos en el nombre de Jesús, el Señor había dicho: «Aquel que no esté contra nosotros está con nosotros».

El samurai mantuvo un obstinado silencio. Ese hombre tímido se volvía terco en circunstancias semejantes precisamente a causa de su timidez. Como siempre, Tanaka miraba un punto distante en el vacio, en tanto que Nishi, también típicamente, esperaba con aprensión a que sus mayores respondieran antes de formar su propia opinión. Por fin el samurai respondió en voz tan firme como una roca pesada e inconmovible:

-No. No puedo. No puedo hacerme cristiano.

Cuando Velasco salió de la habitación, los tres emisarios se sentaron en sus sillas y permanecieron inmóviles un rato. Los ruidos de la Puerta Toriana entraron por la ventana abierta. Por la tarde, Sevilla era menos rumorosa. Sus pobladores se encerraban en sus casas y dormían la siesta.

Nishi miró tímidamente los rostros fatigados de sus companeros.

-El señor Shiraishi nos dijo que debíamos seguir en todo las instrucciones del señor Velasco durante nuestro viaje.

-Pero Nishi -suspiró el samurai-, ¿cuántas veces nos ha engañado el señor Velasco desde que salimos del Japón? Es como decía Matsuki. Primero Velasco nos dijo que si íbamos a Nueva España concluiríamos rápidamente nuestra misión. Cuando llegamos a Nueva España dijo que no tendríamos una respuesta decisiva si no veníamos a España... Hoy nos dice que las cosas no marchan bien. Que si deseamos el éxito de nuestra misión debemos convertirnos al cristianismo. Ya no creo nada de lo que diga. ¿No estáis de acuerdo, Nishi?

Era la primera vez que el samurai revelaba sus propios sentimientos de modo tan claro. Como era un hombre de pocas palabras, cada una de ellas pesaba y, cuando terminó, sus dos compañeros guardaron silencio.

-Pero nada podemos hacer sin la ayuda del señor Velasco.

-El señor Velasco se aprovecha precisamente de eso. Lo único que realmente desea es nuestra conversión a su fe.

-Podríamos convertirnos. Sería una simple formalidad que nos ayudaría a cumplir nuestra misión.

-Sí. -El samurai alzó la vista y suspiró-. Cuando se reorganizaron los feudos, la familia Hasekura recibió una árida llanura. Apenas conseguimos arrancarle al suelo un poco de arroz y de trigo. Hemos trasladado a esas tierras rodeadas de colinas las tumbas de nuestros antepasados y la de mi padre. No puedo convertirme a una religión extraña que mi padre y mis antepasados jamás conocieron.

El samurai parpadeó. Sentía en su cuerpo la sangre de muchas generaciones de la familia Hasekura. Sus hábitos modelaban su propia vida. No podía modificar esos hábitos ni esa sangre.

-Además -continuó-, recordad lo que nos dijo Matsuki en Ciudad de México.

Que Velasco es demasiado apasionado, que no debemos caer en sus redes ni convertirnos al cristianismo. ¿Lo recordáis, Nishi?

-Lo recuerdo, pero... -Temiendo quizás una reprimenda, Nishi miró ansiosamente a sus compañeros-. Al parecer, el Consejo de Ancianos piensa que el futuro del Japón no está en la guerra sino en el comercio con la India y los países de Europa. Ellos saben que, sea cual fuere la situación en el caso de la India, no será posible el comercio con las naciones de Europa si ignoramos la cristiandad. Puesto que ésta es su política, sin duda comprenderán que, si nos convertimos, sólo es para cumplir nuestra misión.

-¿Pensáis haceros cristiano? -preguntó vivamente Tanaka.

-No lo sé. Tendré que pensarlo bien mientras viajamos a Madrid. Pero en todos estos meses he llegado a comprender qué grande es el mundo. He aprendido que las naciones de Europa son más ricas y poderosas que el Japón. Por eso me gustaría aprender sus lenguajes. No creo que sea suficiente cerrar los ojos a las creencias de todos los habitantes de este mundo.

Como siempre, el samurai sentía envidia de la vibrante juventud de Nishi, tan diferente de él mismo y de Tanaka. El joven absorbía sin esfuerzo, como si lo respirara, todo lo que era nuevo y sorprendente. Pero aunque el samurai había decidido aceptar su nuevo destino, su apego a su familia y a su llanura, no menos fuerte que el de un caracol a su concha, se lo impedía.

-¿Qué pensáis, señor Tanaka? -El samurai miró los gruesos brazos y las anchas espaldas de Tanaka y sintió que por las venas de su camarada corría la misma sangre.

La sangre de un samurai rural, obstinadamente decidido a defender las tierras y costumbres que sus antepasados habían mantenido durante tantos años.

-A mi... tampoco me gustan los cristianos. -Tanaka suspiró-. Pero, Hasekura, yo no acepté esta misión porque me lo ordenara el Consejo de Ancianos. La acepté porque deseaba recobrar nuestro viejo feudo de Nihonmatsu. Es porque quiero la devolución de esas tierras por lo que he soportado estos miserables viajes por mar, el calor y la repugnante comida de los extranjeros...

Lo mismo le ocurría al samurai. Si lo que habían dicho el señor Shiraishi y el señor Ishida era verdad, quizá le devolverían a la familia Hasekura las tierras de Kurokawa como recompensa.

-Si no nos devuelven nuestras tierras -murmuró Tanaka-, quedaré deshonrado.

No seré digno de mirar a la cara a mis familiares. No me gustan los cristianos. Pero para recuperar nuestras tierras.. si me dijesen que coma basura, lo haría.

-Será para el cumplimiento de nuestra misión -agregó Nishi.

-Matsuki me dijo que no me convirtiera. -El samurai sacudió obstinadamente la cabeza-. No me agrada Matsuki..., pero no puedo hacerme cristiano.

Reanudaron el viaje: ahora su destino era Madrid. En hilera, los japoneses, sus coches y carros atravesaban Andalucía.

Las colinas y los olivares se sucedían uno tras otro como las olas del mar. Las colinas eran de color castaño rojizo y las hojas plateadas de los olivos brillaban al viento como una multitud de minúsculas espadas. Al acercarse la noche, el aire se enfrió rápidamente.

De vez en cuando veían los mismos pueblos blancos, como granos de sal, que habían visto en Nueva España. Algunos se aferraban a las laderas como si estuvieran pegados con cola. En la cumbre de una colina se erguía, amenazante, un antiguo castillo.

Cuando desaparecieron los olivares y la tierra roja, los trigales se desplegaron hasta el horizonte. Vieron, muy lejos, algo que parecía una aguja. Cuando se acercaron comprendieron que era la torre de una iglesia, pinchando el cielo.

-Esto es Europa. -Velasco tiró de las riendas y señaló con orgullo-. La tierra cumple su tarea. Y como símbolo de esa tarea, aquella aguja se alza hacia el cielo en busca del Señor.

Desde su partida de Sevilla, no había insistido en pedir su colaboración a los emisarios, ni siquiera de modo indirecto. Sin embargo, sonreía confiado como si ya todo estuviera resuelto. Según era su costumbre, los emisarios no mencionaron el tema, como si eso les inspirara temor.

En cierto momento el color del Tajo cambió y se tiñó de oscuro entre los campos y el grupo entró en Toledo, la antigua capital. También allí la torre de la gran catedral construida sobre una colina podía verse desde muy lejos. Un gran sol se ponía en el cielo dorado y centelleaba en la cruz de la catedral. Los sudorosos japoneses subían en silencio la cuesta empedrada hacia la catedral, conscientes, como siempre, de las miradas curiosas de la población.

-Japoneses -dijo alguien entre la multitud-. Ya he visto japoneses antes. -Era un hombre sonriente de dientes desiguales. Al oírlo, Velasco detuvo su cabalgadura y habló con el hombre.

-Dice que cuando era niño -anunció Velasco a los emisarios- vio a un grupo de jóvenes japoneses de visita en esta ciudad.

-¿Japoneses?

-Afirma que hace unos treinta años, unos jóvenes de Kyushu, de trece o catorce años, vinieron a España como emisarios cristianos, exactamente como vosotros. ¿Habéis oído algo acerca de esto?

No era así. Suponían que eran los primeros japoneses que visitaban estas tierras.

Pero el hombre decía que cuatro jóvenes japoneses, acompañados por un misionero, habían estado en Toledo y en Madrid unos treinta años antes y que incluso habían sido recibidos por el Papa en Roma.

Velasco se volvió al hombre. Sonreía con orgullo, aparentemente feliz de que todos lo escucharan.

-Esos jóvenes visitaron la casa de un anciano de la ciudad, el relojero Toriano.

Les encantó la visita. Este hombre afirma que entonces trabajaba como aprendiz del relojero.

El hombre mostró sus dientes amarillentos, señaló su propio rostro, y asintió una y otra vez. Los emisarios supieron también que uno de los japoneses había enfermado de fiebre, pero que gracias a la atención y a las plegarias de la población se había recobrado y que, finalmente, tanto él como sus compañeros habían partido a

Madrid.

Los emisarios miraron las calles de piedra y las casas iluminadas por el ocaso. Sintieron asombro al pensar que varios compatriotas habían subido antes esa misma cuesta y contemplado esas mismas casas extrañas teñidas de rosa por el sol.

-Niños de trece o catorce años... -suspiró Tanaka. Los demás recordaron su largo y penoso viaje y apenas pudieron creer que un grupo de jóvenes hubiese sufrido un martirio semejante.

-¿Y regresaron sanos y salvos al Japón? -preguntó Nishi a Velasco.

-Así fue -asintió Velasco-. Así como un día regresaréis todos vosotros.

Ante la respuesta de Velasco se hizo un profundo silencio entre los japoneses. ¿Regresarían sanos y salvos, en verdad? Todos pensaban lo mismo. Una leve sonrisa, casi llorosa, pasó por las caras de los emisarios.

Llovía cuando finalmente el grupo llegó a Madrid. La lluvia bañaba la plaza de Castilla y caía suavemente sobre la calle de Alcalá. Las calles pavimentadas estaban repletas de coches que salpicaban agua y barro en todas direcciones.

En el monasterio franciscano los japoneses durmieron como troncos un día entero. Ahora que habían llegado a su destino final, la fatiga física y mental que habían estado acumulando desde su llegada a España se precipitó sobre ellos. Conociendo su situación, los sacerdotes del monasterio se mantuvieron apartados de las habitaciones que ocupaban los japoneses y se abstuvieron de tocar la campana que anunciaba la hora.

En sueños, el samurai vio escenas del día de su partida. Los caballos relinchaban; los ancianos del pueblo estaban alineados ante la puerta de su casa; Yozo le traía su espada; Seihachi, Ichisuke y Daisuke sostenían de las riendas a los tres caballos cargados con el equipaje. El samurai montó y saludó a su tío. Riku estaba detrás de él, tratando de contener

las lágrimas. El samurai sonrió a su hijo mayor, Kanzaburo, y al menor Gonshiro, que una joven criada sostenía en sus brazos. Por alguna razón, el señor Ishida esperaba, a caballo, fuera del portaí. El samurai no podía comprender por qué el señor Ishida había acudido a su encuentro en la llanura.

-Oíd -decía el señor Ishida, sonriendo-. Os daremos una nueva oportunidad de desempeñar vuestra misión. La próxima vez me ocuparé de que recuperéis vuestras tierras de Kurokawa.

Entonces, ¿debo repetir este viaje? Ese pensamiento casi sofocaba al samurai. Pero comprendía que era su destino y que no tenía otra opción que obedecer. Paciencia y sumisión: a lo largo de los años estos rasgos habían pasado a formar parte de él, como de los demás campesinos de la llanura.

Cuando abrió los ojos, le llevó un momento comprender que no estaba en el Japón, sino en un monasterio, en un país lejano. La lluvia azotaba la ventana de un edificio desconocido en una ciudad extranjera. Reinaba el silencio. El samurai se sintió tan solo que podría haberse echado a llorar.

Rápidamente, para no despertar a Nishi, se vistió y salió al pasillo. Se asomó a la habitación de sus servidores. Yozo estaba sentado al borde de la cama. A su lado, Ichisuke y Daisuke estaban profundamente dormidos.

-¿Estás despierto? -susurró el samurai-. He soñado con la llanura.

-En esta época deben de haber empezado a cortar leña.

-Así es.

Había pasado casi un año y medio desde su partida. El samurai evocó los días que había pasado esta misma estación, dos años antes, derribando árboles con los campesinos para hacer leña. El ruido seco de los hachazos resonaba en el bosque silencioso; las hojas acababan de empezar a caer. Kanzaburo solía recoger setas entre los árboles.

-Debemos aguantar un poco más -murmuró el samurai, mirando la ventana empañada por la lluvia-. Una vez cumplida nucstra misión aquí, en la capital..., podremos regresar a la llanura.

Yozo asintió, con las manos en las rodillas.

-Pero eso ocurrirá si todo marcha bien... El señor Velasco dice que para eso debemos convertimos al cristianismo.

Yozo alzó la vista sorprendido. El samurai preguntó:

-¿Qué harás?

-Desde que Seihachi murió... -empezó a decir Yozo, pero se interrumpió y agregó- Haré lo que Su Señoría me ordene.

-¿Lo que yo te ordene? -El samurai sonrió-. Nunca ha ocurrido nada parecido en la familia Hasekura. Mi tío jamás lo habría permitido.

El samurai meditó en su sueño. La llanura y las granjas que parecían apretadas unas contra otras. Todo el mundo compartía allí la vida de los demás, y la familia del samurai era el núcleo. Sus vidas, sus formas de vivir eran armónicas. Cada familia cuidaba la tierra, plantaba las semillas y celebraba las fiestas de la misma manera.

Cuando alguien moría, todos participaban en los ritos funerales. El samurai recordó el himno de alabanza a Amida Buda que su tío solía cantar mientras se masajeaba la pierna herida junto al hogar.

Han pasado diez eones desde que Amida entró en el nirvana.

El halo que emana del cuerpo sublime de Buda ilumina cada rincón de estas tinieblas.

Cuando terminaba de cantar el himno, su tío repetía siempre: "Alabado sea Amida Buda. Alabado sea Amida Buda» una y otra vez, en voz baja y una expresión de serenidad aparecía en su rostro. El samurai casi podía oír su voz. Si, en la llanura todos eran como uno solo. El samurai no cantaba esos himnos, pero no podía abandonar la fe de su padre y de su tío. Eso hubiera sido como traicionar su propia carne y sangre, como traicionar a la llanura.

Fui en coche a casa de mi primo don Luis. Su padre, don Diego Caballero Molina, que se encuentra con él, fue alcalde de Sevilla e incluso hoy tiene considerable influencia en la iglesia y en la corte. Don Luis es el presidente del Tribunal de la Inquisición.

Cuando llegué a casa de mi primo, era evidente que se conocía mi visita, porque gran cantidad de hombres, mujeres y niños descendieron las escaleras para recibirme.

Los niños saltaron a mi encuentro. Las mujeres me abrazaron a su modo típicamente exagerado y los hombres me estrecharon las manos tanto como su dignidad se lo permitía. Rodearon al pariente que regresaba de un extraño país asiático, deseosos de escuchar el relato de mis experiencias. En el salón y luego en el comedor pendían de mis palabras como si escucharan la historia de nuestros antepasados los conquistadores cuando invadían continentes y archipiélagos de islas desconocidas.

Después de la cena y de la sobremesa, mi tío Molina me dirigió una mirada significativa. Seguramente los demás estaban informados de la conversación que debíamos celebrar, porque se despidieron enseguida.

Hablamos durante algún tiempo de nuestra estrategia para el cercano debate. Mi tío, alto y delgado, iba de un lado a otro de la habitación mientras hablaba de las sombrías perspectivas del Consejo de Obispos. Luis escuchaba, adusto como un centinela.

-Dices que la labor evangelizadora es como una batalla; en una batalla hay momentos en que es aconsejable la retirada. Actualmente los obispos quieren retirarse del Japón. Si el Consejo de Obispos no resuelve las cosas en tu favor, nuestra familia podrá conseguirte un cargo de prior..., pero no en Japón, sino en Manila.

Mi tío explicó que pensaban agotar todos los recursos para que yo fuera el superior del monasterio franciscano de Manila.

-Tus posibilidades parecen muy buenas. Dudo que los cardenales o los obispos se opongan.

Cesó el ruido de sus pasos; mi tío se sentó y unió las manos, mirándome fijamente para ver cómo reaccionaba ante sus palabras.

-No sé si comprendo bien lo que quieres decir...

-Nadie quiere que te expongas a peligros, aunque sea por la causa del Señor. Estoy seguro de que tendrás oportunidades todavía mayores de cultivar tu talento como prior del monasterio de Manila.

Cerré los ojos y pensé en la sórdida cabaña de Edo donde habíamos vivido Diego y yo. El hospital donde atendíamos a los leprosos tenía sólo tres habitaciones. Había ratas y cucarachas en todos los rincones y una inmunda cloaca desaguaba junto a nuestra puerta.

En el monasterio de Manila habría pájaros cantando en los árboles del jardín y no nos veríamos obligados a comer arroz maloliente ni pescado podrido.

-Soy un misionero -murmuré sonriendo-. Estoy seguro de que nací para eso.

Mi tarea no consiste en orar en catedrales seguras y resplandecientes. Mi tarea consiste en predicar la palabra del Señor en las tierras donde la persecución continúa.

Mi tío se encogió de hombros y suspiró. Era el mismo gesto que había hecho el obispo de Sevilla cuando oyó mi respuesta.

-Has sido así desde que eras un niño. Ya entonces te fascinaban los marinos como Colón.

-Si mi madre no me hubiera metido en el seminario, estoy seguro de que habría sido marino o soldado -reí.

-Tu madre pensó que el seminario encauzaría tu fervor.

-Después de todo, fluye por mis venas la sangre de mis antepasados conquistadores.

Mi primo y mi tío jamás habían visto el Japón y nada sabían de ese país; era difícil hacerles comprender cómo pensaba yo. Y mi primo, de pie como un centinela, me miraba lleno de aprensión. Temía que mi familia y él mismo sufrieran el desdén de la nobleza y el clero de Madrid si se dejaban enredar en mis planes.

-Me gustaría ver al arzobispo. Si Su Majestad el rey concediera una audiencia a los emisarios...

-Ya nos hemos puesto en contacto con el secretario del arzobispo. -Mi tío meneó la cabeza consternado-. La respuesta fue que todo dependerá del resultado del Consejo de Obispos. El arzobispo no puede disponer una audiencia para los japoneses sin tener en cuenta las opiniones de los obispos. No es una cuestión comercial... Este es un problema vinculado con la obra misionera en Asia. Pero haremos todo lo que podamos por ti.

Vi tras las palabras de mi tío que el arzobispo trataba de eludir el fastidioso problema que yo creaba. Estreché las manos de mis parientes. Me escoltaron hasta la galería, donde subí a mi coche.

Caía una fría lluvia. Regresé al monasterio por la calle empedrada. La luz de las farolas callejeras iluminaba las imágenes de Nuestra Señora colocadas en los muros; la ciudad estaba tranquila y oscura. Escuché el ruido de los cascos, cerré los ojos y volví a evocar el rostro del padre Valente, a quien todavía no conocía. Traté de imaginar cómo rebatiría mis argumentos. Oi en alguna ventana la fuerte risa de una mujer.

Abrí la puerta y encendí una vela en el vestíbulo. Mientras caminaba por el largo pasillo hacia el dormitorio, vi algunos japoneses delante de mi puerta.

-¿Quién es?

La llama de la vela iluminó los rostros y las vestiduras de los tres emisarios. Advertí gotas de agua en mis ropas.

-¿No os habéis acostado aún?

-Señor Velasco -dijo Hasekura con voz tensa-. ¿Cuándo sabréis algo acerca de nuestra audiencia con el rey?

-¿Por qué me preguntáis eso? Estoy haciendo todo lo posible. Dentro de un mes...

El Consejo de Obispos debía reunirse a mediados de enero. En esa reunión me enfrentaría con los jesuitas. Con el candelabro en la mano, expliqué esto a los emisarios. Sus

servidores ya estaban dormidos y en el edificio hacía frío. Hablé a los tres emisarios, que escuchaban con expresiones duras, de la enorme influencia que tenían las decisiones del clero sobre la política extranjera de la corte.

-Entonces, si todo marcha bien en ese debate...

-Espero que así sea. De eso depende vuestra audiencia con el rey.

-¿Ganaréis?

-Eso no lo sé -sonrel-. Vosotros, como samurais, iríais a la batalla aunque no hubiera esperanza de victoria. También yo soy así.

-Señor Velasco. -Nishi dio un paso adelante-. Si os ayuda..., yo estoy dispuesto a convertirme al cristianismo.

A la luz de mi vela vi que Tanaka había perdido su confianza habitual.

-¿También piensan así el señor Tanaka y el señor Hasekura? -pregunté.

Ni Tanaka ni Hasekura respondieron. Pero me parecieron menos obstinados que cuando habíamos hablado de ese asunto en Sevilla.

El día de la reunión del Consejo de Obispos volvió a llover. El agua caía por los tejados del Tribunal de la Inquisición y formaba negras charcas en el patio. Los coches entraban uno tras otro salpicando agua y barro. Los guardias abrían las puertas de los coches; los obispos con sus mantos ondulantes se ponían al amparo de los paraguas que los criados sostenían y desaparecían en el interior del edificio.

Dos hombres de uniforme negro, frente a la pesada puerta, indicaban su sitio a cada obispo. Velasco estaba frente al estrado de los obispos y al lado del padre Valente.

.De modo que éste es el padre Valente.» Con cierta sorpresa, Velasco miró al pequeño anciano, sentado a poca distancia, con las manos unidas sobre el regazo. Ese hombre de ropas pobres, con los ojos cerrados y expresión de cansancio, era el padre Valente.

Desde que recibiera la carta de su tío en Veracruz, Velasco había pasado casi todo el tiempo tratando de imaginar el aspecto de su opositor. En sus ensueños diurnos, el padre Valente poseía una penetrante inteligencia y de vez en cuando dejaba escapar una sonrisa sardónica. En nada se parecía a ese anciano de hombros caídos como si los hubiera desgastado la vida. En lugar de sentir alivio ante la apariencia de su adversario, Velasco se sintió abochornado. Le parecía inexcusable haberse atormentado tanto tiempo por un hombre tan viejo y tan débil.

Como si hubiera sentido la mirada de Velasco, el padre Valente abrió los ojos y lo miró. Luego lo saludó moviendo levemente la cabeza, con una sonrisa llena de simpatía.

Un hombre uniformado hizo sonar una campanilla. Los obispos, que recordaban a Velasco una bandada de buitres, se sentaron en fila frente a Velasco y al padre Valente e intercambiaron algunas palabras entre ellos con aire solemne.

El obispo que presidía el Consejo se puso de pie y empezó a leer un papel. El Consejo Episcopal de Madrid estudiaría la discordia entre los jesuitas y los franciscanos acerca de los métodos de evangelización en el Japón y trataría de establecer las calificaciones de los emisarios japoneses que habían venido a Madrid.

Su voz suave llegaba a todos los rincones de la habitación silenciosa; los demás obispos permanecían inmóviles y miraban a Velasco y al padre Valente con los ojos fríos de los muertos.

-Resumiremos el problema. -El obispo presidente, después de leer su declaración, se dirigió a sus colegas-. Hace quince años, Su Santidad el Papa Clemente VIII concedió, mediante la bula Onerosa Pastoralis, a varias órdenes el derecho de evangelizar el Japón, anteriormente restringido a la Compañía de Jesús. Los franciscanos enviaron de inmediato once misioneros al Japón. El padre Velasco, que se encuentra aquí, formaba parte de ese grupo. Él considera que el deterioro del esfuerzo misionero en el Japón, desde la llegada de Francisco Javier en 1549, se debe a errores cometidos por los jesuitas; desea que mejore esta situación y sostiene que hay motivos suficientes para el optimismo. Los jesuitas, por otra parte, afirman que un brusco cambio en el gobierno del Japón ha obstaculizado la obra misionera e insisten en que los problemas actuales no se deben a errores en los métodos de evangelización sino a otras causas.

Por esta razón propongo que escuchemos el informe detallado de las dos partes en discordia acerca de la situación.

Los obispos conversaron en voz baja con sus colegas más cercanos y luego aceptaron la propuesta. Mientras deliberaban, Velasco los miró con su habitual seguridad.

El padre Valente de la Compañía de Jesús se mantenía inmóvil, con las manos unidas.

Velasco se puso de pie cuando pronunciaron su nombre. Desplegó una deliberada sonrisa. Respetuosamente expresó su gratitud por el honroso encargo de describir sus sentimientos y experiencias en relación a la obra misionera en el Japón.

-Durante medio siglo la evangelización en el Japón avanzó sin dificultad, indudablemente a causa de la dedicación de nuestros hermanos de la Compañía de Jesús.

Siento el más profundo respeto por la obra y por los sacrificios de la Compañía de Jesús.

Le complacía de algún modo elogiar a quienes lo habían calumniado. Sabia que esas palabras darían apariencia de objetividad a sus declaraciones. Enumeró, encomiándolos, los éxitos de los jesuitas. Cuando finalmente observó un destello de curiosidad en los ojos de los obispos, agregó:

-Pero.., pero impensadamente los jesuitas cometieron un grave error. Y no previeron las graves dificultades que ese error causaría a la tarea evangelizadora.

Con estas palabras, Velasco dirigió la mirada al padre Valente. Pero el anciano sacerdote se mantuvo inmóvil, con los ojos cerrados como de fatiga, y era imposible saber si había oído siquiera la afirmación de Velasco.

-Los jesuitas se equivocaron cuando creyeron que el Japón era igual a cualquier otro país. El Japón no es igual a ninguna otra nación conquistada por nuestros antepasados. El Japón ha estado siempre protegido por un gran océano, el Pacifico, y aunque su pueblo ignora el cristianismo, ha logrado mantener un orden envidiable y dotarse de un poderoso ejército. Contrariamente a otras razas, los japoneses son inteligentes, astutos y orgullosos; y cada vez que ellos o su nación han sido insultados, se han unido para la defensa como un enjambre de abejas. En un país así se deben adoptar métodos de evangelización especiales. No se debe insultar a los japoneses. No se los debe ofender. Y la Compañía de Jesús ha hecho precisamente esto.

En este punto, Velasco se detuvo. Velasco advirtió huellas de interés y preocupación en los rostros de los obispos que antes lo miraban con ojos sin vida, bajó la cabeza y preguntó:

-¿Se me permitirá describir en detalle esas acciones?

-Para eso estamos aquí -dijo uno de los obispos.

-Un ejemplo: los jesuitas obtuvieron sin necesidad un terreno en el puerto de Nagasaki. Era una fuente de ingresos para el desarrollo de sus tareas, pero para los japoneses era una fuente de inquietud y desconfianza. Los japoneses no pueden permitir que ninguna parte de sus pequeñas islas sea una colonia en manos extranjeras. Y esto no es todo. Algunos hermanos de la Compañía de Jesús, en un exceso de celo misionero, quemaron las estatuas budistas que muchos japoneses adoran. Es verdad que en Nueva España pudieron quemar los altares de los indios sin que eso trabara sus acciones. Pero cuando esto mismo ocurre en el Japón, provoca innecesaria animosidad en los corazones de quienes un día podrían convertirse en hijos de Dios. Cuando el Taiko,

el gobernante del Japón, supo lo que habían hecho los misioneros, abandonó su antigua actitud magnánima e inició la política de persecución. En realidad, los errores de los misioneros fueron la causa de la persecución. En este sentido, los jesuitas no pueden eludir su responsabilidad. Sin embargo, cierran los ojos a estos hechos y os informan a vos en Madrid y también en Roma que han hecho todo lo que podían y que las tareas misioneras se han tornado extremadamente difíciles.

Velasco pronunció de una sola vez esta acusación y cuando terminó volvió a inclinar la cabeza con reverencia y calló. Era una pausa deliberada, destinada a inflamar la curiosidad de sus oyentes.

-Sin embargo -continuó enérgicamente Velasco-, todavía hay esperanzas para la obra evangelizadora en el Japón... Es verdad que la situación actual es desfavorable, pero esto puede remediarse. Estoy convencido de ello. Esta esperanza no es, como dicen los jesuitas, un vano sueño alejado de la realidad. Si fuera así, yo no habría hecho este largo viaje ni traído conmigo una embajada japonesa con una carta de su gobernante.

El padre Valente alzó la cabeza. Velasco vio que una breve sonrisa recorría sus labios. Era como la sonrisa de un hombre que mira a un torpe bufón. Velasco contuvo su ira y continuó:

-Los embajadores...; no: todo el pueblo japonés está ansioso por comerciar con Nueva España. Japón es una nación pequeña y pobre. Por esta razón los japoneses harán todo lo posible para obtener ganancias. Este deseo es su mayor fuerza y también su mayor debilidad. La iglesia no saldrá perjudicada si les concede mínimas ganancias a cambio de la libertad de desempeñar tareas de evangelización. Si no los humillamos, si no los enfurecemos, siles ofrecemos ganancias a cambio de su reconocimiento de nuestra labor misionera, estoy seguro de que las persecuciones concluirán.

Se oía en la habitación el ruido de la lluvia. Los obispos escuchaban en silencio.

-Los japoneses nos darán lo que queramos a cambio de que ellos puedan obtener ganancias -dijo Velasco-. Incluso puede ser que nos den sus corazones.

Llovía. El samurai, sentado en su cama, miraba incómodo la habitación. Era como tantas otras habitaciones de los diversos monasterios en que habían dormido desde su llegada a Nueva España. Una sencilla cama y una sencilla mesa con una jarra de porcelana y un aguamanil de diseño sarraceno. Sobre la pared desnuda había un hombre escuálido con las dos manos clavadas a una cruz y la cabeza caída.

-Un hombre como éste... -Una vez más el samurai experimentó la misma incomprensión-. ¿Por qué lo adoran?

Recordó que una vez había visto a un prisionero en condiciones parecidas. Lo habían llevado por toda la ciudad montado a pelo y con los brazos atados a un palo. Era, como el hombre del crucifijo, feo y sucio. Tenía las costillas salientes y el estómago hundido como si no hubiera comido durante largo tiempo; sólo llevaba un trozo de tela atado a la cintura y se sostenía sobre el caballo con sus flacas piernas. Cuanto más miraba el crucifijo, más recordaba el samurai a aquel prisionero.

-¿Qué pensaría la gente de la llanura si yo adorara a un hombre como éste?

Se imaginó adorando a ese hombre y experimentó un insoportable sentimiento de verguenza. Él nunca había creído en los budas, como su tío, pero cada vez que hacia una peregrinación a un templo, deseaba automáticamente inclinar la cabeza ante los magníficos ídolos; y cuando se detenía ante un altar donde fluía agua pura, sentía la tentación de unir sus manos en un gesto de súplica. Pero no podía encontrar nada sagrado ni sublime en un hombre tan impotente y desventurado como ése.

-Esos mercaderes...

¿No habrían sentido lo mismo los mercaderes que se habían quedado en Nueva España? Sin embargo se habían arrodillado en la catedral y habían recibido el bautismo por su propia voluntad para asegurar las relaciones comerciales con Nueva España.

Mientras los miraba, el samurai había sentido una confusa mezcla de furia y envidia.

Despreciaba la bajeza que permitía a los mercaderes vender sus almas para obtener ganancias, pero los envidiaba por la audacia que les permitía hacer cualquier cosa para lograr sus fines. Ahora Nishi Kyusuke planeaba convertirse como una formalidad para cumplir su misión. Sin duda ese acto era sólo una formalidad y no brotaba de su corazón. El samurai sabía que también él debía aceptar cualquier engaño por el bien de Su Señoría. Pero no podía hacerlo.

-No puedo...

Convertirse al cristianismo era traicionar a la llanura. La llanura no estaba habitada meramente por quienes allí vivían ahora. También velaban silenciosamente por ella los antepasados y parientes de todos los vivos. Mientras la casa de Hasekura se mantuviera en pie, el padre y el abuelo muertos del samurai serían parte de la llanura. Sus almas muertas no le permitirían convertirse.

El padre Valente, de la Compañía de Jesús, se puso de pie lentamente. También él inclinó la cabeza ante los obispos y luego entrelazó los dedos y se puso las manos sobre el pecho. Con voz algo ronca empezó a hablar.

-Durante treinta años he vivido en el Japón y he visto con mis propios ojos lo que según el padre Velasco son los errores de los jesuitas. Por esto mismo no negaré lo que él ha narrado. Es verdad que nuestra compañía se ha excedido en su celo. A causa de este exceso de celo a veces hemos llevado las cosas demasiado lejos. Pero no todas las persecuciones son el resultados de dichos excesos. Hay en las palabras del padre Velasco una ingeniosa exageración. Y también esperanza excesiva en lo que concierne al futuro.

Velasco apretó los puños pero se obligó a sonreír. En presencia de los obispos debía demostrar perfecta compostura.

-Debo decir que los embajadores que trae consigo el padre Velasco no son representantes del rey del Japón, a quien se conoce como el Shogun. El amo de estos embajadores, que gobierna un dominio en la parte este del Japón, es sólo uno entre muchos nobles. Aun suponiendo que esta delegación tenga la autorización del rey del Japón, no se puede afirmar que sean emisarios oficiales representantes de la nación en su totalidad.

El padre Valente se llevó la mano a la boca y tosió suavemente. No hablaba con energía ni trataba de fascinar a los obispos con pausas dramáticas como Velasco, sino que se contentaba con describir la situación en una tediosa voz cantarina. Sin embargo, desde el principio atacó el punto más vulnerable de Velasco.

-El padre Velasco acaba de deciros que considera formidable al pueblo japonés.

Afirma que son tan inteligentes y astutos y codiciosos que no deben ser tratados como otros pueblos. Estamos de acuerdo con él. Y por esto deseamos que Vuestras Excelencias consideren lo siguiente: como los embajadores japoneses que acompañan al padre Velasco no son emisarios oficiales, por atractivas que sean las promesas que contiene su carta acerca de la labor misionera, en cualquier momento los japoneses podrán decir:

«Esas no eran las promesas del rey. Sólo eran las promesas de un solo noble. Esos no eran embajadores oficiales. Eran sólo emisarios privados». -El padre Valente se detuvo y volvió a toser-. Por mis muchos años de experiencia os puedo asegurar que los japoneses usan con frecuencia esta táctica. Preparan sus excusas con gran anticipación para no hacer lo que han prometido cuando les conviene. Esta es la forma japonesa de hacer las cosas. Por ejemplo, cuando comienza una batalla, si un noble japonés no sabe qué lado ganará, con frecuencia hace que sus hermanos participen en ambos lados. Sea cual fuere el vencedor, la familia del noble se defenderá ante el vencedor afirmando: «Nuestra familia no es responsable por el hermano nuestro que se ha aliado al enemigo. Lo hizo por su propia cuenta. Con esta misma astucia los japoneses han enviado a Nueva España a estos emisarios. Lo que os digo es que los japoneses no

están interesados en nuestra tarea evangelizadora. Simplemente nos prometen libertad para hacerlo como cebo, pero su verdadera finalidad es otra.

-Entonces, ¿qué es lo que quieren? -preguntó uno de los obispos, con la barbilla apoyada en las manos. Velasco volvió a pensar en un buitre-. ¿Qué desean los japoneses aparte del comercio con Nueva España?

-Utilizar nuestras rutas a través del Pacífico y aprender nuestras artes náuticas.

Es seguro que durante este viaje han logrado asimilar esos conocimientos.

Hubo murmullos de alarma entre los obispos. Cuando terminaron, su mirada pasó del padre Valente a Velasco, cuyo rostro se había endurecido mientras escuchaba. Velasco alzó una mano para pedir la palabra. Cuando uno de los obispos asintió, dijo en voz vacilante con el rostro congestionado:

-Vuestras Excelencias deben comprender una cosa. Sin la autorización del rey, ningún noble japonés podría liberar españoles arrestados en el Japón. Hemos viajado hasta Nueva España con un grupo de marinos españoles que estaban bajo custodia.

Esto demuestra que los embajadores han venido con la autorización de su rey. Es evidente también, por la carta que envió directamente a las Filipinas hace diez años, que el rey del Japón está ansioso por comerciar con Nueva España. Y ya que hablamos de este tema, es bien sabido que hace treinta años la Compañía de Jesús, a la que pertenece el padre Valente, trató de hacer pasar a cuatro niños japoneses, prácticamente unos mendigos, por

hijos de daymios distinguidos enviados a España y a Roma en carácter de embajadores oficiales.

Cuando Velasco se sentó, el padre Valente se puso de pie despacio. Una vez más se llevó los brazos al pecho y tosió secamente.

-Es un hecho que el rey del Japón deseaba antes comerciar con Nueva España.

Pero incluso entonces, lo que deseaba era permitir el comercio y prohibir la labor misionera; y en realidad muchos cristianos fueron quemados en su capital y los misioneros fueran expulsados de todos sus dominios. Es evidente que a su tiempo también estos embajadores tendrán que someterse a esa política. Por ese motivo, incluso si el príncipe de estos embajadores se compromete a proteger a los misioneros y a permitir la obra evangelizadora, esto no es la promesa del rey del Japón.

-Vos... -interrumpió Velasco-, vos y toda la Compañía de Jesús habéis abandonado la esperanza de que las persecuciones concluyan. Pero yo creo que podemos extinguir la animosidad hacia el cristianismo que habéis despertado en los japoneses.

Velasco casi gritaba, olvidando que los obispos escuchaban. Al ver el rostro rojo de Velasco, el padre Valente le sonrió con lástima.

-¿Acaso podéis vos extinguirla? Dudo que sea tan fácil.

-¿Por qué?

-Porque creo, y lo digo después de muchos años de vivir entre ellos, que los japoneses, entre todos los pueblos del mundo, son los menos predispuestos a aceptar nuestra religión.

La sonrisa sardónica se desvaneció del rostro del sacerdote, que miró con tristeza a Velasco.

-Los japoneses carecen por completo de sensibilidad a lo absoluto, a lo que trasciende del nivel humano, a la existencia de cualquier cosa situada más allá del reino de la naturaleza, a lo que nosotros llamaríamos lo sobrenatural. Lo he comprendido después de pasar allí treinta años como misionero. Fue muy sencillo enseñarles que esta vida es transitoria. Siempre han tenido sensibilidad para apreciarlo. Lo aterrador es que los japoneses tienen también la capacidad, de aceptar la brevedad de la vida, e incluso de gozar de esta brevedad. Tan profunda es esa capacidad, que han escrito mucha poesía inspirada por esa idea. Sin embargo, no intentan dar el paso siguiente.

No desean hacerlo. Aborrecen la idea de establecer una distinción nítida entre hombre

y Dios. Para ellos, aunque hubiera algo más grande que el hombre, siempre será una cosa en la que el hombre podrá convertirse algún día. Por ejemplo, su Buda es un ser en que el hombre se puede convertir apenas abandona sus ilusiones. Y la naturaleza, que es para nosotros algo totalmente separado del hombre, es para ellos una entidad que engloba la humanidad. Nosotros..., nosotros hemos fracasado en nuestro intento de rectificar estas actitudes de los japoneses.

Los obispos recibieron esas inesperadas observaciones del padre Valente con un silencio pesado. De todos los misioneros enviados a paises distantes, ninguno habla hablado nunca con tanta desesperación.

-La sensibilidad de los japoneses está firmemente anclada en la esfera de la naturaleza y jamás se remonta hacia un reino superior. Dentro del reino de la naturaleza esa sensibilidad es notablemente sutil y delicada, pero es incapaz de percibir nada en un piano superior. Por

esto los japoneses no pueden imaginar a nuestro Dios, que reside en un plano separado del hombre.

-Entonces -uno de los obispos movió la cabeza como si no pudiera aceptar el argumento de Valente-, los cristianos japoneses, que en un momento dado llegaron á ser cuatrocientos mil... ¿en qué creían?

El padre Valente respondió con suavidad, mirando el suelo.

-No lo sé. -Acongojado, cerró los ojos-. Cuando el rey prohibió el cristianismo, la mitad de ellos desapareció como la niebla.

-¿Desapareció?

-Sí. Un torrente aparentemente interminable de japoneses a quienes considerábamos nuestros mejores creyentes renunciaron a su fe apenas empezó la persecución.

Cuando un señor feudal abjuraba del cristianismo, toda su familia y sus caballeros le seguían; y cuando el jefe de un pueblo lo hacia, casi todos sus habitantes abandonaban la iglesia con él. Y para nuestra sorpresa, nadie habría podido decir, a juzgar por sus caras, que algo hubiera ocurrido.

-¿No sentían remordimientos por haber abandonado a Dios?

-Cuando yo miraba un mapa -murmuró el padre Valente, los ojos todavía cerrados-, a veces la forma del Japón me recordaba un lagarto. Mucho después pensé que así era la naturaleza de los japoneses. Nosotros, los misioneros, éramos como niños que se divierten cortando la cola de los lagartos. Pero un lagarto sigue viviendo sin cola y finalmente ésta vuelve a crecer. A pesar de los sesenta años de acción evangelizadora de nuestra compañía, los japoneses no han cambiado en lo más mínimo. Han vuelto a ser como eran originariamente.

-¿Como eran originariamente...? Explicad lo que queréis decir, padre Valente.

-Los japoneses no viven sus vidas como individuos. Nosotros, los misioneros europeos, no lo sabíamos. Imaginad que haya aquí un japonés aislado. Tratamos de convertirlo. Pero en el Japón, jamás existió un individuo aislado al que podamos llamar «tú».

Porque hay detrás de él un pueblo. Una familia. Y algo más. También cuentan sus padres muertos y sus antepasados. Y ese pueblo, esa familia, esos padres y antepasados están estrechamente vinculados con él, como si fueran seres vivientes. Por eso unjaponés no es nunca un ser humano aislado. Es un conjunto que soporta sobre sus hombros un pueblo, una familia, unos padres, unos antepasados. Cuando digo que los japoneses volvieron a ser como eran originariamente, quiero decir que retornaron a ese mundo al que están tan firmemente ligados.

-No os expresáis con suficiente claridad, padre Valente.

-Entonces, por favor, permitidme que os dé un ejemplo. Cuando el primer misionero en el Japón, Francisco Javier, inició sus tareas en las provincias del sur, ése fue el obstáculo más formidable que encontró. Los japoneses decían: «Creo que las enseñanzas cristianas son buenas. Pero traicionaría a mis antepasados si fuera a un paraíso donde ellos no pueden residir. Nuestros lazos con nuestros padres y con nuestros antepasados son muy fuertes». Debo señalaros que no se trata de un mero culto a los antepasados.

Es la creencia dominante. Sesenta años no fueron suficientes para combatir esa creencia.

-¡Excelencias! -gritó Velasco, interrumpiendo al padre Valente-. Lo que acaba de decir el padre es una gran exageración. Hay también en el Japón mártires que han dado sus vidas

por las enseñanzas cristianas. ¿Cómo puede él decir que el pueblo japonés nunca ha creído en Nuestro Señor? De ningún modo pueden considerarse agotadas las esperanzas de la tarea evangelizadora en el Japón.

Y luego arrojó el as de triunfo que, según esperaba, demostraría definitivamente la verdad de sus aseveraciones.

-Esto es evidente porque treinta y ocho de los mercaderes japoneses que llevé a Nueva España se bautizaron en la catedral de San Francisco en Ciudad de México.

Y en este mismo momento, uno de los tres emisarios japoneses que esperan pacientemente la decisión justiciera de Vuestras Excelencias acaba de prometerme que se convertirá en un hijo de la Iglesia.

Mientras oía llover, el samurai se estiró en su cama; con las manos unidas detrás de la cabeza, contempló al hombre desnudo en la pared. No había en la habitación nadie más que el samurai y ese hombre.

Se abrió la puerta y entró Tanaka. Las gotas de agua brillaban como el rocío sobre sus ropas.

-Debéis de estar cansado. ¿Ha vuelto Nishi con vos?

El samurai se incorporó y cruzó las piernas. Aunque ambos hombres tenían el mismo rango, trataba con deferencia a Tanaka por su mayor edad.

-Todavía debe de estar paseando bajo la lluvia. Yo me cansé de que todos me miraran y volví -respondió, irritado, Tanaka. Se quitó la espada de la cintura y secó el cuero húmedo de la vaina con una toalla. La gente los había mirado cuando recorrían las calles en Nueva España, pero aquí era todavía peor. La multitud que los seguía tocaba sus ropas y espadas y les hablaba. Había incluso niños mendigos. Los adultos competían por las hojas de fino papel que los japoneses arrojaban al suelo después de sonarse las narices. Al principio reían de estas cosas, pero finalmente las miradas y preguntas impertinentes se tornaron insoportables.

-¿Habrá terminado ya el debate de Velasco? -dijo Tanaka mientras se quitaba las botas mojadas. También el samurai, Nishi y sus servidores habían comprado botas en Sevilla.

-No creo que haya terminado todavía.

-Estoy preocupado El samurai asintió. Tanaka se sentó en su propia cama y cruzó las piernas.

-Hasekura, ¿qué ocurrirá si Velasco pierde? ¿Volveremos mansamente al Japón?

El samurai parpadeó en silencio. No sabía qué responder. Velasco les había dicho que la audiencia con el rey y la presentación de la carta de Su Señoría dependían del resultado de ese debate. Los emisarios estaban ansiosos desde que Velasco partiera en coche esa mañana. El samurai comprendía perfectamente por qué Nishi se paseaba bajo la lluvia.

-¿Deberíamos contentarnos con eso? -Tanaka miró al samurai-. Yo no podría.

Me sentiría avergonzado ante toda mi familia. Hace largo tiempo que mis parientes esperan la devolución de nuestras antiguas tierras. No podría presentarme con la cabe¡za alta ante ellos.

El samurai estaba exactamente en la misma posición. Se volvió y miró la lluvia por la ventana.

-Oíd, Hasekura -dijo Tanaka-. Como Nishi, estoy pensando en convertirme al cristianismo. Odio a los cristianos, pero tal como están las cosas... no hay otra opción.

A veces, durante la batalla, uno cae sobre las manos y las rodillas e inclina la cabeza, pero sólo para engañar al enemigo. No lo hace de verdad. Anoche me convencí de eso.

-Matsuki Chusaku dijo...

-¿De qué nos sirve ahora creer lo que dijo Matsuki? Matsuki opinaba que el Consejo de Ancianos nos había enviado para acallar las peticiones de los cabos. Pero no quiero creerlo. Durante todo el viaje me ha sostenido la promesa del Señor Shiraishi.

Pienso que Matsuki debe de tener el apoyo de los enemigos del Señor Shiraishi en el Consejo... ¿Qué creéis vos, Hasekura?

-Convertirme..., aunque sólo sea un recurso..., creo que seria como volver la espalda a la familia Hasekura y a mis antepasados.

-Yo siento lo mismo. No quiero abandonar la religión de mis antepasados. Ni la abandonaré en el fondo de mi corazón. Pero nada seria más impío que no recuperar las tierras que heredé de mis antepasados.

El samurai buscaba un asidero con el corazón roto. El ruido de la lluvia evocaba súbitos recuerdos de la estación lluviosa en la llanura. No salir de casa durante días y días, las fragancias atrapadas en el interior, las ramas secas chisporroteando en el hogar, las toses de los niños. La tierra mojada.

-Pensad en eso, Hasekura.

El samurai miró la imagen de la pared. Durante el viaje los mercaderes habían escuchado los relatos de Velasco acerca de ese hombre. «Este hombre murió con los pecados de la humanidad sobre él -había dicho Velasco-. Un daymio derrotado en la batalla suele tomar su propia vida para salvar las vidas de sus hombres. Y este hombre murió para pedir a Dios el perdón de todos los hombres que se habían rebelado contra Él. Entonces, ¿se unió este hombre a los demás para rebelarse contra Dios?

No, de ningún modo. Este hombre no cometió ningún pecado. Ni por un instante se volvió contra Dios. Y sin embargo se sacrificó por todos los demás.» Aunque los mercaderes no habían creído esa absurda historia, habían asentido. Para ellos un hombre como ése no se diferenciaba de una piedra usada en lugar de un martilío. Apenas había servido a su fin se la podía arrojar lejos. Si unir las manos ante ese hombre podía ayudarles a comerciar con los extranjeros, fingirían que lo adoraban y luego lo arrojarían. Eso era lo que habían pensado los mercaderes.

«¿Por qué habría de ser yo -pensó el samurai- distinto de esos mercaderes?» Un hombre feo y delgado. Un hombre desprovisto de majestad, de belleza, desventurado y miserable. Un hombre que sólo existe para ser arrojado lejos después de haber sido usado. Un hombre nacido en una tierra que jamás he visto y que ha muerto en el remoto pasado. Nada tiene que ver conmigo, pensó el samurai.

-Debo reconocer que esos bautismos han ocurrido.

El padre Valente suspiró y se levantó de su silla. Jadeaba y sus hombros se sacudían como si la obligación de refutar a Velasco fuese para él físicamente penosa.

-Sin embargo, al mismo tiempo, me pregunto si esos hombres han pedido sinceramente el bautismo.

-¿Qué queréis decir? -preguntó el obispo.

-Ya os lo he dicho. Cuando empezó la persecución, la mitad de los fieles japoneses se disipó como la niebla. Si la persecución se intensifica, sin duda la otra mitad abandonará las enseñanzas de Cristo como si nada significaran para ellos. En lugar de hacer bautismos deberíamos estudiar la forma de ayudarles a defender su fe. En lugar de obtener conversos temporales en mitad de las persecuciones, nosotros...

-Excelencias -interrumpió, impaciente, Velasco-. El honor de esos treinta y ocho japoneses y del emisario que se prepara jubilosamente a unirse a los fieles exige que objete a las humillantes observaciones del padre Valente. Es lamentable que semejantes palabras broten de los labios de un sacerdote. Con ellas menoscaba también a los numerosos santos japoneses a quienes ha bautizado con sus propias manos.

-No estoy menoscabando a nadie. Simplemente estoy exponiendo hechos...

-Aun si lo que decís es verdad -gritó Velasco-, olvidáis que el sacramento del

bautismo transciende la voluntad humana y concede la gracia de Dios a quien lo recibe.

Sí: aunque hubiese en su bautismo motivos impuros, a partir de ese momento el Señor no podrá ignorarlos. Aunque hubiesen utilizado al Señor para ventaja propia, el Señor nunca los abandonará. Y -hizo una pausa- recuerdo ahora las palabras del Señor cuando reprendió a Juan. Juan censuraba a un hombre que había utilizado el nombre del Señor para curar enfermos y el Señor le dijo: «Aquel que no está contra nosotros está con nosotros...».

Durante un fugaz instante, Velasco sintió un vivo dolor en su pecho, como si lo hubiese atravesado una aguda espada. Sabia que los mercaderes japoneses no habían creído en sus enseñanzas. Sabía que habían utilizado el bautismo meramente como un medio para obtener lucro. Aunque lo había sabido siempre, había cerrado los ojos.

Un obispo sentado en un extremo alzó la mano y dijo:

-Este Consejo Episcopal no se ha reunido para oír un debate teológico acerca del bautismo. Nuestra tarea consiste en determinar si esos emisarios son embajadores oficiales del Japón o enviados privados de un solo noble. Primero debemos averiguar si la persecución en el Japón es un fenómeno temporal o continuará durante largo tiempo.

-La persecución en el Japón no es temporal ni permanente. -Velasco dirigió su atención al obispo que había hablado-. Es un hecho que en Edo, donde está situado el gran castillo del actual gobernante, y en las regiones bajo su influencia, los cristianos han sido perseguidos. Los jesuitas sostienen que esta persecución continuará indefinidamente, pero nosotros no estamos de acuerdo. Es cierto que ese rey menosprecia el cristianismo, pero no es tan ciego como para menospreciar al mismo tiempo las crecientes ganancias que obtiene del comercio con Manila y Macao. Hemos llegado a la conclusión de que abandonará la persecución si Nueva España le ofrece riquezas que excedan las de Manila y Macao. Lo he repetido muchas veces. A mi juicio, si le ofrecemos riquezas, lograremos que autorice nuestra prédica, aunque nos imponga algunas restricciones. La persecución no es temporal ni permanente. Es algo a lo que nosotros mismos podemos poner fin.

El obispo asintió y se volvió hacia el padre Valente, que estaba con las manos unidas, mirando el suelo.

-Nos agradaría oir la opinión del padre Valente.

El sacerdote tosió una vez más y respondió lánguidamente con voz ronca.

-Probablemente la persecución continuará. El veto al cristianismo que ahora se aplica de modo parcial probablemente se extenderá a todo el Japón. Si esto hubiese ocurrido hace quince años, habría aún un destello de esperanza, porque en ese momento el gobernante a

quien ha mencionado el padre Velasco tenía un poderoso adversario llamado Toyotomi. Pero el clan Toyotomi ha perdido gradualmente su poder; ahora está aislado en una ciudad llamada Osaka y pronto será aniquilado. No hay un solo noble en el Japón que pueda oponerse al actual jefe. Éste busca, por supuesto, ganancias comerciales; pero ha empezado a pensar que le conviene más acercarse a las naciones protestantes. Los protestantes le han asegurado que sólo les interesa el comercio y no la difusión del cristianismo.

-Entonces -dijo Velasco casi gritando-, ¿debemos cruzarnos de brazos y ceder el Japón a los protestantes? Este problema también afecta a la presencia española en Oriente...

El debate prosiguió, interminable. La oscuridad envolvía ya el edificio. Los obispos estaban agotados, se veía por la forma en que ocultaban sus bostezos y enderezaban los hombros. Velasco estaba profundamente fatigado. Cerró los ojos y murmuró para sus adentros las palabras que Cristo había pronunciado antes de entregar su alma. «Padre, hágase Tu voluntad. He terminado la tarea que me encomendaste. En Tus manos encomiendo mi espíritu.»

Mientras bajaba las escaleras y aspiraba el olor a moho característico de los viejos monasterios, escuchó una voz monótona y áspera que cantaba:

Oh Dios de los campos, ¡bienvenido! Siéntate por favor.

Ya has terminado tu tarea...

El samurai conocía bien esa canción. Las mujeres canturreaban esta melodía en el dominio de Su Señoría, durante la siembra, mientras hundían en el suelo anegado los tiernos brotes de arroz. El samurai se detuvo un momento y escuchó esa desafinada versión. El que cantaba, un hombre apoyado en el muro gris, se interrumpió en seguida y desapareció en su habitación. Era uno de los servidores de Nishi Kyusuke.

Oyó una voz enfadada en el extremo del pasillo. Yozo estaba reprendiendo a Ichisuke y Daisuke.

-Todos queremos volver a casa. Ya sabéis que el amo trata de cumplir su misión todo lo deprisa posible... ¡bastardos egoístas!

Siguió a la voz airada el golpe de una palma contra la carne y unas lacrimosas excusas.

El samurai permaneció en la oscuridad, parpadeando y escuchando. Sin duda, Yozo había oído decir a Ichisuke y Daisuke que deseaban volver a la llanura. El samurai estaba dolorosamente de acuerdo con el deseo de sus servidores de volver a su casa, pero también comprendía los sentimientos que impulsaban a Yozo a reprenderlos.

«¿Qué es lo que te detiene?» Sintió que oía una voz a su lado. «Sólo tu obstinación impide que tus servidores regresen a la llanura, ¿por qué no puedes convertirte al cristianismo sólo por las apariencias?» -¡Bastardo egoísta! -Se oyó otra bofetada como un golpe dado con una toalla mojada.

-Basta. Basta. Estoy cansado -murmuró el samurai para si mismo-. No son Ichisuke y Daisuke los egoístas. Soy yo.

-Yozo -dijo suavemente. Tres figuras grises se volvieron hacia él y bajaron las cabezas-. Ya está bien. Es natural que Ichisuke y Daisuke sientan nostalgia. También yo la siento. Todos estos días he soñado con la llanura... Yozo, he decidido seguir al señor Tanaka y a Nishi y convertirme en un cristiano.

Cuando terminó de hablar le pareció que las tres figuras oscuras temblaban.

-Nos ayudará a concluir nuestra misión en este país... y os ayudará a volver a la llanura.

Durante un momento Yozo miró cariñosamente el rostro de su amo.

-Yo -dijo con voz casi inaudible- también me haré cristiano...

Luis se encogió de hombros, incapaz de responder con certidumbre.

-De todos modos, para que puedas ganar, algo debe ocurrir. Algo que conmueva el corazón de los obispos.

-¿Crees que el corazón de los obispos se conmoverá silos japoneses se bautizan?

-No lo sé. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos. Haremos lo posible por ayudarte.

Mientras los obispos deliberaban en una habitación separada, Velasco, sentado en una pequeña antecámara, en una dura silla, se decía una y otra vez: «Hágase tu voluntad, Señor».

«Señor, hágase tu voluntad. Si no quieres arrojar al Japón de Tu presencia, si también por el Japón has padecido en la Cruz, hágase Tu voluntad, Señor.

»El Japón. El Japón intrigante. El Japón, compendio de la astucia. El Japón, diestro para la guerra. Todo es como ha dicho el padre Valente. En ese país no hay ningún deseo de buscar lo eterno ni nada que trascienda del nivel humano. Es verdad: no hay en esa tierra un oído que escuche Tu palabra. Es verdad. El Japón asiente y finge escuchar, pero interiormente su corazón desarrolla otros pensamientos. Es verdad. Un lagarto cuya cola vuelve a crecer aunque la cortes. En ocasiones he odiado esa isla parecida a un lagarto, pero no me domina tanto el odio como el violento deseo de conquistar ese país precisamente porque es así. Siempre he querido batirme contra el Japón porque la lucha es tan difícil.» La puerta de la antecámara crujió. Apareció en el vano el primo de Velasco, don Luis, con un sombrero de ala ancha del que todavía goteaba el agua. Jugaba con el ala del sombrero mientras miraba compasivamente a su primo.

-Los obispos acaban de marcharse.

-¿Hay alguna posibilidad de que ganemos? -Velasco alzó el rostro y suspiró.

-No lo sé. El obispo Serón y su grupo se oponen vigorosamente, pero el obispo Salvatierra ha dicho que incluso si los embajadores japoneses no fueran oficiales, habría que tratarlos con cortesía.

-¿Significa eso que recomendará la audiencia con el rey?

CAPITULO 7

Tanaka Tarozaemon, Nishi Kyusuke y el samurai estaban sentados en la primera fila frente al altar. Detrás de ellos estaban los servidores que serian bautizados junto con sus amos. A ambos lados del altar se encontraban el tío y los primos de Velasco, que actuaban como padrinos de los candidatos al bautismo, y una hilera de monjes de hábito marrón ceñido por un cinturón. Como se había permitido asistir a la congregación general, los bancos estaban atestados, aunque la mayoría de los presentes eran o miembros de la familia de Velasco o sus invitados.

Tanaka tenía los ojos cerrados. Nishi contemplaba las llamas fluctuantes de los candelabros del altar. De vez en cuando podían oir la respiración o la tos de Yozo y de los demás servidores. El samurai se preguntó qué sentían en ese momento.

Él, personalmente, pensaba que debía de estar soñando. En la llanura la polvorienta nieve golpeaba contra su rostro cuando trabajaba con los demás campesinos, cortando leña para defenderse del invierno. Junto al hogar escuchaba con aquiescencia las largas parrafadas de su tío. Todo eso parecía parte de un remoto pasado. Nunca hubiera imaginado que vendría a un país distante y extraño ni que pudiera encontrarse jamás en una catedral cristiana, rodeado de extraños, mientras esperaba el momento del bautismo.

Imaginó la conmoción que sufrirían su tío o su esposa Riku si pudieran verlo ahora.

Casi no podía visualizar sus rostros.

Un joven vestido con ropas rojas bajo una túnica blanca se adelantó con un candelabro. Luego, el obispo de esa iglesia franciscana, seguido por Velasco y otro sacerdote, se arrodilló ante el altar. A una señal de sus padrinos, los japoneses, instruidos de antemano, se arrodillaron sobre el viejo y resquebrajado suelo de mármol.

Se recitó en latín una plegaria incomprensible y aparentemente interminable. El samurai clavó la vista en el gran crucifijo que había detrás del altar, y se dirigió al hombre flaco clavado en la cruz.

-Yo... no deseo adorarte -murmuró, como disculpándose-. Ni siquiera comprendo por qué te respetan los extranjeros. Dicen que has muerto cargando con los pecados de la humanidad, pero no veo que nuestras vidas sean más fáciles ahora. Yo sé qué tristes son las vidas de los campesinos de la llanura. Nada ha cambiado porque tú murieras.

Pensó en los inviernos en la llanura cuando el viento silbaba a través de la casa.

Recordó épocas de hambre en que los campesinos comían todas las reservas y luego abandonaban el pueblo en busca de alimento. Velasco sostenía que aquel mendigo era capaz de salvar a toda la humanidad, pero el samurai no podía comprender qué significaba aquella salvación.

Velasco había estado preparando a los emisarios para esa ceremonia durante varios días, desde el amanecer hasta la noche. Les había contado historias de ese hombre flaco. Esas historias parecían remotas e increíbles a los japoneses. A veces éstos ahogaban un bostezo, o bajaban la cabeza y dormitaban. Una expresión de furia pasaba por el rostro de Velasco cuando lo advertía, pero se obligaba a encubrirla con una sonrisa.

La vida de Jesús le parecía extraña al samurai. Sin haber conocido hombre, la madre lo había parido en un establo y más tarde se había convertido en la esposa de un carpintero. Y sin embargo, Jesús era desde el momento de su nacimiento un rey que salvaría a hombres y naciones. Respondiendo a la llamada del cielo, abandonó luego su país natal y vivió ascéticamente siguiendo las enseñanzas de un sacerdote llamado Juan.

Finalmente, Jesús había regresado a su país y consiguió muchos discípulos, y haciendo muchos milagros ante la multitud había enseñado a los hombres la forma de vivir. A causa de sus muchos seguidores era odiado por la Iglesia y por los sacerdotes; sufrió graves dificultades, fue sentenciado a muerte injustamente y ejecutado. Jesús reconoció que ése era el camino del cielo y se sometió a aquellas indignidades sin resistencia.

Y tres días más tarde volvió a la vida en su tumba y ascendió al cielo.

El samurai no podía comprender cómo Velasco creía una historia tan evidentemente absurda. Tampoco podía comprender por qué los demás extranjeros consideraban que era verdad. Igualmente extraño era el hecho de que hubiera en el Japón personas capaces de creer tan ridículas enseñanzas.

-Todos sabéis qué difícil es para el hombre evitar el pecado. El problema consiste en saber si el hombre puede salvarse del pecado por su propio esfuerzo o necesita al hombre llamado Jesús. Los sacerdotes de Jerusalén que odiaban a Jesús creían falsamente que podían salvarse a si mismos. Pero los cristianos creen que sólo pueden llegar a la pureza con la ayuda de Jesús. Porque Jesús tomó sobre si nuestros pecados irredimibles y se sometió voluntariamente al dolor y a la agonía.

Mientras escuchaba ausente las palabras de Velasco, el samurai miró rápidamente a Tanaka, que tenía los ojos cerrados, y luego a Nishi. «Todo por nuestra misión.» Las palabras de Tanaka resonaban en los oídos del samurai. Vivir después de la muerte... ¿Cómo podía nadie creer una cosa semejante?

-Todos vosotros teméis la muerte. Y lamentáis la poca duración de este mundo.

Los sacerdotes del Japón predican la transmigración de las almas después de la muerte, a la que llaman eterna metempsicosis. Pero los cristianos enseñamos que, como Jesús, todos renaceremos en el paraíso. Esto sólo se obtiene mediante la intercesión de Jesús. Jesús nos habló con fuerza y convicción del poder que nos permite huir de las arenas movedizas del pecado y de la esperanza que nos permite escapar de la muerte.

Por esta razón llamamos a Jesús el rey que nos conduce.

Aquí Velasco bajó bruscamente la voz y habló con suavidad, tratando de fascinar a sus oyentes.

-¿Queréis vivir en este mundo aceptando el principio de la reencarnación mediante la metempsicosis o preferís renacer en un paraíso rebosante de hermosas recompensas?

¿Creéis que la práctica de la bondad tal como os la enseñan los sacerdotes japoneses es el camino de la salvación, o reconocéis las limitaciones de vuestras propias fuerzas y confiáis en la bondad de Jesús? Si meditáis cuál es el camino prudente y cuál el erróneo, la respuesta será clara.

¿Cómo podía decir Velasco que el cielo había otorgado ese extraño poder milagroso a Jesús? Velasco había explicado que Jesús lo había recibido antes de su nacimiento y que también había recibido el Verbo divino.

«Todo por nuestra misión -se repetía el samurai-. Todo por nuestra misión.» Los tres padrinos se pusieron de pie entre las personas sentadas a ambos lados del altar. Con gestos indicaron que Tanaka, el samurai y Nishi debían adelantarse. Los tres sacerdotes avanzaron hacia ellos, Velasco a un lado del obispo, con una jofaina, y el otro sacerdote con una jarra de plata.

Los labios del obispo, rubicundo y bien alimentado, se movieron suavemente y preguntó en latín algo que los emisarios no entendieron. Velasco tradujo rápidamente la

pregunta al japonés y les susurró que debían responder «si, creo».

-¿Crees en el Señor Jesucristo? -preguntó el obispo.

-Sí, creo.

-¿Crees en la resurrección del Señor Jesucristo y en la vida eterna?

-Si, creo.

Cada vez que Velasco los tocaba, Tanaka, el samurai y Nishi repetían a coro como loros ignorantes: «Si, creo». Mientras hablaba, el samurai sintió remordimientos. «No hago esto porque lo quiera sino por la misión», se repetía; pero la amargura se apoderó de él, acompañada por la sensación de que en ese mismo momento estaba traicionando a su padre, a su tío y a Riku. Sentía una repugnancia como la que debe sentir una mujer obligada a dormir con un hombre a quien no ama y en quien no confía.

Cuando los tres hombres inclinaron sus cabezas, el obispo tomó la jarra de plata de manos del sacerdote y salpicó de agua sus frentes. El agua goteó por los ojos y la nariz del samurai y cayó a la jofaina sostenida por Velasco. Eso era el bautismo. Una mera formalidad para los emisarios, un sacramento irrevocable para la Iglesia.

Jesus Deus, amor meus Cordis aestum imprime Urat ignis urat amor

En ese momento se oyó en la entrada de la capilla un rumor de voces. Para celebrar la sumisión de los emisarios japoneses a la gloria de Dios, la congregación elevó sus voces al unísono y cantó una plegaria de acción de gracias. El obispo entregó a los tres emisarios velas con llamas temblorosas y los devolvió a sus asientos, junto a los familiares de Velasco que habían servido de padrinos y los rodeaban. Mientras volvía a su sitio, el samurai advirtió a Velasco cerca de él, mirando a la congregación y a los emisarios con su habitual sonrisa.

«Es sólo una formalidad -se repetía el samurai para sus adentros mientras unía las manos-. Cuando he dicho que creía no he dicho la verdad. Llegará un día en que me olvidaré de todo esto. De todo.. . » Después de sus amos, los servidores inclinaron las cabezas sobre la jofaina.

Cuando la congregación se ponía de pie, Tanaka, el samurai y Nishi se ponían de pie; cuando la congregación se arrodillaba, Tanaka, el samurai y Nishi se arrodillaban. Después del bautismo empezó la misa; el obispo abrió los brazos delante del altar y leyó el evangelio, luego inclinó la cabeza ante el cáliz. Para los tres emisarios, que nada sabían acerca del sacramento, las acciones del obispo eran extrañas e inexplicables.

Velasco, arrodillado al lado de ellos, explicaba en voz baja:

-El pan es en si el cuerpo del Señor. Mirad lo que hago y haced una reverencia al pan y el cáliz que el obispo os ofrece.

En la capilla reinaba un profundo silencio. Con ambas manos el obispo ofrecía las delgadas hostias blancas mientras murmuraba una plegaria. Los monjes de la congregación, arrodillados, inclinaron las cabezas. Los emisarios no podían comprender qué significaba aquello, pero si que se trataba de un momento de gran solemnidad.

«Esto es sólo una formalidad -fueron las palabras que el samurai murmuró para sus adentros en lugar de una plegaria-. No tengo la menor intención de adorar a ese desventurado. » Sonó una campanilla. En el silencio, el obispo dejó a un lado el platillo y alzó un cáliz de oro puro por encima de su cabeza. Era el momento en que el vino se convertía en la sangre de Cristo.

«Esto es sólo una formalidad -repitió el samurai mientras imitaba a los demás e inclinaba la cabeza-. No creo en nada.» El samurai no podía comprender por qué estaba tan obsesionado con ese hombre flaco que tenía ambos brazos clavados a una cruz. Si verdaderamente todo era una formalidad, no era necesario repetir una y otra vez las mismas palabras. No había ninguna razón para que tan amargas emociones brotaran en su interior. No había ninguna razón para que sintiera remordimientos como si hubiese traicionado a su padre, a su tío y a Riku.

El samurai parpadeó y movió la cabeza, cuidando de que Velasco y los padrinos

no lo observaran. Trató de apartar estas preocupaciones de su mente. «Pronto lo olvidarás. No debes preocuparte.» Trataba sin cesar de tranquilizarse.

Así terminó la larga ceremonia del bautismo. El obispo, Velasco y el tío de Velasco, que había actuado de padrino, extendieron sus manos y cogieron las de los tres emisarios, y durante largo rato las retuvieron, para que la congregación pudiera apreciar la escena. Cuando los japoneses se dirigieron hacia la puerta, desde los bancos próximos les arrojaron varios ramos de flores. Velasco tradujo las palabras de felicitación que la multitud gritaba.

-Que vuestra tierra japonesa se convierta en un país de Dios...

Después del bautismo las calles empedradas y empinadas de Madrid estuvieron mojadas por la lluvia durante varios días. Los tres emisarios fueron con Velasco a visitar a varios dignatarios y nobles. Dentro del coche, Velasco les explicaba la importancia vital que revestía el apoyo de esas personas.

Aunque tenía plena conciencia de que sólo estaba actuando por el bien de su misión, al samurai le costaba mucho inclinarse ante esos dignatarios y pronunciar floridos discursos de agradecimiento. Era especialmente fatigosa la tensión que soportaban cuando los invitaban a comer o a cenar y debían mantener la dignidad entre un torrente de palabras incomprensibles.

Aparte de la ansiedad de las visitas y el nerviosismo de las comidas, lo más difícil de tolerar eran las preguntas ignorantes que los dignatarios y clérigos hacían acerca del Japón. Los emisarios se sintieron humillados cuando comprendieron que, para los españoles, los japoneses no eran mejores que los indios de Nueva España.

-Nos alegramos de recibir la visita de unos japoneses que han abandonado la superstición del budismo y los dioses paganos y creen ahora en Nuestro Señor.

Cuando algún clérigo los recibía de esta forma con expresión condescendiente, el samurai solía pensar en el orgullo de un hombre rico que da limosna a un mendigo.

Nada le gustaba que se tratara así al Buda a quien había adorado su padre, su tío y su esposa. «No soy cristiano -se decía-. Nunca adoraré al Cristo ante quien estos hombres se inclinan.» Sin embargo, como habían aceptado públicamente el bautismo, los japoneses estaban obligados a asistir a la misa que se decía todas las mañanas en el monasterio donde se alojaban. En la fría madrugada, antes de que fuese de día, sonaba una campana y la delegación japonesa se ponía en fila detrás de los monjes que avanzaban con sus velas por el largo pasillo hasta la capilla. En el altar, iluminado sólo por las velas, aquel hombre demacrado estiraba los brazos. El obispo entornaba en voz baja la liturgia de la misa latina y finalmente alzaba el pan y el cáliz por encima de su cabeza.

El samurai recordaba siempre la llanura. Recordaba cómo había visitado las tumbas de su padre y de sus parientes en las sierras vecinas. «Este no soy yo. No es así como me siento verdaderamente», se decía.

En cierta ocasión, después de la misa, el samurai susurró furtivamente a Nishi:

-¿No os duele haber tenido que convertiros al cristianismo?

Nishi se echó a reír.

-Todo es tan nuevo..., la misa, los himnos, el órgano. Cuando escucho los himnm o la música del órgano, a veces me siento casi embriagado. Comprendo ahora por que es imposible comprender a Occidente sin comprender el cristianismo.

-Entonces... ¿Habéis comenzado a adorar a ese hombre?

-No me siento inclinado a adorarlo. Pero... me agrada la misa. No se hace nada parecido en los altares ni en los templos en el Japón.

Velasco estaba encantado. El bautismo de los japoneses había impresionado favora.

blemente a los obispos y cada día las voces que pedían el reconocimiento de los emisarios como embajadores oficiales eran más numerosas. Como resultado, dijo Velascc a los emisarios, sin duda la corte les notificaría pronto la fecha de una audiencia forma]

con el rey. Entonces la carta que Su Señoría había dado a los emisarios seria leich y las peticiones que contenía recibirían la consideración debida.

Y si así era, pronto podrían regresar a su hogar. Ese pensamiento llenaba de eufo ria el corazón de los emisarios, y de una alegría similar a la que sentían los campesi nos de la llanura cuando se acercaba el deshielo de la primavera después de un largc invierno..

-Vuestro bautismo ha sido recompensado -dijo Velasco, sonriente-. El Señor nunca deja de recompensar a quienes entran por la puerta de su Iglesia.

Cuando los sacerdotes de Madrid supieron que un grupo de japoneses venidos del confín opuesto del mundo se había convertido al cristianismo, abandonaron muy pronto sus viejos prejuicios. Todos los días visitamos a clérigos de alto rango y recibimos su bendición. Ahora todo nos favorece.

El Consejo de Obispos hará pública dentro de pocos días su decisión. Mi tío y mi primo piensan que la mayor parte de los obispos se inclinan a reconocer a los emisarios como embajadores oficiales japoneses y a tratarlos como tales, y a pedir en consecuencia una audiencia con el rey. Por alguna razón el padre Valente y los jesuitas guardan silencio. No sé todavía si debo interpretar esto como una señal de derrota.

-Han perdido. Me descubro ante ti. -Mi tío estaba jubiloso-. Nuestra familia siempre ha luchado con mayor obstinación cuando mayores eran los obstáculos, pero tú pareces haber heredado una proporción particularmente alta de la sangre de la familia. A veces pienso que deberías haber sido un polftico.

Cuando me rodeó los hombros con el brazo dejé que mis sentimientos afloraran a la superficie.

-Quizás soy como Jaime, el discípulo del Señor a quien llamaban el Trueno. Ni siquiera el Señor podía controlar el fervor de Jaime...

Hoy, después de terminar con algunas consultas referentes a la decisión del Consejo de Obispos, dejé mi coche detrás de la casa de mi tío y volví a pie al monasterio. Cerca de allí trepé por una cuesta empedrada todavía mojada por la lluvia y alcé la vista hacia las nubes

que flotaban en lo alto. Junto a la calle había varios cocheros sentados sobre toneles, conversando. No se veía a nadie más. Busqué el rosario en mi bolsillo como hago siempre cuando deseo dar las gracias al Señor.

Y en ese momento sucedió. Creí oir una risa en alguna parte. Era la risa de una mujer que parecía deseosa de ocultarla. Miré detrás de mi pero no pude ver ya a los cocheros y la calle estaba desierta.

Durante un instante tuve una terrible sensación de vacio, como si todo lo que había hecho se derrumbara a mi alrededor súbitamente. Sentí de pronto que veía con mis propios ojos cómo todos mis esfuerzos fracasaban, todos mis planes perdían sentido y todo aquello en que había creído era un mero espejismo de mi deseo de gratificación personal. Oí nuevamente la risa. Una risa ronca, ahora más fuerte.

No pude moverme; tenía los ojos clavados en las nubes grises que se demoraban en el cielo. Y en ese cielo vi una vislumbre de algo que nunca había visto antes. Era mi propia caída.

Me pregunté si el Señor ya no me amaba, si me había abandonado. «No nos dejes caer en la tentación -rogué-. Ahora y en la hora de nuestra muerte...»

Oh Dios de los campos, ¡bienvenido! Siéntate por favor.

Ya has terminado tu tarea y has venido.

Para que vengas aún más pronto cantaremos con un ritmo más vivaz.

Tanaka, el samurai y Nishi estaban escuchando la canción de uno de sus servidores.

No los habían visto tan felices desde el día del inicio del viaje. Hasta hoy sus expresiones habían sido resignadas. Ahora el júbilo brillaba en sus ojos. Esa mañana, mientras subía al coche para ir al Tribunal de la Inquisición, Velasco había informado al grupo que pronto terminaría su misión; ya podían empezar a pensar en el regreso al Japón.

-Ahora deben de estar celebrando la fiesta del exorcismo en mi pueblo. -La expresión habitualmente agria de Tanaka había desaparecido, y le sonreía a Nishi-. Lo llamamos «pintura con tinta». Esperamos que vengan las personas de quienes se piensa que han pasado un mal año y les pintamos las caras con tinta. Dicen que si se hace así, la mala suerte se disipará.

-En nuestro pueblo tenemos una costumbre parecida -asintió Nishi-. Los jóvenes queman cuerdas de paja trenzada y mezclan las cenizas con la nieve. Luego van de casa en casa y manchan la cara de la gente. Todas las muchachas solteras corren tratando de alejarse. Cuando se termina, todos gritan: «Las flores han dado fruto. Este será un buen año». Y luego empieza la fiesta.

-Me pregunto si el año próximo, por esta época, estaremos en casa. -Tanaka inclinó la cabeza mientras contaba con los dedos-. Si es así, será más o menos la época de la fiesta del exorcismo. Es decir, si todo marcha bien, como afirma Velasco.

-Estoy seguro de que marchará bien. -Nishi se volvió hacia el samurai-. Ahora que existe la posibilidad de que volvamos pronto, lamento dejar este país. En verdad, me gustaría quedarme, aprender el lenguaje, ver todo lo que se pueda y regresar después de haber aprendido muchas cosas.

-Os envidio vuestra juventud -sonrió el samurai-. El señor Tanaka y yo apenas podemos esperar a estar en casa y volver a comer arroz y sopa de miso. Estos días me veo haciéndolo en sueños.

En el gran salón del Tribunal de la Inquisición, Velasco ocupaba el mismo lugar junto al padre Valente. Enfrente de ellos estaban alineados los obispos, vestidos majestuosamente de negro. Sonó una campanilla y se abrió la sesión.

El obispo situado en el centro se puso de pie, alzó un folio de color marfil y leyó la decisión del Consejo de Obispos.

-Después de estudiar los recientes informes del padre Lope de Valente, inspector para Asia de la Compañía de Jesús, y del padre Luis Velasco de la orden de San Francisco, este día treinta de enero, en virtud de la autoridad del Consejo de Obispos de Madrid, damos la siguiente respuesta a las partes interesadas y al Consejo de Inquisición Religiosa de Su Majestad. El Consejo de Obispos propone que se acepte la petición del padre Luis Velasco de que se reconozca a los emisarios japoneses como embajadores oficiales del Japón y de que se les acuerde la recepción adecuada a sus calificaciones; concuerdaen que se les paguen los gastos determinados por su estancia y declara su intención de tomar todas las precauciones necesarias para asegurar su regreso al Japón. Otrosí, el Consejo recomienda a Su Majestad que conceda a estos embajadores japoneses una audiencia y propone que se considere debidamente la carta que traen.

El obispo leyó la resolución tropezando con las palabras. El padre Valente, como había hecho en la ocasión anterior, miraba al suelo y tosía de vez en cuando. Por alguna razón tenía una expresión abstraída, como si oyese palabras que nada tuviesen que ver con él. Velasco hubiese querido darse vuelta y mirar para atrás. Su tío, su primo y otros parientes escuchaban entre el público.

«Gracias, Señor. -Unió las manos sobre las rodillas-. Buenas son tus obras. Después de todo, aún me necesitas.» Sin embargo, curiosamente, la alegría no desbordaba de su corazón; apenas si se acercaba a él delicadamente, como las olas a la playa. Sentía que ese juicio había sido decidido mucho antes y que él lo había esperado siempre.

-Antes de confirmar esta decisión, los obispos escucharán toda objeción formal que deseen presentar el padre Velasco y el padre Valente.

El obispo miró a los dos hombres mientras enrollaba el folio color marfil. Aunque ésa era la fórmula habitual, rara vez se presentaban objeciones cuando ya se había leído la decisión adoptada. Velasco movió la cabeza.

El padre Valente se puso de pie lentamente. Los obispos lo miraron con suspicacia cuando sacó de su hábito una hoja plegada de papel. Se llevó la mano a la boca, tosió y luego empezó a hablar con voz débil.

-Antes de someterme respetuosamente a la decisión del Consejo de Obispos, desearía pedir que se leyera una carta urgente del padre de Vivero de la Compañía de Jesús, de Macao, que ha llegado a Madrid hace una semana.

El obispo sentado en el centro tomó la carta, la abrió y empezó a leerla en silencio.

El padre Valente volvió a sentarse, bajó la cabeza y cerró los ojos.

El obispo entregó la carta a su vecino. Cuando éste terminó de leerla, los dos conversaron en voz baja.

-Pido permiso para leer esta carta en voz alta a todos los obispos aquí reunidos.

-El obispo del centro miró a derecha e izquierda-. Nos parece que guarda estrecha relación con el caso.

Se puso de pie y empezó a leer lentamente, como antes, tropezando con las palabras.

«Han ocurrido dos nuevos acontecimientos en el Japón. Primero, aunque nuestros enemigos los ingleses han calumniado reiteradamente a nuestro país ante el rey del Japón, ahora el rey ha decidido prestar oídos a estas calumnias: mientras se dispone a prohibir el comercio con Luzón y Macao, ha reconocido públicamente relaciones comerciales con Inglaterra y ha dado permiso a los ingleses para que construyan un puerto comercial al sudoeste del Japón, en Hirado. El otro acontecimiento es que un noble de la región de Tohoku, que hasta ahora se mostraba comparativamente tolerante con nuestras actividades evangelizadoras, el mismo poderoso daimyo que hace poco envió emisarios comerciales a Nueva España, ha empezado a perseguir a los cristianos. Según los informes que aquí hemos recibido, una pequeña cantidad de fieles ha sufrido ya el martirio. Consideramos que ese noble ha obrado así para oponerse al rumor general de que planeaba unirse a nuestra nación para derribar al rey del Japón.» Velasco oyó una risa. La misma que había oído varios días antes en la colina bajo la lluvia, esa risa sofocada de mujer percibida junto a los cocheros. Aquella risa había atravesado las nubes grises que flotaban en el cielo. Ahora retumbaba en sus oídos.

Oh, Dios de los campos, ¡bienvenido! Siéntate por favor.

Ya has terminado tu tarea y has venido.

Para que vengas aún más pronto cantaremos con un ritmo más vivaz.

La risa de los servidores cesó bruscamente.

Velasco estaba de pie en el vano de la puerta como un mendigo empapado por la lluvia. Los ojos de los japoneses estaban clavados sobre él.

-Señor Velasco. -Nishi se puso en pie de un salto-. Estamos esperando las buenas noticias. -Indicó a Velasco que se sentara en la silla que acababa de dejar libre.

Velasco sonreía como de costumbre, pero su sonrisa parecía triste y débil.

-Colegas embajadores -respondió-. Ha ocurrido algo que debo contaros.

El samurai miró fijamente a Velasco. Tratando de alejar la premonición que acababa de brotar en él, se volvió hacia sus servidores, arrodillados en la postura formal.

También ellos sentían que algo marchaba mal y miraban ansiosamente a Velasco.

-¿Qué ha ocurrido, señor Velasco? -preguntó el samurai con voz temblorosa. Luego indicó a Nishi con un gesto que aguardara y salió con Velasco de la habitación. También Tanaka se puso de pie. Los tres hombres en silencio recorrieron el pasillo, bajo el pálido sol invernal, y fueron con Velasco hasta su habitación. La puerta se cerro como si no pudiera abrirse nunca más. Ya no se oían risas ni cantos en la habitación de los servidores.

Esa noche las lámparas del monasterio se apagaron temprano y el edificio donde los japoneses se alojaban quedó cubierto por la oscuridad y el silencio. El sereno, envuelto en una gran capa y con una linterna de hierro en la mano, subía perezosamente la cuesta empedrada con sus zuecos ruidosos y sacudiendo las llaves que llevaba en la cintura. Cuando llegó a la esquina, se volvió hacia las casas dormidas como si acabara de recordar algo y exclamó:

-¡Las once han dado y sereno!

CAPÍTULO 8

Había una vela sobre la mesa. La llama bailoteaba y arrojaba sombras sobre el rostro hundido de Velasco. Su acostumbrada expresión de confianza había desaparecido y la reemplazaba ahora el desánimo de un hombre derrotado.

-Nuestras esperanzas -murmuró Velasco- se han desvanecido por completo.

Los tres emisarios miraban la llama que fluctuaba ansiosamente, como una mariposilla que ha agotado todas sus energías y finalmente cede.

-Lo único que podemos hacer ahora es regresar al Japón.

El samurai oía débilmente en alguna parte, dentro de su cabeza, la canción de sembradores de arroz que habían cantado antes sus servidores. Los hombres estaban embriagados por la alegre perspectiva del inminente regreso a la llanura. Pero ahora todo había cambiado. El Japón acababa de establecer la prohibición total de cristianismo.

Era obvio, por lo tanto, que se había abandonado la idea de comerciar con Nueva España. Esto significaba que la misión que se les había confiado y su viaje se habían tomado inútiles y sin sentido.

El largo viaje. El ancho océano. Las planicies abrasadas de Nueva España. El disco blanco del sol. Los desiertos donde sólo crecían los cactos y el agave. Los pueblos barridos por el viento. Cada escena flotaba ante sus ojos y desaparecía. ¿Para qué?

¿Para qué? ¿Para qué? Las palabras resonaban en sus oídos con el mismo ritmo, como los golpes de un tambor.

Nishi Kyusuke sollozaba. El remordimiento y la amargura eran insoportables y sus hombros temblaban penosamente.

-¿Hay que abandonar todas las esperanzas? -preguntó Tanaka.

Velasco no respondió. Se debatía contra su tormento personal.

-¿Creéis que las cosas escritas en esa carta son verdad?

-Creo que sí. Ningún sacerdote enviaría un informe falso.

-Podía estar mal informado.

-También yo lo he pensado. Pero aquí en Madrid, tan lejos del Japón, no hay forma de saber cuál es la verdad. Podría ser que otro informe hubiese llegado al Papa, en Roma, pero...

-Entonces iré a Roma o al fin del mundo -exclamó Tanaka. Velasco se quitó las manos de la cara.

-¿Iríais a Roma?

-No sé qué piensan Hasekura o Nishi. Pero yo..., yo no puedo volver al Japón con las manos vacias. Si hubiese querido regresar, podía haberme embarcado con Matsuki en Nueva España. -La voz de Tanaka era casi un gemido-. Acepté venir a España... sólo por el sincero deseo de concluir nuestra misión. No puedo volver así al Japón.

Iré hasta donde sea.

El samurai estaba asombrado. Sabia cómo deseaba ese hombre recuperar sus antiguas tierras y también que había tomado a su cargo las expectativas de toda su familia al aceptar esa misión. Pero ahora comprendía por primera vez qué apasionadas y exigentes eran

aquellas esperanzas y aquellas expectativas familiares. Tanaka había declarado que iría hasta el fin del mundo. Pero, ¿qué ocurriría si no se alcanzaba el éxito por lejos que fueran? Un desagradable presentimiento pasó por la mente del samurai como una gran ave que atraviesa una hondonada. Si no lograban el éxito, sólo una cosa podía hacer Tanaka para no verse deshonrado ante su familia. Su integridad no le permitiría considerar otra alternativa. Expiaría la insuficiencia de sus esfuerzos cometiendo suicidio. Se abriría el vientre. El samurai miró el perfil de Tanaka y trató de alejar esa oscura visión.

-¿Qué haréis, señor Hasekura?

-Si el señor Tanaka va a Roma -respondió el samurai-, iré con él.

Por primera vez, Velasco logró sonreír débilmente.

-Es muy extraño. Durante todo el viaje sentí que yo iba por un camino diferente del vuestro. Me parecía, en verdad, que nunca nos habíamos entendido. Pero esta noche siento por primera vez que de algún modo estamos todos unidos. De ahora en adelante, vosotros y yo padeceremos las mismas lluvias y los mismos vientos y caminaremos juntos por el mismo sendero.

La llama de la vela vaciló y una campana marcó el fin del día. El samurai cerró los ojos preguntándose cómo diría a sus servidores que debían continuar el viaje. No pensaba tanto en Yozo como en los otros dos jóvenes; no podía soportar la forma en que miraban sombríamente el suelo. Las imágenes de la llanura, el olor del hogar, los rostros de su esposa y de sus hijos se alejaban de él como el reflujo de la marea.

-Mañana se lo contaré. Esta noche olvidaré todo y dormiré. Estoy cansado.

El samurai volvió a soñar con la llanura. Vio en el sueño dos cisnes blancos que volaban en el encapotado cielo del invierno. Los cisnes seguían las corrientes de aire y se elevaban deslizándose lentamente hacia la llanura. De pronto, Yozo apuntaba el mosquete. El samurai no tenía tiempo para detenerlo. La detonación era ensordecedora y retumbaba en el bosque marchito. De pronto las aves cayeron como piedras describiendo negras espirales. El samurai miró a Yozo a través de la acre nube de pólvora y por alguna razón sintió enfado. Una matanza inútil, empezó a decir, pero se contuvo. ¿Por qué los has matado? Esas aves deben regresar a un país lejano. Como nosotros...

Los japoneses y yo éramos nómadas que vagan en busca de un puerto pacifico.

Después de salir de Madrid, pensé todas las noches en las palabras del Señor: «El Hijo del hombre no tenía donde apoyar la cabeza».

Apenas el Consejo de Obispos anunció su nueva decisión, la gente empezó a tratarnos friamente. No recibimos más invitaciones y nadie venia a visitamos. El prior de nuestro monasterio escribió una carta a su diócesis donde se quejaba de que, si se permitia a los japoneses permanecer más tiempo en uno de sus edificios, perturbarían la vida de los demás monjes.

Sólo nos apoyaban mi tío y su familia. Y, sorprendentemente, un duque que se había mostrado antes indiferente se había convertido en nuestro aliado. Le indignaba que los cristianos españoles, fuera por el motivo que fuese, maltrataran a unos japoneses que se habían convertido a la misma fe, y requirió para nosotros la ayuda del influyente cardenal Borghese, de Roma. Como consecuencia, mi tío dispuso que un falucho nos llevara de Barcelona a Italia y nos entregó dos mil ducados para gastos de viaje. Puso la condición,

sin embargo, de que si el Vaticano no atendía la petición de los japoneses, yo abandonaría el asunto y viviría luego dócilmente en un monasterio de Nueva España o de las Filipinas.

Salimos del Madrid invernal, atravesamos la desolada meseta de Guadalajara y pasamos por Zaragoza y Cervera en camino a Barcelona.

El viento era fuerte y glacial. Mientras veía a los japoneses avanzar en silencio, una mezcla de remordimiento y de culpa me hirió en el corazón. La ausencia de emoción en los rostros de los japoneses sólo intensificaba mi angustia. Empecé a pensar que yo era uno de los falsos profetas de Israel que conducían a su pueblo a un viaje tortuoso y sin sentido. Aunque fuéramos a Roma, no podía estar seguro de que el Vaticano nos recibiera bien o concediera lo que pedíamos. Seguíamos adelante esperando solamente un milagro.

Estábamos todos desanimados. Eramos una tribu que vaga por el desierto día tras día en busca de una ilusoria fuente de agua fresca. Aunque no lo decían con palabras, los japoneses sufrieron al comprender que habían sido traicionados por su amo y por el Consejo de Ancianos en quienes habían confiado. También yo sufría cuando pensaba que el Señor me había abandonado. Era como si finalmente hubiese forjado una amistad entre los traicionados y el abandonado, una mutua simpatía, una mutua capacidad de lamerse las heridas. Sentía con aquellos japoneses una afinidad que no podría describir. Parecía que se hubiese creado un firme lazo de solidaridad que jamás había sentido antes. A decir verdad, yo había empleado hasta ese momento diversas estratagemas, los había arrastrado para lograr mis propios fines y me había aprovechado de sus debilidades, tanto de su incapacidad de hablar nuestra lengua como de su ignorancia acerca de nuestro destino. Por su parte, ellos también habían intentado astutamente utilizarme para cumplir su misión. La fría distancia que antes nos separaba ya no parecía existir.

Y sin embargo, ¿realmente me había abandonado Nuestro Señor? Mientras contemplaba el cielo plomizo, recordé la soledad que sintió el Señor cuando Dios Padre lo abandonó. No, la vida de Jesús no contenía sólo gloria y bendiciones. El Señor había atravesado el Jordán y vagado a Tiro y a Sidón como un proscrito, entre la incomprensión y la burla de la gente. «De todos modos, debo andar - abía dicho afligido el Señor-, hoy y mañana y el día siguiente.» Nunca me habían impresionado antes estas dolorosas palabras del Señor. Pero ahora, mientras caminaba con los japoneses hacia Barcelona, pensé en la angustia que debía de estar grabada en el rostro del Señor al pronunciar esas palabras.

De todos modos, debo andar hoy, mañana y el día siguiente. ¿Cómo pueden soportar los japoneses esta desesperación? Con su fugaz alegría hecha añicos, deben continuar su largo viaje y visitar todavía otro país desconocido. No me habría sorprendido que los japoneses estuvieran desilusionados de mí y tampoco que me odiaran y despreciaran. Pero jamás lo han dicho en voz alta. Hablan poco y sus sonrisas han desaparecido. Cuántas veces, al verlos avanzar en silencio, me he reprendido a mi mismo. Estos eran mis sentimientos cuando subimos a bordo de un pequeño bergantín en el puerto de Barcelona. Caía una fina lluvia.

El segundo día de navegación, una tormenta nos obligó a refugiarnos en el puerto francés de Saint-Tropez. Los habitantes del pequeño pueblo quedaron boquiabiertos ante los primeros japoneses que veían y cálidamente nos ofrecieron el castillo del señor local como morada. Ni el señor ni su esposa ni los pobladores pudieron contener su curiosidad y durante todo el día acecharon los menores movimientos de los japoneses. Tocaban las ropas de los emisarios y les pedían que mostraran sus espadas que, según decían, eran similares a las cimitarras turcas. Nishi Kyusuke entretuvo a la multitud poniendo en equilibrio una gruesa hoja de papel sobre la hoja de su espada y cortándola con un suave movimiento de vaivén. Los espectadores gritaban de admiración. Esperamos a que pasara

la tormenta y los dos días que estuvimos allí bastaron para revivir sonrisas débiles como el sol invernal en los rostros antes sombríos de los japoneses.

Sin embargo, cuando Saint-Tropez desapareció de la vista y el Mediterráneo volvió a extenderse ante nuestros ojos, la expresión de melancolía volvió a las caras de los japoneses. Mientras estudiaba el rostro de Hasekura, que se mantenía apartado de los demás, comprendí que tenía muy pocas esperanzas de que lográramos éxito. Tenía esa expresión de resignación y fatalismo totales que caracteriza a los japoneses.

-Nadie sabe lo que traerá el mañana -le dije-. ¿Quién puede saber si, cuando lleguemos a Roma, las cosas no cambiarán o si un rayo de sol brillará de pronto a través de la lluvia? Yo no he perdido la esperanza. No la perderé hasta el fin. No podemos saber qué hay en la mente de Dios.

Al decirlo volví la mirada al horizonte. Era casi como si estuviese tratando de alentar no a Hasekura, sino a mi propio corazón desanimado. Para ser veraz, ya no puedo comprender la mente de Dios. No sé si Dios acepta o rechaza mi deseo de plantar

la simiente de Su palabra en el Japón. Lo único que ahora me sostiene es el conocimiento de que el hombre no puede adivinar la voluntad insondable de Dios. Lo que puede parecernos un fracaso es quizás, para Dios, una siembra provechosa o un cimiento sobre el cual se elevará algún resultado futuro. Me lo repito todas las noches cuando rezo. Pero esto no basta para aplacar ni satisfacer mi corazón.

-Oh, Señor -grito desde las profundidades de mi ser-. Dime, por favor, ¿es Tu voluntad que abandone al Japón? ¿O me pides que no abandone la esperanza hasta el final? Esto es todo lo que deseo saber.

Pero no hay ante mi otra cosa que el silencio. En la oscuridad, Dios calla. A veces oigo una risa. La risa burlona de aquella mujer.

Dios es el punto central de todo orden, la medida de toda la historia. Debajo de las corrientes de la historia humana, Dios dibuja otra historia de acuerdo con su propia voluntad. Lo sé. Pero todo lo que he hecho, todo lo que he planeado y soñado, e incluso el Japón mismo, pueden no ser parte de esa historia concebida por la mente de Dios.

¿He sido sólo un estorbo?

Sin embargo, Jesús mismo experimentó durante su vida la desesperación que ahora conozco. Cuando estaba en la cruz, gritó: «Eh, Eh, lamma sabacthani. Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?». Jesús debe de haber sido incapaz de discernir la voluntad de Dios, como lo soy yo ahora. Pero justamente antes de entregar su alma, 'Jesús venció esa desesperación. Y le ofreció a Dios su voto de confianza: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Esto lo sé. Y me gustaría convertirme en una persona parecida.

-Señor Velasco.

Hasekura interrumpió mis divagaciones. Habló vacilante, como un creyente que confiesa a un sacerdote los oscuros secretos de su corazón.

-Hace tiempo que deseaba preguntaros algo... Si llegamos a Roma y no se nos concede lo que pedimos, ¿os quedaréis en España?

-Yo... retornaré al Japón con vosotros. No tengo otro país adonde ir. Japón me parece más mi tierra que aquella donde nací y donde fui educado. -Dije «mi tierra» con énfasis especial-. Iré con vosotros hasta el fin.

-Señor Velasco, ¿es que no habéis comprendido? Si nuestras esperanzas se frustraran en Roma -Hasekura escupió con violencia las palabras que se agazapaban en su corazón-, el señor Tanaka... cometerá seppuku.

Y luego miró el océano gris y calló.

-A un cristiano no le está permitido -respondí con voz temblorosa- tomar con su propia mano la vida que Dios le ha dado.

-No nos hemos convertido al cristianismo de buena fe, nos hemos convertido contra nuestra voluntad por el bien de nuestra misión y por Su Señoría Hasekura mostraba una frialdad que jamás había revelado antes. Era casi como si se vengara de mi.

-¿Por qué cometería seppuku? Es tan inútil...

-El señor Tanaka se sentiría deshonrado si no cometiera seppuku. No podría enfrentarse a sus parientes y amigos.

-¿Por qué esa deshonra? Sé cuánto habéis sufrido por vuestra misión. Como testigo de vuestro viaje, se lo diré al señor Shiraishi y al Consejo de Ancianos.

-Señor Velasco -suspiró Hasekura-, no comprendéis a los japoneses.

Me quedé en cubierta después de que Hasekura se marchara, con un espíritu más oscuro que el mar. Tanaka hablaba con sus servidores. Nada permitía pensar que la afirmación de Hasekura fuera verídica.

La tarde del segundo día después de nuestra partida de Saint-Tropez vimos finalmente a lo lejos el puerto de Génova en el reino de Savona, una ciudad blanca sobre una colina de color castaño amarillento, bañada por la pálida luz del sol. En el centro

se alzaba la torre de un viejo castillo gris. Señalé la torre y dije a los emisarios y a sus servidores que un hombre llamado Cristóbal Colón, nacido allí, había atravesado el océano en busca de un dorado reino del Asia y que ese reino dorado que buscaba no era otro que el Japón.

Cuando nos acercamos, el sol de la tarde iluminaba una parte de la ciudad. Me apoyé en la borda y, como Colón, pensé en el «país dorado». Para Colón era una extraña tierra oriental llena de tesoros que se podían saquear. Para mi esa nación insular era un país donde un día se podría sembrar la Palabra de Dios. Colón buscaba un país dorado que nunca pudo encontrar, y yo había sido expulsado de él. Ah, el Japón. ¡Qué tierra arrogante, que sólo sabe tomar y no dar!

Durante cinco días navegamos hacia el sur siguiendo la costa de Italia hacia Civitavecchia, el puerto próximo a Roma. Llegamos por la noche. Llovía. En el muelle, velado por la bruma y brillante de gotas de agua, varios hombres con linternas se erguían como espectros junto a cuatro coches que nos esperaban pacientemente. Habían sido enviados para recibirnos por el cardenal Borghese. Por su actitud correcta pero fría, se podía calcular el grado de su descontento. El alojamiento dispuesto para nosotros era la fortaleza de Santa Severa, propiedad del cardenal Borghese.

El trato que recibimos allí no fue el que correspondía a unos embajadores extranjeros.

Supe entonces cómo eran las cartas y las instrucciones acerca de nosotros que se habían enviado desde Madrid.

Todas las noches yo despertaba y meditaba sobre nuestra situación.

«La delegación de embajadores japoneses era sumamente serena y reservada. Eran todos de baja estatura y tenían el rostro bronceado por el sol. Tanaka, Nishi y Hasekura tenían narices chatas y pequeñas, y el largo pelo atado con cintas blancas. Nos dijeron que ésa era la marca de los caballeros japoneses. Cuando salían, usaban ropas morado oscuro, pero en las ocasiones ordinarias vestían hábitos de monje con cuello pequeño y sombreros de estilo español. Las espadas que llevaban eran sumamente afiladas y apenas curvadas. Cuando comían manipulaban con destreza dos finos palillos para recoger el alimento; les agradaba más que ninguna otra cosa la sopa de col y cebolla.» (Del diario de la viuda Costo, de Génova.)

Las mismas miradas suspicaces de Madrid. Las mismas preguntas repetidas, las mismas respuestas. Durante los últimos días he sido interrogado aquí en Civitavecchia por el padre Cossudacudo, el secretario privado del cardenal Borghese, y por monseñor don Pablo Alía Leone. Desde el principio mis opiniones han chocado con las de ellos en numerosas oportunidades. Sostienen que la tarea evangelizadora es ahora imposible en el Japón y que ya no se puede enviar allí misioneros, en tanto que yo insisto en que todavía hay esperanzas, siempre que demos a los japoneses ventajas comerciales y les demostremos que no tenemos intenciones agresivas. Ellos, por su parte, afirman que el Vaticano ha mantenido una tradición de no interferencia en los asuntos políticos internos de otros paises y dicen que el mismo Papa no tiene autoridad suficiente para imponerse a las decisiones del rey de España. Como siempre, he replicado que el problema es sólo el de la obra evangelizadora y que seguramente Su Santidad no querría sumergir a los cristianos japoneses, que carecen ahora de obispo y de Iglesia, en el eterno aislamiento.

Por supuesto, los emisarios, incapaces de hablar en nuestra lengua, no han participado en estos debates. Sólo pueden oír el informe de los acontecimientos que yo les doy en la helada fortaleza de Santa Severa. Pero ya ni siquiera las predicciones más optimistas pueden alegrar los rostros taciturnos de Tanaka y de Hasekura. Es comprensible. Estos japoneses han sufrido demasiadas desilusiones. Nishi tiene fiebre. Este hombre que ha hecho todos los esfuerzos para parecer jovial, y que, entre todos los Japoneses, ha demostrado la mayor curiosidad, ya no puede dominar la fatiga que se ha apoderado de su mente y de su cuerpo. Y también yo estoy exhausto. Mientras miraba la cara dormida de Nishi, que parece aún más joven de lo que es, advertí que ya no me importaba lo que ocurriera.

Tuvimos que esperar dos o tres días para conocer la decisión del cardenal Borghese. El quinto día fui llamado a la villa del cardenal en Palidoro. La idea de ser interrogado por este famoso cardenal, el hombre más capaz del Vaticano, sobrino del Papa Pablo V, me paralizaba. Sin embargo, sentía la leve esperanza de que un hombre así quizás comprendería mi entusiasmo por el Japón y por la importancia del esfuerzo evangelizador allí.

En el estudio de su villa, que da a un bien cultivado jardín y a un lago donde nadan los patos, el cardenal, vestido de capa y capelo rojo, me dio la bienvenida sentado. Yo iba deliberadamente vestido con un hábito descolorido durante nuestro viaje.

¿De qué debía avergonzarme? Así como la batalla justifica el uniforme sucio de un soldado, mis humildes ropas testimoniaban las aflicciones de la obra misionera en el Japón, que los clérigos de alto rango de Roma jamás habían experimentado. Por lo tanto, aunque me arrodillé ante él y besé con reverencia su anillo, luego erguí con desafio mi cabeza.

-Hijo mio, levántate.

El cardenal Borghese fingió que no había advertido mi actitud. Sus ojos estaban clavados en mi mientras me ponía de pie, pero cuando habló su voz era suave como si se dirigiera a si mismo.

-El Vaticano hace todos los esfuerzos posibles para conseguir que sus decisiones sean justas y objetivas. Creemos conocer la diligencia que tú y tu orden habéis demostrado en el Japón. Sea como fuere no hemos aceptado, en principio, las calumnias personales de que has sido víctima.

Hizo revolotear su capa y puso su gruesa manaza sobre mi hombro. Escrutaba mi rostro para ver qué efecto causaba en mí esta acción.

-No puedes saber hasta qué punto el Vaticano ha rogado para que tus esfuerzos en el Japón tuvieran éxito. El Vaticano ha rezado para que la luz del Señor brille en la tierra del Japón. -El cardenal hizo una pausa, y me miró intensamente a la cara-.

Pero ahora te pido paciencia. Debes ser paciente.

Durante un instante me sentí intimidado; percibía en la voz y en la actitud del cardenal la amabilidad y la compasión que un padre demuestra a su hijo. Él no parecía ignorar el efecto que había causado. Yo advertí de inmediato que el cardenal Borghese era menos un clérigo que un astuto polftico.

-Debes comprender -dijo el cardenal, con la mano todavía en mi hombro- que el Vaticano ya no puede enviar misioneros como tú a una tierra donde hay persecuciones. Así como ningún general enviaría voluntariamente a sus soldados a una muerte insensata en el campo de batalla cuando sabe que serán derrotados...

-No. -Recobré el equilibrio emocional-. Su Eminencia, no creo que el Japón sea una batalla perdida. Si nuestra empresa misionera no ha tenido éxito, la culpa es de las anteriores tácticas de los jesuitas.

El cardenal sonrió. Era la sonrisa dolorida de un anciano maestro que se enfrenta a un niño irascible.

-Su Eminencia, un misionero no es como un soldado. A veces la muerte de un soldado puede ser fútil; pero cuando un misionero muere en la persecución, se ha sembrado una semilla imperceptible para el ojo humano. Pero que manifiesta la gloria de Dios...

-Lo que dices es verdad. Durante la persecución en Roma, Pedro, el primer Papa, sembró semillas imperceptibles en los corazones de los hombres mediante su martirio.

-Jesús mismo desafió la muerte en el Gólgota.

-Lo que dices es verdad.

Varias veces repitió el cardenal «lo que dices es verdad». Luego la sonrisa se desvaneció bruscamente de sus labios y una expresión severa apareció en su rostro.

-Pero no vivimos en la época del Señor y de los apóstoles, hijo mio. Gobernamos una vasta organización. Somos responsables ante las naciones cristianas. Y como organización, tenemos cierta política. Aunque esta política te parezca cobarde o sucia, la organización se mantiene gracias a ella. Se mantiene el orden, y los creyentes conservan la fe con confianza en las naciones cristianas.

-Pero aunque sean pocos, hay algunos creyentes en el Japón. Varios han abandonado sus hogares y sus propiedades y se esconden en las minas y en las montañas para poder conservar cada partícula de su fe a pesar de la persecución.

Mientras respondía, recordé el rostro del hombre que había venido a buscar confesión en Ogatsu. No podía saber si vivía o había muerto. Pero por las personas como él debía decirle al cardenal las cosas que era menester decirle.

-Esos creyentes ya no tienen una iglesia. Ya no hay misioneros que los alienten, que les den ejemplo. Si el Vaticano es una madre magnífica que protege a los creyentes, ¿no tienen también ellos el derecho de ser abrazados por ella? ¿Acaso no son ellos como esa oveja separada del rebaño de que habla la Biblia?

-Si para buscar esa oveja las demás quedan expuestas al peligro -dijo tristemente el cardenal-, el pastor no tiene otra opción que abandonarla. No es posible ayudarla si se desea proteger la organización.

-Eso me recuerda las palabras del sumo sacerdote Caifás cuando mataron al Señor.

Para salvar una nación, no hay otra opción que sacrificar a un hombre aislado. Ésas son las palabras que pronunció Caifás.

Si, el sumo sacerdote Caifás siempre apreció el orden y la seguridad. Sacrificó a Jesús para preservar el orden y la seguridad.

El cardenal apartó la cabeza. Permaneció largo rato sin pronunciar palabra, envuelto en su gran manteo.

Vique mis audaces palabras habían enfurecido a ese influyente miembro de la jerarquin vaticana. Pero ya no le temía. El mundo siempre se ha preocupado demasiado por la búsqueda del orden y la seguridad.

-Eso que dices es verdad. -Cuando el cardenal se volvió hacia mí, no había en su rostro ira sino una indescriptible mezcla de fatiga y de dolor-. Hijo mio. No es mi deseo coincidir con las palabras del sumo sacerdote Caifás. Pero en ese momento el Señor no gobernaba una organización y Caifás silo hacía. Quienes gobiernan organi zaciones, como Caifás, siempre dirán que para proteger a la mayoría no hay otra opción que abandonar al individuo. Incluso nosotros, que creemos en el Señor, nos ponemos en la misma posición que el sumo sacerdote Caifás cuando creamos órdenes religiosas o cuando gobernamos organizaciones. Incluso san Pedro se vio obligado a abandonar a su camarada Esteban a la muerte por lapidación con el fin de preservar su orden religiosa.

Guardé silencio. Jamás hubiera imaginado que una afirmación semejante pudiera salir de los labios de un cardenal. Él evitó mi mirada y murmuró suavemente, casi para sus adentros:

-Esta es... una permanente fuente de angustia para mí.

-¿Es ésa la justicia de una organización?

-Sí.

-¿Así se llevan siempre los asuntos del Vaticano?

-No lo sé. Pero en la medida en que tengo responsabilidad, no puedo hacer otra cosa que adoptar, en el caso de los creyentes del Japón, la actitud de Caifás... Sin embargo... No querría que pensaras que no hay en mi corazón dolor ni remordimiento.

Alguien debe llevar la carga de este tormento.

El cardenal alzó la cabeza. La cara donde antes brillaba la confianza estaba ahora deformada por la angustia. Yo todavía me sentía suspicaz acerca de los verdaderos sentimientos del cardenal. Jamás habría creído posible que un cardenal pudiera confesar sus propias dudas de un modo tan claro y directo.

-Por supuesto, sé que todo esto se opone a las enseñanzas del Señor acerca del amor. Quizás otros cardenales se opondrían a mi política; pero por ahora no alteraré mi opinión.

-¿Por qué no? ¿Por qué debéis insistir en algo que se opone a las enseñanzas del Señor?

Tan excitado estaba que casi olvidé el rango del hombre que tenía enfrente.

-Entonces, ¿por qué razón murió Nuestro Señor en la cruz? Su Eminencia acaba de decir que fue por causa de la organización. Hasta este momento, he creído que la organización vaticana no estaba administrada como un país. Yo siempre creí que era una organización del amor que trascendía las limitaciones de todos los paises y todos los pueblos.

El cardenal Borghese estudió a aquel iluminado con una mirada de perplejidad.

Aferró la cruz que llevaba sobre el pecho, preguntándose si debía responder. Luego habló con decisión.

-Hijo mio... ¿Crees que se puede dominar al mundo real sólo con amor?

-Pero Jesús era un hombre de amor.

-Y a causa de ese amor fue asesinado en el mundo de la política. Lamentable mente, nuestra organización tampoco puede eludir el mundo de la política. El Vaticano no puede adoptar medidas que puedan debilitar la influencia de las naciones católicas.

-¿Qué tiene eso que ver con la obra misionera en el Japón?

-Los paises protestantes como Holanda e Inglaterra también tienen los ojos puestos en el Japón. Por eso mismo, no debemos hacer nada que provoque dificultades a.

los paises católicos como España y Portugal. A mi juicio convendría más que España y Portugal no irritaran más a los gobernantes del Japón y se limitaran a aguardar los acontecimientos durante algún tiempo. El Vaticano no es una entidad aislada. Tiene una gran responsabilidad porque como organización debe oponerse a las naciones protestantes y apoyar a las católicas.

Jesús había sido asesinado en el mundo de la política a causa de su amor. El cardenal hablaba como si escupiera un amargo veneno. Contemplé su capelo y su gran manteo, los símbolos de su ministerio.

-Hijo mio, comprende, por favor.

Era la culminación de mi largo viaje.

-Desde ahora rezaré por ti y por el Japón.

Me incliné profundamente y salí de la habitación. El cardenal permaneció en su silla, mirando por la ventana. No sé qué pensaba.

El triste grupo de japoneses emergió de la fortaleza de Santa Severa, cuyas murallas estaban manchadas de excrementos de paloma y deterioradas por las recientes tormentas. Como una fuerza protectora, todos rodeaban a Nishi Kyusuke, quien acababa de recuperarse de su enfermedad, y descendían perezosamente al valle. El samurai, que

cabalgaba al lado de Tanaka y Velasco a la cabeza del grupo, se volvía ansiosamente hacia su compatriota de vez en cuando y aguardaba a los rezagados. Cuando atravesaban Nueva España, a pesar del ardor del sol, la esperanza aligeraba sus pasos. Pero ahora que sus esperanzas habían desaparecido, los japoneses, por así decirlo, arrastraban los pies. Ninguno tenía la ilusión de que las cosas mejoraran en la capital llamada Roma. Fueran a Roma o a cualquier otro país, sabían que su viaje era ya inútil. Lo único que les faltaba era dar el toque final a esa empresa insensata. Si no lo hacían, no tendrían ningún pretexto para regresar. El viaje, que durante tanto tiempo los había llevado de una ilusión a otra, tocaba a su fin.

Ya era primavera. Los almendros estaban cubiertos de florecillas rosa claro y un campesino trabajaba activamente con su hoz. Miró a la curiosa procesión con los ojos muy abiertos. Para ese campesino, los japoneses, con vestiduras largas como las de los árabes, el obi a la cintura y el pelo recogido en lo alto de la cabeza, parecían visitantes de un país tropical. Abandonó la hoz en el suelo y corrió a su casa.

Las flores y el canto de las aves no despertaron ninguna emoción en el samurai.

Ya no lograba sentir añoranza siquiera por la primavera en la llanura. Meramente entregado al movimiento de su caballo, seguía a Velasco. ¿Cuántas veces, se preguntaba, lo había traicionado ese hombre? Cada vez que le había inspirado esperanzas, éstas se habían derrumbado. Y ahora todavía perseguían otra ilusión. Pero su alma futigada ya no tenía voluntad suficiente para odiar al misionero. Le parecía que Velasco era un hombre digno de compasión, como él mismo.

Cuando pasaban por alguna aldea, la gente los miraba asustada desde el borde del camino; de vez en cuando alguien les dirigía un saludo jubiloso, pero ellos pasaban de largo inexpresivamente, como si no se hubieran dado cuenta. Eran como una procesión funeraria siguiendo al ataúd.

Al atardecer cayó una breve lluvia. Cuando escampó, estaban en la cima de la colina Torrevecchia. Una leve bruma cubría la Ciudad Eterna; el Tíber ondulaba perezosamente; se veía a lo lejos el Pincio cubierto por un bosque verde claro; había casas oscuras arracimadas y las agujas de muchas iglesias herían el cielo.

Velasco detuvo su caballo sobre la colina y señaló el Coliseo y el Foro romano; los japoneses ni siquiera asintieron.

-Allá está el Vaticano, donde reside el Papa.

Una cúpula blanca, redonda, se destacaba entre las casas oscuras y la gente se movía como hormigas en la plaza circular. Los japoneses guardaban silencio como en un velatorio.

Finalmente entraron en Roma. Mientras recorrían las calles mojadas por la lluvia, un grupo de niños empezó a seguirlos. Pronto se les unieron adultos curiosos. Los japoneses subieron la alta escalera de piedra del Campidoglio y desaparecieron en el monasterio de Ara Coeli. Una vez que las puertas se cerraron tras ellos, no reaparecieron. Corría el rumor de que eran embajadores de Hungría; la muchedumbre se dispersó.

Durante una semana, Roma esperó que la lluvia anunciara la Pascua. En las iglesias todos los altares estaban cubiertos con paños morados por la muerte de Jesús; los cirios de los candelabros estaban apagados y se rezaban plegarias por la Resurrección. Sólo había velas encendidas alrededor de la imagen de la virgen Maria, y por la noche hombres y mujeres se reunían ante ellas para cantar la letanía de la expiación. Ninguno de esos suplicantes pudo decir que había visto salir a los japoneses del monasterio de Ara Coeli.

La mañana de Pascua, a la suave luz del alba, empezaron a reunirse figuras borrosas, un grupo tras otro, en la plaza de San Pedro en el Vaticano. Monjes y peregrinos aguardaban pacientemente ante la gran basílica. Bajo una niebla lechosa, la muchedumbre soportaba el frío de la mañana, mientras sus voces entonaban letanías sin cesar. Cuando la niebla se disipó, la plaza estaba atestada. En las escaleras de piedra había una fila de jóvenes guardias con cascos plateados, uniformes rojos y lanzas en diagonal.

A las ocho de la mañana sonó la primera campana. Ante esta señal los campanarios de todas las iglesias de Roma respondieron uno tras otro. Había empezado la fiesta de Pascua. Pronto los lujosos coches de los nobles invitados a la misa obstruyeron la entrada a la plaza de San Pedro. Sus ocupantes se abrieron paso a través de la muchedumbre y desaparecieron en la gran basílica. Justo antes de las nueve se abrieron las puertas a los lados de la basílica. Los monjes y los peregrinos congregados ante la escalinata subieron por ella a empujones. Se les permitía recibir la bendición del Santo Padre.

Los guardias contuvieron a la multitud y la obligaron a formar filas. Los que no pudieron entrar se arrodillaron donde estaban, en el suelo.

La gran basflica, sostenida por columnas de mármol blanco, estaba repleta. Los cardenales, con sus características mitras adornadas con dorados, estaban sentados a ambos lados del altar mayor, aguardando en silencio la aparición del Papa. El altar dorado, que hasta el día anterior había estado cubierto por un paño morado, relucía ahora a la luz de numerosos candelabros de plata. Desde su sitial de honor, el cardenal Borghese contemplaba con indiferencia las cabezas de las personas arrodilladas en el

suelo en reverente silencio. Hubo de pronto una conmoción cerca de la entrada: se había abierto la pesada puerta por donde entraría el Papa. Resonó el órgano y el coro del Vaticano empezó a cantar Vidi aquam.

-Pontifice nostro, pontifice nostro! -El grito surgió de un ángulo de la basílica, recorrió todo el reino, se difundió a la masa reunida en la plaza y pronto se convirtió en una sola y vasta voz.

-Pontifice nostro! Pontifice nostro!

En ese momento apareció súbitamente la figura de Pablo V, como el mascarón de proa de una nave que surge de las olas. Sentado en una silla gestatoria llevada por varios sacerdotes, el Papa llevaba la tiara y sus blancas vestiduras papales y alzaba fatigadamente una mano. Mientras bendecía a las frenéticas masas que lo rodeaban, la silla avanzaba lentamente a través de ese mar humano hacia la basílica de San Pedro.

-Oremus pro Pontifice nostro. -En cierto punto de ese mar había un grupo de monjes que elevaron sus voces al unísono. El barro que manchaba sus humildes hábitos expresaba claramente que habían hecho un largo viaje para asistir a la celebración de la Pascua.

-Dominus conservet eum.

El Papa los miró con satisfacción y trazó la señal de la cruz. Cuando la multitud lo vio, las ordenadas filas se convirtieron en un caos. Quienes esperaban dar un paso hacia la silla y recibir una bendición similar empujaron a la gente que tenían delante, pero, como una barca que pasa, la silla del Papa dejó a las masas en su estela y navegó hacia la basílica. Mientras ascendía laboriosamente la escalinata, los guardias de uniforme rojo y cascos plateados formaron un muro para contener a la muchedumbre de peregrinos. La silla fue devorada por la puerta principal de la basflica.

Apenas estuvo en el interior, las voces del coro resonaron en el gran recinto como una avalancha. Era el Allelu ia. Las fuertes y gruesas voces masculinas retumbaron en las paredes y en la alta bóveda.

Alleluja, allelu ja, Confitemini Domino

Al paso de la silla gestatoria, nobles, clérigos y peregrinos arrodillados alzaban las cabezas como espigas de trigo para contemplar la mano que surgía de las blancas vestiduras e impartía la bendición. Luego, las cabezas se inclinaron como una sola.

En el ábside, doce cardenales que representaban a los apóstoles se pusieron de pie para recibir la silla; las llamas de cientos de velas brillaban en los candelabros de plata del altar y todo estaba listo para que el Papa Pablo V dijera la misa.

De pronto, entre la muchedumbre del crucero, varias figuras se pusieron de pie.

Corrieron hacia la silla y uno de ellos gritó las primeras palabras que los suplicantes oyeron en la basílica.

El Papa alzó la mano derecha y estaba a punto de dibujar una cruz de silencio, pero la urgencia en los ojos de los tres hombres detuvo su gesto. El Papa advirtió que sus rostros eran oscuros como los de los árabes, que tenían narices pequeñas y que llevaban el pelo recogido.

Eran asiáticos. No sabia de qué país provenían. Sus largas vestiduras llegaban hasta los pies, calzados con calcetines blancos y curiosas sandalias. Sabía que uno de ellos pedía algo, pero no podía comprender qué decía.

-¡Somos japoneses! -gritó frenéticamente Tanaka-. ¡Somos emisarios, y hemos venido por el mar desde el Japón!

Tres monjes tironearon violentamente de los extranjeros, tratando de apartarlos del palanquín. Pero los japoneses se afirmaron y se negaron a moverse.

-¡Por favor! -Los emisarios no tenían palabras. Y tampoco podían refrenar las emociones que brotaban en sus almas. Miraron el rostro de Pablo V. En sus gargantas se formó la palabra «petición», pero se negaba a salir. Las lágrimas corrían por sus mejillas bronceadas por el sol.

-¡Por favor!

Cuando los tres asiáticos se inclinaron profundamente, los monjes que los sostenían desde atrás los soltaron. Habían comprendido que esos hombres no eran locos ni malvados.

El Papa miró a las personas arrodilladas más allá de los japoneses como si les pidiera alguna ayuda. Comprendía que esos hombres formulaban una súplica desesperada, y quería oir su petición.

Cuando la mirada del Papa cayó sobre él, Velasco no se movió. No dijo una palabra.

Entre la muchedumbre reunida en la basílica sólo él entendía el japonés. Sólo él sabia qué intentaban decir aquellos hombres. Y sin embargo, como si una poderosa fuerza lo impidiera, Velasco no habló. Sólo podía mirar con fijeza al Papa grueso y tranquilo sentado en su silla, un anciano vestido de blanco que alzaba los dedos cargados de anillos. Una voz susurraba en el corazón de Velasco: «Ninguno de vosotros comprende el dolor de estos japoneses. Ninguno de vosotros imagina mi dolorosa lucha contra el Japón». Un sentimiento muy parecido a la venganza sellaba sus labios.

Cuando comprendió que nadie podía decirle qué deseaban esos extranjeros, una rápida expresión de remordimiento pasó por los ojos del Papa. Había allí creyentes de todo el mundo que esperaban la celebración de la Pascua, y el Papa no podía demoraría por unos asiáticos. No se podía ignorar el rebaño por una sola oveja. En voz baja ordenó que la silla avanzara.

-¡Por favor! -suplicaron por última vez los japoneses. El cortejo siguió adelante.

El Papa volvió a sonreír y dio la bendición a los nobles y clérigos que lo rodeaban.

Todos alzaron y bajaron la cabeza. Y ante el altar el cardenal Borghese hizo una reverencia cuando recibió al Sumo Pontífice...

Velasco aguardaba al cardenal en una cámara de la basílica de San Pedro. No había pedido una entrevista al cardenal sino que había sido llamado.

La diminuta cámara estaba tranquila, fresca y solitaria. El suelo era de mármol con incrustaciones, y decoraba el cielo raso un fresco que representaba al arcángel san Miguel con las alas desplegadas y espada en mano. Pero la pintura estaba resquebrajada y le faltaba la fuerza de las obras de Miguel Ángel.

Velasco sabia por qué lo había convocado el cardenal. Toda Roma sabía ya que los japoneses se habían conducido indecorosamente en presencia del Papa, y era comprensible que se reprendiera a Velasco por no haberlos contenido. «¿Cómo hubiera podido hacerlo?» Velasco sabia mejor que nadie cómo había sido la prueba que los japoneses habían soportado. Por eso había sido incapaz de refrenarlos cuando se lanzaron a través de la multitud gritando con voces llenas de dolor. Y él mismo hubiese querido expresar toda la amargura de su corazón. No tenía excusa, pero incluso si el cardenal Borghese lo reprendía, no sentía remordimientos por haber obrado así.

Oyó pasos a la distancia. El cardenal Borghese, con su capelo rojo y su gran manteo, entró fatigadamente y se sentó en una silla. Lo acompañaba un joven sacerdote de mirada firme.

-Ya sé por qué me habéis llamado. -Antes de que el cardenal pudiera hablar, Velasco inclinó la cabeza y se dispuso a excusarse-. También sé que soy responsable del error de los japoneses. Pero como han padecido tantos sufrimientos...

-No os he llamado para acusaros de nada -interrumpió el cardenal-. Cuando conté en detalle la historia al Santo Padre, sintió profunda compasión por los emisarios.

Velasco bajó la vista en silencio. La compasión no requería respuesta. Ni los emisarios ni él habían atravesado medio mundo para merecer compasión.

-Os he llamado -el cardenal miró con tristeza a Velasco- para saber si todavía os queda un atisbo de esperanza. Si es así, debéis abandonarla.

-Ya había abandonado la esperanza después de hablar con vos. -Velasco advirtió desafio en su propia voz.

-No, todavía no lo habéis hecho -murmuró el cardenal, con expresión sombría-.

Porque todavía no sabéis nada.

El sacerdote que le servía como secretario sacó un folio de papel de una carpeta que tenía en la mano.

-El Vaticano ha recibido hace dos días una carta del virrey de las Filipinas. Conviene que la leáis.

Velasco tomó el papel amarillento y bajó la vista hacia las letras que parecían saltar hacia él. Mientras lo hacia, el cardenal mantenía las manos unidas.

-Debéis ceder. Como esa carta explica, ahora el rey del Japón ha ordenado la expulsión de todos los sacerdotes y misioneros del país. Prohíbe que de ahora en adelante desembarquen allí nuevos misioneros. Vos y los emisarios japoneses... debéis ceder.

La carta era un documento oficial de noviembre de 1614. La firma del virrey Juan de Silva se retorcía al final como un enano. Con inusitada compostura, Velasco cerró los ojos. Ante ellos desfilaban las imágenes del debate de los obispos, en Madrid. El obispo de cara de buitre que había leído la carta de Macao.

-El Vaticano ya no puede correr nuevos riesgos. No podemos alentar a España o a Portugal a comerciar con los japoneses si éstos rechazan o persiguen a los cristianos. Debéis comprender que, en estas circunstancias, la carta que traen los embajadores carece de sentido.

«Oh, Señor, hágase tu voluntad.» Trató de recordar la plegaria. «Si así es la voluntad de Dios, obedeceré. Mi plan no forma parte de la historia que Dios ha escrito.

Ahora lo veo claramente.» Oyó una risa. Lejos, a gran distancia, oía una risa de mujer.

-Morirán. -La palabra cayó de los labios de Velasco como un medicamento de la boca de un enfermo-. Cuando conozcan esta noticia -dijo Velasco al cardenal, que lo miraba con suspicacia-, no tendrán más remedio que darse muerte.

-¿Por qué? -El cardenal parecía más enfadado que sorprendido-. ¿Por qué harían una cosa así?

-Son samurais. Se les ha enseñado a morir cuando se hiere su honra.

-Han cumplido su misión. Y son cristianos, ¿no es verdad? No les está permitido el suicidio.

Velasco odió fugazmente la cara de incomprensión del prelado. Eso le impulsó a intimidar a su interlocutor.

-En última instancia, es el Vaticano quien les obliga a cometer el grave pecado del suicidio.

-¿No podéis detenerlos?

-Yo... ya no lo sé. -Velasco movió la cabeza-. Si tan sólo el Vaticano quisiera...

al menos... ayudarles a recuperar su propia estima...

-¿Qué es lo que pedís?

-Una audiencia con el Papa. Que sean tratados como embajadores.

-Aunque concediera audiencia a los japoneses, no podría acceder a sus peticiones.

Nuestra política ya está establecida.

-No os pido que lo hagáis. Pero los emisarios son... patéticos. Una audiencia con el Papa, sólo para restaurar su honor y su orgullo. -Las lágrimas cayeron sobre su gastado hábito-. Eso es todo..., todo lo que pido.

Era el día en que el Papa recibiría a los emisarios japoneses. Después de la misa y el desayuno en el monasterio, los emisarios se vistieron por primera vez con las ropas ceremoniales que habían traído consigo para las audiencias formales.

El coche enviado por el cardenal ya los estaba esperando a la puerta del monasterio.

Como no era una audiencia oficial, no había guardias, aunque tres cocheros de librea se alineaban en el pescante del coche negro con adornos dorados. Mientras se despedían de los monjes y de sus servidores, el samurai, sentado junto a Tanaka, Nishi y Velasco, miró por la ventanilla del coche a Yozo, que lo contemplaba con las manos unidas como si pidiera algo a los dioses.

Yozo parecía alentar al samurai a no abandonar la esperanza hasta el fin. Parecía decir que seguiría a su amo adondequiera que fuese. Pero el samurai no esperaba nada de la audiencia. Era sólo una ceremonia que marcaba el final de su largo viaje.

Sin embargo, la actitud de Yozo conmovió profundamente al samurai. Tal como se sentía, abandonado y traicionado, el samurai pensaba que ese hombre que le había servido fielmente desde la infancia era el único en quien podía confiar. Parpadeando, lo saludó con un gesto de la cabeza.

El coche se puso en marcha. Los cascos de los caballos repicaron seca y rftmicamente sobre las calles pavimentadas. Los tres emisarios guardaban silencio. Dos meses antes, la perspectiva de un encuentro con un rey o con el Papa les hubiera parecido un glorioso sueño. Para cualquier samurai rural que jamás había visto siquiera a Su Señoría, era un acontecimiento inimaginable.

Pero ninguno de ellos sentía alegría ni entusiasmo. Los emisarios sabían que la audiencia había sido concedida por un cardenal compasivo que había cedido a las súplicas de Velasco. Comprendían que se trataba de un elaborado gesto destinado a suavizar su obligada resignación. Y luego su viaje habría terminado. Sólo les quedaría por delante un largo, fútil y vacio viaje de regreso.

Los pinos de Roma se alineaban a ambos lados de la calle. El repiquetear de los caballos se tomó más rápido. Vieron a lo lejos la cúpula de la basflica de San Pedro recortada contra un cielo nublado. El coche salió de la calle Palleone por la calle Borgo y entró en la plaza.

-Cuando aparezca el Papa -repitió una vez más Velasco-, tocad tres veces el suelo con vuestra rodilla izquierda, y mirad a sus pies.

Cuando pasaron por el portal de hierro, a la derecha de la basílica, los guardias vestidos de rojo y armados con lanzas los saludaron. El coche se detuvo; un hombre con medias blancas y peluca plateada abrió inexpresivamente la puerta y miró con frialdad a Velasco y a los emisarios.

Subieron los escalones de piedra y recorrieron un pasillo con suelo de mármol pulido y brillante flanqueado por oscuras estatuas de bronce.

Dos sacerdotes los aguardaban al final del pasillo y en silencio condujeron a los cuatro hombres a una antecámara. Había frescos en las paredes y lujosos sillones con brazos dorados sobre una mullida alfombra.

Los cuatro hombres esperaban que sonara una campanilla. Les habían dicho que debían entrar en la cámara de audiencias cuando la oyeran.

-Yo entraré primero -repitió Velasco-. Luego me seguiréis en fila: el señor Tanaka, luego el señor Hasekura y luego el señor Nishi.

Les pareció que pasaba largo tiempo. Tanaka y el samurai se sentaron y cerraron los ojos; Nishi se ajustó la toca. Después de una eterna espera, sonó la campanilla a lo lejos y se abrió la puerta.

-Recobrad el ánimo, Nishi -dijo suavemente Tanaka. Su voz estaba llena de compasión; no parecía en ese momento el Tanaka habitual.

Sacerdotes de alta jerarquía aguardaban de pie a los lados del salón de los cardenales donde debía celebrarse la audiencia. Detrás de Velasco, los tres hombres avanzaron entre esa profusión de vestiduras y capelos. Sentían cientos de ojos clavados en ellos.

El Papa estaba sentado en una silla alta; sólo él llevaba un sombrero blanco.

Era un hombre bajo y grueso y miró a los emisarios con amabilidad y afecto. No tenía en modo alguno el aire augusto de un rey de reyes, y casi parecía dispuesto a levantarse de su silla para acudir a su encuentro.

Velasco se detuvo e hincó la rodilla izquierda en el suelo. Los tres japoneses trataron de imitarlo, pero Nishi se tambaleó un instante y el samurai se apresuró a sostenerlo. El cardenal Borghese, de pie junto al Papa, se inclinó y murmuró un comentario a su oído.

-Leedía..., la carta de Su Señoría -urgió Velasco a Tanaka, que parecía atontado.

Tanaka sacó la carta y la desplegó.

-«Humildemente nos presentamos ante el gran señor de la Tierra. Su Santidad Pablo V, Papa de Roma.» Tenía la garganta seca y el samurai advirtió que le temblaban las manos.

-«Velasco, sacerdote de la orden de San Francisco, ha venido a nuestro país y nos ha explicado el cristianismo, ha visitado nuestro dominio y me ha enseñado los misterios de la fe cristiana. Como resultado, he logrado comprender por primera vez el sentido de esa fe y he decidido abrazarla. Pero en este momento, a causa de graves circunstancias..., no puedo todavía cumplir mis deseos.» Tanaka vaciló. Cada vez que su colega se interrumpía, el samurai tenía la sensación de un vacio. No era posible que los clérigos reunidos en la sala de audiencias pudieran comprender las palabras ni la importancia de la carta que Tanaka leía, sólo perceptibles para Velasco y para los emisarios.

-«Por lo tanto, a causa de mi amor y respeto a los sacerdotes de esta iglesia, deseo construir catedrales y hacer todos los esfuerzos posibles para propagar la bondad. Si Su Santidad considera necesario que se haga algo para difundir las leyes sagradas de Dios, lo haré en mi reino. Yo mismo cederé los fondos y tierras necesarias para evitar toda preocupación a Su Santidad. » «¡Basta!» El samurai reprimió la palabra. «Basta.» Quería evitar que el pobre Tanaka continuara esa ridícula farsa. Las palabras insensatas de esa cartas. El hombre del sombrero blanco escuchaba en silencio. Él y el cardenal Borghese parecían soportar sin dificultades la absurda escena.

-«Aunque Nueva España está muy lejos de nuestro país, deseo entrar en relaciones con ella, y suplico la intercesión de Su Santidad para que me sea posible cumplir este anhelo. » Cuando Tanaka logró llegar al fin de la carta, indecorosas gotas de sudor resbalaban por su frente. Velasco esperó a que Tanaka entregara la carta y luego dio un paso adelante para hacer la traducción.

Luego, inesperadamente, el Papa se puso de pie. Ese gesto no era parte del curso normal de la ceremonia y en la sala se advirtió una leve conmoción. Todos los prelados miraron al Papa.

-Yo -Pablo V se inclinó y se dirigió a los emisarios, con voz llena de aflicciónos prometo que rezaré en la misa durante los próximos cinco días... por el Japón y por cada uno de vosotros. Creo que Dios no abandonará al Japón.

El Papa miró fijamente a los emisarios. Luego impartió la bendición y, acompañado por el cardenal Borghese y otros tres cardenales, desapareció en el salón contiguo.

Bajo la atenta mirada de los asistentes, los emisarios y Velasco se retiraron a la antecámara. Cuando la pesada puerta se cerró, los cuatro hombres se dejaron caer en los sillones. Los cuatro estaban sumidos en sus pensamientos. En el doloroso silencio, Ve lasco apoyó las manos en las rodillas e inclinó la cabeza.

CAPITULO 9

Hace largo tiempo que no escribo nada en este diario. Era demasiado penoso para describir el colapso de nuestras esperanzas y la partida de Europa, cuando vimos esaparecer el continente a lo lejos desde el océano y bajo la lluvia.

Sólo una persona -el sacerdote secretario del cardenal Borghese- nos acompañó hasta el muelle en el puerto de Civitavecchia. En prueba de la buena voluntad del cardenal, el secretario entregó a los emisarios certificados que les conferían la ciudadanía de Roma. Esos certificados no tienen ningún valor, puesto que no existe la menor posibilidad de que los emisarios vuelvan a visitar Italia. Nosotros habíamos entregado una carta inútil al Papa, y él, a cambio, nos obsequiaba con esos inútiles papeles.

m Muy pronto el gobierno español unió el insulto a la ofensa: ordenó que no pasára os por Madrid sino que continuáramos viaje hasta Sevilla. En Sevilla no había nadie para recibirnos aparte de mi familia, y los japoneses, despojados de todos sus privilegios, eran poco más que unos nómadas. A cambio de los tres mil trescientos ducados que nos habían entregado mi orden y mi familia, me vi obligado a aceptar un cargo en un monasterio de Manila o de Nueva España. En una palabra, había sido derrotado en todos los frentes.

Ya no comprendía qué deseaba Dios. Durante muchos años había creído que Su ¡deseo era que predicara en el Japón, y que para eso me había dado vida. Esa convicción me había dado fuerzas para soportar todas las pruebas. Pero mi confianza se había esvanecido y -lo que era peor- a veces sentía que Dios estaba jugando conmigo.

Siempre había pensado que la historia del hombre estaba envuelta en la historia trazada por Dios. Pero la historia de Dios estaba a un mundo de distancia de mis propios pensamientos y ambiciones.

Un mes desde Civitavecchia hasta Sevilla. Luego tres meses y dos temporales en el océano Atlántico. Pasé todos los días del viaje postrado en mi humillación. Pero japoneses, que al principio sólo miraban el mar con ojos inexpresivos y secretos, ellos están mejor equipados que los europeos para aceptar el infortunio, y muy pronto se resignaron a su situación. A veces, cuando se reúnen en cubierta, oigo que ríen. Quizá se alegran de verse libres de su fatigosa empresa; quizá la perspectiva de retornar a su tierra natal explica esas ocasionales expresiones de alegría.

Nishi Kyusuke habla con los tripulantes y los bombardea con toda clase de preguntas, parte en español y parte en el idioma de los gestos, como hacia durante el viaje a través del Pacífico. El joven tiene extraordinaria curiosidad acerca de nuestra civilización y de nuestra tecnología, y en su cuaderno de notas registra cuidadosamente todo lo que aprende de los marinos.

Tanaka Tarozaemon ya no reprende a Nishi por esa curiosidad. Ha abandonado su habitual obstinación y, a veces, cuando los servidores cantan en cubierta, acompaña la música con sus palmas. Lo veo hacer esto y me parece inconcebible que sea capaz de hacer lo que teme Hasekura. Yo pienso que la idea de que ha hecho todo lo posible ha llevado a su corazón una serena resignación.

Sin embargo, casi ninguno de los japoneses asiste a la misa que digo todos los días a bordo. Aunque reconozco que no recibieron el bautismo por su deseo sino sólo para poder cumplir su misión, cuando veo que sólo un japonés reza mientras yo pronuncio las palabras de la misa en el comedor que me sirve de capilla, siento una humillación indescriptible.

Es todo por Tu causa. Si Tú no hubieras querido este resultado, nuestro viaje de regreso habría estado lleno de alegría, y en el barco habrían vibrado las voces de los japoneses cantando himnos en alabanza Tuya. Pero no deseabas eso. Preferías abandonar al Japón.

Sólo un japonés acude furtivamente a la misa. Aparece en mitad del servicio como si deseara que sus camaradas no lo advirtieran y desaparece apenas recibe la comunión. Su lamentable figura me recuerda a aquel pobre cristiano con quien me encontré en Ogatsu, detrás de las pilas de maderos.

Ese japonés no es uno de los emisarios. Tanaka, Hasekura y Nishi no han asistido a misa una sola vez desde el día de la audiencia con el Papa. No me han dicho una sola palabra iracunda, pero con su ausencia demuestran claramente sus sentimientos. El hombre que viene a misa es Yozo, el servidor de Hasekura. Cuando miro sus ojos, recuerdo los ojos de un perro. Unos ojos nerviosos y desamparados. Pero no traicionará al amo a quien ha jurado lealtad. He estado constantemente al lado de Hasekura durante todo este largo viaje. Quizá no traicionará tampoco a Nuestro Señor...

Nuevamente he dejado pasar cierto tiempo antes de coger la pluma. Después de encontrar dos tormentas en el Atlántico, finalmente hemos atracado en Veracruz. Cuando pasamos antes por aquí, los vientos barrían ruidosamente la ciudad, pero ahora las calles están casi vacias y el sitio parece tan desolado como nuestros corazones.

Nada ha cambiado. El monasterio donde estuvimos sigue igual, y la misma campana tañe cada dos horas en la pequeña plaza vecina. Cuando fuimos a saludar al comandante de la fortaleza de San Juan de Ulúa, vimos las mismas arrugas marcadas en su frente por su gorra militar. Había colgado orgullosamente en la pared de su despacho la espada japonesa que le habían regalado los emisarios.

Nos invitó a cenar. También asistieron los oficiales y sus esposas, que nos recibieron cálidamente. Esta vez los japoneses parecían menos inquietos mientras bebían vino y probaban la comida insípida. Cuando el banquete llegó a su término después de una larga serie de preguntas triviales, Tanaka habló en nombre de todos los japoneses y dio solemnemente las gracias. Aunque no habían logrado cumplir su finalidad, habían tenido el placer de conocer muchas naciones y ciudades y no lo lamentaban, dijo Tanaka a los militares.

Cuando el coche llegó a la plaza cercana al monasterio, tres hombres con grandes sombreros y ropas blancas tocaban música en una taberna. Como si hablara consigo mismo, Tanaka dijo que la melodía le recordaba una canción que había oído en su hogar.

Los emisarios se retiraron a sus habitaciones en el monasterio a oscuras. Encendí una vela y me senté ante una mesa para escribir dos cartas. Una era para mi tío en Sevilla, la otra para el prior del monasterio de Ciudad de México. Pedía al prior que dispusiera el envío de un barco a las Filipinas para llevar de regreso a los japoneses y le anunciaba que yo los acompañaría hasta Manila, donde de acuerdo con las órdenes recibidas pasaría el resto de mi vida en el monasterio local.

Cuando terminé de escribir las cartas, me sentí curiosamente sosegado. La seguridad de que las llamas de la pasión que había sido el fundamento de mi existencia estaban apagadas me daba una serenidad que no había sentido desde la partida de Roma.

Dejé la pluma y, mientras contemplaba la llamita temblorosa de la vela, comprendí que mi larga vinculación con el Japón acababa de concluir.

Ahora que lo pienso, la primera vez que oí hablar de un país llamado Japón fue en 1595, cuando estaba en el monasterio de San Diego, en Sevilla. Mis superiores me alentaban a que fuera misionero en Nueva España, pero por algún motivo la idea no terminaba de agradarme. Supongo que se debía a la personalidad que he heredado de mi familia. Yo sentía que mi temperamento no estaba hecho para cumplir una labor misionera entre indios dóciles y tranquilos en un país ahora pacifico, como Nueva España.

El anhelo de ir a un país de peligros y persecuciones y luchar como un soldado del Señor latía sin cesar en mi mente. Mis superiores solían advertirme que esa característica mía iba contra las virtudes de la mansedumbre y la sumisión.

Tres años más tarde, en 1598, el nombre y la esencia del Japón adquirieron todavía más sentido para mi. El año anterior se había recibido un informe de la Compañía de Jesús en el Japón; en él se decía que el Taiko, el gobernante supremo, había empezado a perseguir a los cristianos. Veintiséis misioneros y cristianos japoneses habían sido enviados de la capital a Nagasaki, en la isla de Kyushu, y quemados en la hoguera.

Este acontecimiento produjo conmoción incluso en Sevilla, y yo decidí claramente que ese era el país donde yo deseaba ser enterrado cuando muriera. Las palabras del Señor cuando ordenaba a los apóstoles, «id a todo el mundo a predicar el evangelio», resonaban en mis oídos.

En 1600, el Papa Clemente VIII promulgó la bula apostólica Onerosa Pastoralis.

Me pareció una manifestación de la ilimitada piedad del Señor. Mediante esa bula papal la evangelización del Japón, reservada anteriormente a los jesuitas, se abría a todas las órdenes monásticas. Nuestra orden llamó a las Filipinas a quienes desearan trabajar en el Japón y creó cursos para la enseñanza del japonés.

Pero mi familia no apoyó mi deseo de servir en el Japón. Las mujeres, en especial mi madre y mi tía, insistieron en que fuera a un monasterio seguro en Nueva España, y hasta trataron de influir sobre mi decisión buscando que me designaran para un cargo allí.

Ese mismo año me uní a un grupo de misioneros, reunido por Juan de San Francisco, que partía hacia las Filipinas, y el día doce de junio embarqué en Sevilla. Ese viaje fue mucho peor que el actual: largas tormentas, escasez de agua y de alimentos, enfermedades. Llegué a Manila casi inválido. Sin embargo, mis penurias en ese viaje no podían compararse con los sufrimientos del Señor en la cruz.

La primera ciudad asiática en que puse los ojos, Manila, era sucia, vulgar e insoportablemente ruidosa. Chinos, españoles, negros y filipinos nativos pululaban, gritaban y chocaban entre ellos bajo un calor tan abrasador como el del horno de una fragua.

Nuestros hermanos desesperaban de obtener algún resultado con los muchos chinos que allí vivían. Como en esa época cualquier chino que hubiese recibido el bautismo quedaba eximido del pago de impuestos por un periodo de diez años, el número de miembros de la iglesia era grande, pero era obvio que su conversión no había sido sincera. A pesar del bautismo, no vivían cristianamente sino que conservaban las extrañas supersticiones y rituales practicados por su pueblo.

El número de japoneses era en Manila muy inferior al de chinos -menos de la décima parte- y casi todos se dedicaban al comercio. De ellos, unos doscientos eran cristianos.

Con estos conversos japoneses aprendí la lengua y algo acerca del pueblo del Japón.

Según mis observaciones, la mente japonesa funcionaba considerablemente más rápido que la de cualquier otra raza, y además poseían en abundancia curiosidad y deseo de conocimiento, e incluso un sentido del orgullo y el decoro más desarrollado que el de los españoles. Me asombró que un pueblo semejante hubiese vivido tanto tiempo sin conocer la gracia de Dios.

Durante los dos años y medio que pasé en Manila, la imagen del Japón que un día esperaba visitar tomó forma en mi mente como las nubes un día de verano. Así como Colón había cruzado el gran océano en busca de un país dorado, en mis sueños el Japón se convertía en un país dorado, en una isla que debía conquistarse para Dios, en un campo donde era preciso librar una batalla. Acababa de morir el gobernante del Japón y el Shogun Tokugawa había tomado el poder. Oímos que ese rey había iniciado una política de persecución a los cristianos y que los misioneros jesuitas habían sido desterrados a Kyushu, donde trataban de continuar su prédica con grandes limitaciones. En lugar de desalentarme, estos informes que llegaban uno tras otro a Manila excitaron aún más mi espíritu de lucha.

Mi oportunidad llegó en junio de 1603. El virrey de las Filipinas decidió enviar una embajada en respuesta a un gesto de amistad del rey del Japón y me incluyeron en el grupo, no como misionero sino como intérprete. Nuestro barco remontó la marea hacia el norte y un mes más tarde, al borde del horizonte, vi finalmente el país que tanto me atraía. Las aves danzaban sobre las olas. Docenas de barcas de pesca cumplían su tarea bajo el cálido sol del verano. Pronto las colinas de suaves ondulaciones y el contorno de las islas se tornaron visibles más allá del mar. Era el Japón.

Un Japón muy diferente del país de opresión y persecuciones que yo había imaginado.

Pero cuando la nave entró en la bahía, aparecieron varias barcas. Un jefe de aire arrogante subió a bordo acompañado por varios subordinados que traían armas de fuego.

Nos obligaron a descender a tierra como si fuéramos prisioneros y, después de hacernos esperar largo rato en la playa caliente, aceptaron que éramos emisarios del virrey r de las Filipinas. Habíamos desembarcado en una bahía llamada Ajiro, cerca de Edo, que era la ciudad donde residía el rey.

Flota ahora ante mis ojos, mientras miro la llama de la vela, un Japón que parecía a primera vista el epitome de la tranquilidad. Sentí que era una tierra digna de la bendición del señor: «Benditos sean los mansos».

¡ Pero el verdadero Japón no resultó tan manso. La escena se desplaza ahora a una cámara del castillo de Edo adonde me llevaron y donde encontré a un anciano sentado en una silla tapizada de terciopelo. Edo es una ciudad tan bien organizada como cualquiera de las de Occidente.

Largas cercas negras caracterizaban las residencias de los daimyos y los guerreros, y oscuros canales rodeaban el majestuoso castillo de muchos pisos que nos contemplaba amenazadoramente. En su interior, el castillo era muy diferente de los palacios opulentos de Madrid: consistía en una sucesión de traicioneros pasillos tenebrosos y de puertas correderas recubiertas con pan de oro empañado por el tiempo. Después de atravesar un laberinto de pasillos, vimos a un anciano de estatura mediana, de unos sesenta años de edad, sentado en una silla de terciopelo. El anciano conversaba con el señor más poderoso del Japón, aunque éste estaba postrado en el suelo como un esclavo y se retiró de la habitación inclinándose tanto que parecía besar el suelo. El anciano nos miró y casi no pronunció palabra. Quien hacía las preguntas era un secretario sentado a unos cincuenta pasos del rey. Por él supimos que el rey no sólo deseaba comerciar con las Filipinas sino

también con Nueva España, y esperaba que se enviaran mineros españoles al Japón. La delegación se comprometió a estudiar estos asuntos en Manila.

Después de consultar a varios sacerdotes y monjes de la orden franciscana que ya estaban en el Japón, permanecí en Edo cuando los emisarios partieron. Mi pretexto era que necesitaba ocuparme de algunos cabos sueltos dejados por la delegación y que serviría como intérprete de cualquier emisario extranjero que visitara el Japón en el futuro. Como los japoneses sabían que yo era un sacerdote cristiano, el secretario me recordó severamente la carta que había enviado el rey a Manila en 1602. En ella se daba permiso a los extranjeros para residir en el Japón, pero se les prohibía difundir su religión.

Por supuesto no sentí temor y no obedecí esas órdenes. Con el pretexto de construir un hospital para leprosos en Asakusa, inicié secretamente mi tarea misionera mientras me ocupaba de los enfermos con ayuda de dos compañeros. Muy pronto los cristianos japoneses que se habían ocultado entraron en contacto conmigo y ése fue mi primer trabajo. Pero estas acciones secretas y prohibidas no bastaban para satisfacer mis ideales. Pensaba sin cesar en aquel anciano en su silla de terciopelo, en la cámara del castilío, y esperaba fervientemente que se iniciaran las relaciones comerciales con Nueva España.

Ya no combato contra ese anciano. Aquel Japón que fue mi vida está ahora muy lejos, fuera de mi alcance. Derrotado, iré a Manila y viviré en un monasterio rodeado por una cerca blanca, con un jardín florido y bien cuidado. Daré a los monjes consejos inofensivos, examinaré los libros de cuentas, escribiré un informe cada día. La vida de un manso prior que bendice a las madres y acaricia las cabezas de sus hijos. Eso es lo que el Señor ha elegido para mi vida.

Me arrodillé en el suelo, até mis muñecas con una cuerda y oré. «Hágase Tu voluntad.» Mientras rezaba descubrí que mis puños descuidadamente atados estaban cubiertos de sudor. Luché con todas mis fuerzas para contener las violentas emociones que surgían dentro de mi.

En ese momento vi que alguien había aparecido en el umbral de la puerta.

-¿Qué ocurre, señor Hasekura?

Erguido, rígido, Hasekura respondió suavemente:

-El señor Tanaka se ha quitado la vida.

Hasekura pronunció esas palabras como si estuviera anunciando la partida para un viaje. «El señor Tanaka se ha quitado la vida.» Permanecí de rodillas, mirando la llama de la vela que traía. Bailoteaba convulsivamente sobre la mano de Hasekura.

«Hágase Tu voluntad.» Esa voluntad me parecía más cruel y fría que el hielo.

Sin una palabra, Hasekura me llevó a la habitación de Tanaka. Nuestras sombras se reflejaban en la pared del pasillo y ambos guardábamos silencio. La única luz provenía de la habitación situada en el extremo del corredor. Nishi y varios servidores aguardaban ante la puerta. Cuando entramos vimos el cuerpo de Tanaka tendido sobre una sábana manchada de sangre, con la cabeza vuelta hacia un lado. La espada corta con que se había dado muerte estaba colocada dentro de su vaina junto a la cama. Dos servidores de Tanaka, en actitud formal, miraban fijamente el rostro muerto de su amo como si esperaran una orden.

Apenas me vieron me hicieron sitio en silencio; estaban perfectamente serenos, como si hubieran previsto el suicidio de su amo. Yo tuve la impresión de que estaban cumpliendo

un ritual preestablecido. No había señales de que, aparte de nosotros, hubiese ninguna otra persona despierta en el monasterio y en realidad nadie había advertido lo ocurrido.

En la muerte el rostro de Tanaka estaba en paz. Había desaparecido la expresión dura y altanera que había mostrado tantas veces durante nuestro viaje, como si, al morir, se hubiese liberado de todas las pruebas soportadas. Casi sentí que la muerte le había concedido mayor sosiego que el que otorga el Señor.

Uno de los servidores trató de colocar un pequeño ídolo budista junto a la cama, pero su acción me recordó que Tanaka había sido bautizado y que, para bien o para mal, yo era un sacerdote.

-No necesitamos imágenes budistas. El señor Tanaka era cristiano.

El servidor me miró con furia pero cogió el ídolo y lo apoyó en su regazo.

-Habeas requiem aeternam.

Antes, en un platanal cerca de Veracruz, yo había cogido lamano de un indio herido y recitado la misma plegaria. Pero Tanaka había cometido suicidio, una forma de muerte que la Iglesia considera un pecado mortal e imperdonable. La Iglesia no permite dar la extremaunción a los suicidas. Pero en ese momento ya no me importaban las normas de la Iglesia. Yo no ignoraba la angustia de Tanaka. Sabia cómo habían sufrido Tanaka, Hasekura y Nishi mientras desarrollaban su desesperada misión. Y también por qué Tanaka había tenido que abrirse el vientre con su pequeña espada. Así como no había podido abandonar al joven indio a la muerte, no podía abandonar en su muerte a Tanaka.

-Re quiesca: in pace.

Cerré los ojos de Tanaka como si fueran la última puerta de la vida. Ni los servidores ni Hasekura o Nishi hicieron el menor movimiento para interrumpir mis plegarias; reunidos en un ángulo de la habitación, me miraban sin moverse.

Finalmente los servidores cortaron las uñas y algunos mechones del pelo de su amo y los guardaron en los bolsos que llevaban al cuello. Luego, en lugar de la sábana manchada de sangre, cubrieron el cuerpo con una tela nueva de seda. Hasekura, que observaba todo lo que ocurría, me habló.

-Mañana por la mañana debo pedir excusas a los padres y a los monjes. Ayudadme, por favor.

Siguiendo la tradición budista, los japoneses velaron al hombre muerto hasta el amanecer. Permanecí con ellos toda la noche junto al cuerpo cubierto de seda blanca.

Llegó la madrugada. Merced a un permiso especial del monasterio, sepultamos el cadáver junto al cementerio indio situado entre el pueblo y el puerto de San Juan de Ulúa. Ninguno de los sacerdotes del monasterio asistió al entierro. No deseaban acudir al funeral de un hombre que había cometido el terrible pecado del suicidio. Hice una cruz con dos ramas y la clavé en el montículo de la tumba. El sol de la mañana teñía el bosque y muy cerca un grupo de niños indios desnudos se chupaban el pulgar y nos miraban con asombro. Nishi se arrodilló en el suelo mientras Hasekura se mantenía erguido con los ojos cerrados.

Algo más tarde el comandante de la fortaleza de San Juan de Ulúa llegó a caballo

con su asistente.

-Son como los indios. -Desmontó y se secó el sudor de la cara-. Cuanto más inferiores, tanto más dispuestos están a matarse.

-Los japoneses consideran que elegir la muerte en lugar de la vergílenza es una virtud -respondí, mirándolo fijamente-. Este emisario japonés pensaba que no cumpliría su misión de embajador si no moría.

-No comprendo. -El comandante se encogió de hombros, asombrado-. Pero a juzgar por lo que decís, padre, parecería que aprobarais el suicidio, que la Iglesia prohíbe.

Había en sus ojos perplejidad y desconfianza. Quizá las cartas de España le habían informado de que yo era un traidor y que me había rebelado contra la Iglesia.

Si, es verdad que estoy confundido, que he llegado al borde mismo de la desesperación, que ya no puedo comprender la voluntad del Señor. Y hay algo que es todavía más grave: temo que mi fe empiece a vacilar.

Mi única finalidad cuando emprendí este viaje era hacer que el Japón fuera un país del Señor. Pero, ¿no había elementos de autojustificación y una sed egoísta de poder escondidos detrás de esa finalidad? ¿No tenía yo la ambición de ser algún día obispo del Japón y de manipular la Iglesia con mis propias manos? ¿Acaso no era posible que el Señor hubiera advertido mis sentimientos y me hubiera castigado por ellos?

-Ciertamente, la Iglesia considera que el suicidio es un pecado mortal -murmuré, mirando al suelo-. Pero no quisiera creer que el Señor abandonará a este japonés que ha cometido suicidio... No quisiera creerlo.

El comandante no comprendió mis palabras murmuradas. Si alguien había llevado a Tanaka a cometer el pecado mortal de suicidio, era yo. Mis arrogantes intrigas lo habían conducido a la muerte. Si Tanaka merecía el castigo, también yo lo merecía.

«Oh, Señor, no abandones su alma. Castigame a mi por su pecado.>

«Vine a prender un fuego en la tierra, y ¿qué más hay que pueda desear si ya se ha encendido?

«En verdad, tengo un bautismo de muerte con que ser bautizado, ¡y cuán afligido me siento hasta que quede terminado!

«Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida para rescatar a muchos.»

Cuando el Señor dijo esas palabras, ciertamente se estaba preparando para la muerte. En esta vida hay misiones que sólo pueden cumplirse a través de la muerte.

Viaje de Veracruz a Córdoba. Las montañas estaban veladas por las nubes y de vez en cuando centelleaban los relámpagos. En el desierto crecían los cactos y el agave como extraños jeroglíficos. Mientras atravesaba ese páramo con los japoneses, pensé en el Señor cuando avanzaba hacia Jerusalén por un desierto parecido, decidido a morir.

El Señor había anticipado su propia muerte, se había referido a un bautismo de muerte.

Hay misiones en esta vida que únicamente a través de la muerte se pueden cumplir.

El suicidio de Tanaka Tarozaemon me lo había enseñado. Sin embargo, en un sentido, la muerte de Tanaka y la muerte del Señor eran muy distintas. El japonés se había quitado la vida para expiar su incapacidad de cumplir su misión de emisario. El Señor había aceptado la muerte para rescatar a muchos hombres.

Un relámpago y poco tiempo después un trueno a la distancia. También había relámpagos en mi corazón. Había muchas personas a quienes yo debía servir. Un sacerdote vive para servir a otros en este mundo, y no para sí. Recordé al hombre de Ogatsu.

Yo debía rescatarlo a él y a otros como él. «He venido para rescatar a muchos - e dije mientras avanzaba a tropezones por el camino-, y para darles la vida.> Nada que el Señor hiciera carecía de sentido. Y tampoco carecía de sentido la muerte de Tanaka porque me había enseñado esas cosas.

-¿Qué nos ocurrirá? -Nishi Kyusuke se sentó en su cama en el ayuntamiento de Córdoba y miró por la ventana. Les habían asignado la misma habitación en que habían estado antes. Pero entonces Tanaka Tarozaemon todavía vivía. Aparte de esto, riada había cambiado. La tenue luz de la vela mostraba en la pared a aquel hombre delgado con ambas manos clavadas a una cruz.

-¿Ahora? -preguntó el samurai con fatiga. No era sólo fatiga física; también su alma estaba exhausta. Era deprimente y doloroso pensar en lo que les esperaba.

-Cuando regresemos al Japón.

-No tengo idea. Pero estoy seguro de que Su Señoría y los ancianos magistrados comprenderán los sufrimientos que hemos padecido.

-¿Incluso si regresamos con las manos vacias?

El samurai evocó la frescura y la juventud anteriores de Nishi. Cuando sonreía, sus dientes blancos resplandecían en el rostro oscuro y brillaba en sus ojos tal curiosidad que a veces el samurai había sentido celos. Esa luz había desaparecido ahora; tenía la piel deslucida como la de un enfermo y su vivacidad era una cosa del pasado.

-Desearía haberme quedado en España para conocerla mejor -dijo Nishi, volviéndose hacia el candelabro-. Jamás pensé que volveríamos así. -Cuando escuchó esas palabras, el samurai tuvo una clara visión de la partida de Tsukinoura. Cuando el galeón entraba en el mar abierto, mientras la jarcia crujía inesperadamente, las olas golpeaban contra el casco y las gaviotas revoloteaban junto a la borda con agudos gritos, el samurai había sentido que el curso de su destino estaba a punto de alterarse.

Jamás se le había ocurrido que el mundo fuera tan vasto. Ahora que lo había visto, sólo sentía fatiga. Estaba fatigado hasta lo más profundo de su alma.

-¿No creéis que también el señor Tanaka temía lo que nos aguarda?

-¿Qué pensáis que temía?

-Que Su Señoría y los ancianos magistrados nos vuelvan la espalda.

El samurai parpadeó. Le apenaba y le asustaba pensar demasiado en la muerte de Tanaka. Con su muerte, Tanaka trataba de conservar la dignidad ante su familia y sus parientes. Cuando el samurai pensaba en el rostro hundido de su tío, que lo esperaba ansiosamente junto al hogar, también él quería morir. Envidiaba el suicidio de Tanaka.

Pero no podía morir. Por el bien de Nishi y de los servidores que tanto habían sufrido, debía informar al Consejo de Ancianos de todo lo que había ocurrido durante el viaje.

El samurai sentía que, si alguien debía asumir la tarea de ser el portavoz, era él.

-No hay ningún motivo para que ellos nos abandonen -dijo el samurai con inusitada firmeza-. A veces ni siquiera el mayor esfuerzo es suficiente. Eso es lo que debemos decir al Consejo.

Sin embargo, mientras trataba de convencerse, no sentía en su interior tanta seguridad. Temía pensar a fondo en el asunto. ¿De qué servia imaginar que eso o aquello ocurriera en el futuro? El samurai sintió amarga resignación.

El aire de la noche entraba por la ventana abierta. El olor de la tierra le recordó la llanura. Aunque no pudiese recuperar las tierras de Kurokawa, la llanura le satisfacía. Él no era como su padre y su tío; su corazón estaba más unido a la llanura que a Kurokawa.

-¿No nos castigará el Consejo de Ancianos -insistió Nishi- porque no hemos recibido respuesta del rey de España?

-No tiene importancia. Pensar en eso no resolverá nada. Y como no hay nada que podamos hacer, lo mejor es no pensar.

Para concluir la conversación, el samurai se puso de pie. Nishi empezaba a irritarlo y deseaba salir al jardín y respirar el aire de la noche, el olor a tierra.

Hacia tanto frío en el jardín, que el calor del día parecía increíble. Había allí tres hombres en cuclillas, conversando. Eran Yozo y los otros dos servidores. Yozo los reprendía con furia.

-¿No podéis dormir?

Los tres hombres se pusieron de pie, confusos. Miraron avergonzados a su amo, temiendo que hubiese escuchado su conversación.

-Los olores de la noche me recuerdan el hogar. -El samurai sonrió, tratando de tranquilizar a los tres hombres-. Por las noches, los árboles y la tierra tenían la misma fragancia en la llanura. Pronto.., podremos sentir otra vez esa fragancia.

Era evidente que la fatiga y la irritación no sólo afectaban a Nishi, sino también a sus servidores. Debo ser fuerte, se dijo.

A la mañana siguiente salieron de Córdoba. Una vez más el ardiente desierto. Más lejos, olivos, cabañas indias y las residencias de los encomenderos, con tejados de estilo español. Se repetían las escenas que habían observado en el viaje anterior. Pero, ahora que eran viajeros experimentados, no había el menor destello de curiosidad en los ojos de los japoneses. Por momentos recordaban que cada paso que daban los acercaba al Japón, pero por algún motivo esa idea no lograba conmoverlos.

El samurai miró a Velasco, que cabalgaba a su lado, y observó que no mostraba la habitual sonrisa. En verdad esa sonrisa confiada siempre había puesto incómodo al samurai. Velasco la tenía siempre en la cara cuando trataba de someter a los japoneses a su voluntad. Cada vez que el samurai la veía, sospechaba de los verdaderos motivos de Velasco. Muchas veces se habían engañado a causa de esa sonrisa. Pero desde la partida de Roma, había desaparecido del rostro de Velasco, donde la reemplazaba una expresión atormentada y solitaria.

-Ya no se puede hacer nada -dijo el samurai, pero se interrumpió. Ese extranjero que les había causado tantas ansiedades, que les había provocado furia y hasta odio, alzabala vista sombríamente hacia las montañas cubiertas de nubes de lluvia. El samurai sintió pena por él. Sabía que, como no había podido cumplir lo que había jurado hacer a los ancianos magistrados, nunca más podría regresar al Japón.

Al atardecer del décimo día atravesaron la muralla gris que rodeaba Puebla. Como antes, encontraron allí un mercado: indios con coleta habían dispuesto sobre el suelo cerámica, telas y frutas y permanecían sentados como estatuas de piedra, abrazando sus rodillas.

-Señor Hasekura, ¿recordáis a aquel japonés?

-¿El que había sido monje?

Aun antes de que Nishi se lo preguntara, el samurai estaba pensando en el compatriota que había ido a verlos en Ciudad de México. El monje renegado que vivía con una india en una cabaña techada con paja, cerca de la laguna de Tecali que brillaba, roja como la sangre, al sol de la mañana. Había dicho que no volverían a encontrarse.

Si era cierto, ¿dónde estaría ahora?

-Yo... iré a esa laguna -susurró Nishi, cuidando de que Velasco no escuchara.

-No servirá de nada. Él dijo que los indios no cultivan nunca dos veces el mismo campo.

-No importa, aunque no lo vea.

-¿Por qué queréis ir, entonces?

-Ese hombre... -Nishi sonrió con tristeza-. Ahora comprendo por qué no regresó al Japón.

r -¿Acaso queréis quedaros?

-Cuando uno ha visto lo grande que es el mundo, el Japón parece sofocante. Me duele el corazón cuando pienso en las personas que han nacido en las familias de cabos o de soldados en el Japón y que así seguirán durante el resto de sus vidas. Pero incluso yo tengo alguien que espera mi regreso a casa.

No podían cumplir sus propios deseos o caprichos. Había quienes aguardaban su retorno. El samurai sabia cómo se sentía Nishi. Un tío, una familia, unos campesinos que lo consideraban el cabeza de la familia y cuya subsistencia dependía de él vivían en la llanura. Regresaría y viviría como había vivido antes. Nunca más abandonaría su hogar ni se aventuraría en el ancho mundo. Todo aquello era un sueño. Sería mejor considerarlo así: un sueño que pronto habría terminado.

Nishi y el samurai salieron del monasterio al alba del día siguiente, tal como habían hecho en una oportunidad anterior. Ahora conocían el camino. El calor del día todavía no había despertado a los pobladores de su tranquilo sueño. Cuando llegaron al bosque, aparecían en el cielo grietas rosadas. Las avecillas parecían desafiarlos con sus destempIados gritos. Los caballos levantaron espuma al atravesar un límpido torrente de montaña. La luz matutina pasaba como flechazos entre los árboles. La laguna de Tecali estaba tan tranquila como siempre; sólo se oía el leve roce de las cañas. Nishi desmontó, se llevó la mano a la boca y llamó al monje. Dos o tres indios con el pecho desnudo asomaron sus cabezas por la puerta de sus cabañas. No habían olvidado a Nishi ni al samurai y sonrieron, arrugando sus narices chatas.

El antiguo sacerdote salió cojeando, apoyado sobre el hombro de su mujer, que era fuerte y sólida. El hombre parpadeó al sol de la mañana, advirtió luego a sus visttantes y los saludó.

-¡Me alegro de veros! -Extendió las manos como si se reuniera con unos parien tes a los que no esperaba volver a ver en toda su vida-. Jamás creí que volveríamos a vernos... -De pronto se interrumpió y se llevó la mano al pecho, con un gesto de dolor.

-No os preocupéis, pasará en un instante. Sólo un instante.

Pero le llevó algún tiempo recobrarse. El sol ya estaba alto y caía lánguidamente sobre la laguna; empezaba a hacer calor. Los indios miraban a los tres hombres desde lejos, con curiosidad, pero finalmente se aburrieron y desaparecieron.

-Apenas encontremos un barco destinado a Luzón, regresaremos al Japón. Si queréis enviar algo a vuestros amigos allá...

-No -dijo sonriendo el monje renegado-. Tendréis dificultades si alguien descubre que habéis estado con un monje cristiano.

-Nosotros mismos nos hemos convertido. -El samurai miró el suelo, confundido-.

No lo hemos hecho con sinceridad, pero...

-¿Todavía no creéis?

-No. Lo hicimos por nuestra misión. ¿Y vos? ¿Creéis realmente en el hombre llamado Jesús?

-Si. Ya os lo he dicho. Pero el Jesús en quien creo no es el mismo de la Iglesia y de los sacerdotes. Yo no soy como esos padres que invocan el nombre del Señor mientras incendian los altares de los indios y los expulsan de los pueblos con la excusa de difundir la palabra del Señor.

-¿Cómo podéis adorar a un ser tan desventurado y miserable? ¿Cómo podéis adorar a alguien tan feo y demacrado? No puedo comprenderlo.

Por primera vez el samurai formulaba esta pregunta en voz alta. Nishi miró al renegado esperando su respuesta. Oían en la laguna las extrañas voces de las mujeres que lavaban la ropa.

-Antes -dijo el hombre- yo pensaba lo mismo. Pero ahora puede creer en Él porque su vida en este mundo fue más desventurada que la de ningún otro hombre.

Como era feo y desventurado, sabia todo lo que se puede saber acerca de las penas del mundo. No podía cerrar los ojos al dolor y a la agonía de la humanidad. Eso era lo que lo afeaba y enflaquecía. Si hubiera vivido una vida de poder y exaltación, yo jamás habría pensado así de Él.

El samurai no comprendía las palabras del monje renegado.

-Conoce el corazón de los desventurados, porque toda su vida fue desventurada, y también conoce la agonía de quienes sufren una muerte miserable, porque El la sufrió. No tenía ningún poder. No era hermoso.

-Pero pensad en la Iglesia. Pensad en la ciudad de Roma -dijo Nishi-. Las catedrales que hemos visto son como palacios de oro y ni siquiera los habitantes de Ciudad de México pueden imaginar la grandeza de la mansión en que reside el Papa.

-¿Creéis que eso es lo que Él habría querido? -El hombre movió la cabeza con furia-. ¿Creéis que podéis encontrarlo en esas catedrales? Él no habita allí. Él no habita en esos edificios. Creo que vive en las pobres casas de estos indios.

-¿Por qué?

-Porque así pasó Él su vida -respondió el renegado con una voz llena de seguridad; luego bajó los ojos al suelo y repitió las mismas palabras, reflexivamente-. Así pasó Él su vida. Jamás visitó las casas de quienes eran felices o ricos. Buscaba solamente a los feos, a los desventurados, a los miserables y a los afligidos. Pero ahora incluso los obispos y los sacerdotes están llenos de orgullo. No son como las personas a quienes Él quería.

Pronunció estas palabras de un tirón y volvió a apretarse el pecho. El samurai y Nishi esperaron en silencio hasta que el ataque cesó.

-A causa de mi estado estos indios han tenido la bondad de quedarse conmigo junto a la laguna. De otro modo -sonrió- ya estaríamos lejos de Tecali. A veces descubro a Jesús entre los indios.

Era evidente por el rostro hinchado y la tez cenicienta que el monje no viviría mucho tiempo. Moriría allí junto a esa laguna. Y sería sepultado junto a un campo de maíz.

-Pur más que lo desee -murmuró el samurai-, no puedo pensar en ese hombre como pensáis vos.

-Aunque no os importe nada de Él..., Él siempre se ocupará de vos.

-Puedo vivir sin pensar en El.

-¿Lo creéis así?

El monje miró con simpatía al samurai mientras deshilachaba una chala de maíz.

El sol era ahora más intenso y las cigarras habían empezado a cantar en las cañas.

-Si los hombres pueden vivir solos, ¿por qué se oyen gritos de dolor en todos los rincones del mundo? Habéis viajado por muchos países. Habéis atravesado el océano y dado la vuelta al mundo. Sin duda a lo largo de todo vuestro camino habéis visto que quienes lloran y quienes se lamentan buscan algo.

Lo que decía era verdad. En todos los paises, en todos los pueblos, en todos los hogares, el samurai había visto una imagen de ese hombre feo y consumido con la cabeza inclinada y los brazos abiertos, sobre una cruz.

-Los que lloran buscan a alguien que llore con ellos. Los que sufren anhelan que alguien escuche sus lamentos. Por más que el mundo cambie, quienes lloran y quienes se lamentan lo buscarán siempre. Ésa fue la finalidad de su vida.

-No comprendo.

-Algún día comprenderéis. Algún día comprenderéis esto.

Nishi y el samurai cogieron las riendas y se despidieron del hombre enfermo, sabiendo que no volverían a verlo.

-¿No queréis que digamos nada a vuestra familia en el Japón?

-Nada. Finalmente he logrado aferrarme a una imagen de Él que reconforta mi corazón.

La laguna brillaba al sol. Los caballos iban lentamente por la orilla. Los dos japoneses miraron hacia atrás. Los indios, reunidos, contemplaban su partida. Entre ellos estaba la figura andrajosa e inmóvil del monje renegado apoyado en el hombro de su

mujer.

Tres de noviembre, Chalco. Atravesamos el mismo desierto hacia Ciudad de México.

Cuatro de noviembre, en las afueras de Ciudad de México. Enviamos un mensajero pidiendo permiso para entrar en la ciudad.

Veíamos las calles a la distancia, las blancas paredes y las agujas de las iglesias.

Entre ellas se destacaba el campanario de la catedral franciscana doade habían sido bautizados los japoneses y la torre del monasterio donde nos habíamos alojado.

El virrey ordenó que no pasáramos por la ciudad, sino que nos dirigiéramos al puerto de Acapulco. Afirmaba que no estaba en condiciones de dar la bienvenida a los japoneses en Ciudad de México, pero yo sabia que era un mero pretexto para evitarnos. Sin duda todo se hacia en cumplimiento de las instrucciones de Madrid. Pero el superior de nuestra orden en Ciudad de México se apiadó de nosotros y nos envió vino y alimentos a nuestra posada. Los dos sacerdotes que trajeron las provisiones cargadas en asnos me entregaron una carta del superior. Incluía una copia de los informes enviados desde el monasterio franciscano de Manila y nuevos y abundantes detalles acerca de la situación en el Japón.

Supe que la supresión del cristianismo a escala nacional se había iniciado en febrero después de nuestra partida, mientras nuestro barco estaba a punto de zarpar de La Habana. En ese momento, en el Japón, el anciano de la silla de terciopelo promulgó inesperadamente un edicto por el cual se desterraba a todos los misioneros y a los más conocidos cristianos del Japón y se prohibía la práctica del cristianismo en todas las regiones del país.

Ni los emisarios ni yo sabíamos nada. Ignorantes, nos dirigíamos a España en pos de nuestro sueño. Ese sueño era un castillo elevado sobre un espejismo.

Según el informe de Manila, después de la publicación del edicto, los misioneros de los distintos puntos del Japón fueron conducidos como ganado a Nagasaki. El padre Diego, que aguardaba mi regreso en Edo, debía de estar entre ellos. Casi podía ver a mi colega, a ese buen hombre cuyos ojos estaban siempre tan enrojecidos como si hubiera llorado, abandonando temerosamente Edo.

Los misioneros y los monjes japoneses fueron congregados en Fukuda, cerca de Nagasaki, y obligados a vivir durante casi ocho meses en unas pocilgas. Imperaba en Nagasaki un caos sin precedentes; unos se convertían en apóstatas mientras otros trataban de esconderse. Según la carta, nuestros hermanos, junto con los dominicos y los agustinos, se reunieron a orar durante dos días y el domingo de Pascua desfilaron por las calles proclamando: «¡Martirio!».

El informe dice luego que el 7 de noviembre, un día de lluvia, ochenta y ocho de los misioneros y monjes confinados fueron amontonados en cinco juncos y enviados a Macao. El día 8, treinta sacerdotes, monjes y fieles partieron a Manila en una pequeña y decrépita barca. Todos estaban condenados a exilio perpetuo y entre ellos se contaban algunos poderosos guerreros cristianos como el señor Ukon Takayama y el señor Juan Naito.

Mientras leía la misiva, pensé en aquel anciano sentado en una silla de terciopelo.

Es posible que aquel monarca regordete con cara de chino nos haya vencido en el terreno político, así como Nerón derrotó a los apóstoles; pero nosotros triunfaremos en el mundo del espíritu. Ese hombre probablemente ignora todavía que, a pesar de su política de expulsiones, cuarenta y dos misioneros se han ocultado en las islas con la ayuda secreta de los fieles japoneses.

Las circunstancias son las mismas que en la época de la Pasión de Nuestro Señor.

En el ruedo político dominado por el sumo sacerdote Caifás, el Señor fue vergonzosamente maltratado, hecho a un lado, y finalmente clavado a una cruz en el Gólgota.

Pero el Señor, derrotado, conquistó la victoria en el alma de la humanidad. Tampoco yo me reconoceré derrotado.

Oh, Señor, dime por favor lo que deseas de mi.

Oh, Señor, hágase Tu voluntad.

Oh, Señor, si esta semilla que ha empezado a germinar en mi corazón es verdaderamente Tu voluntad, por favor, házmelo saber.

Acapulco. El galeón que nos llevará a Manila está anclado en el puerto gris. Los promontorios que rodean el puerto y los islotes que hay dentro de él están cubiertos de olivos. Hace calor aquí en comparación con Ciudad de México.

Los japoneses se encuentran en los barracones de la fortaleza. Duermen casi todo el día. Apenas salen, como si la tensión y la fatiga de su largo viaje hubiesen caído de pronto sobre ellos. En los barracones sólo el agudo grito de las gaviotas rompe de vez en cuando el silencio.

El galeón debe hacerse a la vela dentro de un mes. Atravesaremos el Pacifico, sus olas furiosas y sus temporales y, si Dios quiere, llegaremos a Manila a principios de la primavera. Yo me quedaré allí, mientras los japoneses regresarán a su hogar en ese mismo barco. Una vez que hayan partido, seguiré las órdenes de mi tío y de mis superiores y me estableceré en un monasterio blanco con un bien cuidado jardín...

Obien...

Oh, Señor, dime por favor lo que deseas de mi.

Oh, Señor, hágase Tu voluntad.

Oh, Señor, si esta semilla que ha empezado a germinar en mi corazón es verdaderamente Tu voluntad...

CAPÍTULO 10

Despertó justo antes del alba. Sus ojos nublados enfocaron lentamente el rostro de Yozo. Yozo sonreía como una madre que mira a su niño, y por su expresión el samurai comprendió lo que iba a decir.

-¡Oh!

Saltó de la cama y sacudió a Nishi Kyusuke, todavía dormido.

-¡Es Rikuzen...! -Anegaba las palabras un torrente de emoción.

Los japoneses subieron corriendo a cubierta. El sol brillaba sobre la superficie cristalina del mar y la teñía de anaranjado. Muy cerca vieron una isla familiar. Más allá de la isla estaba el monte Kinka, velado por una niebla rosada. En la montaña crecían en profusión árboles familiares; unos pescadores subían sus barcas a la playa.

Durante cierto tiempo nadie habló; miraban la isla, la playa, las barcas.

Su euforia era decorosa. No vertieron una sola lágrima. Aunque habían pensado mucho en ese momento, era como si la escena fuese todavía parte de sus sueños. La habían visto una y otra vez a lo largo de su viaje.

Un marinero chino, desde un mástil, señaló una isla y gritó algo. Quizá decía que habían llegado. Quizá les decía que esto era Tsukinoura.

Todos los hombres estaban en silencio, inmóviles. Miraban abstraídos el contorno de su tierra natal, que se movía lentamente ante sus ojos, y saboreaban sus propios recuerdos y sentimientos. El único ruido era el sordo golpeteo de las olas contra el casco. Las olas brillaban como fragmentos de cristal y desaparecían. Las gaviotas rozaban la espuma y giraban hacia arriba como hojas al viento.

Entre todos los recuerdos del viaje, el samurai evocaba ahora el momento de la partida. Lajarcia crujía, las olas golpeaban el casco del galeón y las gaviotas se alejaban por encima de la borda, como ahora. Él había sentido en ese momento que un destino imprevisto estaba a punto de empezar y ahora ya se había cumplido y regresaba. ¿Cómo podía ser que sólo sintiera fatiga y vacio, en lugar de alegría? ¿Había visto demasiadas cosas, y por eso le parecía ahora que nada había visto? ¿Había tenido demasiadas experiencias y por eso ahora le parecía que nada había experimentado?

-¡Guardias! -gritó alguien. En el extremo opuesto del puerto apareció una barca ¡con un gallardete: la insignia del dominio. Entre sus ondulaciones se veía la pequeña figura de un guardia que miraba hacia el galeón. Detrás de esa barca venían otras dos, impulsadas por remeros. Cuando se acercaron, el guardia se cubrió los ojos con la mano y estudió los rostrcs 'le los japoneses que lo miraban. Después de un rápido intercambio de palabras, el hombre comprendió la situación.

Los japoneses bajaron en las embarcaciones y pronto vieron mejor la bahía de Tsukinoura. En los promontorios que la rodeaban había cabañas techadas con paja. Más atrás vieron un pequeño torii con un gallardete rojo. Los niños corrían. Era una escena inconfundiblemente japonesa.

-GEstamos en casa...!

Por primera vez sintió intensa emoción. Instintivamente, miró el rostro de Nishi.

Luego, los de Yozo, Ichisuke y Daisuke.

-¡Las costas del Japón! -Nishi respiró hondo y no pudo decir más.

Cuando pisaron la playa cubierta de algas negras, una límpida ola cubrió los pies de los japoneses. Durante un momento permanecieron con los ojos cerrados, como para saborear la sensación del agua en los pies. Varios soldados se acercaron, se detuvieron y los miraron con sospecha. Luego uno de ellos les habló.

-¿Habéis vuelto? -el hombre corrió por la playa levantando arena. Aferró las manos del samurai y de Nishi-. ¿Habéis vuelto?

No se les había notificado el retorno de los emisarios. Como no había barcos que volviesen al Japón, Nishi y el samurai habían permanecido en Luzón durante más de un año, y las cartas que habían enviado por intermedio de Macao nunca habían llegado al Japón. Los oficiales y soldados estaban asombrados por su inesperada llegada y no sabían qué hacer.

En comparación con la escena espectacular del día de la partida, ahora todo parecía muy tranquilo. La única bienvenida que recibieron Nishi y el samurai fue la de los oficiales y soldados, los niños que los miraban desde lejos y el rumor de las olas que bañaban lánguidamente la playa. El samurai miró hacia donde había estado el galeón, semejante a una gran fortaleza, que debía llevarlos a Nueva España. Ahora sólo se extendía ante sus ojos la brillante superficie del agua. También había habido numerosos trabajadores y decenas de pequeños botes, llenos de carga, amarrados en la playa.

Todo eso había desaparecido.

Acompañados por los soldados se dirigieron al templo donde habían pasado la noche de la partida. Nada había cambiado. El sacerdote se acordaba de ellos y los condujo a una habitación. Cuando el samurai miró las alfombrillas de paja, de color castaño rojizo al sol, pensó bruscamente en Tanaka Tarozaemon. Nishi, Tanaka, Matsuki y él habían pasado la noche en esas alfombrillas. Tanaka y Matsuki ya no estaban con ellos. La miserable tumba de Tanaka estaba en la espesura, cerca de Veracruz. Sólo habían traído de él un mechón de pelo y algunos recortes de uñas.

Los oficiales entraban y salían de su habitación. No tenían un momento para descansar. Ya había salido de Tsukinoura un mensajero a caballo para informar al Consejo de Ancianos de su regreso. Nishi y el samurai estaban dispuestos a ir al castillo al día siguiente si el Consejo los llamaba.

Todo, literalmente, les traía dulces recuerdos. El olor de una habitación japonesa, los muebles, la bandeja colocada ante ellos: eran las cosas que habían soñado durante mucho tiempo. En la habitación vecina, algunos de los servidores lloraban mientras tocaban los pilares de madera.

El sacerdote y los oficiales escuchaban con aire de incredulidad a Nishi, que describía lo que había visto en el extranjero. Hablaba de edificios construidos con piedras apiladas unas sobre otras y de catedrales que llegaban hasta el cielo, pero le resultaba difícil hacerse entender. Trataba de describir los desiertos de Nueva España, tan vastos que se podían caminar días y días sin ver otra cosa que cactos y agaves. Pero de nada servía.

-El mundo -dijo Nishi con una sonrisa de resignación- es más grande de lo que os imagináis aquí en el Japón.

Cuando Nishi terminó su narración, el sacerdote y los oficiales se refirieron a los acontecimientos ocurridos en el dominio después de su partida. Aproximadamente en el momento en que los emisarios partían a Roma, se había desarrollado en el Japón la última gran batalla. El Shogun retirado había aniquilado al clan Toyotomi. Afortunadamente, Su Señoría sólo había enviado tropas para la retaguardia en la capital, y no había participado en el combate de Osaka. El anciano magistrado Ishikawa había muerto en la batalla. Más o

menos en ese momento los mercaderes y marinos que habían acompañado a los emisarios regresaron a Nagasaki por Luzón. Habían dejado el gran galeón en Luzón y retornado en otra nave extranjera.

-¿El señor Matsuki también?

El oficial asintió. Dijo a los emisarios que Matsuki había sido designado inspector asistente del Consejo de Ancianos después de su regreso al Japón. Era una gran distinción para un cabo.

¿Y el edicto contra el cristianismo?, hubiese querido preguntar el samurai. Y también habría deseado saber si el señor Shiraishi y los demás responsables de su envío a Nueva España todavía conservaban su poder en el Consejo de Ancianos. Pero estas preguntas no salieron de su garganta ni de la de Nishi. Sentían por algún motivo que era necesario evitarías y ni los soldados ni el sacerdote les dijeron una palabra al respecto.

Llegó la noche. Se acostó al lado de Nishi, pero la intensidad de sus emociones le impidió dormir. El único ruido era el rugido de las olas a lo lejos. Era su primera noche en el Japón durante los últimos cuatro años. El samurai tuvo la vivida imagen del aspecto que tendría la llanura dentro de cinco o seis días. El rostro de Riku que lo miraría sin una palabra; las caritas de sus hijos mientras se echaban en sus brazos.

Pensó en la carta que acababa de escribir: »Escribo de prisa. Hemos llegado a Tsukinoura. Todo marcha bien. Apenas concluyamos nuestra tarea iremos enseguida a casa.

Me gustaría daros más detalles, pero...».

Nishi se agitó en su cama; tampoco él podía dormir. Cuando el samurai tosió suavemente, Nishi murmuró:

-Todavía no puedo creer que estemos en casa.

-Tampoco yo. -La respuesta del samurai era tanto un quejido como un suspiro.

La tarde del día siguiente volvió el mensajero. Traía órdenes del Consejo de Ancianos.

Los emisarios, sentados en la postura formal, escucharon las instrucciones. El oficial informó que debían permanecer en Tsukinoura hasta que llegaran los ancianos magistrados; no debían encontrarse con miembros de sus familias hasta ese momento, ni enviarles correspondencia.

-¿Quién ha dado esas órdenes? -preguntó el samurai, con el rostro arrebatado.

-El señor Tsumura Kageyasu.

El señor Tsumura, como el señor Shiraishi, el señor Ayugai y el señor Watari, era uno de los ancianos magistrados. Si él había dado las órdenes, no había más que obedecerías.

-No debéis preocuparos. -El oficial se apresuró a consolar a los dos emisarios-.

Los mercaderes y los marinos que regresaron fueron sometidos a la misma investigación.

Estaba más allá de toda comprensión. Todos sabían que habían viajado a paises distantes como emisarios de Su Señoría. Ciertamente, los ancianos magistrados lo sabían. Era mortificante recibir el mismo trato que los comerciantes y los marinos.

Además, la actitud de los oficiales cambió de inmediato; dejaron de visitar la habitación de los emisarios. Por su conducta era evidente que se les había ordenado no confraternizar con ellos.

-Es como estar en la cárcel. -La furia brillaba en los ojos de Nishi mientras miraba desde la galería exterior.

Sentado en su habitación, a la luz del poniente, el samurai tuvo tiempo para meditar por qué se les trataba de esa manera. ¿Era porque no habían cumplido su misión como emisarios? Pero si explicaban que no habían cumplido su misión porque no había sido posible, sin duda el Consejo de Ancianos quedaría satisfecho.

Pasaron tres días sin salir del templo. La mañana del tercer día, uno de los oficiales irrumpió en la habitación y anunció:

-Hoy vendrá el señor Tsumura.

Esa tarde el samurai, Nishi y sus servidores se pusieron en fila frente al templo para esperar la llegada del séquito del señor Tsumura. Pronto oyeron relinchos de cabalíos y ruido de cascos en el sendero que subía de la playa al templo. Aparecieron los sombreros de bambú del señor Tsumura y de cinco o seis de sus acompañantes. El samurai y Nishi inclinaron las cabezas, pero el anciano magistrado pasó sin decir palabra y desapareció en el templo.

Tuvieron que esperar largo rato. Probablemente el señor Tsumura estaba examinando los nombres de cada individuo, el número de miembros del grupo, los detalles del regreso. Finalmente un oficial salió para llamarlos y los dos emisarios entraron para ser interrogados.

Cuando entraron en la habitación donde estaba el señor Tsumura, el anciano magistrado los miró fijamente. Sus ojos, templados en numerosas batallas, eran vivos y penetrantes. Entre los tres asistentes que lo acompañaban, el samurai descubrió la delgada figura de Matsuki Chusaku, a quien no veía desde Ciudad de México. A la vez sorprendido y esperanzado, el samurai miró a Matsuki, pero por alguna razón su antiguo colega mantuvo la cara vuelta hacia otro lado, evitando la mirada del samurai.

-Habéis cumplido bien vuestro largo viaje. Estoy seguro de que deseáis retornar a vuestros hogares tan pronto como sea posible. -El señor Tsumura empezó con cortesía-. Pero desde el año pasado el Shogun ha ordenado que el dominio interrogue a todas las personas que vienen del exterior. Debéis comprender que éste es mi deber.

El señor Tsumura preguntó luego si el barco de los emisarios había venido directamente a Tsukinoura sin hacer escala en Nagasaki o en Sakai. El samurai respondió que la nave había desembarcado carga en una isla situada frente a la costa de China y llamada Taiwan y que luego se había dirigido hacia el norte en su camino de regreso a Nueva España.

¿Había en el barco alguien que pareciera un misionero o un monje? ¿Había alguna indicación de que alguien pudiera haber entrado furtivamente en el Japón durante la navegación?

-No.

El señor Tsumura hacia una pregunta tras otra y, gradualmente, la expresión del anciano magistrado y el tono de sus observaciones hicieron comprender al samurai la severidad de los edictos contra el cristianismo que el dominio había promulgado durante su larga ausencia. Inquieto, se preguntó si deberían admitir abiertamente que se habían convertido al cristianismo en España.

-¿Qué ha sido de Velasco?

-Nos separamos de él en Manila.

-¿Qué hace Velasco en Manila? ¿No ha dicho si volvería al Japón?

El samurai sacudió la cabeza con decisión. Por supuesto recordaba las declaraciones que había hecho Velasco en Ciudad de México y en Manila, pero pensó que no debía mencionarlas en ese momento.

-El dominio ya no necesita a Velasco. Edo ha prohibido la práctica del cristianismo en todas las regiones del Japón. Su Señoría no permite que nadie difunda las enseñanzas cristianas en nuestro dominio. Velasco no es una excepción.

El sudor corría por la frente del samurai. Sentía a su lado que las rodillas de Nishi temblaban.

-¿Alguno de vuestros servidores se convirtió al cristianismo?

-No. -La voz del samurai era aguda.

-Estáis seguros, ¿verdad?

El samurai miró al suelo en silencio.

-Eso es todo. -El señor Tsumura sonrió por primera vez-. Sé que los mercaderes que os acompañaron en el viaje se convirtieron allí al cristianismo. Pero como lo hicieron por necesidad, para aumentar sus ganancias, fueron perdonados apenas formularon por escrito su renuncia al cristianismo. Pero vosotros sois samurais. Por eso me interesa particularmente vuestro caso.

Matsuki, sentado junto al señor Tsumura, todavía apartaba la vista; sin embargo, de algún modo, el samurai tenía conciencia de su mirada. Recordó con repugnancia las palabras que había pronunciado Matsuki cuando salieron de Ciudad de México.

-Debéis reconocer -continuó el señor Tsumura- que el punto de vista de Su Señoría y del Consejo de Ancianos ha cambiado. El dominio ya no favorece la llegada de naves extranjeras ni busca ganancias comerciales. Hemos abandonado nuestro deseo de comerciar con Nueva España.

-Entonces -dijo el samurai con voz estrangulada-, las circunstancias en que fuimos elegidos como emisarios también...

-Los tiempos han cambiado. Sé que vuestro largo viaje debe de haber sido una amarga experiencia. Pero el Consejo de Ancianos ya no desea relaciones con Nueva España. No necesitamos grandes barcos que atraviesen el océano.

-Entonces... Nuestra misión...

-Ya no tenéis ninguna misión.

El samurai trató de evitar que sus rodillas temblaran. Sofocó el grito de furia que se alzaba en su garganta y sus sentimientos de pena y dolor. Lo que el señor Tsumura decía con tal indiferencia era que su viaje había carecido de todo sentido y que no había servido a ningún fin. Entonces, ¿para qué habían cruzado los ilimitados desiertos de Nueva España, para qué habían viajado por España y habían ido a Roma? Y Tanaka Tarozaemon, enterrado en la espesura cerca de Veracruz, la muerte de Tanaka, ¿para qué había servido?

-Yo... -El samurai todavía miraba al suelo-. Nishi Kyusuke y yo nunca imaginamos semejante cosa.

-No había forma de que lo supierais. El Consejo de Ancianos no tenía cómo informaros.

Si no hubiera habido nadie más presente, el samurai se habría echado a reír por la futilidad de sus esfuerzos. Nishi, que estaba sentado, como el samurai, con la cabeza baja y los puños apretados sobre las rodillas, exclamó de pronto, con el rostro ceniciento:

-¡Hemos sido unos estúpidos!

-No ha sido vuestra culpa -dijo con amabilidad el señor Tsumura-. Las órdenes del Shogun contra el cristianismo han cambiado todo.

-¡Yo me he convertido al cristianismo!

Ante la exclamación de Nishi, el señor Tsumura alzó bruscamente la vista. El frío invadió la habitación. En el silencio, Matsuki volvió la mirada hacia los emisarios por primera vez.

El señor Tsumura preguntó suavemente:

-¿Es verdad? Esto es...

-No lo hicimos por convicción -dijo el samurai, tratando desesperadamente de contener a Nishi, que parecía a punto de gritar algo más-. Pensamos que nos ayudaría a cumplir nuestra misión.

-¿También vos os habéis convertido, Hasekura?

-Sí. Pero, como los mercaderes, tampoco nosotros fuimos sinceros.

El señor Tsumura miró en silencio al samurai y a Nishi con sus ojos penetrantes.

Finalmente hizo un gesto a sus acompañantes y uno de ellos salió de la habitación.

El señor Tsumura se puso de pie y los demás le siguieron. Sus ropas crujieron. Matsuki fue el último en salir. Se detuvo un instante, miró rápidamente al samurai y salió.

Solos, el samurai y Nishi permanecieron sentados en la postura formal, con las manos apoyadas sobre las rodillas. En la tranquila habitación el sol caía sobre el suelo de madera.

-Yo... -las lágrimas afloraron a los ojos de Nishi- he dicho algo que no debía decir.

-Está bien. El Consejo de Ancianos lo habría descubierto de todos modos.

El samurai pensó decirle a Nishi: «comprendo por qué lo has dicho», pero resolvió no hacerlo y calló. También él hubiese querido arrojar su pena y su amargura al señor Tsumura, al Consejo de Ancianos que había detrás de él y a los grandes poderes que había más allá del Consejo de Ancianos.

-¿Qué nos ocurrirá ahora?

-No lo sé. Eso debe decidirlo el señor Tsumura.

-¿Es ésta -dijo Nishi sonriendo entre sus lágrimas- la recompensa que merecemos?

r «No, éste es nuestro destino», murmuró una voz dentro del samurai. El destino que ya estaba determinado cuando el galeón había partido de Tsukinoura. El samurai pensó que sabia esto desde hacia mucho tiempo.

Nishi y el samurai dejaron a Yozo y a los demás servidores en Tsukinoura y partieron con el señor Tsumura y su séquito para informar de su viaje al Consejo de Ancianos y para entregar al Inspector Religioso una declaración escrita en que abjuraban del cristianismo. Todo esto se hizo de acuerdo con las órdenes del señor Tsumura.

El castillo de Su Señoría había sido agrandado durante su ausencia. Había una nueva torre blanca junto al foso y en la entrada una puerta que, según se decía, se había traído desde el castillo de Nagoya, en Kyushu. En el interior, una serie de murallas de piedra curvadas como hojas de espada y de barricadas con siniestras aspilleras para los cañones obstruían el paso. Dejaron solos a Nishi y al samurai en uno de los edificios.

La madera del suelo tenía un brillo sombrío. Aunque era mediodía, la habitación estaba a oscuras y no se oía el menor ruido. No había otro mobiliario que una escalera casi perpendicular en el extremo opuesto.

-Me cuesta soportar esta oscuridad -murmuró Nishi.

-¿Qué queréis decir?

-En los edificios de Nueva España y de España entraba el sol. No se parecían a este castillo. Todos sonreían cuando se les hablaba. Aquí no podemos hablar ni sonreír cuando queremos. Ni siquiera sabemos dónde está Su Señoría. -Nishi suspiró-.

Mientras vivamos no podremos escapar de esta oscuridad. Aquí un anciano magistrado vive como un anciano magistrado, un general como un general y un cabo como yo vivirá toda su vida como un cabo.

-Quizás hemos visto.., cosas que no deberíamos haber visto.

Así era realmente el Japón. Un muro con ventanas tan estrechas como troneras, para vigilar a quienes se acercaban y no para contemplar el amplio mundo. El samurai deseaba hablar con el señor Shiraishi. El señor Shiraishi o el señor Ishida no los mirarían despiadadamente como hacia el señor Tsumura. Comprenderían por qué los emisarios no habían logrado cumplir su misión y les dirían cálidas palabras de agradecimiento.

Los pasos que se acercaban no eran ni del señor Shiraishi ni del señor Ishida. Entraron el inspector religioso, el señor Otsuka, y un oficial. El anciano inspector, tan consumido como el tío del samurai, preguntó una vez más a los dos hombres por qué se habían convertido al cristianismo.

-Porque nuestra misión en Nueva España y en España habría sido imposible de cumplir si no nos convertíamos -explicó el samurai. Cuando terminó su informe acerca de Velasco y de la muerte de Tanaka, dijo-: Todo fue por el bien de nuestra misión.

Nos convertimos como una formalidad. Y lo mismo hicieron nuestros servidores.

-¿Y no tenéis ahora ninguna fe?

-En ningún momento la tuvimos.

-Será mejor que escribáis eso en vuestro juramento de abjuración. Ponedlo por escrito. -El señor Otsuka miró compasivamente a los dos hombres y repitió-: Ponedlo por escrito. -El oficial puso ante los hombres pequeñas carpetas con papel y pinceles e hizo que escribieran sus juramentos.

Mientras lo hacia, el samurai pensaba en aquel hombre feo y demacrado colgado de la cruz. Ese hombre que se habían visto obligados a mirar todos los días y todas las noches, en todos los pueblos y todos los monasterios que habían visitado durante su largo viaje. Él no había sentido jamás el menor deseo de adorar a ese hombre. Sin embargo, todos los disgustos que estaba sufriendo se debían a Él. Ese hombre trataba de alterar el destino del samurai.

Cuando terminaron de escribir el juramento de abjuración, salieron del edificio y fueron conducidos a otro donde se reunía el Consejo de Ancianos. Pero no estaba.

presente ninguno de los ancianos magistrados. Tres oficiales escucharon friamente lo que el samurai y Nishi dijeron acerca del viaje. De sus bocas no surgió la menor expresión de gratitud o simpatía. Aparentemente el Consejo de Ancianos íes había impartido la orden de tratar de esa manera a los dos emisarios.

-¿No se ha recibido ningún mensaje del señor Shiraishi o del señor Ishida?

-preguntó el samurai, incapaz de contenerse. Uno de los oficiales informó que no tenía noticias de un mensaje semejante y que no era necesaria una audiencia con esos hombres. Luego añadió:

-Durante cierto tiempo no se os permitirá que os veáis. -Explicó que se trataba de una orden del Consejo de Ancianos.

-¿Por qué no podremos vernos? -Nishi apretó los puños y se acercó al oficial.

-El dominio ha decidido que quienes se han convertido al cristianismo, por la razón que sea, no podrán mantener relaciones entre si -declaró el oficial, con una leve sonrisa en los labios. Luego les dijo que eran libres de regresar al templo y a sus hogares.

Era evidente, por las palabras del oficial y por el trato recibido, que todo el castillo consideraba que la llegada de los emisarios era un fastidioso acontecimiento que convenía dejar pasar en silencio. Y ellos estaban convencidos de que los ancianos magistrados no deseaban concederles audiencia. Nadie los acompañó a la puerta. Descartados como inútiles piedrecillas, el samurai y Nishi salieron del edificio. El sol que se filtraba a través de los árboles caía sobre el sendero de grava y las aspilleras miraban fijamente a los dos hombres. No sabían en qué parte del castillo moraba Su Señoría. Quizás ni siquiera estaba enterado de su regreso.

Mientras descendían por la rampa que llevaba hasta la puerta principal, el samurai murmuró de pronto para sus adentros: «Las tierras de Kurokawa. . .» El señor Ishida le había prometido que se ocuparía del feudo de Kurokawa cuando concluyera su misión. El señor Shiraishi y el señor Ishido debían de saber que habían vuelto. ¿Por qué no les concedían una audiencia?

Regresaron a su habitación, pero casi no tenían fuerzas para examinar su situación.

Ya no comprendían nada. Mañana, junto con sus servidores, volverían a sus feudos.

-De modo que no podremos vernos durante un tiempo -dijo el samurai, parpadeando- Es una orden y debemos obedecer. Estoy seguro de que terminarán por recobrar el buen sentido.

-No puedo comprenderlo. El trato que nos ha dado el Consejo de Ancianos es deplorable.

El joven Nishi siguió pronunciando vanas palabras y fútiles quejas hasta que cayo la noche.

Después de la cena, Nishi se sentó en el suelo abrazando sus propias rodillas. A su lado, el samurai escribía su diario de viaje a la luz de una vela. Cada carácter que escribía llevaba a su memoria un torrente de recuerdos, y diversas escenas con sus colores y fragancias volvían a la vida. El diario estaba saturado de penas y emociones que no acertaba a expresar por completo. La llama de la vela fluctuaba con un diminuto crujido seco de vez en cuando.

Llegó un visitante. Su sombra, semejante a la de un pájaro, se movió por la pared, manchada por el agua de viejas lluvias que se colaba por el techo. Era Matsuki Chusaku.

-He venido a... despedirme. -Matsuki se apoyó contra la pared, evitando, como antes, sus miradas. Quizás se sentía culpable por no haber compartido el destino de sus camaradas, quizás simplemente no podía soportar verlos en su presente situación.

Como ninguno de los dos dijo nada, Matsuki prosiguió:

-Desde ahora en adelante, debéis actuar como si el viaje nunca se hubiera realizado.

-Yo no puedo. -Los ojos de Nishi estaban llenos de resentimiento-. Sé que habéis sido designado inspector asistente del Consejo de Ancianos. Es un notable progreso. Nosotros no tenemos la esperanza de ascender en el mundo tan hábilmente como vos, señor Matsuki.

-Nishi, cuidad vuestra lengua. Os dije muchas veces en el barco que los miembros del Consejo tenían diferentes opiniones acerca del viaje, y que el señor Shiraishi disentía del señor Ayugai. Os lo advertí reiteradamente. Pero no me habéis escuchado.

-¿Qué ha sido del señor Shiraishi? -preguntó el samurai, tratando de suavizar la discusión-. ¿Es todavía el miembro principal del Consejo?

-Ya no forma parte de él. Ahora gobierna el dominio la facción del señor Ayugai.

Nishi hizo una mueca y lanzó otro ataque.

-¿Por eso nos han tratado así? No hemos recibido una palabra de agradecimiento del Consejo.

Matsuki miró a Nishi con frío desdén.

-En eso consiste el gobierno.

-¿El gobierno? ¿Qué significa, exactamente, «gobierno»?

-El nuevo Consejo de Ancianos debe rechazar toda la política del señor Shiraishi y su partido. Lo que el señor Shiraishi planeaba debe eliminarse por completo. Y lamentablemente... las personas que simbolizan esos planes deben ser rechazadas aunque no hayan recibido la menor advertencia. Así es el mundo del gobierno.

-Soy un cabo... No sé nada del gobierno. Lo único que he hecho es cumplir las órdenes que recibí y servir como emisario... -Nishi bajó la vista y sus hombros empezaron a temblar. Matsuki desvió la cabeza para no mirar a su antiguo colega.

-Escuchad, Nishi -murmuró, casi como si lo consolara-. ¿Todavía creéis que habéis sido un emisario? ¿Aún no habéis comprendido que sólo habéis sido un muñeco vestido de emisario?

-¿Qué queréis decir? ¿Un muñeco? -Sobrecogido por la sorpresa, el samurai habló con voz más fuerte de lo que se proponía.

Matsuki parpadeó.

-El objetivo principal de Edo y de nuestro dominio no ha sido nunca el comercio con Nueva España. Lo comprendí cuando regresé al Japón...

-Entonces, ¿cuál...?

-Escuchad. No tenían la menor intención de abrir paso a los misioneros cristianos. Edo utilizó a nuestro dominio para que aprendiéramos a construir grandes barcos y a navegar con ellos. Y las rutas oceánicas. Por eso iban en el galeón los marinos japoneses. Nosotros y los mercaderes éramos un mero recurso para evitar las sospechas de los extranjeros. Y por eso no enviaron emisarios de alta graduación. Designaron simples cabos que podían morir o pudrirse por el camino sin que a nadie le importara.

-¿Y eso es el gobierno? -Nishi se golpeaba furiosamente las rodillas con los puños-.

¿Ésa es la noble conducta del gobierno?

-Así actúa el gobierno. Ahora lo comprendo. Algo que era bueno hace cuatro años debe considerarse malo si ya no sirve hoy. Ésa es la noble conducta del gobierno. En cierto momento, el pian del señor Shiraishi para atraer la prosperidad a nuestro dominio era conveniente. Pero ahora que el Shogun no desea que prospere ningún dominio en particular, las ideas del señor Shiraishi no son buenas. El señor Shiraishi ha sido expulsado del Consejo de Ancianos y se ha reducido su feudo. Era de esperar. En eso consiste la noble conducta del gobierno.

Como Nishi, el samurai apretó los puños y miró la llama de la vela. Sólo si los apretaba hasta que las uñas se le clavaran en la carne podía soportar esa mortificación.

Las palabras compasivas del señor Ishida. La suave sonrisa del señor Ishida.

-Incluso los cabos somos seres humanos -gimió el samurai, como una bestia herida-. Somos seres humanos. Aunque sólo seamos cabos.

-El gobierno es tan despiadado como la batalla. No se puede dar una batalla si el general debe preocuparse de los sufrimientos de sus cabos.

-¿Su Señoría.., piensa también así?

Bien podía ser aquélla la actitud del Consejo de Ancianos y de los magistrados; pero el samurai no podía creer que Su Señoría la compartiera. El samurai había visto sólo de lejos a Su Señoría. Su Señoría estaba muy lejos del alcance de un cabo. Pero la familia, su padre y su tío, había combatido por Su Señoría. Y algunos miembros de la familia habían muerto por él, que no era un hombre inerme, como aquel ser miserable de los brazos abiertos. Su Señoría debería saber todo esto.

-¿Su Señoría? -murmuró Matsuki, apenado-. Su Señoría es el gobierno.

Nubes ininterrumpidas cubrían el cielo, y de vez en cuando el bosque se estremecía y dejaba caer gotas de lluvia. Un campesino con un abrigo de paja cortaba ramas.

Junto al hogar, el samurai también partía ramas secas. A su lado, su tío miraba el fuego. Las ramas muertas se quebraban entre sus manos con un seco estallido. Las arrojó al hogar. Pequeñas lenguas de fuego las lamieron.

«Debéis actuar como si el viaje nunca se hubiera realizado.» Recordaba vívidamente las palabras que Matsuki Chusaku había pronunciado con simpatía. Olvidar, pensar que nada había sucedido. Ciertamente ninguna otra cosa poría restaurar su decaído ánimo. Era inútil ahora pensar que no habían sido verdaderos emisarios sino sólo piezas movidas para engañar a las naciones extranjeras. El samurai comprendía ahora lo que había querido decir Matsuki cuando se había referido a las discrepancias entre el señor Shiraishi y los ancianos magistrados en el seno del Consejo de Ancianos, a la caída del señor Shiraishi del poder, y a la naturaleza del gobierno.

él no podía hacer nada al respecto.

Sin embargo, era penoso para él mirar el rostro acongojado de su tío, que había puesto sus esperanzas en los méritos del sobrino. Riku, su esposa, se limitaba a sonreír con tristeza. No le había preguntado nada acerca de las consecuencias del interrogato¡rio en el castillo, y tampoco acerca del futuro. Era prudente y actuaba como si nada hubiese ocurrido. Pero a veces su misma ternura angustiaba al samurai.

-El señor Ishida... -Una noche, su tío, sentado junto al samurai mientras partía ramas, no pudo contenerse y preguntó-: ¿No has recibido ningún mensaje del señor Ishida?

-Ahora están cosechando en Nunozawa. Cuando el trabajo termine, sin duda me llamará.

Su señor no se había comunicado con él desde su regreso. Parecía evitar todo contacto con la familia Hasekura. El samurai había enviado a Yozo con un saludo y una solicitud de audiencia, pero la única respuesta fue que el señor Ishida lo convocaría cuando fuera conveniente.

«El mundo es inmenso. Pero ya no podré creer en las personas.» Eso había dicho Nishi Kyusuke cuando se separaron en Tsukinoura. Mientras hablaba, Nishi aferraba las riendas de su caballo con ambas manos para contener su creciente resentimiento.

Esas palabras iracundas resonaban de vez en cuando en los oídos del samurai. Los dos habían sido enviados al mundo sin saber ni comprender nada. Edo había procurado utilizar al dominio, el dominio había tratado de explotar a Velasco, Velasco había tratado de engañar al dominio, los jesuitas habían mantenido una sórdida contienda con los franciscanos; y en mitad de tantos engaños y decepciones, los dos hombres habían desarrollado su viaje.

-Me pregunto si hasta el señor Ishida habrá abandonado a nuestra familia - urmuró su tío.

Antes nunca había hablado con voz tan débil. Estaba siempre junto al hogar y miraba con expresión vacía las llamas que se movían letárgicamente como insectos al final del otoño. También su cuerpo se había consumido. Con desesperación, el samurai dijo palabras que él mismo no creía para tranquilizar a su pariente, Riku estaba a su lado, con los ojos bajos, oyendo hablar a los hombres. A veces se ponía de pie y se marchaba, como si no pudiese soportar que su marido dijera mentiras a sabiendas. Pero el samurai debía mentir para que su tío, que se deterioraba rápidamente, sobreviviera unos días más. El único deseo del anciano, un deseo tan pegajoso como una enfermedad crónica, era regresar a las tierras de Kurokawa, las tierras que había heredado de sus antepasados, y morir allí.

Los días en que no se sentía capaz de enfrentarse a su tío, el samurai se unía a los campesinos y trabajaba físicamente desde el alba hasta el anochecer, vaciando de ideas su cabeza. Apilaba sobre su espalda, hasta que ésta parecía a punto de romperse, los leños que rodeaban su casa como una cerca; y luego los subía por el sendero de la montaña hasta la cabaña del carbonero. Estas tareas eran su única vía de escape.

Yozo, con su propia carga de leña, seguía en silencio a su amo. Desde el regreso, el samurai no había interrogado a Yozo acerca de sus sentimientos. Pero cuando se sentaban a descansar en un claro donde el cálido sol brillaba sobre la hierba, sembrada de castañas silvestres, al samurai le bastaba mirar los ojos de Yozo, perdidos en el espacio, para saber qué pensaba.

«Yozo y los demás -pensaba el samurai mientras arrancaba del suelo una setason más dignos de piedad que yo.» El samurai no podía recompensar a Yozo, Ichisuke y Daisuke por los rigores del largo viaje. El Consejo de Ancianos no había concedido la menor gratificación a la familia Hasekura. Quizá Yozo y los demás envidiaban a Seihachi, que había muerto.

Él había alcanzado la libertad. Pero Yozo y los otros, como el samurai, debían continuar con su destino de siempre.

Bien entrado el otoño, llegó por fin un mensajero del señor Ishida. El samurai debía partir a verlo en secreto; el señor Ishida tenía varios temas que tratar con él.

Fue a Nunozawa acompañado solamente por Yozo. El agua del foso que rodeaba la mansión del señor Ishida estaba sucia y cubierta de plantas acuáticas y hojas de loto podridas. Era visible, en el desvaído color castaño de aquellas plantas en descomposición, la pérdida del poder en el Consejo de Ancianos.

-Gracias por haber venido. -El señor Ishida tosió mientras miraba al samurai postrado. Cuando éste alzó la cabeza, advirtió que su señor, como su tío, había envejecido considerablemente. El recio cuerpo del señor Ishida también se había marchitado.

-Yo sé -dijo el señor Ishida tras una pausa, con voz fatigada- que esto ha sido muy penoso para vos.

El samurai trató de contener sus emociones. Eran las primeras palabras amables que oía desde su regreso. Sintió deseos de llorar. Apoyó las dos manos sobre las rodillas e inclinó la cabeza.

-Pero no podemos hacer nada. Mientras estabais fuera, todo cambió en el dominio y Su Señoría abandonó sus anteriores sueños. Tendréis que olvidaros de vuestras tierras de Kurokawa.

El samurai estaba preparado para esto, pero cuando lo oyó de la boca del señor Ishida, el rostro desdentado de su tío apareció ante sus ojos.

-No debéis pensar siquiera en formular una protesta. Es mejor que se lo digáis claramente a vuestro tío. Debéis consideraros afortunados de que se permita sobrevivir a la familia de alguien que se ha convertido al cristianismo, aunque fuera por poco tiempo.

-Eso fue solamente... por el interés de nuestra misión.

«Yo no creía en el cristianismo. No quería convertirme.» El samurai trató de hacer que sus ojos nublados por las lágrimas se lo explicaran al señor Ishida.

-Recordad que se confiscaron las tierras del señor Senmatsu y del señor Kawamura, porque eran cristianos.

-¿Del señor Senmatsu y el señor Kawamura?

Era la primera vez que lo oía. Eran dos familias de prestigio incomparablemente superior al de los Hasekura. En particular, el señor Kawamura Magobei, del clan Kawamura, se había distinguido en la irrigación y forestación del dominio, y había recibid ocomo recompensa más de tres mil koku de tierra en Sarusawa, Hayamata y Okagi.

-Debéis aceptar vuestra suerte -advirtió el señor Ishida-. Desde ahora en adelante, debéis vivir discretamente.

-¿Discretamente?

-Sí, sin llamar la atención. No debéis prestaros a la menor sospecha de ser cristiano. Yo ya no puedo protegeros. En los viejos tiempos, Su Señoría llamaba a la casa de Ishida para planear la estrategia de las guerras. Pero los tiempos han cambiado y nos ha arrojado a un lado como piedrecillas. No hablo por resentimiento. Su Señoría emplea con gran eficacia las maneras del gobierno. -El señor Ishida rió burlonamente de sus propias palabras-. Para vos, nada ha cambiado, ¿no es verdad? Hace algunos años fuisteis elegido para viajar a lejanos países como emisario, aunque sólo erais un cabo. Pero ahora debéis vivir sin llamar la atención. La relación entre una persona y otra es igualmente fría y despiadada. Pensad en ello. Os pedí que vinierais hoy porque deseaba deciros esto.

Con la vista baja, el samurai escuchaba la voz melancólica de su señor. El señor Ishida, según parecía, no hablaba tanto con el samurai como consigo mismo, tratando de moderar su propio dolor y su propia furia.

Salió de Nunozawa a la caída de la noche, con la voz cascada del señor Ishida resonando todavía en sus oídos. Yozo le seguía. Vivir en la llanura silenciosamente, sin llamar la atención: ésa es la vida que esperaba al samurai.

Cuando regresó a su casa, dijo a su tío que sólo había hablado con el señor Ishida de los paises extranjeros. En realidad, el señor Ishida no había hecho una sola pregunta a cerca de esos paises o del curso del viaje. El señor Ishida y todas las demás personas del dominio habían perdido todo interés por los paises lejanos.

-Entonces, si no mencionó las tierras de Kurokawa -dijo su tío, con los ojos entrecerrados, quizá con resignación-, ¿no te habló de alguna recompensa?

-No puede hacer nada en este momento. Me ha dicho que es necesario esperar la ocasión adecuada.

El samurai no podía cortar los únicos lazos que aún ataban a su tío a la vida. Debía hablar como si existiera todavía alguna tenue esperanza. Era amargo mentir y el samurai hablaba con voz inexpresiva. En momentos así, era una ayuda tener un rostro que no delataba las emociones.

Cuando todos se durmieron alrededor del hogar, abrió la caja para correspondencia que había traído del viaje. Esa caja se había mojado muchas veces con agua de mar y se había abrasado con el caliente sol de Nueva España. Según el consejo del señor Ishida, debía quemar todo aquello que trascendiera a cristianismo. En la caja había folios de papel donde los monjes y sacerdotes de los monasterios habían escrito sus nombres y plegarias para el viaje, y algunas de las pequeñas estampas que solían guardar en los libros de oraciones. No había tirado esos objetos, pensando que, después del regreso, a las mujeres y a los niños les sorprenderían y les agradarían.

El samurai los rompió y los echó al fuego. El Consejo de Ancianos podía encontrarlos sospechosos y usarlos como prueba. Los papeles se curvaron en los bordes, tomaron un color castaño rojizo y pronto fueron devorados por diminutas llamas.

Las noches eran profundas en la llanura. Nadie que no hubiese pasado un noche en la llanura podía saber cómo era la oscuridad o el silencio. El silencio no era ausencia de sonido. Era el roce de las hojas en el bosque, el grito ocasional de un ave, la sombra de un hombre que miraba el pequeño fuego de un hogar. Mientras contemplaba las brasas, el samurai meditaba en las palabras de Nishi. «El mundo es inmenso. Pero ya no podré creer en las personas.» También recordó lo que había dicho el señor Ishida.

«De ahora en adelante, debéis vivir discretamente. » En ese momento, casi podía imaginar a Nishi y al señor Ishida, ambos sentados en silencio con las cabezas bajas, como él mismo.

Dei fondo de la caja sacó una pequeña pila de papeles. Se los había dado aquel japonés de Nueva España, cuando se despedían junto a la laguna de Tecali. ¿Se habría marchado con los indios ese hombre, a otra parte? ¿O habría muerto en la calurosa orilla de la laguna? El mundo era inmenso; pero en cualquier parte del inmenso mundo, exactamente como en la llanura, la gente vivía aplastada por el peso de sus penas.

Él siempre está a nuestro lado.

Siente nuestra agonía y nuestro dolor.

Llora con nosotros y nos dice:

«Benditos sean quienes lloran en esta vida porque sonreirán en el reino del cielo».

«Él» era el hombre de la cabeza caída hacia un lado, ese hombre delgado como un alfiler, clavado a una cruz con los brazos inertes extendidos. Nuevamente el samurai cerró los ojos e imaginó al hombre que lo había mirado todas las noches desde los muros de las habitaciones de Nueva España y de España. Por alguna razón, ya no sentía el mismo desdén que había sentido antes. En realidad, le parecía que aquel ser desventurado se parecía bastante a él mismo.

Cuando Él estaba en el mundo, hizo muchos viajes; pero jamás visitó a los altaneros ni a los poderosos. Sólo visitaba a los pobres y afligidos, y no hablaba con los demás. Las noches en que la muerte visitaba a los afligidos, Él se sentaba a su lado hasta el alba, cogiéndoles las manos, y lloraba con los deudos... Decía que había venido al mundo para asistir a los hombres...

Y he aquí que había una mujer que durante muchos años se había ganado la vida vendiendo su cuerpo. Cuando supo que Él había venido, corrió adonde estaba. Y se acercó a su lado, y no dijo una palabra sino que lloró y sus lágrimas bañaron los pies del Señor. Y Él le dijo: «Con esas lágrimas tus pecados han sido perdonados, tu Padre que está en el cielo conoce tu angustia y tu pesar; por lo tanto nada temas».

En alguna parte un pájaro chilló una vez y otra más. El samurai partió una rama seca y la echó al hogar, y las llamitas empezaron a morder las hojas marchitas.

El samurai pensó en ese hombre, con el pelo recogido en una coleta, escribiendo esas palabras en su cabaña de Tecali. Probablemente las noches eran tan oscuras y profundas junto a la laguna de Tecali como en la llanura. El samurai pensó que tenía ahora una vaga idea del motivo que había impulsado a ese hombre a escribirlas. Quería expresar su propia idea. No quería al Cristo adorado por ricos sacerdotes en las catedrales de Nueva España, sino a un hombre que estaba a su lado, al lado de los indios y de todos los abandonados. «Está siempre a nuestro lado. Siente nuestra agonía y nuestro dolor. Llora con nosotros... » El samurai casi veía el rostro del compatriota que había escrito con mano torpe esas palabras.

Se acercaba el primer invierno posterior a su regreso. Todos los días las hojas marchitas caían como nieve en el bosquecillo que rodeaba su casa. Un día advirtió que los árboles estaban totalmente desnudos y que las ramas plateadas parecían las mallas de una red.

Como de costumbre, el samurai fue a las colinas con Yozo y los demás campesinos a cortar madera. Los árboles derribados eran cortados como leña y apilados alrededor de la casa o bien quemados para obtener carbón. Vestido con el han giri de mangas ajustadas y pantalones, como los demás hombres, trabajaba todo el día cortando ramas con un hacha o aserrando troncos. El trabajo físico impedía que pensara en otras cosas.

Con una montaña de ramas a la espalda, regresaba con sus servidores, murmurando a cada paso las palabras del señor Ishida: «Discretamente, sin llamar la atención. Discretamente, sin llamar la atención».

A veces, durante el trabajo, el samurai recordaba algo y miraba a Yozo. Como todos los pobladores de la llanura, Yozo jamás demostraba sus emociones, de manera que cuando sus ojos se encontraban con los de su amo, se limitaba a devolver la mirada inexpresivamente. Pero el samurai sabia que en los ojos de Yozo se ocultaba una resignación parecida a la suya.

Desde el regreso, el samurai no había hablado nunca con Yozo del trato que había recibido ni de sus resentimientos. Y Yozo no le había hecho preguntas. Sin embargo, el samurai pensaba que Yozo comprendía su pesar mejor que nadie, incluso mejor que su esposa Riku. Era un consuelo que Yozo hubiese compartido a su lado los azares del largo viaje.

Ya se habían cosechado el mijo y el daikon, y los haces de heno con que se cubriría el suelo de los establos, apoyados verticalmente unos contra otros en el campo, semejaban muñecas de paja. Cuando pusieran el heno en su sitio ya no quedaría ninguna tarea importante hasta Año Nuevo, aparte de la fabricación del carbón.

El día llamado «el fin del otoño», cuando se habían acabado ya los trabajos, el samurai vio formas blancas en el cielo sobre la llanura.

Su hijo Gonshiro exclamó:

-¡Cisnes blancos!

-Si -asintió el samurai. Frecuentemente había soñado con ellos durante el viaje.

El día siguiente el samurai fue con Yozo por el sendero de la montaña hasta la base de la colina donde había habido, antes, un castillo. Cuando se acercaron, de la laguna remontaron vuelo cuatro o cinco patos jóvenes.

Era precisamente la escena que había visto en sueños. En la superficie del agua, a la débil luz del sol, los patitos se reunían, parloteaban con sus voces como de silbato, se rozaban los picos unos a otros, se separaban, nadaban hacia la orilla formados en línea. A breve distancia de los patitos se veía un grupo de aves adultas de cuello verde oscuro. A diferencia de los jóvenes, éstas echaban a volar una por una.

Apartados, los cisnes nadaban serenamente lejos de la orilla. Movían de un lado a otro el largo cuello y lo hundían en el agua. Alzaban la cabeza y pececillos plateados brillaban en sus picos amarillos. Cuando se cansaban de nadar, salían a tierra, desplegaban sus alas y se ordenaban las plumas con el pico.

El samurai no sabía de dónde habían venido, ni por qué habían elegido esa pequeña laguna como hogar para el largo invierno. Sin duda, muchas de ellas se habían debilitado y habían muerto de hambre durante el viaje.

-Estas aves -murmuró el samurai, parpadeando- también deben de haber cruzado un gran océano y visto muchos paises.

Yozo miraba el agua sentado, con las manos en el regazo.

-Es verdad... Un largo viaje.

La conversación se detuvo allí. Después de pronunciar esas palabras, el samurai sintió que no necesitaba decir nada más a Yozo. No se trataba sólo de que el viaje hubiera sido penoso. El samurai quería expresar que su propio pasado, y el de Yozo, habían sido una sucesión de experiencias igualmente penosas.

Cuando se levantó el viento y pequeñas olas se deslizaron por la superficie de la laguna, los patos y los cisnes cambiaron de dirección y se alejaron en silencio. Yozo bajó la cabeza y cerró los ojos apretando los párpados. El samurai sabia que luchaba contra un torrente de emociones. Sintió súbitamente que el perfil de su fiel servidor se parecía al de aquel hombre. Que también tenía la cabeza inclinada como si soportara todas las angustias. «Él está siempre a nuestro lado. Siente nuestra agonía y nuestro dolor...» Yozo jamás había abandonado a su amo, ni ahora ni en el pasado. Había seguido al samurai como una sombra. Y jamás había interrumpido con una palabra los sufrimientos de su amo.

-Siempre creí que me convertí al cristianismo como una mera formalidad. Este sentimiento no se ha modificado. Pero desde que aprendí algo acerca del gobierno, a veces pienso en ese hombre. Creo comprender por qué en todas las casas de esos países hay una patética figura que lo representa. Supongo que en alguna parte del corazón de los hombres está el anhelo de que alguien nos acompañe durante toda nuestra vida, aunque sólo sea un perro sarnoso. Ese hombre se convirtió en un perro por el bien de la humanidad. -El samurai repitió esas palabras como si hablara consigo mismo-. Si. Ese hombre se convirtió en un perro que nos acompaña. Eso escribió el japonés de Tecali. Que cuando estaba en la Tierra, dijo a sus discípulos que había venido al niundo para asistir a los hombres.

Yozo alzó la mirada por primera vez. Desvió los ojos hacia la laguna, meditando en lo que había dicho su amo.

-¿Crees en el cristianismo? -preguntó serenamente el samurai.

-Si -respondió Yozo.

-No se lo digas a nadie.

Yozo asintió.

El samurai rió deliberadamente, tratando de cambiar de tema.

-Cuando llegue la primavera, las aves se irán. Pero nosotros no abandonareniOS la llanura. Este es nuestro hogar.

Habían recorrido muchos países. Habían atravesado vastos océanos. Pero habían retornado a esa región de suelo árido y pueblos empobrecidos. El samurai lo sentía con gran intensidad. Era como debía ser. Un mundo inmenso, muchos países, grandes océanos. Y sin embargo, adondequiera que fuesen, las personas eran iguales. Iguales las disputas, la manipulación y las intrigas. Tanto en el castillo de Su Señoría comen el mundo sectario de Velasco. Lo que el samurai había visto no eran ciudades, tierras y naciones sino el karma desesperado del hombre. Y sobre el karma del hombre flotaba esa figura fea y consumida con las manos y los pies clavados a una cruz y la cabeza caída de lado. «En este valle de lágrimas lloramos y Te llamamos.» El mofije de Tecali había escrito esas palabras al fin de su manuscrito. ¿En qué se diferenciaba del resto del mundo esa desventurada llanura? El samurai quería decirle a Yozo que la llanura era el mundo y que era ellos mismos; pero no pudo encontrar palabras que expresaran lo que sentía.

Japón. Truena la tormenta de la persecución, y sólo demuestras hostilidad a Dios.

Entonces, ¿por qué me atraes? ¿Por qué trato de regresar?

El doce de junio embarqué en un junco chino y partí de Luzón, donde había vivido durante un año. Varios cristianos japoneses exiliados en Manila reunieron secretamcn te el dinero necesario. Con esos fondos pude adquirir este junco carcomido por las termitas, contratar a algunos tripulantes y salir de Luzón.

No sé qué pensará Nuestro Señor de este acto temerario. En este momento no se siquiera si la voluntad de Dios era mantenerme como prior del monasterio de Manila, o enviarme a combatir nuevamente en el lapón. Sin embargo, de una cosa estoy seguro:

a su tiempo el Señor me dará una respuesta clara. Y cuando lo haga, me someteré mansamente a Su voluntad.

He escrito que mi acto es temerario. Regreso al Japón, donde se oprime y persigue a los cristianos. Sin duda esto ha de parecer imprudente a los ojos de los demás. Cuan do los japoneses exiliados en Manila se enteraron de mi plan, movieron la cabeza y dijeron que

era una locura. Dijeron que si desembarcaba y era inmediatamente apricionado, eso no serviría a ningún fin.

Pero si mi acto es loco e imprudente, ¿no lo fue el viaje de Jesús a Jerusalén? El Señor salió del desierto de Judea y guió a sus discípulos a Jerusalén, sabiendo perfecta mente que moriría a manos del sumo sacerdote Caifás y de sus seguidores. Percy el Señor sabía que la sangre que vertería había de ser beneficiosa para la humanidad.

«No tiene el hombre mayor amor que dar la vida por los que ama.» Pienso ahora en Sus palabras. Los amigos por quienes debo dar la vida no son mis colegas, los monjes que oran en silencio en el monasterio de Manila. Mis amigos son los fieles japoneses, como aquel hombre que vino hacia mí en la playa de Ogatsu.

«Que tu corazón recobre la paz. Pronto llegará un día en que nadie ría de tus creencias», le dije. ¿Dónde estará viviendo ahora ese hombre? Yo le mentí. Ese día en que los cristianos del Japón podrían proclamar orgullosamente su fe no ha llegado. Pero yo no lo he olvidado. A causa de él no puedo quedarme en el monasterio de Manila, recitando complacido la misa y pronunciando bellos sermones.

Nuestro viaje continúa sin incidentes. Rezo todos los días por el Japón. Rezo por los emisarios japoneses, a quienes no he visto desde que partieron de Luzón. Rezo por ese hombre en desgarradas ropas de trabajo. He dedicado la mitad de mi vida a esa tierra estéril. He tratado de plantar allí la vid del Señor y he fracasado. Y sin embargo, esa tierra es mi tierra. Es la tierra que debo someter para el Señor. Me atrae el Japón precisamente porque es una tierra estéril.

Islas abruptas salpican el horizonte hacia el este. Las olas arrojan nubes de espuma contra los acantilados y luego se convierten en niebla y se esfuman. Hace muchos años pasé por aquí. Es el sur de Taiwan. Pronto bordearemos las islas Ryukyu, atravesaremos el peligroso paso entre las islas Shichito y nos acercaremos a Satsuma, en el extremo sur del Japón.

La bonanza continúa. Durante varios días he reflexionado sobre el último viaje por mar de san Pablo que se recuerda en los Hechos. ¿Tuvo Pablo alguna premonición de su martirio en Roma? ¿Partió hacia el reino del tirano Nerón resuelto a morir? Los Hechos no mencionan ninguna premonición, pero leyendo entre lineas siento claramente que Pablo anticipó sus propios sufrimientos y su terrible muerte.

Desde mi juventud me atrae mucho más Pablo que los doce apóstoles, y en particular que Pedro, a quien el Señor amaba. Pablo tenía una naturaleza apasionada, un apasionado deseo de conquista y un apasionado fervor como el mio. Incluso tenía precisamente los mismos defectos que yo. A causa de su energía y su pasión hirió a muchas personas, como por ejemplo a Pedro. No vacilaba en discutir con los apóstoles en defensa de sus creencias. Cuando medito en su vida, muchas veces creo ver en ella fuerzas y debilidades que encuentro en la mía. Además, en el fondo de su corazón, Pablo se negaba a aceptar la excesiva cautela e indecisión de los doce apóstoles. Así como yo no puedo perdonar a los jesuitas la profunda cobardía que demostraron en la evangelización del Japón. Los amigos de los doce apóstoles calumniaron insidiosamente a Pablo, como a milos jesuitas. Sin embargo, fue a causa de los esfuerzos de

Pablo y de su notable obra misionera entre los gentiles por lo que la influencia de la iglesia pudo trascender de Judea. Y del mismo modo, por más que los miembros de la Compañía de Jesús se hayan esforzado por reprimirme, ¿quién puede afirmar que yo no he beneficiado a la acción evangelizadora en el Japón?

Hoy, mientras estaba en cubierta, cara al viento, repetí una y otra vez el sermón de Pablo que se recuerda al final de los Hechos, y en particular el hermoso pasaje de Isaías que cita:

«Ve a este pueblo y diles:

De oído oiréis y no entenderéis; Y viendo veréis y no percibiréis;

Porque... de los oídos oyeron pesadamente, Y sus ojos taparon, Porque no vean con los ojos y oigan con los oídos, Y entiendan de corazón y se conviertan, Y yo los sane.»

Ayer nos persiguió una tormenta. Las olas se encresparon y desnudaron sus colmillos blancos y todo el cielo era gris plomizo sin una sola hendidura entre las nubes.

Los chinos cuchicheaban que probablemente el temporal caeria sobre nosotros cerca de las Shichito. En previsión de esa eventualidad, envolví mis principales pertenencias -mi breviario, estas notas y el pan y el vino para la misa- en un hatillo, con el deseo de conservar por lo menos estas cosas.

Por la tarde, el mar se enfureció aún más y los chinos decidieron guarecerse en Kuchinoshima, en las islas Shichito, y por consiguiente cambiaron de rumbo. Alrededor de las tres de la tarde nos alcanzaron el viento y una lluvia feroz. La tormenta desarboló el junco, que se precipitaba desde las cumbres hasta los abismos de cada ola. Atados unos a otros con cuerdas para no ser arrojados al mar, nos debatíamos contra las olas que inundaban la cubierta.

Cuatro horas más tarde el temporal dejó de jugar con nuestro junco y huyó hacia el Japón. El timón no funcionaba y flotamos a la deriva en el negro mar hasta la madrugada. Amaneció un día sereno, en violento contraste con el anterior, y finalmente vimos en el horizonte Kuchinoshima brillando al sol. Pronto varios pescadores japoneses se acercaron en un bote de remos para ayudarnos.

Estoy ahora en la cabaña de uno de esos pescadores. Creen que soy un comerciante que se dirige a Bonotsu y me han dado comida y prestado ropas.

Después de la tormenta el cielo azul parece recién lavado. Esta isla nació de un volcán apagado, y en el centro hay una gigantesca montaña de tres picos. En la única y pequeña playa de ceniza volcánica hay unas treinta cabañas de pescadores: son los únicos habitantes de la isla. No hay aquí guardias japoneses. Según los isleños, los guardias vienen una vez por año desde Satsuma, pero en seguida continúan su gira de inspección y se dirigen a las islas Ryukyu.

Los isleños, que nada sospechan, dicen que nos llevarán a Bonotsu en sus botes cuando estemos mejor, pero los chicos afirman que pueden reparar el junco.

He vuelto. Hace cuatro días que salimos de Kuchinoshima, y el Japón está ahora ante mis ojos. El Japón que debo conquistar en el nombre del Señor...

Hace un rato aparecieron en el este unas montañas cónicas. Parecían versiones reducidas del Fuji. No sé cómo se llaman. El mar refleja el cálido sol y la playa es blanca y desierta. Junto a la playa la vegetación es tan densa como en una jungla.

El junco navegó a lo largo de la costa hacia el Oeste hasta que vimos una hilera de unas diez sórdidas cabañas de pescadores a la sombra de un promontorio. Había tres botes amarrados. A la izquierda se veía una calzada hecha de lava negra y un embarcadero. No había un alma. Casi parecía que una plaga hubiese puesto en fuga a todos los pobladores.

Los chinos me alentaron a desembarcar allí, pero yo vacilé. Por algún motivo el sosiego de ese lugar me inquietaba. Sentía que alguien acechaba todos nuestros movimientos desde la

oscura sombra de las cabañas. Y luego pensé que, quienquiera que fuese, se alejaría furtivamente para avisar a las autoridades de nuestra llegada. Yo sabia qué astutos eran los japoneses.

Pasó un considerable lapso de tiempo. Nada se movió, como si todo se hubiese solidificado entre el calor y el silencio. Finalmente resolví desembarcar y anuncié mi decisión a los chinos. Nuestro bote se deslizó lentamente hacia el embarcadero; yo iba de pie con el hatillo que contenía las cosas guardadas antes de la tormenta. Entonces apareció inesperadamente una barca detrás de un promontorio, al este. El gallardete llevaba el blasón del daimvo local, y pude ver las figuras de dos guardias que se ponían de pie y miraban en nuestra dirección.

Era evidente que nos vigilaban desde hacía algún tiempo. En mi hatillo había objetos que no debían ver -el breviario, el vino de la misa-, de modo que lo arrojé al mar. Les diría que era un comerciante en camino a Bonotsu, y que nuestro barco había sufrido daños a causa de una tormenta y llegado hasta esa costa a la deriva.

La barca se aproxima. Pronto el Señor revelará el destino que me reserva. Hágase la voluntad del Señor. El cielo y la tierra cantan hosanna. Alabad la gloria de Su nombre; alabado sea Dios...

Ahora sé lo que Dios desea de mi y a Él me encomiendo. No por débil resignación, sino por la misma confianza absoluta que el Señor demostró en la cruz.

Fui capturado. Los guardias de Bonotsu no eran estúpidos y no se dejaron engañar.

Aunque fingieron creer que yo era, como afirmaba, un comerciante, me metieron en la prisión diciendo que sólo sería mientras completaban su investigación. Había varios cristianos en la misma celda, y los guardias escuchaban secretamente nuestras conversaciones. Un anciano enfermo me pidió las extremaunción. Y los guardias descubrieron la verdad.

Me trasladaron de la cárcel de Bonotsu a la de Kagoshima. Allí me interrogaron hasta el invierno, y en Año Nuevo me llevaron en una barca al despacho del magistrado de Nagasaki. En este momento estoy en un sitio llamado Omura, cerca de Nagasaki, Desde aquí puedo ver el mar en calma.

Entre los numerosos cristianos que están prisioneros en Kagoshima hay un dominico llamado Vázquez y un monje japonés, Luis Sasada. La celda que compartimos tiene dieciséis palmos de ancho por veinticuatro de largo; está construida con troncos, y las hendiduras entre uno y otro apenas permiten introducir dos dedos. En un rincón está la puerta por donde entran y salen los guardias. Esta puerta se mantiene cerrada, por supuesto.

Cuando me llevaban a interrogarme observé que alrededor de nuestra celda hay dos hileras de estacas afiladas y cubiertas de púas, de modo que nadie puede acercarse desde el exterior. Del otro lado de este cerco se encuentra el edificio de la guardia, donde también está la residencia del guardia principal y una cocina.

Aunque hay una cocina, nuestra única comida diaria consiste en arroz con un tazón de verduras, daikon crudo o encurtido y a veces sardinas. Como no está permitido que nos cortemos el pelo o nos afeitemos la barba, parecemos ermitaños. Tampoco podemos abandonar la celda para lavarnos, de modo que estamos horriblemente sucios, y -lo peor- debemos hacer nuestras necesidades en la celda. Como resultado, nos rodea una fetidez que apenas se puede tolerar. Por las noches, no nos dan una sola vela.

Por el padre Vázquez y el hermano Sasada he sabido cómo se desarrolló la persecución de los misioneros después de mi arresto. En la misma región donde estaba el padre Vázquez se escondían diez misioneros. A pesar de su escaso número, continuaban sus tareas siguiendo fielmente las instrucciones de sus superiores, tal como lo habían hecho antes del edicto de expulsión. Casi todos se escondían en cavernas, y en las raras ocasiones en que pasaban una noche en casa de un cristiano se ocultaban entre las paredes dobles que se construían especialmente para ellos.

-He pasado muchos días entre esas paredes dobles -me dijo el padre Vázquez-.

Dormíamos de día y por la noche íbamos a otra casa. Yo había decidido no pasar mas de una noche en cada casa. Cuando nos necesitaban en alguna casa, lo primero que hacíamos era oír la confesión de los enfermos. Si los fieles se reunían furtivamente, tratábamos de infundirles aliento y perdonábamos sus pecados. Y la reunión continuaba hasta la hora en que se cerraban las puertas de la aldea.

Pero a pesar de tantas precauciones, el magistrado de Nagasaki no estaba ocioso.

Así como el sumo sacerdote Caifás dio a Judas una recompensa por traicionar al Señor, ¡quienes denunciaban a los sacerdotes escondidos recibían también una recompensa, en tanto que quienes ofrecían habitaciones o escondrijo a los fugitivos, o les prestaban cualquier tipo de ayuda, eran sometidos a terribles castigos. Se infligían espantosas torturas a los que se confesaban cristianos; no sólo para que renunciaran a su fe sino también para obligarlos a manifestar dónde se escondían los misioneros.

-Eso fue lo peor -dijo el padre Vázquez-. Ya no podíamos confiar en los fieles japoneses a quienes nosotros mismos habíamos adoctrinado. Nunca sabíamos cuándo alguien en quien creíamos que se podía confiar abjuraría de su fe. Yo no decía a los fieles dónde me escondía. Algunos lo hicieron y fueron arrestados por los guardias delmagistrado al día siguiente. Vivir sin poder confiar en nadie era un verdadero infierno.

Pregunté por mi antiguo compañero, el padre Diego. No había olvidado a Diego, un hombre poco práctico pero que era la virtud misma.

-El padre Diego murió de enfermedad -me dijo Luis Sasada-. Fue cuando nos llevaron a todos a Fukuda, cerca de Nagasaki, para expulsarnos del país. No fue enterrado. Los guardias quemaron el cuerpo y arrojaron las cenizas al mar. Las autoridades japonesas reducían a cenizas a todos los cristianos para que no quedaran rastros y luego las echaban a las olas.

-Supongo que pronto también nosotros seremos cenizas arrojadas al mar.

Aceptaré serenamente el destino que Dios ha ordenado, así como una fruta absorbe la suave luz del otoño. Ya no considero una derrota mi inminente muerte. He combatido contra el Japón y he sido derrotado... Vuelvo a pensar en el hombre grueso en su sillón de terciopelo. Quizá crea que me ha vencido, pero nunca comprenderá que, si bien Nuestro Señor sufrió una derrota en el mundo político del sumo sacerdote Caifás y fue crucificado, mediante su muerte cambió todas las cosas. Sin duda el anciano creerá que ha hecho lo necesario si me aniquila y me reduce a cenizas. Pero en ese mismo instante todo volverá a comenzar. Así como todo se puso en movimiento después de la muerte del Señor en la cruz. Seré una sólida roca en la ciénaga que es el Japón.

Pronto algún otro misionero pisará esa roca que soy yo y se convertirá en la roca que permitirá el paso siguiente.

En la oscuridad ruego por Hasekura y por Nishi, de quienes me separé en Luzón, y por el alma de Tanaka. No tengo idea de dónde están en este momento. Y no sé si poseen alguna mínima partícula de fe en el cristianismo. Pero cada día siento mayor deseo de que me perdonen los muchos errores -aunque fueran resultado de mis buenas intenciones- que cometí durante nuestro viaje. Es verdad que traté de seducirlos y atemorizarlos y tranquilizarlos y manipularlos. Hasta es posible que los haya convertido al cristianismo para poder utilizarlos. Pero de todos modos han entrado en contacto con el Señor, y esto es ahora mi mayor consuelo. Aunque siento profundo remordimiento por lo que les hice, me alegro del resultado. Porque el Señor jamás abandonará a quienes se han asociado con El.

Oh, Señor, por favor, no abandones a Nishi, a Hasekura ni a Tanaka. Toma en cambio mi vida para castigar el pecado que cometí al utilizarlos, aunque los pusiera en el camino de la verdadera salvación. Y si es posible, ayúdales a comprender que mis planes no tenían otro fin que llevar la luz a su país, el Japón.

El padre Vázquez ha caído enfermo. Siempre se quejaba de que los malos olores y la pésima comida le hacían daño, pero hace tres días empezó a vomitar todo lo que prueba; no puede levantarse. Pedimos alguna medicina, pero los guardias sólo nos trajeron un bol de barro lleno de raíces de árbol cocidas y no se preocuparon por llamar a un médico. Sin otro recurso, Luis Sasada y yo pusimos un trapo empapado en agua fangosa sobre la frente del padre Vázquez para calmarle la fiebre.

Si se aplaza nuestra ejecución, tarde o temprano seremos victimas de la misma enfermedad. Aunque trato de aceptar este destino, a veces el miedo a la muerte se ciava en mi pecho como una afilada espada. Desesperadamente me digo que el Señor pasó horas similares soportando la angustia de su próxima muerte. Desde hace algún tiempo me pregunto cómo se sentía Jesús en esas horas. Me pregunto cuándo supo que moriría, y cómo vivió con ese conocimiento.

El Señor había advertido de Su muerte a Sus discípulos: «En verdad, tengo un bautismo con que ser bautizado, ¡y cuán afligido me siento hasta que quede terminado!» Estas palabras demuestran que el Señor experimentó lo mismo que nosotros en una situación semejante. Saber esto es un gran consuelo para mi.

Pero al atravesar la muerte el Señor creó un orden nuevo para este mundo. Un orden eterno que está más allá del mundo del hombre. También yo seguiré el ejemplo del Señor, y al dar mi vida por el Japón, al derramar mi sangre en el Japón, me convertiré en una parte de ese orden.

«Vine a prender un fuego en la Tierra.» Estas son también palabras del Señor. Y yo he venido al Japón a prender fuego. Al Japón, que hasta ahora sólo ha pretendido los bienes de este mundo y la felicidad de esta vida. Ninguna otra nación de la Tierra es tan indiferente a todo lo que esté más allá. Su sabiduría y su astucia sólo se orientan hacia los bienes del mundo. El Japón se mueve rápidamente, como un lagarto que cae sobre su presa.

He venido, Japón, a prender fuego. Por ahora no comprenderás por qué lo he abandonado todo y me he embarcado para retornar. Por ahora pensarás que, como he fracasado por completo, sólo he vuelto para morir; pero no comprenderás el motivo. Por ahora no puedes comprender por qué motivo Jesús, para prender fuego, se dejó ver en Jerusalén, donde acechaban Sus enemigos, y murió en la colina del Gólgota.

Pero el Señor jamás abandonará a quienes han estado en contacto con Él. Oh, Señor, no abandones al Japón, por favor. Más bien, para castigarme por el pecado de utilizar esta tierra, y para traerle la salvación, toma mi vida.

Miedo a la muerte. De día, mientras atiendo al padre Vázquez, siento que puedo aceptar cualquier destino. Pero en verdad, cuando llega la noche y los guardias no nos dan una sola vela, mientras escucho gemir al padre Vázquez en la fétida oscuridad, el miedo a la muerte desgarra mi pecho con agudas garras. Me empapa el sudor. Un sudor como gotas de sangre. «Padre -gimo-, aparta de mi este cáliz.»

Miedo a la muerte. Durante la noche el padre Vázquez ha muerto. Ha sido una muerte miserable, indigna de un eminente misionero dominico que ha predicado infatigablemente la palabra del Señor. El hermano Luis Sasada y yo le oímos quejarse y aullar como una bestia herida. Así se despidió de esta tierra para toda la eternidad.

A tientas le cerré los ojos (me alegraba que estuviera demasiado oscuro para ver; tenía la idea de que sus ojos estaban llenos de resentimiento) y recé una oración. La misma que había dedicado a Tanaka y al joven indio...

Al amanecer, los guardias envolvieron el cuerpo del sacerdote en una alfombrilla de paja y se lo llevaron. Los brazos y las piernas colgantes eran finos como agujas, y estaban cubiertos de barro y suciedad. Mientras contemplaba esa escena con Luis Sasada, vi súbitamente algo como si fuera una revelación del cielo. Ésa era la realidad.

Por más que tratemos de ocultarlo o idealizarlo, el mundo real es tan miserable como el cadáver sucio del padre Vázquez. Y el Señor no evitó esa miserable realidad. Porque

también Él murió cubierto de sudor y suciedad. Y mediante Su muerte, arrojó brusca luz sobre las realidades de este mundo.

Ahora, mientras vuelvo a pensar en esto, siento que quizás el Señor me ha deparado estos infortunios para obligarme a mirar de frente la realidad. Quizás mi vanidad, mi orgullo, mi altanería, mi sed de poder sólo tenían como fin destruir todas las cosas que había idealizado, para que pudiera ver la verdadera naturaleza del mundo. Y quizás, así como la muerte del Señor ha llenado de luz la realidad, para que mi muerte ilumine alguna vez el Japón...

El cuerpo del padre Vázquez será incinerado y las cenizas arrojadas al mar. Eso es lo que han hecho los japoneses con muchos misioneros.

Hoy ha habido otro interrogatorio. En realidad, casi no pueden llamarse interrogatorios. Un funcionario de la Oficina de Inspección Religiosa de Nagasaki se limita a sugerirnos que abjuremos (los japoneses llaman a esto «caer»). Pero no cree que lo hagamos, y nosotros nos limitamos a mover la cabeza. Pero hoy me ha hecho preguntas acerca de otro asunto. Me ha preguntado si Nishi y Hasekura habían sido sinceros cuando se convirtieron al cristianismo en Europa. Pensando en la seguridad de ambos, respondí:

-Se convirtieron para poder cumplir su misión.

-Entonces -el funcionario me miró fijamente-, no podéis considerar que sean cristianos, ¿verdad?

No respondí. Cuando un individuo recibe el bautismo, cualesquiera que sean las circunstancias, el sacramento predomina sobre su voluntad. El funcionario escribió algo en un papel.

-Oidme... ¿No os parece que todo esto es ridículo? -Ya a punto de salir, el hombre me miró con simpatía-. Si os hubierais quedado tranquilamente en Luzón, podríais haber hecho algún bien a los cristianos y a otras personas... Casi parece que hubierais venido al Japón sólo para ser arrestado y muerto. Es una verdadera locura.

-No es una locura -respondí con una sonrisa-. Ha ocurrido así porque soy como soy. Si, éste es mi karma. Eso creo. Y creo también que Dios ha hecho uso de mi karma para beneficiar al Japón.

-¿Como podéis pensar eso? -preguntó el funcionario, todavía más desconcertado que antes.

-En vuestra misma pregunta está la respuesta -dije. Hablé con determinación, no sólo para que él comprendiera sino también para reafirmar mis propios sentimientos-.

Habéis dicho que he hecho algo ridículo. Lo comprendo. Entonces, ¿por qué he cometido a sabiendas un acto ridículo? ¿Por qué he cometido deliberadamente una locura?

¿Por qué he venido al Japón sabiendo que moriría? Pensad alguna vez en eso. Si puedo morir y dejaros a vos y al Japón estos interrogantes, mi vida en este mundo habrá tenido algún sentido.

-No comprendo.

-He vivido... Pase lo que pase, he vivido. No me arrepiento de ello.

El funcionario se marchó en silencio. Mientras volvía a mi celda, pregunté al guardia si podía mirar el mar un instante, y consintió. De pie junto a la cerca puntiaguda miré el mar invernal.

El océano resplandecía al sol de la tarde. Había varias islas circulares. No se veía ningún barco, y todo estaba en calma. Esa era la tumba del padre Vázquez, y la tumba de muchos otros misioneros. Y pronto sería también la mía.

Era costumbre en la llanura preparar tortas sin sal cuando caía la primera nieve.

En cada una se ponían tres hojas de cogón, y se presentaban a Buda como ofrenda.

Así consagradas, se echaban a una olla de agua hirviente y la familia las comía. Se decía que quien cogía la primera torta seria afortunado. En la casa del samurai, Riku hizo que las criadas colgaran una gran olla sobre el hogar. Gonshiro, el hijo menor, logró sacar la primera torta y por primera vez en mucho tiempo se oyeron risas junto al hogar.

Pero al día siguiente llegó un mensajero del señor Ishida y ordenó que el samurai permaneciera en su casa para recibir las instrucciones, que ya estaban en camino, del Consejo de Ancianos. Las órdenes del castillo no se enviaban nunca directamente a los cabos, sino por intermedio de sus señores.

Su tío, que yacía enfermo en cama desde el final del otoño, insistió en que eso podía tener algo que ver con las tierras de Kurokawa. Y pensando que quizá se trataba de una recompensa de Su Señoría por el duro viaje del samurai, el tío envió a los servidores a hacer averiguaciones. El samurai no podía creer que fueran buenas noticias.

Varios días más tarde llegaron dos oficiales. Entraron en la casa inmaculadamente barrida y desaparecieron en una habitación para cambiarse de ropa. Riku ayudó al samurai a ponerse sus ropas de ceremonia; luego él se sentó en la posición ceremonial al borde de las alfombrillas de paja y esperó.

Los dos oficiales entraron y ocuparon el sitio de honor. Uno dijo con calma: «Órdenes del Consejo de Ancianos», y empezó a leer una carta que anunciaba la decisión del Consejo.

-Por cuanto Hasekura Rokuemon se convirtió a la religión cristiana en tierras extrañas, violando la ley, ha merecido un severo castigo; pero a causa de la consideración excepcional del Consejo, se ordena a Hasekura que permanezca confinado en su casa.

El samurai oyó estas palabras con ambas manos y la cabeza apoyadas en el suelo.

Mientras escuchaba, sintió que caía en un vacio. Estaba tan abrumado que ya no sentía siquiera remordimientos. Parpadeando como solía, oyó las explicaciones verbales que el oficial añadió. A causa de la clemencia del señor Ayugai y el señor Tsumura, su confinamiento sólo significaba que no debería abandonar la llanura. El oficial dijo también que una vez por año debería renegar bajo juramento del cristianismo ante el Consejo de Ancianos.

-Puedo imaginar cómo os sentís. -Después de cumplir con su deber los oficiales se sintieron obligados a expresar sus condolencias. Antes de montar en los caballos, uno de ellos llevó aparte al samurai.

-Esto es confidencial -dijo-. Tengo un mensaje para vos de Matsuki Chusaku.

El Consejo de Ancianos ha sabido, por un informe procedente de Edo, que Velasco ha sido capturado en Satsuma. Es a causa de este informe por lo que vuestro castigo ha sido tan severo.

-¿El señor Velasco? -El samurai sólo pudo volver a parpadear.

-He oído decir que ha sido enviado a la Oficina de Inspección Religiosa de Nagasaki y que ahora está en prisión en Omura con otros sacerdotes. Aún no ha abjurado.

Cuando los oficiales se marcharon, el samurai se sentó con sus ropas de ceremonia.

La oscuridad se insinuaba en la habitación fría y cubierta de tatami. Pensaba en lo que había dicho el oficial, convencido de que ese extranjero arrogante jamás abjuraría, que un hombre como él nunca se traicionaría, cualesquiera que fuesen las torturas y martirios que sufriera.

-De modo que ha vuelto al Japón...

Sabia que eso ocurriría desde que se había separado de Velasco en Luzón. No había ningún motivo para creer que la naturaleza violentamente apasionada del extranjero pudiera soportar una vida serena y sin incidentes. Muchas veces durante el viaje esa pasión había ofendido al samurai y a los demás emisarios. El samurai siempre había pensado que ese hombre nada tenía que ver con los japoneses, y durante largo tiempo no había podido sentir ninguna simpatía por él.

Advirtió un leve roce. Volvió la cabeza y vio a Riku en el pasillo. Los hombros de Riku temblaban en la penumbra mientras se esforzaba por refrenar sus emociones.

-No te preocupes -dijo tiernamente a su esposa-. Deberíamos agradecer que la familia Hasekura no haya sido eliminada y que Yozo y los demás no hayan sido castigados.

Desde ese día en adelante, en muchas ocasiones, cuando todo el mundo se iba a dormir, el samurai permanecía a solas mirando las llamas que corrían por las ramas marchitas. ¿Qué habría sido de Nishi? Probablemente había recibido idénticas órdenes, pero por supuesto no tenía forma de comunicarse con él. Cuando cerraba los ojos, las escenas de Nueva España desfilaban una tras otra por su mente como si estuviera montando su caballo junto a Nishi y a los otros. El ardiente disco del sol, el desierto donde sólo crecían cactos y agaves, los rebaños de cabras, los indios con coleta que cultivaban los campos. ¿Había visto realmente esas escenas? ¿O todo había sido un sueño? ¿Aún estaba soñando? En las paredes de todos los monasterios donde se había alojado, aquel hombre feo y consumido estaba colgado de una cruz con los brazos abiertos y la cabeza inclinada.

Mientras partía ramas secas el samurai pensaba: «He cruzado dos grandes océanos para ir a España a ver a un rey. No he visto a ese rey. Sólo he visto a ese hombre».

El samurai recordó que en el extranjero a ese hombre se le llamaba «Señor» y que nunca había podido comprenderlo. Pero sabía que su destino lo había unido no a un rey de este mundo sino a un hombre que se parecía mucho a los vagabundos que a veces pedían limosnas en la llanura...

A pesar del confinamiento, la familia celebró el Año Nuevo. En la llanura, en todas las casas se clavaban palillos en unas bolas de arroz que se disponían en cestos ante el altar budista. También en la casa del samurai se observaba desde hacia muchas generaciones la costumbre de ofrecer tortas de arroz al dios del año y decorar la entrada con otategi, haces de astillas de leña con una rama fresca de pino en el centro.

Era tradicional que los miembros de las familias colaterales concurrieran a ofrecer sus saludos de Año Nuevo al samurai, dado su carácter de patriarca de la familia principal; pero a causa de las circunstancias ese año no se cumplió dicha práctica. Normalmente habría acudido su tío, pero no lo hizo a causa de su enfermedad. El único solaz del samurai fue su hijo Kanzaburo, que se acercó a su padre con las vestiduras que señalaban su acceso a la edad adulta, y como un adulto expresó su saludo.

Sin embargo, el Año Nuevo era siempre el Año Nuevo. El agua goteaba alegremente de la nieve acumulada en el techo y de las estalactitas suspendidas del alero, mientras Gonshiro jugaba con su caballito de madera detrás del establo.

De vez en cuando se oía a la distancia el disparo de un mosquete. El dominio permitía sólo durante Año Nuevo la caza de aves de paso y Kanzaburo había llevado consigo algunos campesinos para ir a cazar a la laguna. El eco de las detonaciones se demoraba largamente en la llanura.

Los campesinos volvieron con los patos que habían cazado. Entre las aves depositadas en la entrada había un cisne blanco.

El samurai llamó a Kanzaburo y lo reprendió.

-Te había dicho que no dispararas contra los cisnes blancos. -Pensó en las numerosas oportunidades en que había soñado con cisnes durante su viaje.

El cuerpo del cisne ya estaba rígido y empezaba a oler mal. Cuando lo levantó, dos o tres plumas blancas del pecho cayeron lentamente como copos de nieve. El largo cuello, manchado de barro y sangre oscura, colgaba sin vida de las manos del samurai.

Los ojos estaban grises y velados. Por alguna razón el samurai pensó en su propio destino.

Su tío murió a fines de enero. El samurai fue de prisa a su casa. El cuerpo de su tío se había encogido y las mejillas estaban hundidas, pero el rostro estaba en paz.

Incluso su deseo de recuperar las tierras de Kurokawa se había extinguido, o así le pareció al samurai.

Rodeando el ataúd -que la gente del lugar llamaba gambako-, la procesión fúnebre atravesó los senderos nevados de Shirata hacia el pie de la montaña. El gambako fue depositado en el cementerio donde estaba enterrado el padre del samurai, y sobre él se amontonó tierra negra mezclada con nieve. El samurai envió un mensajero al señor Ishida para comunicarle la muerte de su tío.

Noche tras noche el viento gemía sobre la nieve endurecida de la llanura. Súbitamente llegó un mensajero del señor Ishida. Quizá por deferencia al Consejo de Ancianos, el señor Ishida no había enviado condolencias cuando murió el tío del samurai.

Riku sugirió que ese inesperado mensaje del señor Ishida podía significar que se había levantado el confinamiento del samurai, y él mismo consideró esa posibilidad. Después de todo, a pesar de la declaración del Consejo de Ancianos de que no debía salir de la llanura, el señor Ishida le ordenaba ahora que fuera a Nunozawa con uno de sus servidores.

Nuevamente partió a Nunozawa acompañado por Yozo. Hacia frío y, aunque un pálido sol se abría paso por momentos en el cielo gris, el viento arrancaba motas de nieve en polvo del bosque y las arrojaba contra los rostros de los dos hombres. Mientras espoleaban sus caballos junto al río cubierto por una gruesa capa de hielo, el samurai se preguntó cuántas veces había ido y venido por ese camino. Cuando iba a recibir órdenes para el cumplimiento del servicio de vasallaje, cuando presentaba peticiones para la devolución de las tierras de Kurokawa, la vez que se le había dicho que no debía seguir esperando esas tierras y había vuelto a su casa con el corazón apesadumbrado. Era un camino impregnado de recuerdos. Y Yozo lo había acompañado en todas las ocasiones.

De vez en cuando el samurai se volvía a mirar a su servidor, que le seguía en silencio. Yozo usaba un abrigo impermeable que la gente del lugar llamaba kakumaki. Como durante el viaje, Yozo no se apartaba de su lado.

-Hace frío, ¿verdad? -dijo el samurai a su fiel servidor, con simpatía.

El viento todavía soplaba con fuerza cuando llegaron a Nunozawa, pero el cielo estaba despejado. Se veían las blancas montañas a lo lejos, y hasta donde llegaba la vista los campos estaban cubiertos de nieve endurecida. No eran como los de la llanura, sino amplios y fáciles de regar.

El foso que rodeaba la mansión del señor Ishida estaba helado. La nieve pesaba sobre el techo de paja y colgaba de los aleros como colmillos blancos. El samurai dejó a Yozo en el jardín y aguardó un largo rato en el suelo de madera del vestíbulo.

-¿Roku? -El señor Ishida habló con su voz cascada desde el estrado-. Habéis pasado tiempos difíciles. Si tengo una oportunidad, me gustaría visitar su tumba. Pero por lo menos debéis alegraros de que la familia Hasekura no haya sido eliminada.

¿Qué he hecho de malo? Las palabras subieron a la garganta del samurai, pero las refrenó. No tenía sentido pronunciarlas.

-No sois culpable de nada. Habéis tenido mala suerte. El dominio... -El señor Ishida vaciló un instante-. Si el dominio no os hubiera tratado de este modo..., no podría justificarse -concluyó, jadeando, el anciano.

-¿Justificarse? -Confundido, el samurai alzó la cabeza y dirigió una mirada triste a su señor-. ¿Qué significa eso?

-Justificarse ante Edo. En este momento, Edo busca cualquier pretexto para aplastar uno tras otro a los dominios poderosos. Ahora, después de tanto tiempo, Edo acaba de denunciar a Su Señoría porque amparó durante muchos años a los cristianos que huían de Kanto y porque, cediendo a los deseos de Velasco, escribió una carta a Nueva España en la que afirmaba que daría la bienvenida a los sacerdotes cristianos. El dominio se ve obligado a presentar alguna medida concreta.

El samurai se arrodilló apretando las manos contra el frío suelo y guardó silencio.

Una sola lágrima cayó al suelo.

-Habéis tenido la desventura de caer entre las mareas cambiantes del gobierno.

-El señor Ishida suspiró-. Sé cuán penoso es esto para vos. Este anciano comprende mejor que ninguna otra persona vuestro pesar.

El samurai alzó la cabeza y contempló el rostro del señor Ishida. Debajo de la voz y el rostro aparentemente amables veía la mentira. Había aún más mentiras en la expresión del anciano, la voz nasal y cascada y los suspiros deliberados. Ese hombre no sabia nada de sus pesares y sus resentimientos. Sólo fingía comprender.

-Pero, Roku, no dejaré que la familia Hasekura se extinga. Esto es todo lo que me permiten el Consejo de Ancianos y el señor Ayugai. -El señor Ishida repitió la afirmación anterior en tono firme-. Haré todo lo posible para proteger a Kanzaburo...

El samurai sintió asombro. ¿Qué significaba esa inesperada observación?

-No me guardéis rencor.

-No os guardaré rencor.

-Hay nuevas órdenes del Consejo. -El señor Ishida escupió esa información como si arrojara un gran peso a un lado; luego se puso de pie vacilando y salió. Se oyeron pasos. Los mismos oficiales que habían ido a la llanura entraron en la habitación.

-Órdenes del Consejo de Ancianos.

El samurai se inclinó hasta el suelo para escuchar las palabras del oficial.

-Habiéndose convertido Hasekura Rokuemon a una religión pagana, después de una nueva investigación se le ordena comparecer de inmediato ante el Consejo de Ancianos.

El samurai advirtió que había varios hombres que aguardaban en el pasillo, del otro lado de la puerta cerrada, conteniendo la respiración. Estaban allí para arrestarlo si, tras comprender las implicaciones de esas órdenes, intentaba resistir frenéticamente.

Cuando terminó de escribir a su esposa y a Kanzaburo, se cortó un mechón de pelo y lo unió a la cartas. Luego pidió al mayordomo del señor Ishida, que esperaba a su lado:

-Por favor, llama a mi servidor Yozo.

Cuando el hombre salió de la habitación, el samurai apoyó las manos en las rodillas y cerró los ojos. Sin duda el señor Ishida y los oficiales del Consejo de Ancianos estaban en una habitación interior. Pero la casa estaba en silencio.

De vez en cuando se oía el ruido de la nieve que resbalaba por el techo de paja, empujada por su propio peso. Cuando el sordo ruido cesaba, el silencio se tornaba aún más intenso.

«Habéis tenido la desventura de caer entre las mareas cambiantes del gobierno.» Las palabras del señor Ishida aún resonaban en sus oídos. »Sé cuán penoso es esto para vos. Este anciano comprende mejor que ninguna otra persona vuestro pesar.» Después de leer las órdenes, el oficial había agregado: »Esto es muy duro para mi, aunque sea mi deber».

El samurai estaba inmóvil. El silencio era extraño. Su propio corazón no tenía ya fuerzas para evocar ninguna emoción. Una nueva investigación. Era sólo una excusa.

Ya había explicado todo reiteradamente al señor Tsumura y al señor Otsuka. «Si el dominio no os hubiera tratado de este modo, no podría justificarse.» Volvía a oir las palabras del señor Ishida. Todo estaba decidido desde el comienzo; él simplemente seguía un camino preestablecido. Hacia un vacío oscuro.

La nieve crujía en el techo y rodaba hasta el suelo. El ruido recordó al samurai el crujido de la jarcia. En el mismo momento había oído ese crujido, el grito agudo de las gaviotas y

el golpeteo de las olas contra el casco, y el galeón había iniciado la travesía del ancho océano; y en ese momento también había quedado establecido que éste fuera su destino. El largo viaje llegaba finalmente al último puerto.

Cuando alzó la mirada vio por la puerta a Yozo en el jardín nevado, con la cabeza baja. Sin duda el mayordomo le había revelado la noticia. Parpadeando, el samurai miró unos momentos a su fiel servidor.

-Todas las penurias que has sufrido... -Las palabras se ahogaron en su garganta.

Yozo no sabia si su amo le agradecía su compañía durante esas penurias o si murmuraba su resentimiento por ellas. Aun con la cabeza baja advirtió que su amo y el mayordomo estaban de pie y se disponían a salir.

El samurai vio que nevaba sobre el techado. Los copos giraban como los cisnes de la llanura. Aves de paso que venían desde algún país lejano y luego volvían a él.

Aves que habían visto muchos países, muchas ciudades. Como él mismo, que ahora partía hacia otro país desconocido...

-De ahora en adelante..., El estará a vuestro lado.

Oyó de pronto la voz contenida de Yozo detrás de él.

-Desde ahora en adelante..., Él os esperara.

El samurai se detuvo, miró atrás, y asintió con energía. Luego se dirigió por el frío pasillo brillante hacia el fin de su viaje.

Ya se había determinado la fecha de la ejecución. El día antes, Velasco y el monje Luis Sasada recibieron una autorización especial para bañarse bajo la vigilancia de los guardias y para ponerse unas ropas nuevas de la prisión. Según dijo un guardia, esto se debía a la «consideración excepcional» de la oficina del magistrado. Estaban demacrados y se les veían las costillas. La cena de la última noche -otra consideración especial de sus carceleros- incluía un pescado casi podrido con el habitual cuenco de verduras. El guardia explicó que ésa sería su última comida, puesto que como norma no se daba desayuno a los prisioneros la mañana de la ejecución. Algunos prisioneros, aterrorizados, vomitaban en el patíbulo.

-¿Vuestro último deseo?

Velasco y Luis Sasada pidieron papel. Ambos querían escribir su testamento. A la luz del poniente que penetraba entre los barrotes, Velasco empezó a escribir a sus camaradas del monasterio de Luzón.

«Siento que con cada momento que pasa se aproxima mi hora final. Bendito sea Dios, que envía la lluvia de su amor a esta tierra estéril y rocosa. Espero que también cada uno de vosotros perdone mis pecados. He cometido muchos errores durante mi vida. Como un hombre ineficaz que trata de resolverlo todo con un único esfuerzo, ahora espero el martirio. Hágase la voluntad de Dios en la tierra no hollada del Japón así como en el cielo. Perdonadme, por favor, que no haya podido cumplir por completo la vocación de sacerdote que Dios me dio. Por favor, perdonadme las numerosas oportunidades en que os ofendí con mi orgullo y mi arrogancia. Quiera Dios que todos alcancéis el éxito en vuestra tarea santa de cultivar los campos del Señor, y que todos nos reunamos en Su gloria.» Mientras escribía el testamento, Velasco sentía verdaderamente que su orgullo y su arrogancia habían ofendido a muchas personas a lo largo de los años, y que la agonía del día siguiente seria su castigo.

Cuando entregó la carta al guardia, la habitual helada oscuridad empezaba a invadir la celda. Pensó que la próxima noche no habría nadie allí, pero que la misma oscuridad inundaría la celda desierta, y se sintió bruscamente agraviado.

Mientras oraba con Luis Sasada oyó unos pasos inusitados a lo lejos y la puerta cerrada de la celda se abrió. El rostro del guardia, achatado como el de un pez, fluctuaba con la luz de la vela.

-Adentro.

Una gran sombra encorvada entró con torpeza en la celda. Habló a los dos hombres en latín.

-Pax Domini.

No pudieron distinguir en la oscuridad el rostro del hombre, que olía mal.

-¿Sois sacerdote?

Con voz grave el recién llegado dijo que era el padre Carvaiho de la Compañía de Jesús.

-Estaba en la prisión de Suzuda. Seré ejecutado mañana con vosotros.

Había estado escondido cerca de Nagasaki, explicó, pero lo habían capturado a fines del año anterior. Lo habían traído desde Suzuda, una cuidad situada entre Omura y Nagasaki, para ser ejecutado a la mañana.

En la oscuridad, Velasco sonrió. No era su habitual sonrisa condescendiente. Aca baba de pensar que no había sentido el menor resentimiento cuando se enteró de que el nuevo prisionero era un jesuita, un miembro de la orden que se había valido de todas las calumnias posibles para entorpecer sus planes durante su viaje. Aunque ese hombre era miembro de la Compañía, no sentía odio sino incluso nostalgia. Quizá la idea de que a la mañana siguiente morirían juntos había borrado todo. Ciertamente el odio y la furia eran cosas banales comparadas con la enormidad de la muerte.

-Yo -se presentó- soy el padre Velasco.

El padre Carvaiho nada dijo. Su silencio expresaba que conocía el nombre y las actividades de Velasco.

-No os preocupéis -dijo éste con amabilidad-. Ya no pienso como pensaba. Mañana estaremos juntos en el mismo país.

Le preguntó si podía oírle en confesión. Se arrodilló junto al cuerpo maloliente.

Sabía que Luis Sasada podía escuchar distintamente su voz, pero ya no le importaba.

-Mi altanería y mi orgullo han extraviado y ofendido a muchas personas. He tratado de satisfacer mi orgullo tomando el nombre de Dios en vano.

«He tomado mi propia voluntad por la voluntad de Dios.

«Ha habido momentos en que he odiado a Dios, porque la voluntad de Dios no coincidía con la mía.

»He negado a Dios, porque Dios ignoraba mis deseos.

»No he reconocido mi propio orgullo ni mis ansias de poder. Yo me justificaba diciendo que todo era para el bien de Dios.

Con voz cascada y mal aliento, el padre Carvaiho pronunció la absolución y luego se persignó.

-Ve en paz.

Cuando oyó estas palabras, Velasco recordó al hombre cuya confesión había oído en Ogatsu. No sabía dónde estaba ahora ese hombre ni qué hacia, pero él había mentido y ahora iba a morir. Su muerte seria también el castigo de esa mentira. Aunque su confesión había sido completa, su corazón no estaba en paz.

Durante lo noche, Luis Sasada se echó súbitamente a llorar. No era la primera vez que lo aquejaba el temor a la muerte. Como siempre, Velasco aferró la delgada mano de Sasada y pidió fervientemente a Dios que echara sobre sus espaldas también esa agonía. El padre Carvaiho se arrodilló al lado de Sasada y rezó por el hombre tembloroso que sollozaba. Pronto una luminosidad blanquecina se insinuó en la celda. Había amanecido el día de la ejecución.

El cielo estaba claro y soplaba fuerte viento. Cuando sacaron a los condenados de sus celdas, ya había soldados de infantería con lanzas y mosquetes alineados en el jardín de la prisión y flameaba la bandera con el blasón del dominio de Omura.

Había varios miembros del clan sentados en taburetes junto a la bandera, entre ellos el funcionario de la oficina del magistrado que había interrogado a los prisioneros.

Fue él quien se puso de pie y ordenó a los tres hombres que dijeran sus nombres.

Luego se inclinó y murmuró al oído de una persona que parecía su superior. Era un anciano robusto que desenrolló un papel y leyó la sentencia de muerte.

El viento no cesaba. A la distancia el mar espumoso parecía glacial. Después de la lectura de la sentencia, los guardias rodearon a los tres hombres y les ataron las manos. También les pasaron cuerdas alrededor del cuello, pero no las ajustaron.

Se inició la procesión. Iban por un sendero que serpenteaba entre mandarinos; los funcionarios a caballo, los prisioneros, guardias y soldados, a pie. Las campesinas interrumpieron su tarea y miraron sorprendidas.

-Crucifixus e¡iam pro nobis.

Mientras bajaban trastabillando por el sendero, el padre Carvaiho empezó a cantar.

-Crucem passus.

Después del descenso entre los árboles, entraron en la ciudad de Omura. Había casas techadas con paja a ambos lados de la calle, y hombres con cestos y mujeres con sus niños contemplaban asombrados la procesión. Velasco trataba de alentar a Luis Sasada, que de vez en cuando tropezaba.

-Pronto habrá terminado todo. El Señor nos espera.

La hilera de espectadores se extendía hasta el final de la calle.

-Padre, perdónalos -concluyó el padre Carvaiho-, porque no saben lo que hacen.

Apareció a la distancia una empalizada de bambú. También había allí soldados armados con mosquetes formando una fila. Ese lugar, llamado Hokonbaru, era el terreno de ejecución del dominio de Omura.

Mientras caminaban por la playa salpicada de conchillas y algas, Velasco miró al mar. El viento le golpeaba la frente. Lejos, en el puerto, se veían las suaves colinas de color orquídea de la isla de Hario. Las olas azotaban las rocas con una niebla de espuma. El sol reservaba sus rayos más luminosos para el mar abierto. Era la última imagen del Japón que verían Velasco y los demás prisioneros.

Los soldados abrieron la empalizada de bambú. La procesión se detuvo. Los rostros de los condenados, expuestos al viento del mar, estaban pálidos. En el Centro de la empalizada había tres grandes estacas clavadas en el suelo; al pie de cada una habla un montón de leña y paja. Rectas y adustas, parecían tres altos verdugos.

Los guardias ajustaron las ligaduras de los tres hombres y el funcionario de la oficina del magistrado se acercó.

-¿No queréis abjurar todavía? Es vuestra última oportunidad.

Los dos misioneros sacudieron firmemente las cabezas. Después de un momento, también Luis Sasada se negó.

El funcionario asintió y retrocedió dos o tres pasos. Entonces, como si hubiera recordado algo, se acercó a Velasco y mirándolo fijamente dijo:

-Es una información confidencial, pero..., Hasekura y Nishi, que fueron con vos al extranjero, han sido ejecutados por ser cristianos.

Una sonrisa de júbilo apareció en los labios pálidos de Velasco.

-¡Ah! -El grito escapó de su garganta; se dirigió al padre Carvaiho y exclamó-:

¡Ahora podré reunirme con ellos!

Los tres hombres rezaron el padrenuestro al unísono mientras se dirigían a las estacas. Los tres maderos esperaban pacientemente su llegada. Los guardias empujaron a cada prisionero contra su estaca, y los ataron firmemente. El aullido del viento era ensordecedor.

Cuando los guardias concluyeron su tarea gritaron:

-¡Que renazcáis en el paraíso! -Luego se dispersaron en todas direcciones. Los funcionarios se habían puesto al abrigo del viento y observaban estos preparativos desde detrás de la empalizada de bambú.

Un soldado de infantería encendió con una antorcha las tres piras de leña y paja.

Avivadas por el viento, las llamas ascendieron violentamente entre volutas de humo.

La plegaria de los tres hombres se oía clara y distinta a través del humo.

Libera me, Domine, De morte aeterna.

Mientras las llamas crecían, las voces de Luis Sasada, primero, y luego del padre Carvaiho, callaron súbitamente. Sólo se oían el viento y el crepitar de los leños. Por fin, desde la columna de humo blanco que envolvía la estaca de Velasco, surgió un solo grito.

-¡He vivido!

Los guardias, soldados y funcionarios se mantuvieron a cierta distancia hasta que amainó la violencia de las llamas. Cuando esto ocurrió, las tres estacas, despojadas de sus prisioneros y torcidas como arcos, continuaron ardiendo suavemente. Luego un guardia recogió los huesos y las cenizas, los puso sobre una estera de juncos, cargó la estera de piedras y la arrojó al mar.

Las olas espumosas que lamían la playa devoraron la estera, chocaron entre si, se retiraron. Estos movimientos se repitieron varias veces, y luego el sol invernal cayó sobre la larga playa como si nada hubiera sucedido, y el océano se desperezó bajo el silbido del viento. Los guardias y los funcionarios ya no estaban dentro de la empalizada de bambú.

POST SCRIPTUM:

Hechos y verdades en El samurai

VAN C. GESSEL

El contexto histórico

Cuando Hasekura Rokuemon (1571-1622) partió de Tsukinoura el día 28 de octubre de 1613, empezó a llevar un diario de sus experiencias en el extranjero. Después de su muerte, el diario fue conservado durante cierto tiempo en el dominio del noreste del Japón al que pertenecía, pero, como casi todas las cosas relacionadas con ese viaje, fue extraviado o destruido por las autoridades feudales. Es una gran pérdida para nosotros, puesto que quizá fuera la única fuente digna de confianza capaz de arrojar alguna luz sobre los diversos misterios que rodean ese viaje.

En verdad, tan poco se sabe acerca de esta embajada, que tanto los historiadores occidentales como los japoneses prácticamente la han ignorado. Aunque abundan los documentos secundarios en Madrid y Roma, los interrogantes principales acerca de los motivos del viaje continúan sin respuesta. Es verdad que Scipione Amati, un archivista italiano que viajó con el grupo en carácter de intérprete entre agosto de 1615 y enero de 1616, escribió un relato del viaje titulado Historia del Regno di Voxu. Pero sólo se puede confiar en el relato de Amati cuando narra hechos que vio con sus propios ojos. Un ambicioso sacerdote franciscano de Sevilla había referido a Amati en detalle los acontecimientos que determinaron el viaje y los ocurridos durante los primeros dos años de éste, y en su mente había algo más que el mero deseo de explicar la verdad.

El padre Luis Sotelo (1574-1624), modelo del Velasco de la novela, parece haber sido exactamente el intrigante fanático que describe Endo. La exagerada versión que dio Sotelo a Amati de sus propias proezas evangelizadoras en el Japón hacían de él un predicador mucho más persuasivo y eficaz que Aquel a quien decía representar.

Como no se puede tomar a Sotelo al pie de la letra, estamos librados a nuestros propios medios para determinar por qué se organizó aquella embajada, qué deseaban verdaderamente obtener el gobernante Ieyasu y Date Masamune, el señor de Hasekura, y por qué Hasekura fue elegido como jefe de la misión.

En este sentido la novela de Endo, aparte de ser una excelente obra de ficción, es un valioso trabajo de especulación. El samurai es meticulosamente fiel a la historia, cosa que no se proponía el autor en Silencio, su anterior novela. Virtualmente todo lo que se dice de Hasekura (excepto la afirmación de que jamás había participado en una batalla) es verdad, aunque lamentablemente es muy poco más lo que se sabe. Gracias a los esfuerzos de historiadores japoneses como Matsuda Kiichi se ha verificado que Hasekura fue miembro del cuerpo de mosqueteros de Date y que gobernaba un feudo relativamente insignificante del noreste del Japón. Pero no hallamos otra mención de su nombre hasta que aparece en la cubierta del San Juan Bautista, juntamente con más de un centenar de japoneses y unos cuarenta marinos españoles.

El galeón atracó en Acapulco el 28 de enero de 1614; irónicamente, casi el mismo día en que Ieyasu promulgó el notorio edicto de expulsión de los cristianos que señaló el principio del fin de la acción misionera en el Japón. Las actividades de Hasekura y los demás emisarios continúan envueltas por la bruma incluso después de su llegada a Nueva España.

Amati transmite con resplandecientes colores el informe de Sotelo sobre el bautismo de setenta y ocho japoneses en Ciudad de México; pero los archivos locales de la iglesia no registran el hecho. La Historia describe luego la recepción entusiasta que se brindó a los embajadores a su paso por Nueva España; pero Sotelo, autor de esa gloriosa narración oficial, despachó simultáneamente cartas al rey de España en que se quejaba del frío tratamiento que habían recibido en todas partes.

Los aproximadamente veinte japoneses que embarcaron en Veracruz el 10 de junio de 1614 fueron probablemente los primeros que atravesaron el océano Atlántico. Sólo después de su llegada a Europa la documentación del viaje se torna lo bastante digna de crédito. Los emisarios fueron realmente bien acogidos en Sevilla, ciudad natal de Sotelo; consiguieron una audiencia del rey Felipe III de España (en la cual Hasekura, con típica deferencia japonesa, declaró que se consideraba »el más honrado de todos mis compatriotas» por haber abandonado una tierra a oscuras y recibir la luz de una nación cristiana); Hasekura fue bautizado el 17 de febrero de 1615 por el capellán personal del rey, y fue designado senador y patricio romano cuando llegó a la Ciudad Eterna. Sin embargo, el gobierno español recibió iracundos informes de los jesuitas que cuestionaban los verdaderos motivos de la embajada y no pudo articular una respuesta razonable a las peticiones de los emisarios, de modo que el grupo languideció en España durante casi diez meses.

Sotelo llegó finalmente a la conclusión de que su único recurso era el Papa. La audiencia con Pablo V del 3 de noviembre de 1615, aunque fue cuidadosamente preparada, produjo escasos resultados concretos. Sotelo no consiguió ser designado obispo del Japón, y se soslayó hábilmente el asunto de las relaciones comerciales entre el Japón y Nueva España. Aunque el Papa manifestó estar de acuerdo con el envío de más franciscanos al Japón, las noticias de los violentos cambios allí ocurridos anularon pronto esa promesa.

Endo comprime las etapas finales del viaje para obtener mayor efecto dramático.

En realidad los emisarios permanecieron en Europa hasta el verano de 1617, aunque no se sabe bien qué hicieron. Cuando su barco llegó a Manila en julio de 1618, el gobierno del Japón les ordenó que se quedaran allí hasta nueva orden. En 1620 el Consejo Católico de Indias ordenó a Sotelo retornar a Nueva España y continuar allí su tarea de misionero. Ese mismo año se le permitió a Hasekura regresar a su país. Encontró un Japón dramáticamente distinto del que había dejado. Se estaba eliminando de modo sistemático y sangriento el cristianismo; y pocos años más tarde del shogunado había de prohibir a todo ciudadano japonés abandonar el país al tiempo que suprimía el comercio con la mayor parte de las naciones extranjeras. Los fines de la misión de Hasekura habían sido totalmente abandonados en su ausencia. El cristianismo, religión que había adoptado para servir con mayor eficacia a su señor, era considerado una peligrosa herejía. Y Hasekura mismo era mirado como una irritante anomalía por la sociedad hostil y aislacionista del Japón del siglo xvii.

Después de registrar que Hasekura regresó a su dominio, los archivos oficiales del Japón guardan silencio. Las versiones derivadas de la tradición acerca de sus últimos años divergen. Algunos afirman que abandonó voluntariamente el cristianismo, que sólo había adoptado como un recurso. Otros insisten en que ratificó su nueva fe y que, por lo tanto, se le ordenó morir; y un tercer grupo sostiene que abjuró en público de la religión extranjera y que continuó su práctica en privado. Aunque no hay forma de establecer cuál de estas versiones es real, existe una carta supuestamente escrita por el nieto de Hasekura, que debe de haber excitado la curiosidad de Endo.

La carta dice que en 1640 las autoridades Tokugawa descubrieron que el hijo menor de Hasekura, Gonshiro, practicaba furtivamente los ritos de la religión ilegal; y que, por haber permitido que esto ocurriera, se ordenó al hijo mayor, Kanzaburo, que se abriese las entrañas.

Sea o no auténtica esta carta, su intrigante contenido hace aún más interesante la reconstrucción realizada por Endo. En 1622, el año de la muerte de Hasekura, Sotelo regresó disfrazado al Japón. Sufrió martirio el 25 de agosto de 1624, exactamente como lo describe la novela. Las muertes de los dos hombres, así como sus vidas, se ajustan a la tesis fundamental de Endo: la esencia del cristianismo no consiste en un mandato burocrático, sino en los anhelos privados de cada uno de los creyentes.

La novela

Cuando se publicó en el Japón El samurai, en la primavera de 1980, obtuvo la aclamación universal de los críticos y gran cantidad de lectores. Endo recibió uno de los premios literarios más importantes del Japón, el Premio Noma. Sin embargo, la lectura de las criticas lleva a pensar que muchos japoneses consideran que se trata de una atractiva aventura histórica y nada más.

Me parece que tanto críticos como lectores se equivocan. Endo, como afirma en su introducción para los lectores occidentales, no está interesado en los hechos históricos per se. En realidad, los hechos históricos nunca le han atraído tanto como una «verdad» menos sustantiva acerca de los individuos y los acontecimientos. Así como la historia de Rodrigues en Silencio, que no es estrictamente verídica, es incuestionablemente «verdad» en un sentido más amplio, la versión que da Endo de la vida de Hasekura es un registro verdadero del viaje espiritual desarrollado dentro del corazón de un hombre. Se engañan aquellos lectores que esperan una novela referida puramente a un viaje temporal.

La preocupación básica de Endo se refleja adecuadamente en el título que tenía in mente mientras escribía. El libro debía llamarse originariamente El hombre que encontró a un rey. Es un titulo apropiado, porque tanto el Hasekura de la realidad como el de la ficción conocieron a varios reyes del mundo. Sin embargo, todos estos encuentros demostraron ser vacíos y frustrantes. Hasekura y sus camaradas son derrotados en el mundo de la realidad y regresan al Japón humillados y fracasados. Pero cuando Hasekura se enfrenta a un abismo de desesperación y a su probable muerte, encuentra a otro rey, uno que sólo desea curar sus heridas y que también ha sido «despreciado y rechazado por los hombres». Cuando Hasekura encuentra a ese rey patético, sus propias aflicciones se tornan soportables.

La imagen de ese Cristo miserable y compasivo es familiar en la obra literaria de Endo: es el mismo Cristo que urge a Rodrigues a pisotear el fumie. Sin embargo es significativo, en El samurai, que Endo ponga directamente en conflicto el concepto del cristianismo de Velasco con el del samurai. En Silencio, los sacerdotes occidentales debían ser despojados de los arreos culturales de su fe antes de poder comprender la verdadera naturaleza de Cristo. En El samurai, Endo es menos dogmático acerca de la fe y la cultura. Una vez que Velasco arroja a un lado su orgullo, se le permite adorar y servir a un Cristo glorificado con una fe racional y agresiva; y su muerte de mártir es el limpio reflejo de sus dinámicas creencias occidentales. Hasekura, en contraste, acepta la Compañía de Jesús de un modo casi pasivo. Su fe es primariamente no racional e internalizada; y los vagos contornos de su muerte constituyen un adecuado símbolo de una convicción distinta de la de Velasco, aunque no menos válida. En esta novela,

Endo concede a ambos hombres un sitio en las moradas eternas del cielo.

Las derrotas de Hasekura y su posterior despertar a la fe representan un nuevo rechazo y posterior triunfo de Jesús, pero también algo mucho más personal para Endo.

En una entrevista publicada en la época de la aparición del libro en el Japón, Endo observaba: El samurai es en cierto sentido una novela autobiográfica. Yo fui el primer japonés que estudió en el extranjero después de la guerra, el primero que viajó a Europa. El viaje de treinta y cinco días por el océano fue una agonía. Las descripciones del océano en esta novela se fundan en mis propias experiencias, y mediante la vida de Hasekura y la modalidad de su muerte he expresado mi actual estado de ánimo...

(Nami, abril de 1980).

Lo que en última instancia inspira vida a El samurai es el sentimiento de afinidad de Endo con Hasekura, así como la forma en que las vidas del autor y el personaje se encuentran y confunden con la de Jesús. La novela es en muchos aspectos justamente lo que de ella esperaba el autor: una obra sinfónica que ofrece muchas vigorosas melodías, concilia Oriente y Occidente, la fe y la incredulidad, el fervor y la pasividad.

Y aunque los ejecutantes de esta obra musical provienen de tradiciones distintas y tocan muy distintos instrumentos, el tema central resuena clara y armoniosamente.

La novela es autobiográfica no sólo por los aspectos externos de un viaje por mar a Europa. El sentimiento de incomprensión e incluso de repugnancia que experimenta Hasekura cuando mira los crucifijos que parecen seguirlo por todo el mundo no están muy lejos de las emociones que Endo se atribuye a si mismo en su juventud. La escena de El samurai en que Hasekura es bautizado en Madrid evoca con curiosa precisión la ceremonia en que participó Endo a los once años. Como Hasekura, Endo no eligió por propia voluntad el cristianismo. Inicialmente se le impuso esta religión, de la que se sintió durante cierto tiempo muy alejado. Sólo cuando las penurias del viaje de su vida lo llevaron hasta un punto en que pudo «encontrar a un rey», como el protagonista de su novela, se reconcilió con una religión que ya no era extraña, sino intensamente personal. En cierto nivel, esta novela es la historia de ese viaje hacia la fe.